

ALMANAQUE

Sud-americano

Es propiedad de EL SIGLO ILUSTRADO

ALMANAQUE

SUD-AMERICANO



PARA EL AÑO

1897

DIRIGIDO

POR

Casimiro Prieto y Valdés

BUENOS AIRES

MONTEVIDEO

El Siglo ilustrado

Andrés Rius

170, CERRITO, 174

155, SORIANO, 157

COLABORADORES

DEL

ALMANAQUE



EN

1897

SEÑORAS

Doña Adela Castell, doña Lastenia Larriva de Llona
y doña Laura Méndez de Cuenca.

SEÑORES

Alonso Criado, Arreguine, Atienza y Medrano, Berisso, Bernárdez, Beteta, Bolet Peraza, Boloña, Brais, Cabrera, Calzada, Campoamor, Casenave, Castellanos (Joaquín), Castellanos (Moisés Numa), Cobos, Cordero, Chocano, Darío, Díaz (Leopoldo), Díaz Mirón, Dupuy de Lôme (R.), Fernández Espiro, Frexas, Gavidia, González (Pedro A.), Granada, Gras y Elías, Grez (E.), Gutiérrez Nájera, Larroque, Latzina, López Benedito, Lugones, Llona, Marroquín, Martinto, Matta, Mendes (Cátulo), Méndez (G.), Naon, Nicolau Roig, Obligado, Ortiz (Francisco), Ortiz (Juan Francisco), Otaegui, Palacios (Pedro A.), Palma (C.), Palma (Ricardo), Papini y Zas, Pérez Petit, Pla, Reina, Rivas Groot, Rodó, Rodríguez, Rodríguez Mendoza, Roeber, Rueda, Ruiz, Soto y Calvo, Tobal, Trajano Mera, Ugarte, Uhrbach, Vera y González, Villalobos, etc.

ARTISTAS

Cabrinety, Caraffa, Cilla, Eriz, Fradera, Mestres (Apeles), Nicolau Cotanda, Pellicer (J. Luis), Picolo, Prieto y Valdés (Federico), Ross (P.), y Vázquez.

ÍNDICE LITERARIO

Alonso Criado (Matias).— Rasgos históricos del Paraguay (fragmentos).	66
Arreguine (Victor).— El regreso, poesía.	185
» » La vejez de Venus, poesía.	238
Atienza y Medrano (A.).— A mi hija María, en el día de su santo, soneto.	210
Berisso (Luis).— Nieblas.	77
Bernárdez (Manuel).— La gracia de Dios, poesía.	186
Beteta (Arturo).— Noli me tangere, poesía.	126
Bolet y Peraza (Nicanor).— Helénicas.	214
Boloña (Eleazar).— La toca de la abadesa, tradición.	151
Brais (Marino).— El cigarro.	83
Cabrera Guerra (Marcial).— El himno del martillo, poesía.	72
» » Pedro Antonio González.	230
Calzada (Rafael).— Caruncho.	205
Campoamor (Ramón de).— Final del Apocalipsis, dolora.	73
» » El premio á la virtud, dolora.	101
Casenave (Juan).— La Dolores.— Gabriela Roca.	48
Castell (Adela).— Optica del amor, poesía.	156
Castellanos (Joaquin).— En un álbum, poesía.	184
Castellanos (Moisés Numa).— Soledad, poesía.	267
Cobos (Francisco).— Cartas de fuego.— Fuego de cartas.	239
Cordero (Luis).— Perfidia de mi criado, poesía.	89
» » Fundada queja de cierto diputado, poesía.	157
Chocano (José S.).— Árboles viejos, poesía.	225
Dario (Rubén).— ARTISTAS ARGENTINOS.— De la Cárcova.	560
Diaz (Leopoldo).— Xerxes, poesía.	37
Diaz Mirón (Salvador).— Mística, poesía.	128
Dupuy de Lôme (Roberto).— Cosas, poesía.	51
» » Pasionaria, poesía.	244
F. D.— Colorines, poesía.	46
Fernández Espiro (Diego).— Daguerreotipo, poesía.	154
» » A Zoilo, poesía.	263
Frexas (Enrique).— ¡La gran vida! poesía.	108
Gavidia (Francisco).— A una azucena silvestre, poesía.	62
González (Pedro A.).— El Proscrito, poema (fragmentos).	233
Granada (Daniel).— Ñeambiú, leyenda guaraníca.	40
Gras y Elias (Francisco).— Agosto.	102
Grez (Eduardo).— ¡Excelsior! poesía.	108
Gutiérrez Nájera (Manuel).— ¡Muy buen viaje!	21
» » Tres amantes, poesía.	265
Larriva de Llona (Lastenia).— Fosforescencias, poesía.	60
Larroque (Benjamin).— Influencia de la música en la medicina.	120
Latzina (Francisco).— La difusión de las primeras letras es una crueldad.	166
López Benedito (F.).— Anacreóntica, poesía.	216
Lugones (Leopoldo).— El misal rojo.	137
» » Flores de pesadilla, poesía.	226

Llona (Numa Pompilio).— El artista en la Naturaleza.	266
Marroquín (Juan Manuel).— Estudios sobre la historia romana, poesía.	143
Martinto (Domingo D.).— Entusiasmo, poesía.	170
Matta (Guillermo).— La flor de nieve, poesía.	61
Mendes (Cátulo).— Las dos margaritas.	112
Méndez (Gervasio).— Recuerdo, poesía.	176
Méndez de Cuenca (Laura).— Mesalina, poesía.	164
Moreno (Hilarión D.).— Petite sérénade (música).. . . .	197
Naon (Pedro J.).— Muerta, poesía.	46
Nicolau Roig (Vicente).— Crítica menuda, poesía.. . . .	171
Obligado (Rafael).— Lima, poesía.	175
Ortiz (Carlos).— Eva en el paraíso, poesía.	45
» » Nupciales, poesía.	87
» » Ofrenda, poesía.	131
Ortiz (Francisco).— ¡La vida! poesía.	258
Ortiz (Juan Francisco).— El asno de Sileno, poesía.	257
Otaegui (Tomás).— Recuerdos de Guipúzcoa.	31
Palacios (Pedro A.).— A mi sobrino José Abel Palacios, poesía.. .	117
Palma (Clemente).— Al sepulturero, poesía.	163
» » * *, poesía.	237
Palma (Ricardo).— Las mentiras del general Lertzundi.. . . .	218
Papini y Zas (Guzmán).— A la poesía.. . . .	228
Pérez Petit (Victor).— Heroísmo.	246
Pla.— Imitaciones de Leopardi, poesía.	243
Prieto (Casimiro).— Estrellas, poesía.	28
» » Cantares.	52
» » Brindis, poesía.. . . .	63
» » ¡Venecia! poesía.	71
» » Oradores de sobremesa.. . . .	92
» » La mujer de Pascual, poesía.	109
» » Nueva doctrina, poesía.. . . .	132
» » Problemas.	178
» » Estrella, poesía.	202
» » Todo lo vence... el amor, poesía.	242
Reina (Manuel).— Los cabellos rubios, poesía.	224
Rivas Groot (José).— ¿Qué es dolor? poesía.. . . .	100
Rodó (José Enrique).— Lecturas, soneto.	39
Rodríguez (Guillermo P.).— Rocinante y Rucio, poesía.	142
» » Pretéritas, poesía.	217
Rodríguez Mendoza (Emilio).— Cuento de Navidad.. . . .	54
Roeber (Christián).— Los que se van, poesía.	81
Rueda (Salvador).— Escalas, poesía.	98
Ruiz (Eduardo B.).— Esbozo, poesía.	110
Soto y Calvo (Francisco).— Remanso, poesía.	154
Tobal (Federico).— La mujer del porvenir.	161
Trajano Mera (F.).— El Sabio y el Loco, balada de Apeles Mestres. .	255
Ugarte (Manuel B.).— Pálidas, poesía.	50
Uhrbach (Carlos P.).— Exótico, poesía.	125
Vera y González (Emilio).— Hilarión D. Moreno.. . . .	194
Villalobos (Rosendo).— Aparición, poesía,	212
*** Los garrotazos.	130

ÍNDICE ARTÍSTICO

CABRINETY (José)

Modestia (variedad).	62
Oradores de sobremesa (ilustración).	92
Las primeras nubes (variedad).	111
El amor (variedad)..	155
Estrella (ilustración).	202
Cartas de fuego.— Fuego de cartas (ilustración).	239

CARAFFA (Emilio A.)

El general Lamadrid.	129
----------------------	-----

CILLA (Ramón)

¡Buen viaje! (ilustración).	21
Estrellas (ilustración)..	28
Brindis (alegoría).	63
Un discípulo de Caco (variedad).	88
La mujer de Pascual (ilustración).	109
En casa del seductor (variedad).	136
Todo lo vence... el amor (ilustración).	242

ERIZ (Pedro)

Xerxes (alegoría).	37
Helénicas (ilustración).	214

FRADERA (R.)

El cigarro (ilustración).	83
Nueva doctrina (ilustración).	132

MESTRES (Apeles)

Portada.	3
Lista de colaboradores.	4
Los meses del año.	Del 9 al 20
Pálidas (ilustración).	50
La manzana (variedad).	58
Un importuno (variedad).	71
El himno del martillo (inicial)..	72
Robar la media sin quitar la bota (cuento vivo).	74
Los amigos de Leonor (variedad).	101
Agosto (inicial).	102
Las dos margaritas (ilustración).	112
A mi sobrino José Abel Palacios (inicial)..	117
Influencia de la música en la medicina (inicial)..	120
Los garrotazos (inicial).	130
El misal rojo (inicial).	137
Rocinante y Rucio (ilustración).	142
Estudios sobre la historia romana (ilustración).	143
Cuento demagógico, cuento vivo.	158

La difusión de las primeras letras (inicial).	166
Lima (inicial)..	175
¡Qué guapa! (variedad).	176
Problemas (ilustración).	178
Caruncho (ilustración).	205
Aparición (inicial).	212
Anacreónica (ilustración).	216
Apotegma en acción (variedad).	225
Pedro Antonio González (inicial)..	230
Heroísmo (inicial).	246
El Sabio y el Loco (ilustración).	255
El asno de Sileno (inicial).	257

NICOLAU COTANDA (Vicente)

Recuerdos de Guipúzcoa (ilustración).	31
Crítica menuda (ilustración).	171

PELLICER (José Luis)

Ñeambiú (ilustración)..	40
Cuento de Navidad (alegoría).	54
Escalas (ilustración).	98
El regreso (alegoría).	185
A mi hija María, en el día de su santo (ilustración).	210
Las mentiras del general Lertzundi (ilustración).	218
El Proscrito (alegoría).	233
La vejez de Venus (ilustración).	238
Soledad (ilustración).	267

PICOLO (M.)

Eva en el Paraíso (ilustración).	45
Los que se van (ilustración).	81
Noli me tangere (ilustración).	126
Mesalina (ilustración)..	164
El juicio de Paris (variedad).	264

PRIETO Y VALDÉS (Federico)

Cantares (alegoría)..	52
-----------------------	----

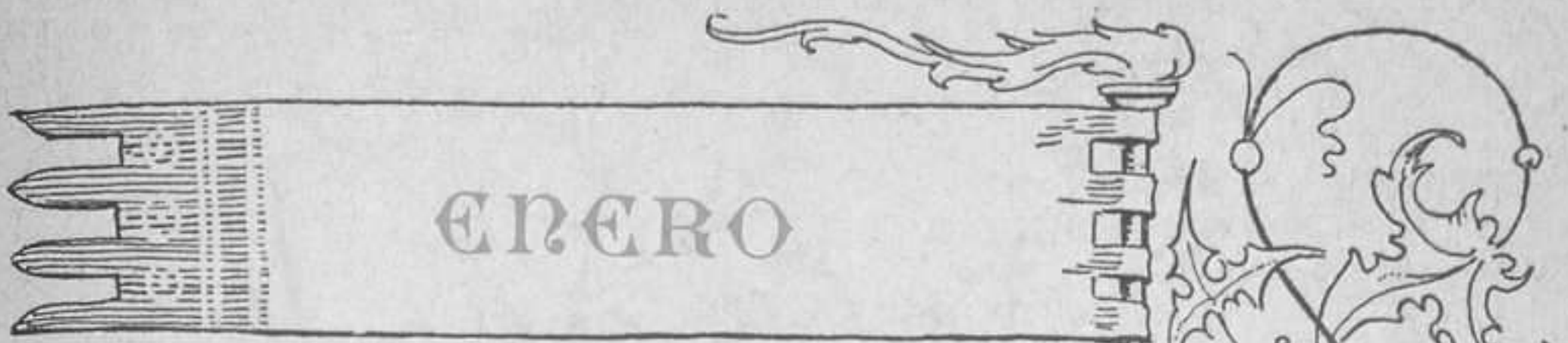
ROSS (Paciano)

BELLEZAS AMERICANAS.— Argentina..	27
Doña Gabriela Roca.	48
Dr. D. Matias Alonso Criado.	65
BELLEZAS AMERICANAS.— Chilena..	119
Sr. D. Diego Fernández Espiro.	153
BELLEZAS AMERICANAS.— Paraguaya.	177
Hilarión D. Moreno (Ramenti).	193
BELLEZAS AMERICANAS.— Uruguaya..	211
D. Pedro A. González.	229
Dr. D. Víctor Pérez Petit..	245
D. Ernesto de la Cárcova..	259

VÁZQUEZ (Nicanor)

Flores de pesadilla (ilustración).	226
------------------------------------	-----

BELLEZAS AMERICANAS.— Californiana.	53
D. Enrique Frexas.	107



- 1 V. ✠ LA CIRCUNCISIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.
- 2 S. S. Isidro, obispo y mr.
- 3 D. S. Florencio y santa Genoveva, virgen.
- 4 L. Stos. Gregorio y Tito, obispos.
- 5 M. Stos. Telesforo, papa y mr., y Eduardo, rey.
- 6 M. ✠ LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.
- 7 J. S. Julián, mártir. — ÁBRENSE LAS VELACIONES.
- 8 V. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mrs.
- 9 S. S. Fortunato, y sta. Basilisa, mrs.
- 10 D. Stos. Nicanor, mr. y Guillermo, arzobispo.
- 11 L. Stos. Higinio, papa, y Salvio, mrs.
- 12 M. S. Benedicto, obispo.
- 13 M. Stos. Gumersindo, presbítero y Leoncio, obispo.
- 14 J. S. Hilario, obispo.
- 15 V. Stos. Pablo, primer ermitaño, y Mauro.
- 16 S. Stos. Marcelo, papa y mártir, y Fulgencio, obispo.
- 17 D. EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS. — Stos. Antonio Abad y Sulpicio.
- 18 L. La Cátedra de san Pedro en Roma y sta. Liberata, virgen.
- 19 M. S. Canuto y sta. Marta, mrs.
- 20 M. Stos. Sebastián y Fabián, mrs.
- 21 J. Stos. Fructuoso y Eulogio, mrs.
- 22 V. Stos. Vicente y Anastasio, mrs.
- 23 S. Stos. Idefonso, arzobispo de Toledo, Raimundo de Peñafort y sta. Emerenciana, virgen y mártir.
- 24 D. Nuestra Señora de Betlehem. — Ntra. Sra. de la Paz y san Timoteo, obispo.
- 25 L. La Conversión de san Pablo, apostol, stos. Máximo y Proyecto, ob. y mr. y sta. Elvira, vgn. y mr.
- 26 M. S. Policarpo, ob. y mr., s. Alberico, abad y sta. Paula, virgen.
- 27 M. S. Juan Crisóstomo, obispo y doctor.
- 28 J. S. Julián, obispo y confesor.
- 29 V. Dedicación de esta Sta. Catedral. — Stos. Valero y Francisco de Sales.
- 30 S. S. Hipólito, mr., y sta. Martina, virgen.
- 31 D. S. Pedro Nolasco. — *Indulgencia de 40 horas en la Merced.*





FEBRERO

- 1 L. Stos. Cecilio é Ignacio, obispo y mr.
- 2 M. LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA. — Santos Firmo y Cándido.
- 3 M. Stos. Blas, obispo y Laurentino, mrs.
- 4 J. Stos. Andrés Corsino, obispo y Donato, mártir.
- 5 V. S. Albino, obispo y sta. Agueda, virgen.
- 6 S. Stos. Teófilo y Saturnino, mártires y sta. Dorotea, virgen y mártir.
- 7 D. S. Romualdo, abad, y Ricardo, rey.
- 8 L. Stos. Juan de Mata, confesor, Lucio y Ciriaco, mrs.
- 9 M. Stos. Alejandro, Nicéforo y Jocundo, mrs. y santa Polonia, vgn. y mr.
- 10 M. Stos. Ireneo y Amancio, y sta. Escolástica.
- 11 J. Stos. Félix, mr. y Saturnino, papa.
- 12 V. Stos. Damián y Modesto, y stas. Eulalia, mr. y Humbelina, vgn.
- 13 S. S. Benigno, mr. y sta. Catalina de Ricci, vgn.
- 14 D. *De Septuagésima.* — Stos. Valentín, pbro. y Zenón, mrs.
- 15 L. S. Faustino y sta. Jovita, mrs.
- 16 M. *La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.* — Stos. Gregorio, papa, y Elías, profeta.
- 17 M. Stos. Rómulo, Policronio, mrs., y Julián.
- 18 J. Stos. Simeón, ob. y Claudio, mrs.
- 19 V. Stos. Gavino, Marcelo, mártires, Mansueto, obispo y Álvaro de Córdoba, confesor.
- 20 S. Stos. Eleuterio, Sadot, obs., y Nemesio, mrs.
- 21 D. *De Sexagésima.* — Stos. Félix, ob., y Fortunato, mr.
- 22 L. La Cátedra de san Pedro en Antioquia, sta. Margarita y san Abilio.
- 23 M. *La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.* — Stos. Pedro Damián, ob. y Policarpo, mr.
- 24 M. Stos. Matias, ap., Modesto y sta. Primitiva, mr.
- 25 J. San Sebastián.
- 26 V. Ntra. Sra. de Guadalupe. — S. Alejandro.
- 27 S. S. Baldomero, confesor.
- 28 D. *De Quincuagésima.* — Stos. Justo y Rufino, mrs. — *Indulgencia de 40 horas en las Catalinas.* — CARNAVAL.



MARZO

- 1 L. S. Rudesindo, ob. y cfr. y sta. Eudoxia, mr.
- 2 M. Stos. Heraclio y Absalón, mrs., Florencio y Simplicio, papa y confesor. — CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
- 3 M. DE CENIZA. — Stos. Hemeterio y Celedonio, hermanos y Medin, mrs. — *Abstinencia.* — *Principio del ayuno cuaresmal.*
- 4 J. Stos. Casimiro, rey y cfr. y Lucio, papa y mr.
- 5 V. *Abstinencia.* — Stos. Adrián y Eusebio, mrs. y Gerásimo, cfr. — La Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C.
- 6 S. Stos. Olegario, ob., y Victoriano, mr.
- 7 D. 1.º de cuaresma. — Sto. Tomás de Aquino y sta. Perpetua, mr.
- 8 L. S. Juan de Dios, fr. y sta. Erenia, mr.
- 9 M. S. Paciano, ob. y sta. Francisca romana, viuda.
- 10 M. *Témporas.* — S. Melitón y los 39 compañeros mártires.
- 11 J. Stos. Zacarías, padre de san Juan Bautista y Eulogio, ob.
- 12 V. *Témporas.* — *Abstinencia.* — S. Gregorio el Magno, papa y doctor. — La Lanza y Clavos de N. S. J. C.
- 13 S. *Temporas.* — Stos. Leandro, ob., y Macedonio.
- 14 D. 2.º de cuaresma. — Stas. Florentina, vgn. y Matilde, reina.
- 15 L. Sta. Madrona, vgn. y mr. y stos. Raimundo, abad. y Longinos, mr.
- 16 M. Sta. Isabel, madre de san Juan Bautista.
- 17 M. Stos. Patricio, ob., José de Arimatea, cfs. y sta. Gertrudis.
- 18 J. Stos. Gabriel, arcángel, Alejandro, ob. y el beato Salvador de Horta.
- 19 V. ✠ EL PATRIARCA SAN JOSÉ, esposo de Nuestra Señora. — *Abst.* — La Santa Sábana de N. S. J. C.
- 20 S. Stos. Braulio y Niceto, ob. y stas. Eugenia, vgn. y Fotina la Samarit.
- 21 D. 3.º de cuaresma. — S. Benito, abad y fundador. OTOÑO.
- 22 L. Stos. Deogracias, ob. y Octaviano y sta. Catalina de Génova, vgn.
- 23 M. S. Victoriano y sta. Teodosia, mr.
- 24 M. Stos. Agapito, ob., Dionisio, Timolao y Pausides, mrs.
- 25 J. LA ENCARNACION DE N. S. J. C. — S. Ireneo.
- 26 V. *Abstinencia.* — S. y Braulio, ob. — Las Cinco Llagas de N. S. J. C.
- 27 S. S. Ruperto, ob. y cfr. y sta. Lidia con su esposo é hijos mrs.
- 28 D. 4.º de cuaresma. — Stos. Sixto, papa, y Doroteo, mr.
- 29 L. Stos. Cirilo y Pastor.
- 30 M. S. Juan Climaco, abad.
- 31 M. S. Benjamín y santa Balbina, vgn. y mr.



EP



ABRIL

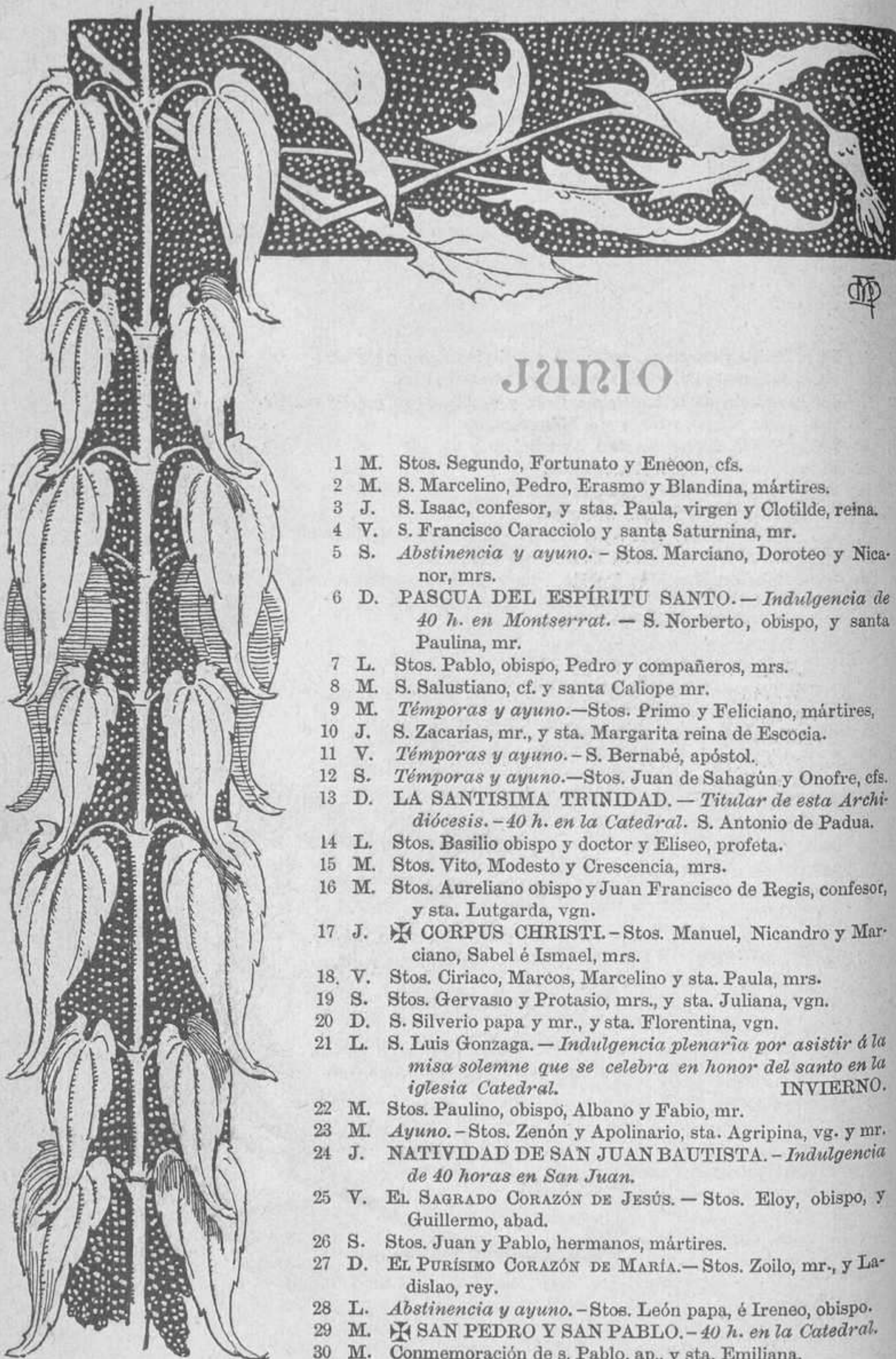
- 1 J. S. Venancio. — Impr. de las llagas de sta. Catalina.
- 2 V. *Abstinencia*. — Stos. Francisco de Paula y Urbano, obispo. — La Santísima Sangre de N. S. J. C.
- 3 S. S. Benito de Palermo. — La traslación de las reliquias de santa Rosa de Lima. — RESEÑA.
- 4 D. DE PASIÓN. — S. Isidoro, arzobispo de Sevilla y dr. — RESEÑA.
- 5 L. S. Vicente Ferrer y stas. Irene y Emilia, vgn.
- 6 M. Stos. Sixto, papa y mr., y Celestino.
- 7 M. Stos. Epifanio, ob. y mr. y Rufino.
- 8 J. Stos. Dionisio, ob., Alberto el Magno, Edesio y Máximo, mrs.
- 9 V. *Abst.* — Stas. Casilda y María Cleofé. — Los siete Dolores de María Sma.
- 10 S. Stos. Ezequiel, profeta y mr. y Pompeyo. — RESEÑA.
- 11 D. DE RAMOS. — Stos. León el Magno, papa dr., y Felipe, papa. — RESEÑA.
- 12 L. SANTO. — Stos. Julio, papa, y Víctor, mr.
- 13 M. SANTO. — Stos. Hermenegildo y Justino, mrs.
- 14 M. SANTO. — S. Pedro G. Telmo y sta. Domnina. — *Ayuno y abstinencia hasta el Sábado Santo inclusive.* — RESEÑA.
- 15 J. SANTO. — S. Máximo y stas. Anastasia.
- 16 V. SANTO. — S. Toribio de Liébana, ob. y sta. Engracia, vgn.
- 17 S. SANTO. — S. Aniceto, papa, y Beata María Ana de Jesús.
- 18 D. PASCUA DE RESURRECCIÓN. — *Ind. de 40 h. en Montserrat.*
 - 19 L. Stos. Jorge, ob., Hermógenes y Vicente, mrs.
 - 20 M. S. Serviliano, mr., y sta Inés.
 - 21 M. Stos. Anselmo, ob. y dr., y Simeón, ob. y mr.
 - 22 J. Stos. Sotero, Cayo, papas y mrs., y Teodoro.
 - 23 V. Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, mrs.
 - 24 S. Stos. Honorio, obispo, y Fidel de Samaria, mr.
 - 25 D. DE CUASIMODO. — S. Marcos Evangelista. — *Letanías mayores.*
- 26 L. S. Cleto, Marcelino y Pedro, ob. — **ÁBRENSSE LAS VELACIONES.**
- 27 M. Stos. Toribio, arzobispo, y Pedro Armengol, mr.
- 28 M. Stos. Prudencio, arz., Vital, mr., y su esposa sta. Valeria.
- 29 J. Stos. Pedro, mr., y Paulino, obispo.
- 30 V. Sta. Catalina de Sena, vgn. y s. Pelegrín, cfr.



MAYO

- 1 S. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles y s. Segismundo, rey y mr.
- 2 D. Stos. Anastasio, ob. y dr., German y Celestino, mrs.
- 3 L. La Invención de la Santísima Cruz y s. Alejandro, papa y mártir.
- 4 M. S. Silvano, obispo, y mr. y sta. Mónica, viuda.
- 5 M. S. Pío V y la conversión de s. Agustín, ob. y dr.
- 6 J. El martirio de s. Juan Evangelista.
- 7 V. Stos. Benedicto y Estanislao, ob. y mr.
- 8 S. La aparición de s. Miguel Arcángel.
- 9 D. **EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.** — S. Gregorio Nacianceno, ob.
- 10 L. Stos. Antonio, arzobispo de Florencia y Cirilo, mr.
- 11 M. Stos. Eudaldo, Mamerto, Poncio, Gualtero, Evelio y Fabio, mrs.
- 12 M. Stos. Domingo de la Calzada, Nereo y Pancracio, mr.
- 13 J. Stos. Mucio, pbro., Segundo, y Pedro Regalado.
- 14 V. Stos. Sabino y Bonifacio, papa y sta. Corona, mrs.
- 15 S. Stos. Isidro Labrador y Torcuato.
- 16 D. **NUESTRA SEÑORA DE LUJÁN.** — Stos. Ubaldo y Peregrino, ob.
- 17 L. S. Pascual Bailón y sta. Restituta, vgn. y mr.
- 18 M. Stos. Venancio, Félix de Cantalicio, cfr. y sta. Claudia, mr.
- 19 M. S. Pedro Celestino, papa y santa Prudencia, virgen.
- 20 J. S. Bernardino de Sena.
- 21 V. Stos. Secundino y Timoteo, obispo y mr.
- 22 S. Stas. Rita de Casia, Quiteria y Julia, virgenes y mrs.
- 23 D. Stos. Desiderio, ob., Vicente, pbro. y Basileo, mr.
- 24 L. **ROGACIONES.** — Stas. Afra y Susana.
- 25 M. **ROGACIONES.** — Stos. Gregorio VII y Urbano. — **FIESTA CÍVICA.**
- 26 M. **ROGACIONES.** — Stos. Felipe Neri, cfr. y fr. y Heraclio, mártir.
- 27 J. **LA ASCENSION DEL SEÑOR.** — S. Juan, papa y mr.
- 28 V. Stos. Justo, Germán y Emilio, mrs.
- 29 S. Stos. Máximo, ob., Alejandro y sta. Teodosia, mrs.
- 30 D. Stos. Fernando, rey y Félix, papa.
- 31 L. Ntra. Sra. Reina de todos los santos y Madre del Amor hermoso, stas. Ángela de Merici, vgn. y fundadora y Petronila, vgn.

EP



JUNIO

- 1 M. Stos. Segundo, Fortunato y Enecon, cfs.
- 2 M. S. Marcelino, Pedro, Erasmo y Blandina, mártires.
- 3 J. S. Isaac, confesor, y stas. Paula, virgen y Clotilde, reina.
- 4 V. S. Francisco Caracciolo y santa Saturnina, mr.
- 5 S. *Abstinencia y ayuno.* - Stos. Marciano, Doroteo y Niconor, mrs.
- 6 D. PASCUA DEL ESPÍRITU SANTO. - *Indulgencia de 40 h. en Montserrat.* - S. Norberto, obispo, y santa Paulina, mr.
- 7 L. Stos. Pablo, obispo, Pedro y compañeros, mrs.
- 8 M. S. Salustiano, cf. y santa Caliope mr.
- 9 M. *Témporas y ayuno.* - Stos. Primo y Feliciano, mártires.
- 10 J. S. Zacarías, mr., y sta. Margarita reina de Escocia.
- 11 V. *Témporas y ayuno.* - S. Bernabé, apóstol.
- 12 S. *Témporas y ayuno.* - Stos. Juan de Sahagún y Onofre, cfs.
- 13 D. LA SANTISIMA TRINIDAD. - *Titular de esta Archidiócesis. - 40 h. en la Catedral.* S. Antonio de Padua.
- 14 L. Stos. Basilio obispo y doctor y Eliseo, profeta.
- 15 M. Stos. Vito, Modesto y Crescencia, mrs.
- 16 M. Stos. Aureliano obispo y Juan Francisco de Regis, confesor, y sta. Lutgarda, vgn.
- 17 J. ✠ CORPUS CHRISTI. - Stos. Manuel, Nicandro y Marciano, Sabel é Ismael, mrs.
- 18 V. Stos. Ciriaco, Marcos, Marcelino y sta. Paula, mrs.
- 19 S. Stos. Gervasio y Protasio, mrs., y sta. Juliana, vgn.
- 20 D. S. Silverio papa y mr., y sta. Florentina, vgn.
- 21 L. S. Luis Gonzaga. - *Indulgencia plenaria por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Catedral.* INVIERNO.
- 22 M. Stos. Paulino, obispo, Albano y Fabio, mr.
- 23 M. *Ayuno.* - Stos. Zenón y Apolinario, sta. Agripina, vg. y mr.
- 24 J. NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA. - *Indulgencia de 40 horas en San Juan.*
- 25 V. EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS. - Stos. Eloy, obispo, y Guillermo, abad.
- 26 S. Stos. Juan y Pablo, hermanos, mártires.
- 27 D. EL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA. - Stos. Zoilo, mr., y Ladislao, rey.
- 28 L. *Abstinencia y ayuno.* - Stos. León papa, é Ireneo, obispo.
- 29 M. ✠ SAN PEDRO Y SAN PABLO. - *40 h. en la Catedral.*
- 30 M. Conmemoración de s. Pablo, ap., y sta. Emiliana,



JULIO

- 1 J. Stos. Secundino, Casto y Galo obispos, y Julio, mr.
- 2 V Ntra. Sra. de los Desamparados. - *Indulg. de 40 h. en San Nicolás de Bari.* - San Martiniano, mr.
- 3 S. Stos. Ireneo, Jacinto, Trifón y Eulogio, mrs.
- 4 D. La Santísima Sangre de N. S. J. C. - S. Laureano, arz.
- 5 L. La Traslación de las reliquias de nuestro patrón s. Martín. - S. Miguel de los Santos y sta. Filomena, virgen.
- 6 M. S. Rómulo, ob., el santo profeta Isaías y sta. Lucía.
- 7 M. Stos. Fermín, ob., Claudio y Sinfiriano, mrs.
- 8 J. Sta. Isabel, viuda, reina de Portugal.
- 9 V. S. Cirilo, ob., y sta. Natalia. - FIESTA CIVICA.
- 10 S. Stos. Enero, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vital y Marcial, mrs., hijos de sta. Felicitas.
- 11 D. Stos. Pío, papa, y Cipriano, mrs.
- 12 L. Stos. Juan Gualberto, abad, y Félix, mr.
- 13 M. S. Anacleto, papa y mr., y sta. Mirope, mr.
- 14 M. Stos. Buenaventura, obispo y doctor, y Cirilo, mr.
- 15 J. S. Enrique, emperador.
- 16 V. Triunfo de la Sma. Cruz. - Ntra. Sra. del Carmen. - *Ind. de 40 h. en Montserrat, Concepción, Teresas y Carmen.*
- 17 S. S. Alejo, confesor, stas. Donata y Segunda, mrs.
- 18 D. Stos. Camilo de Lelis, Federico, y sta. Sinfrososa, virgen.
- 19 L. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina, vgn. y mr.
- 20 M. Stos. Jerónimo, Emiliano y Elías, y sta. Liberata, virgen.
- 21 M. Stos. Víctor y Feliciano, mrs.
- 22 J. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.
- 23 V. Stos. Apolinario, obispo y mr., y Liborio.
- 24 S. S. Francisco Sol y sta. Cristina, vgn. y mr.
- 25 D. Santiago, apóstol, s. Cristóbal y sta. Valentina.
- 26 L. Santa Ana, madre de Ntra. Sra., y s. Jacinto, mr.
- 27 M. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs., y sta. Natalia.
- 28 M. Stos. Inocencio, papa, Nazario y Acacio, mrs.
- 29 J. Sta. Marta, virgen, y s. Faustino, mr.
- 30 V. Stos. Abdón, Senén y sta. Máxima, ms.
- 31 S. S. Ignacio de Loyola. - *Ind. 40 horas en su iglesia.*



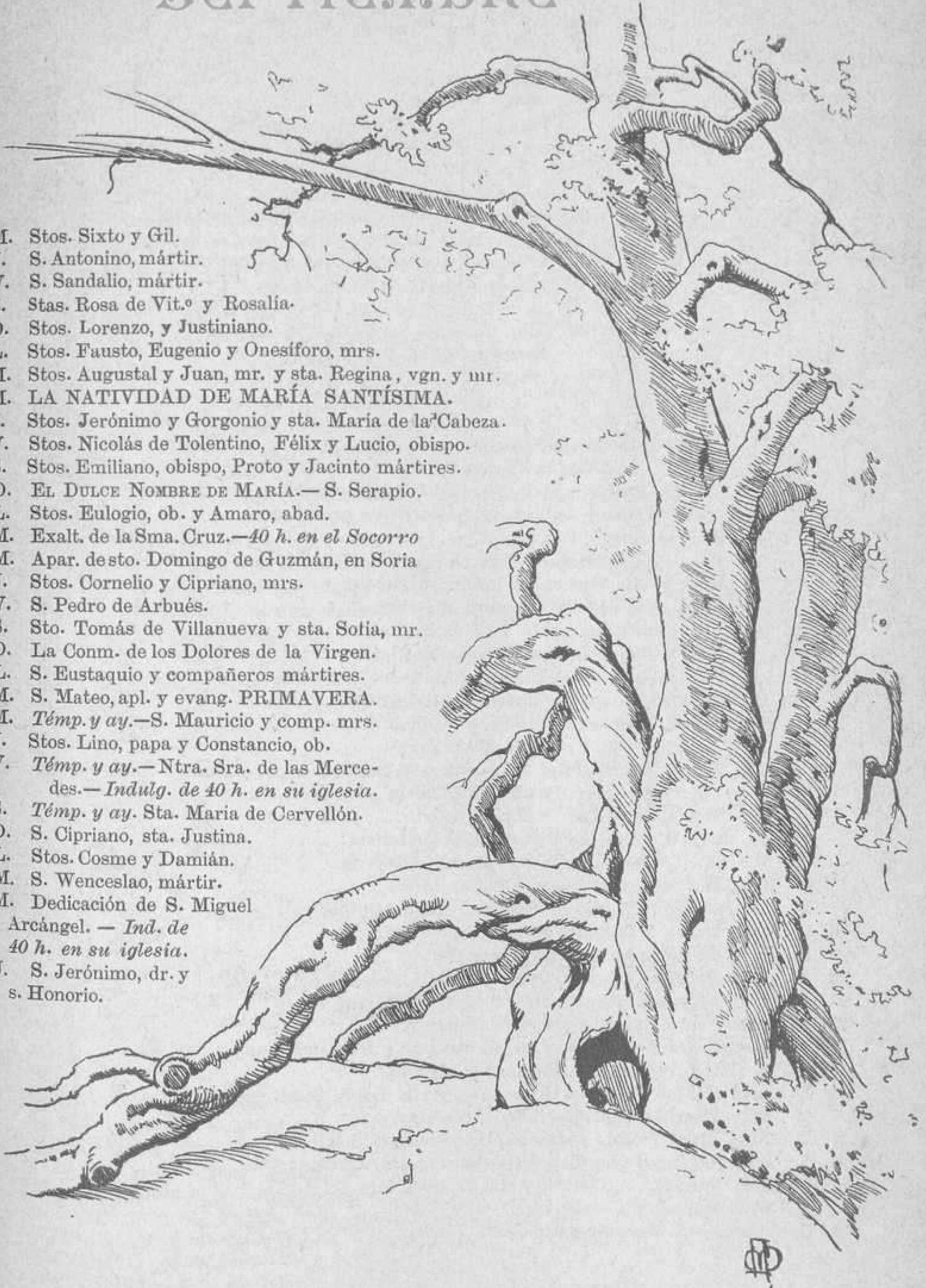
AGOSTO

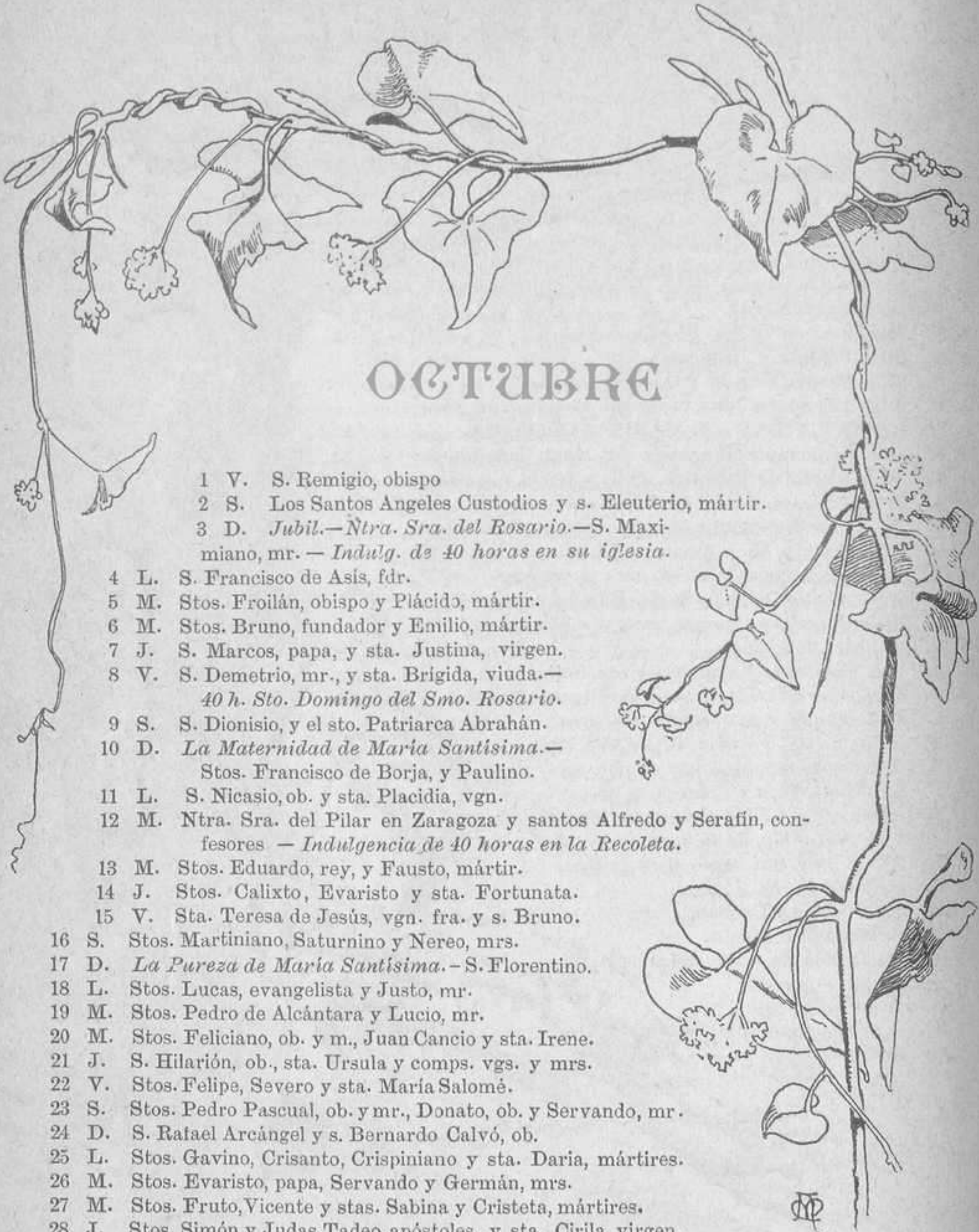
- 1 D. Stos. Pedro Advincula, ap., Domiciano, Rufo y Félix, mrs.
- 2 L. Ntra. Sra. de los Ángeles. — *Jubileo de Porciúncula.*
- 3 M. La Invencción de s. Esteban, protomártir.
- 4 M. Sto. Domingo de G., fr. — *Indulg. 40 h. en su iglesia.*
- 5 J. Ntra. Sra. de las Nieves. — S. Osvaldo, rey.
- 6 V. La Transfiguración de N. S. J. C., s. Sixto, papa.
- 7 S. Stos. Cayetano, fundador, Pedro y Julián, mrs.
- 8 D. Stos. Ciriaco, Eleuterio y compañeros mrs.
- 9 L. Stos. Justo y Pastor, hermanos mrs. y s. Román.
- 10 M. S. Lorenzo, mr., y sta. Paula, virgen y mr.
- 11 M. Stos. Rufino, ob. y Tiburcio, y sta. Susana, mrs.
- 12 J. Sta. Clara, patrona menor de esta ciudad por su reconquista. — *Indulg. de 40 horas en S. Juan.*
- 13 V. Stos. Hipólito, Casiano y sta Elena, mrs.
- 14 S. *Abst. y ayuno.* — S. Eusebio, mr. y sta. Limbania.
- 15 D. ✠ LA ASUNCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA.
- 16 L. Stos. Roque y Jacinto, cfs. — *Indulgencia de 40 horas en San Francisco.*
- 17 M. Stos. Anastasio, Bonifacio, Liberato y Mamete, mr.
- 18 M. Stos. Floro y Agapito, mr. y sta. Elena, emperatriz.
- 19 J. Stos. Luis, obispo, Julio y Andrés, mrs.
- 20 V. S. Bernardo, abad, y el santo profeta Samuel.
- 21 S. Sta. Juana Francisca de Chantal, viuda fundadora.
- 22 D. S. JOAQUÍN, padre de Ntra. Sra., stos. Hipólito y Marcial, mrs.
- 23 L. Stos. Felipe Benicio y Restituto.
- 24 M. Stos. Bartolomé, apóstol, y Romano, obispo.
- 25 M. Stos. Julián y Luis, rey de Francia.
- 26 J. Stos. Ceferino, papa, Ireneo y Adriano, mrs.
- 27 V. S. José de Calasanz.
- 28 S. Stos. Agustín y Bibiano, obs.
- 29 D. La degollación de s. Juan B.
- 30 L. ✠ SANTA ROSA DE LIMA, patr.^a pral. de esta América.
- 31 M. S. Ramón N.



SEPTIEMBRE

- 1 M. Stos. Sixto y Gil.
- 2 J. S. Antonino, mártir.
- 3 V. S. Sandalio, mártir.
- 4 S. Stas. Rosa de Vit.^o y Rosalía.
- 5 D. Stos. Lorenzo, y Justiniano.
- 6 L. Stos. Fausto, Eugenio y Onesíforo, mrs.
- 7 M. Stos. Augustal y Juan, mr. y sta. Regina, vgn. y mr.
- 8 M. LA NATIVIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.
- 9 J. Stos. Jerónimo y Gorgonio y sta. Maria de la^a Cabeza.
- 10 V. Stos. Nicolás de Tolentino, Félix y Lucio, obispo.
- 11 S. Stos. Emiliano, obispo, Proto y Jacinto mártires.
- 12 D. EL DULCE NOMBRE DE MARÍA.— S. Serapio.
- 13 L. Stos. Eulogio, ob. y Amaro, abad.
- 14 M. Exalt. de la Sma. Cruz.—40 h. en el Socorro
- 15 M. Apar. de sto. Domingo de Guzmán, en Soria
- 16 J. Stos. Cornelio y Cipriano, mrs.
- 17 V. S. Pedro de Arbués.
- 18 S. Sto. Tomás de Villanueva y sta. Sofia, mr.
- 19 D. La Conm. de los Dolores de la Virgen.
- 20 L. S. Eustaquio y compañeros mártires.
- 21 M. S. Mateo, apl. y evang. PRIMAVERA.
- 22 M. *Témp. y ay.*—S. Mauricio y comp. mrs.
- 23 J. Stos. Lino, papa y Constancio, ob.
- 24 V. *Témp. y ay.*—Ntra. Sra. de las Mercedes.—*Indulg. de 40 h. en su iglesia.*
- 25 S. *Témp. y ay.* Sta. Maria de Cervellón.
- 26 D. S. Cipriano, sta. Justina.
- 27 L. Stos. Cosme y Damián.
- 28 M. S. Wenceslao, mártir.
- 29 M. Dedicación de S. Miguel Arcángel. — *Ind. de 40 h. en su iglesia.*
- 30 J. S. Jerónimo, dr. y s. Honorio.





OCTUBRE

- 1 V. S. Remigio, obispo
- 2 S. Los Santos Angeles Custodios y s. Eleuterio, mártir.
- 3 D. *Jubil.*—*Ntra. Sra. del Rosario.*—S. Maximiano, mr. — *Indulg. de 40 horas en su iglesia.*
- 4 L. S. Francisco de Asís, fdr.
- 5 M. Stos. Froilán, obispo y Plácido, mártir.
- 6 M. Stos. Bruno, fundador y Emilio, mártir.
- 7 J. S. Marcos, papa, y sta. Justina, virgen.
- 8 V. S. Demetrio, mr., y sta. Brigida, viuda.—*40 h. Sto. Domingo del Smo. Rosario.*
- 9 S. S. Dionisio, y el sto. Patriarca Abrahán.
- 10 D. *La Maternidad de María Santísima.*—Stos. Francisco de Borja, y Paulino.
- 11 L. S. Nicasio, ob. y sta. Placidia, vgn.
- 12 M. *Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza* y santos Alfredo y Serafin, confesores — *Indulgencia de 40 horas en la Recoleta.*
- 13 M. Stos. Eduardo, rey, y Fausto, mártir.
- 14 J. Stos. Calixto, Evaristo y sta. Fortunata.
- 15 V. Sta. Teresa de Jesús, vgn. fra. y s. Bruno.
- 16 S. Stos. Martiniano, Saturnino y Nereo, mrs.
- 17 D. *La Pureza de María Santísima.*—S. Florentino.
- 18 L. Stos. Lucas, evangelista y Justo, mr.
- 19 M. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mr.
- 20 M. Stos. Feliciano, ob. y m., Juan Cancio y sta. Irene.
- 21 J. S. Hilarión, ob., sta. Ursula y comps. vgs. y mrs.
- 22 V. Stos. Felipe, Severo y sta. María Salomé.
- 23 S. Stos. Pedro Pascual, ob. y mr., Donato, ob. y Servando, mr.
- 24 D. S. Rafael Arcángel y s. Bernardo Calvó, ob.
- 25 L. Stos. Gavino, Crisanto, Crispiniano y sta. Daria, mártires.
- 26 M. Stos. Evaristo, papa, Servando y Germán, mrs.
- 27 M. Stos. Fruto, Vicente y stas. Sabina y Cristeta, mártires.
- 28 J. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstoles, y sta. Cirila, virgen.
- 29 V. Stos. Narciso, ob., Cenobio y sta. Eusebia, mrs.
- 30 S. Stos. Marcelo y Claudio, mrs.
- 31 D. *Ayuno.*—S. Nemesio y su hija sta. Lucila.

NOVIEMBRE

- 1 L. LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS. — S. Cesáreo, mártir.
- 2 M. La Conmemoración de los fieles difuntos. — S. Ciriaco y sta. Eustoquia.
- 3 M. Los innum. Mártires de Zaragoza, s. Armengol, ob. y sta. Eustoquia.
- 4 J. Stos. Carlos Borromeo, arz., Nicandro, ob. y mr. y sta. Modesta, virgen.
- 5 V. Stos. Félix y Eusebio, mrs. y el beato Martín de Porres.
- 6 S. Stos. Severo, obispo y mr., y Leonardo, confesor.
- 7 D. Stos. Florencio, ob. y cfr., Amaranto y sta. Carina, mrs.
- 8 L. Stos. Severo y Victorino, mártires.
- 9 M. Stos. Teodoro y Alejandro, mrs.
- 10 M. Stos. Andrés Avelino, Trifón y stas. Ninfa y Trifosa, mrs.
- 11 J. ✠ S. MARTIN, obispo, Patrón principal de esta Archidiócesis.—*Indulgencia. de 40 horas en la Catedral.*
- 12 V. Stos. Martín, papa, Rufo, ob., y Diego de Alcalá.
- 13 S. Stos. Antonio, Germán, mrs., y Estanislao de Koska, cfr.
- 14 D. *El Patrocinio de Nuestra Señora.* — Stos. Clementino y Serapio, mrs. — *40 horas en Balvanera de su Titular.*
- 15 L. Stos. Eugenio, ob. y mr., Leopoldo y sta. Gertrudis, vgn.
- 16 M. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mrs.
- 17 M. Stos. Gregorio Taumaturgo y Victor.
- 18 J. Stos. Máximo, obispo y Bárulas, niño, mártir.
- 19 V. S. Ponciano, papa y mártir, y sta. Isabel, reina de Hungría.
- 20 S. Stos. Félix de Valois y Octavio, mrs.

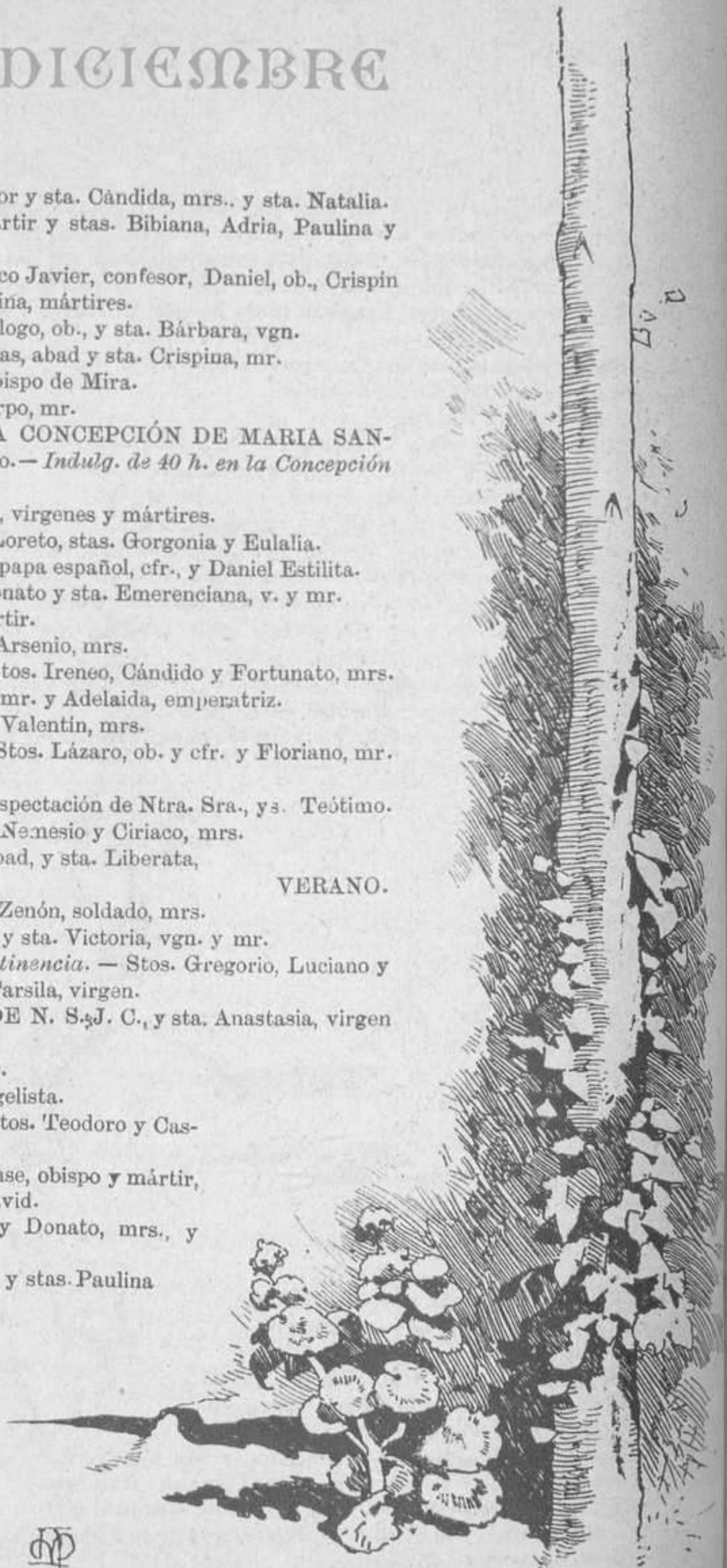


- 21 D. Presentación de Ntra. Sra. — S. Alberto.
—*Ind. de 40 horas en S. Miguel.*
- 22 L. Sta. Cecilia, vgn. y mr.
- 23 M. S. Clemente, papa y sta. Lucrecia, mrs.
- 24 M. S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, virgen.
- 25 J. Sta. Catalina, virgen y mr.
- 26 V. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Fausto.
- 27 S. Stos. Facundo y Primitivo. — CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
- 28 D. *I de Adviento.* — *Ntra. Sra. de la Piedad.* — Stos. Gregorio III, papa y Mansueto. — *Indulgencia de 40 horas en su iglesia.*
- 29 L. Stos. Saturnino y Filomeno.
- 30 M. S. Andrés, apóstol, y sta. Justina, virgen y mr.

18

DICIEMBRE

- 1 M. S. Eloy, obispo y confesor y sta. Cándida, mrs., y sta. Natalia.
- 2 J. S. Silvano, obispo y mártir y stas. Bibiana, Adria, Paulina y Aurelia, mártires.
- 3 V. *Ayuno.* — Stos. Francisco Javier, confesor, Daniel, ob., Crispin y Claudio, y sta. Magina, mártires.
- 4 S. *Ayuno.* — S. Pedro Crisólogo, ob., y sta. Bárbara, vgn.
- 5 D. *II de Adviento.* — S. Sabas, abad y sta. Crispina, mr.
- 6 L. S. Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.
- 7 M. Stos. Ambrosio y Policarpo, mr.
- 8 M. ✠ LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARIA SANTISIMA, y s. Sifronio. — *Indulg. de 40 h. en la Concepción y en San Francisco.*
- 9 J. Stas. Leocadia y Valeria, virgenes y mártires.
- 10 V. *Ayuno.* — Ntra. Sra. de Loreto, stas. Gorgonia y Eulalia.
- 11 S. *Ayuno.* — Stos. Dámaso, papa español, cfr., y Daniel Estilita.
- 12 D. *III de Adviento.* — S. Donato y sta. Emerenciana, v. y mr.
- 13 L. Sta. Lucía, virgen y mártir.
- 14 M. Stos. Nicasio, obispo, y Arsenio, mrs.
- 15 M. *Témporas y ayuno.* — Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato, mrs. y stas. Albina, vgn. y mr. y Adelaida, emperatriz.
- 16 J. Stos. Eusebio, obispo, y Valentín, mrs.
- 17 V. *Témporas y ayuno.* — Stos. Lázaro, ob. y cfr. y Floriano, mr. y sta. Vivina, virgen.
- 18 S. *Témporas y ayuno.* — Espectación de Ntra. Sra., y s. Teótimo.
- 19 D. *IV de Adviento.* — Stos. Nemesio y Ciriaco, mrs.
- 20 L. Sto. Domingo de Silos, abad, y sta. Liberata,
- 21 M. Sto. Tomás, apóstol. VERANO.
- 22 M. Stos. Demetrio, Floro y Zenón, soldado, mrs.
- 23 J. El beato Nicolás Factor, y sta. Victoria, vgn. y mr.
- 24 V. *Vigilia con ayuno y abstinencia.* — Stos. Gregorio, Luciano y Delfin, obispo, y sta. Tarsila, virgen.
- 25 S. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C., y sta. Anastasia, virgen y mártir.
- 26 D. S. Esteban, protomártir.
- 27 L. S. Juan, apóstol y evangelista.
- 28 M. Los Santos Inocentes, stos. Teodoro y Castor, mártires.
- 29 M. Sant. Tomás Cantuariense, obispo y mártir, y el sto. rey profeta David.
- 30 J. Stos. Severo, Honorio y Donato, mrs., y sta. Anisia, mr.
- 31 V. S. Silvestre, papa y cfr., y stas. Paulina é Hilaria, mrs.



¡MUY BUEN VIAJE!

(EN AÑO NUEVO)

Cortesmente os acompañamos, queridos amigos nuestros, hasta el umbral de la casa. La cuadrilla, compuesta de doce respetables caballeros, que han venido á robarnos y nos han robado un año de existencia, amén de muchas ilusiones y de algunas verdades, se despide ahora, ó lo que es lo mismo, cambia de nombres y de trajes para continuar cometiendo las mismas fechorías.



Esos doce señores tienen casi todos la propia estatura, pulgada más, pulgada menos. Sólo uno, el travieso, el medio loco, es un poco más bajo. Cada cuatro años crece como si se empinara para ver quién es el nuevo presidente, pero en seguida recobra su habitual tamaño. Este chiquitín parece un cascabel.

Antes de que se alejen esas doce personas, que ya están con el sombrero en la mano, debemos saludarlas con respeto, como se saluda generalmente á los ladrones. Veámoslas por la última vez, pero no tales como son, porque á nadie es bueno ver tal como es, sino como las disfraza nuestra fantasía, como

las pinta la memoria. No iguales, no uniformadas, no con sus treinta ó treinta y una casillas de tablero invariable, sino distintas, individualizadas, como las vemos á través de los recuerdos.

¿Qué es Enero? Es un niño, pero no un niño recién nacido, sino uno que ya come dulces, compra juguetes, pide dinero á su papá y empaña con su vaho el cristal de los aparadores. Le gustan todos los colores, así como de joven le gustarán todas las bonitas. Salta como la pelota, corre como



el aro, gira como el trompo. A veces es ya un verdadero general; la prueba es que maltrata á sus soldados. A ratos deja la espada por la prestidigitación, por la caja de suertes ó de escamoteo, y se convierte en hombre político color de rosa en su cutis, porque Enero no come pan como nosotros, sino merengues, caramelos, cerezas.

Este mes no existía antes. Es francés. Hay quién opina que vino con su tambor flamante y su corneta de brillantísimo latón cuando vinieron los zuavos. Pero él lo niega. Asegura que llegó en un baúl de una cantatriz de ópera bufa. Poco á poco fué recibiendo su equipaje: las bolsas de dulces, las cajitas de raso acolchonado, los muñecos que dicen *sí*

como los diputados, las muñecas que cuestan mucho como las mujeres, los ferrocarriles de hojalata, las casitas de madera. Antes no había más que un niño de porcelana, el niño Dios. Desde que vino el francesito Enero hay muchos porros.

Tras de Bebé llega Cascabel.

Es el más rehilete; no cesa de moverse. Ya ése no es niño... ¡qué ha de ser! Cierra el rector la puerta del colegio,



apaga los faroles de los claustros, ronda las celdas con paso cauteloso, espía por los agujeros de las cerraduras: todos duermen! Tranquilo, pues, retírase á su cuarto. Pero apenas ha abierto el viejo rector su libro de pergamino, apenas se ha sentado en el sillón de cuero, cuando Febrero, que se fingió dormido, entorna la puerta de su celda, atraviesa de puntillas los pasadizos y los corredores, baja las escaleras sin hacer ruido, como baja una bolita de azogue por el plano inclinado de un espejo... Salta las tapias de la huerta... ¡y allá va por la calle obscura con rumbo al teatro! ¡Qué colegial! ¡Qué

alegre y decidido es Cascabel! ¡Qué bien sabe arrancar una careta... con los labios! ¡Y cómo duerme en Marzo el chiquitín desvelado!

¡Ah! Marzo es triste. Es el regaño después de la travesura. La mamá se pone seria. Cascabel le anda huyendo el cuerpo, pero al cabo la entrevista es inevitable. Inútil fué que Cascabel se quedara á fumar con una tía; inútil que llegara á su casa después de media noche: la señora espera. Y fué preciso oirla.



¿Cómo paga Febrero su estudiantil escapatoria? Pues como la pagan todos los hijos de padres católicos antes de cumplir los quince años: yendo hipócritamente compungidos á la sacristía de alguna iglesia, en donde los aguarda el confesor de la mamá. Mes de Cuaresma.

La rosa se quita su corsé. La violeta abre los ojos. El agua no es lluvia aún, es rocío. El pájaro sale de la Escuela. Y en la atmósfera azul, cantando *bras dessous bras dessus*, corren Abril y Mayo por los campos. Abril es hombre; mujer Mayo. ¿Que si se casaron?... Creo que sí, pero no lo aseguro. En todo caso se casarían ayer: todavía se aman mucho. Muy

lindo es el sombrerito que lleva ella. Muy elegante la corbata de él. Están contentos de la vida los dos novios. Y ni él conoce á ella ni ella á él.

En llegando al último día del mes risueño, comienza el año á entristecerse. Ya va de bajada. Junio y Julio no están tristes habitualmente; pero sí de mal humor. Riñen con sus mujeres, padecen reuma de cuando en cuando. ¿Veis á ese caballero de paletot de hule, sombrero hongo y de paraguas



inglés que se dirige al teatro, al club ó á algún café en noche lluviosa? Ese caballero es Junio que se aburre en su casa. ¿Y aquel otro que va á la casa de una amiga? Ese es Julio.

Agosto reconcilia á los esposos mal avenidos. Trae un niño rubio para ellos y... para otros un puñado de oro. Por algún tiempo recobra el año su alegría; pero ya no es amor el que lo anima: es la ambición, es el deseo de gloria, es la lucha por conquistar el vellocino de oro.

¡Qué ruido hace Septiembre! Tambones, clarines, disparos de cañón... ¡Seré fuerte! ¡seré poderoso! ¡seré rey! Es el hombre en plena virilidad corriendo en pos de la fortuna ó de

la gloria! Pero á poco el delirio se apacigua: ¡allí está Octubre! El crepúsculo azul envuelve el alma, se siente uno cansado; se desea, no la muerte, pero sí el sueño. Después de todo, la gloria es vana. Mejor es la dicha del hogar. Mejor es llevar á los niños de paseo en esas tardes que comienzan á ser largas para que los papás puedan ir á la calzada con sus hijos. Mejor es proveerse de pieles para el invierno. Ya tenemos nuestra casa, nuestra mujer, nuestra familia, ¿para qué ir en busca de aventuras?

Pero la vida no perdona. El apuntador llama á otro personaje y éste se presenta: es Noviembre. Las campanas se estremecen cuando él llega. La naturaleza encógese aterida y la noche comienza á ser muy larga, como para acostumbrarnos á la muerte. Noviembre es blanco, pero no como el traje de las novias, no como el azahar: como la cera. Él nos enseña lo que Renán llama la última ciencia: la resignación al olvido.

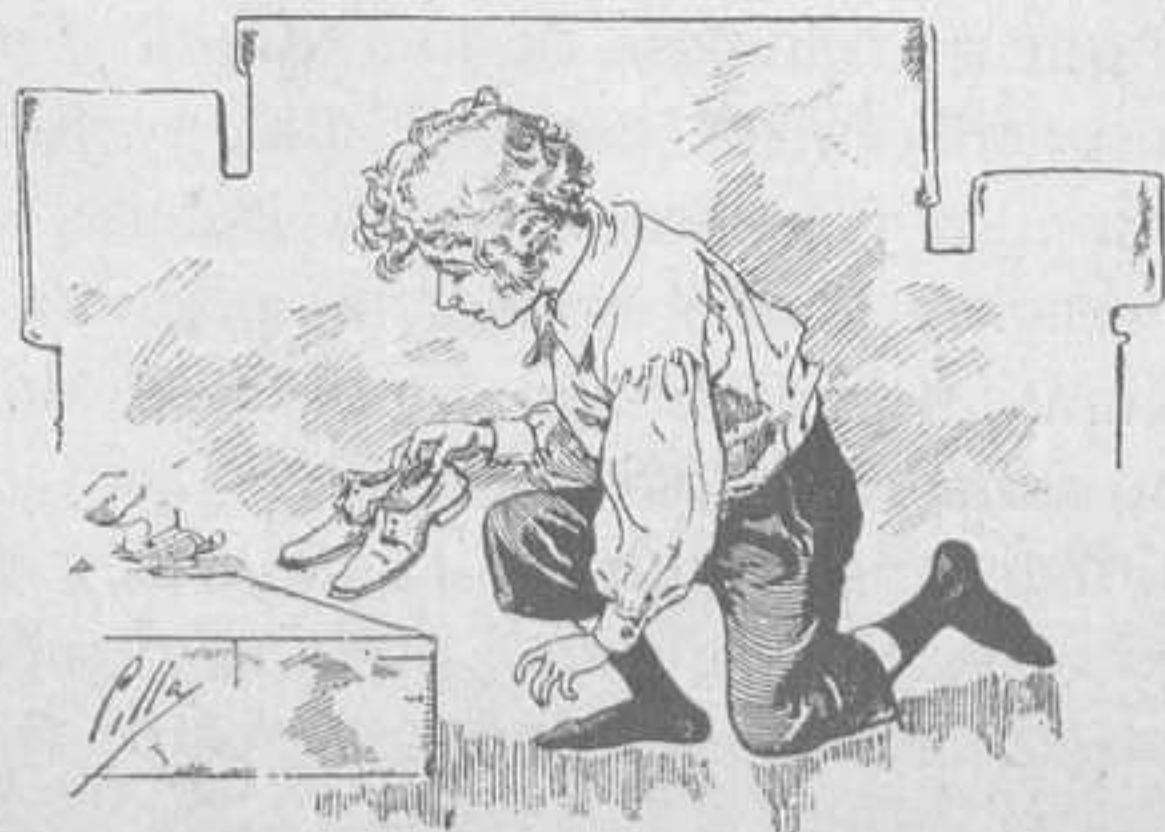
Y ya en Diciembre todavía vivimos, pero no en nosotros, sino en nuestros hijos. Es el mes niño y no el mes viejo, como lo pintan los artistas que no saben verlo. Por eso Jesús quiso nacer en él y por eso vemos cómo se alegran todos los niños en Diciembre. Es el mes de los cohetes y de las zampoñas, de los panderos y de los rabeles, el mes en que hasta el mismo Dios es niño.

Nosotros vemos jugar á nuestros hijos y vamos cerrando los ojos poco á poco.

Llega San Silvestre, reza las oraciones de los agonizantes, y mientras los niños dejan sus botincitos en la chimenea para ver qué deja en ellos el nuevo año, nosotros nos vamos por no estorbar, seguros de que nada trae ya para nosotros.

Méjico.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.



Bellezas americanas



ARGENTINA



ESTRELLAS

(ESCENA ÍNTIMA)

EN EL ÁLBUM DE LAS DISTINGUIDAS SEÑORITAS MARÍA Y AÍDA ESPASA

MI MUSA. ¡Felices noches!

Yo. ¡Felices!

¡Vén!...

MI MUSA. ¡Qué pegajoso!... ¡aparta!

Yo. ¿Has recibido mi carta?

MI MUSA. Esta mañana.

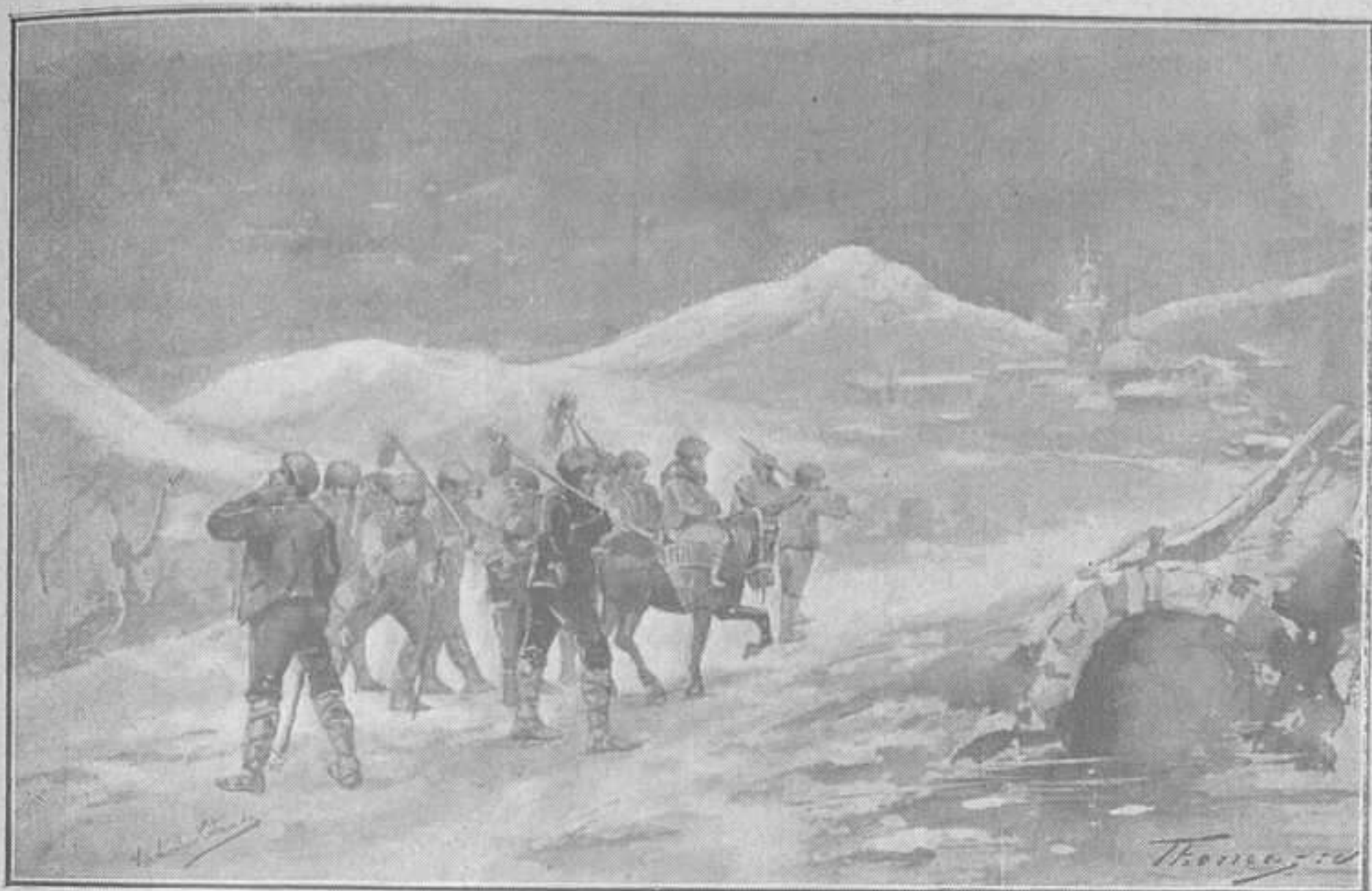
- Yo. ¿Y se pudo sostener
tal diario?
- MI MUSA. Murió al nacer...
por falta de suscritores.
- Yo. En fin, si el símil no cuela...
- MI MUSA. Por lo original no brilla,
mas sirve la redondilla
para hacer una *espinela*.
- Yo. De un verdadero conflicto
tu ingenio ¡oh Musa! me saca;
vén... siéntate en mi butaca
y dicta.
- MI MUSA. Me siento... y dicto:
« Si vuestra alma es toda amores
y sois virtuosas y bellas,
¿qué mucho que os llame *estrellas*,
al prodigaros mis flores?
No hay penas ni sinsabores
que no sepáis endulzar,
y aunque tratéis de ocultar
vuestra ciencia peregrina,
siendo *estrellas*, se adivina
otro *cielo* en vuestro hogar. »
- Yo. « Vuestro hogar... »
- MI MUSA. Firmas ahora
y estamos del otro lado.
- Yo. ¿Te vas?
- MI MUSA. Sí, que eres casado
¡y si me ve tu señora!...
- Yo. No temas...
- MI MUSA. ¿A qué empeñarte?...
Volveré.
- Yo. ¡Cruel!
- MI MUSA. No me riñas...
Cuando veas á esas niñas,
expresiones de mi parte.

CASIMIRO PRIETO.

20 Junio de 1896.

EPIGRAMA

—¿Mano de nieve, Sofía,
tu prima de Polvoranca?
—Pues es verdad, á fe mía;
no lo será por lo blanca,
pero lo es... por lo fría.



RECUERDOS DE GUIPÚZCOA

EN EL GOYERRI ¹

Llega el invierno y la alegría desaparece. Las montañas se cubren de nieve; braman furiosos los vientos; los arroyos, convertidos en rápida corriente, precipítanse torrentosos; y los árboles de nudosas ramas, desprovistas del verde ropaje, destacan su tétrica silueta sobre un horizonte sombrío.

En las montañas del *Goyerrri*, donde el invierno se enseñaorea desplegando sus frías galas, cubriendo los montes y planicies de nieve que borra caminos y veredas; en esas montañas llenas de hermosos bosques que durante el estío cobijan con su fresca sombra, y entre la fina hierba, sabrosos setales; he visto más de una vez á los sencillos y crédulos caseros, al pasar por los bordes de alguna cima ó precipicio, mientras soplabá furioso el huracán exhalando lúgubres gemidos, persignarse y mirar medrosos y con desconfianza á su alrededor, creyendo ver surgir á cada paso algún *basojaun* ²

¹ Parte alta.

² Señor de los bosques.

maldito, cuya trágica vida transmiten tradiciones y consejos.

Triste es el paisaje que las faldas de esos montes presentan durante la fría estación: la nieve que cae lenta y constantemente; los prados amarillentos y sin flores que los alegren; las alamedas de cuyas desnudas ramas cuelgan copos de nieve que el frío congela; los rústicos caseríos que salpican la montaña y que desaparecen casi bajo el niveo sudario, todo entristece el alma de los moradores de esa comarca, que no pudiendo gozar contemplando los encantadores paisajes que durante el estío brotan en sus montañas, buscan en los recuerdos dulces expansiones para su espíritu, y en el caserío, al calor de la azulada llama que alegre chisporrotea en el hogar, la alegría franca y serena que caracteriza á la familia vascongada.

En una pequeña aldea, que atrevida y garbosa se levanta en la ladera de una de esas montañas, cuyas diez ó doce casitas separadas por pequeños setos, entre las que descuella su humilde iglesia, parecen trepar las escarpadas rocas, pasé algunos días preso por las terribles nevadas que imposibilitaban toda salida del villorrio, gozando de la deliciosa compañía de aquellos aldeanos, cuya rústica sociedad, desprovista de toda gala y ostentación, y, digámoslo de una vez, de todo aparato teatral, no deja de ser agradable por lo sencilla é ingenua.

Cuando los últimos toques de la oración se perdían en la montaña, y los postreros rayos del sol se elevaban perpendiculares en un horizonte anaranjado, volvían los caseros de las cercanas heredades, con la azada al hombro, cubiertos de nieve que el viento pulverizaba azotando sus bronceados rostros, caminando con paso lento y entonando alguna de las alegres canciones que encarnan los sentimientos de aquel honrado pueblo. Contentos volvían al caserío, cuya chimenea lanzaba al frío ambiente caprichosas espirales de humo, y donde la tierna esposa ó la amorosa madre les recibía con afán, dispuesta la cena abundosa en humilde y limpia mesa.

Una de las noches que pasé en la aldea, cené en compañía de una de esas felices familias; al levantarnos de la mesa, salí á la puerta deseoso de contemplar el paisaje. ¡Cuán

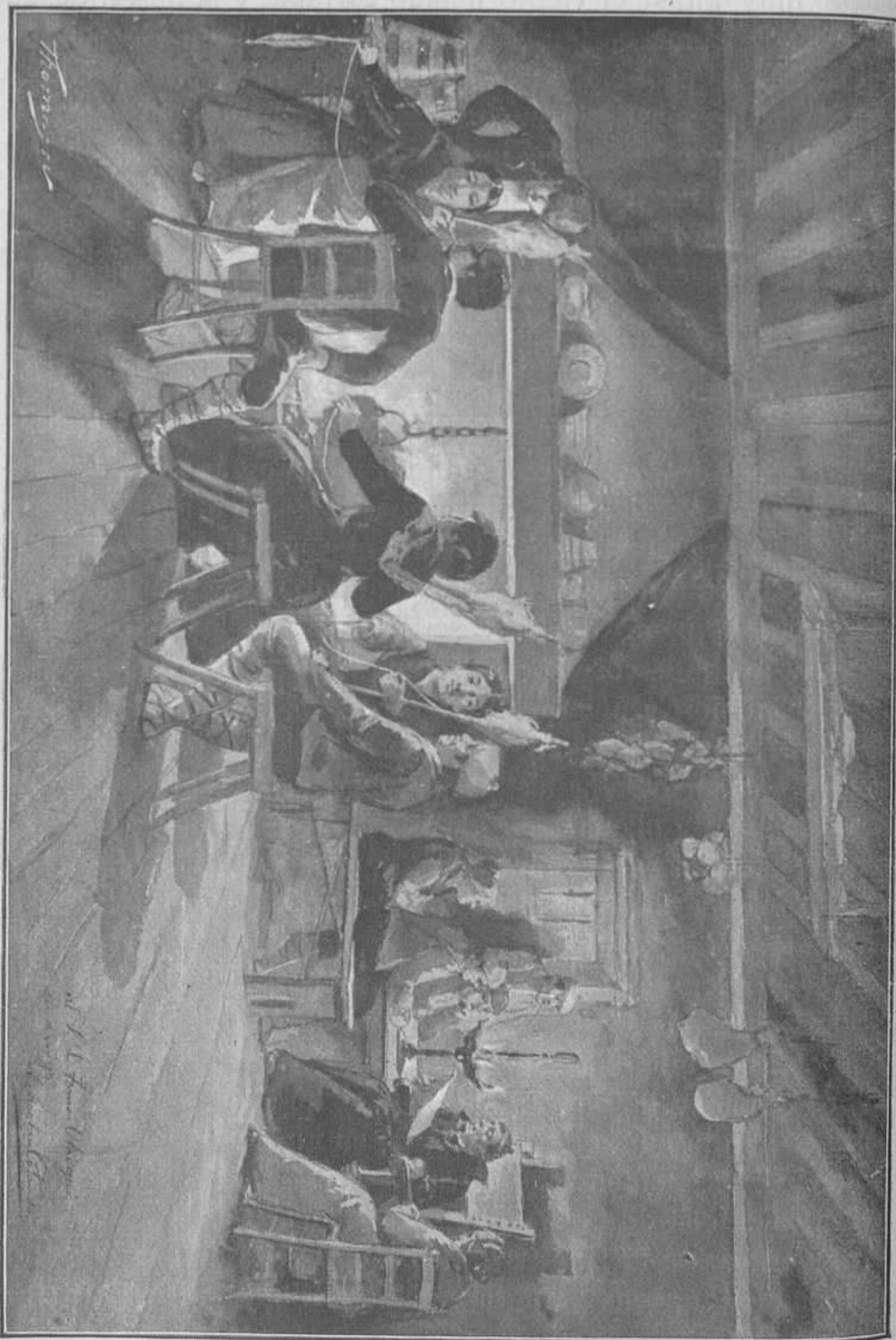
triste era! La luna brillaba clara y serena, y las estrellas titilaban muy altas; el viento helado cortaba, y la nieve, desde la elevada cumbre, tendía su inmensa y luminosa sábana cubriendo el pequeño valle; el silencio era solemne, sólo el ladrido de los mastines que guardan los rebaños lo interrumpía de vez en cuando; en los vecinos caseríos veíase brillar una que otra luz, que iban extinguiéndose poco á poco, y el silencio recobró momentáneamente su imperio.

Poco después oyéronse lejanos murmullos, y luego conversaciones cercanas, no tardando en destacarse sobre la nivea alfombra pequeños grupos de moradores de los otros caseríos, que se dirigían al nuestro, donde aquella noche se hacía sociedad.

¡Hacer sociedad! ¡Parece tan raro esto en aquellos apartados y solitarios lugares! Sin embargo, los labriegos rendían fiel tributo á esta necesidad innata al ser humano, y sin música, sin literatura, sin modas de que hablar, se reunían todas las noches en uno de los caseríos, turnándolos diariamente. Aquella noche le correspondía al nuestro.

La reunión tenía lugar en la cocina: ésta era grande y cómoda; en el fondo, en una enorme piedra que servía de hogar, chisporroteaba alegre el fuego; en la pared se veía incrustada una plancha de hierro, y un poco más arriba la amplia campana de la chimenea, de cuyo centro pendía una gruesa cadena llamada *elaza*, que sirve para colgar la olla; alrededor de la campana, detrás de una pequeña baranda de madera, se percibían cacharros, marmitas y otras vasijas hechas un ascua de oro; á un lado del hogar estaba la leñera, y al otro, en un pequeño estante, dos herradas cuyos aros de cobre brillaban bajo los tímidos rayos que la luz de un candil lanzaba; en la pared de la derecha, en un rústico aparador, se veían platos y fuentes de gruesa loza, á continuación una mesa, y en ella dos vasijas de barro llenas de sabrosos *piperras*; en la de la izquierda había una ventana cuyos vidrios empañados, apenas permitían distinguir bajo el reverbero de la luna la cercana montaña.

De las vigas colgaban apetitosos jamones y chorizos, con algunos rojos manojos de secos pimientos, y sobre una tabla suspendida estaban colocados algunos quesos hechos con la



exquisita leche de los rebaños que apacentan las praderas de aquel montañoso país.

Después de las saluciones de costumbre, se formaron dos grupos, uno de viejos, otro de jóvenes; sentados los primeros en torno de la mesa, jugaban á la *treinta y una*, tejiendo ellas su tradicional calceta y fumando ellos en sus inseparables pipas de barro; los segundos, el grupo joven, donde retozaba la alegría entre risas apagadas por el respeto que á las *amachus* y *aitonas* se tiene, estaban sentados en la piedra del hogar y en largos bancos que á su alrededor había, hilando las *neskas* la tarea que de sus casas llevaran y conversando con los mozos que las hacían compañía.

Pasada la primera media hora, que sirvió para comunicarse las impresiones del día, los cuentos y chismes, los celos y envidias, que nunca faltan y más bien sobran en las pequeñas aldeas, se pidió á uno de los presentes, famoso contador de cuentos, que narrara alguna de las consejas ó tradiciones de su vastísimo repertorio; así lo hizo, siendo escuchado con gran atención é interrumpido muy á menudo por las muchachas, que suspendían su trabajo para saborear los pasajes que más herían su imaginación.

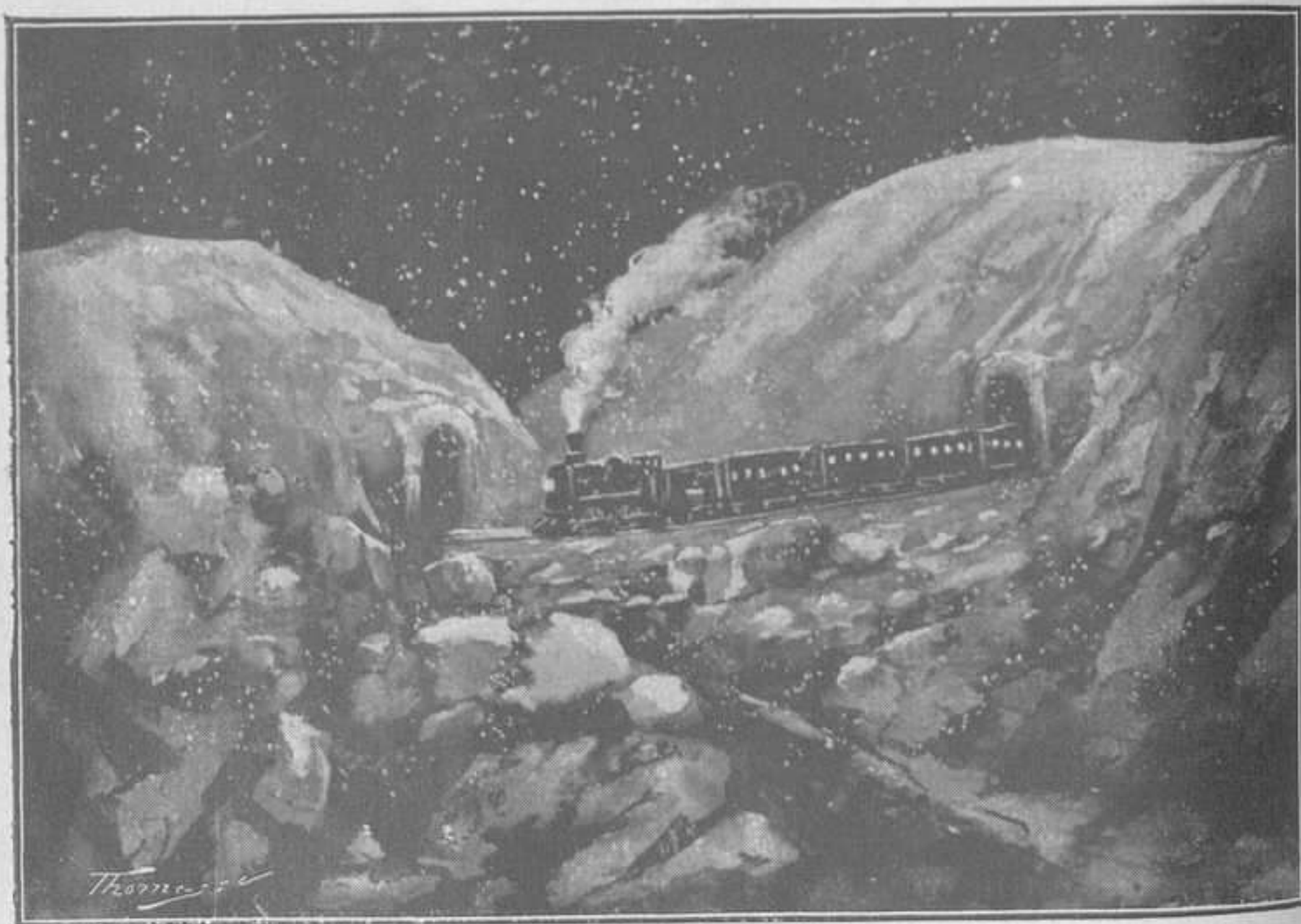
Acabado el cuento y suspendido el juego de los viejos, se comieron sabrosas castañas rociadas con picante *pitarra*, que era servida en un vaso que corría de mano en mano, y se llenaba á medida que se vaciaba; después de esta colación, la conversación se hizo general, con gran alegría de una parejita de enamorados que, sentados al amor de la lumbre, se aprovechaban de la pequeña algazara, no precisamente para contarse cuentos ni chismes, sino para decirse dulces palabras y ternezas que alegraban sus corazones.

Como era la noche de un sábado, único de la semana en que se permite bailar, las muchachas se apresuraron á concluir sus tareas para entregarse á tal diversión. Y entre bromas y risas avanzó la velada, hasta que en un viejo reloj de sonoras voces que en la vecina habitación había sonaron grave y pausadamente las doce.

Inmediatamente cesó el baile, los viejos levantaron sus soñolientas cabezas, y todos, alegres y contentos, se despidieron de los dueños de casa, siendo acompañados hasta la puerta.

La luna había desaparecido, y la noche tendía su negro y estrellado manto sobre aquel paisaje nevado.

Agrupados en la puerta del caserío, contemplamos un momento aquel cuadro, cuando de repente hirió nuestros oídos el potente silbido de la locomotora; dirigimos nuestra mirada á las montañas, y entre dos de éstas vimos, primero un resplandor inmenso que se refractaba en la nieve, luego una cabellera de fuego, y después una larga línea de luces;

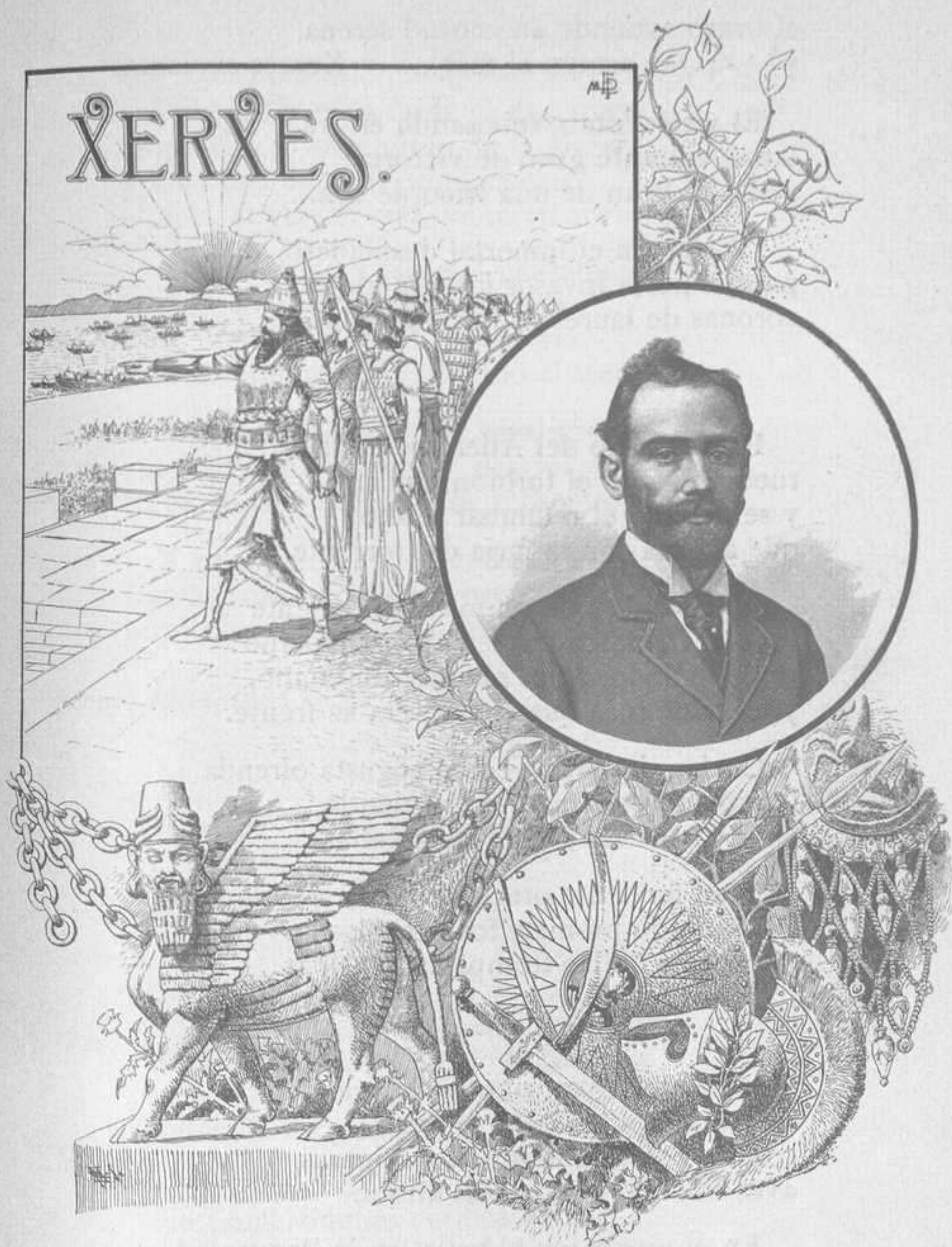


era un tren que salía de un túnel, y rápido, precedido de sonoro grito, se hundía en las entrañas de otro monte. Poco después se dirigieron todos á sus caseríos, en los que vimos brillar algunas luces.

Pasaron breves instantes, las luces fueron extinguiéndose poco á poco, el silencio se hizo más imponente, y al dirigir mi última mirada á aquel cuadro, sólo distinguí en la ladera de una cercana colina, las negras siluetas de dos ó tres aldeanos que se dirigían á su caserío, iluminando el tortuoso sendero con rústicas antorchas de paja.

TOMÁS OTAEGUI.

Buenos Aires, Junio de 1896.



A ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

I

El Helesponto enfurecido brama ;
de sus olas agita la melena
como león sobre la roja arena
cuando la fiebre del amor le inflama.

Entre la muchedumbre que le aclama,
de orgullo y odio la mirada llena,

el brazo extiende en actitud serena
y — « ¡Que azoten el mar!... » — Xerxes exclama.

El viejo Ponto, rebosando en ira,
lanzó vibrante grito de victoria
como el Peán de una tricorde lira...

¡Y allá, en el inmortal desfiladero,
para el persa invasor forjó la gloria
coronas de laurel y almas de acero!

II

Bajo el cielo del Ática esplendente
rueda sus olas el turbión humano
y se percibe el retumbar lejano
que avanza con la furia del torrente.

A la sombra de un mirto floreciente
tuvo el monarca ensueño sobrehumano:
era el mundo, á sus plantas, un enano,
y, erguida más que el Osa, era su frente.

Cuelga del árbol, como augusta ofrenda
los soberbios tapices de su tienda,
las joyas de sus regias concubinas;

Y en ferviente oración, puesto de hinojos
del vencido promete los despojos
al claugor de las trompas argentinas.

III

Impulsadas por vientos de bravura
atraviesan el golfo las galeras
con los remos abiertos, cual ligeras
aves marinas por la azul altura.

En el monte, en el valle, en la llanura
combaten los hoplitas como fieras
y oye Xerxes las voces lastimeras
que anuncian su derrota y su amargura.

A la distancia el Parthenón surgía
como tácito emblema de venganza,
cual una amenazante profecía...

Y el gran rey vió brillar en lontananza
un destello de sol que refulgía
sobre el oro bruñido de una lanza.

IV

Fulguraba en la tarde el firmamento
como el rojo encendido de la gloria,
y cual una oración propiciatoria
el mar, el glauco mar, vibró su acento.

Atormentado y triste el pensamiento,
juguete del destino y la victoria,
lloró Xerxes su inútil vanagloria
y su amargo gemir extinguió el viento.

De pie sobre la plaza, ensangrentado,
roto el cetro y el manto desgarrado,
irguió la frente con dolor supremo.

Y perseguido alción entre la bruma,
frangas cortando de salobre espuma,
huyó con él el último trirremo.

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1896.

— 316 —

LECTURAS

Á DANIEL MARTÍNEZ VIGIL

De la dichosa edad en los albores
amó á Perrault mi ingenua fantasía,
mago que en torno de mi sien tendía
gasas de luz y flecos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores
fué Lamartine mi cariñoso guía.
«Jocelyn» propició, bajo la umbría
fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoniano arma y escuda
al corazón, que austeridad entraña.
Cuando avanzaba en mi heredad el frío,

Amé á Cervantes. Sensación más ruda
busqué luego en Balzac... y hoy ¡cosa extraña!
vuelvo á Perrault, me reconcentro, y río!...

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Montevideo.



ÑEAMBIÚ

LEYENDA GUARANÍTICA

Las aguas del Uruguay, mansamente ondeadas por el aire embalsamado de las regiones que se avecinan á la hoguera de los trópicos, mecieron la cuna de Ñeambiú, joven guaraní, hija única de un poderoso cacique de la comarca que le viera ejecutar hazañas nunca vistas de ojos humanos.

Las dulces aguas del Uruguay enviaban de continuo al

mar salado las ardientes lágrimas amargas con que Cuimbaé, fuerte mocetón generoso, desahogaba la pena inmensa que le producía el empeño con que el susodicho cacique obstaba á las legítimas aspiraciones de un amor correspondido. El cacique y la cacica (su mujer), no querían ni siquiera pensar en que la hija única en quien adoraban pudiera algún día separarse de su lado. Arrancarla de su hogar, para ellos, era lo mismo que arrancarles el corazón.

Una vez preguntó á sus padres la apasionada Ñeambiú:

—¿Conque no me dejáis casar con Cuimbaé?

— Hija del alma, le respondieron sus padres, tú no debes casarte aún, y mucho menos con hombre que pertenece á la raza de los tupíes, que ayer fueron nuestros crueles enemigos y sin duda mañana volverán á serlo de nuevo.

— ¡Crueles! repuso Ñeambiú: soislo vosotros más con esa hija que decís del alma. ¡ Ah! ¡ Yo soy hija de la desgracia!

Decir que Ñeambiú era por extremo hermosa, y que á la prenda de la hermosura reunía la más estimable de una sensibilidad tan delicada que se traslucía en todos los movimientos de su semblante y en todos los fulgores de sus ojos hechiceros, está de más. Está de más; porque el menos experimentado alcanza que si la tierna Ñeambiú no fuera tan bella y sensible no hubiera podido ser tan desgraciada. Un día desapareció de la casa de sus padres. Acudieron éstos á la de Cuimbaé, sospechando que, de concierto con él, hubiera tomado su hija la determinación de escaparse. Cuimbaé, con no menos sentimiento que los caciques, manifestó á las claras la singular sorpresa que le causaba el que una joven tan discreta y obediente como era Ñeambiú hubiese salido fugada del hogar paterno. Pero dijo:

— Yo soñé que una mujer muy fiera, llamada la *Desgracia*, la había llevado á los montes del Iguazú, donde mora entre las aves y los cuadrúpedos, que ni la ofenden ni huyen de su presencia.

— ¡ Al Iguazú! ¡ al Iguazú! clamó con delirio el cacique, ¡ al Iguazú, á buscar á mi hija, que se la ha llevado *Caaporá!*

— ¡ *Caaporá, Caaporá*, repiten á una los vasallos del in-

afortunado cacique, se ha llevado á Ñeambiú! ¡A buscar á Ñeambiú, que se la ha llevado *Caaporá*, el demonio de los bosques! ¡A buscar á Ñeambiú!

El clamoreo de los *ipecúes* (*carpinteros* en castellano), pájaros que gritan mucho cuando ven gente, excitó la curiosidad de la fugitiva, quien, saliendo de entre espeso monte,



topó con los vasallos de su padre, el cacique, los que cariñosos, la rodean é invitan á volver al seno de su familia. Mas el exceso del dolor sin esperanza y sin consuelo ahogara en el corazón de Ñeambiú el dulce fuego de los afectos. Había perdido la sensibilidad, y, junto con la pérdida de la sensibilidad, perdiera el habla. Muda é insensible Ñeambiú, nada respondió á los solícitos vasallos de su padre, ni dió muestras de importarle la vida del hogar. Volvió las espaldas é internóse de nuevo en los montes del Iguazú.

Las compañeras de Ñeambiú, aunque la conocieron her-

mosa entre las hermosas, no por eso la odiaron. Al contrario, queríanla mucho, como que ella se hacía querer á fuerza de bondad y de indulgencia. Fué cacica entre las jóvenes indias, por serlo de la tribu su padre; mas, por buena, gobernaba con mayor poderío los corazones. No era más presuntamente obedecida que ella, con una blanda insinuación, la ruda autoridad del cacique dominador de naciones por fuerza de armas. ¡Cuánto mayor es la fuerza de los afectos!



Las amigas de Ñeambiú, en vista de la inutilidad de los esfuerzos que hicieran los vasallos del cacique para conseguir el regreso de la fugitiva, determinaron ir ellas á buscarla. Las persuasiones de la amistad cariñosa debieran sin duda moverla. Pero, ¿y si topaban con *Caaporá*, el horrible gigante cerdoso que hacía desgraciados para toda su vida á los que tenían la mala suerte de verle una vez? — No importa, se decían; mayor sería nuestro castigo, si dejáramos de socorrer á una desgraciada. *Añangá*, el genio del mal que todo lo penetra, no quiere más que un pretexto para hacer daño. Corramos á buscar á Ñeambiú.

Pensativa y solitaria hallaron á Ñeambiú sus amigas.

Creyeron éstas, y no sin razón, que siendo Ñeambiú una joven tan buena, no se podían tocar mejores resortes, para inducirla á volver al seno de la familia, que los muy sutiles de la compasión. Anunciáronle, con efecto, la muerte de algunas de las personas que estimaba. Como si nada oyese, Ñeambiú nada respondía. Ñeambiú era una fría estatua de piedra, insensible y muda. Necesitaba una revulsión moral profunda que pusiese en movimiento é hiciese revivir el apagado fuego de la sensibilidad que la empedernía.

Retiráronse desconsoladas las amigas de Ñeambiú, y volvieron nuevos emisarios con el propio designio.

—Ésta y aquélla de tus amigas han muerto, le decían... Éstos y aquéllos de tus deudos han muerto... Ha muerto el cacique tu padre... Tu madre ha muerto...

Ñeambiú nada respondía, ni manifestaba el más mínimo sentimiento. Muda la lengua y mudo el corazón...

Mudo permanecía también Aguará-Payé, el adivino, que contemplaba la triste escena.

—Haz que sienta, le dijeron...

Aguará-Payé se adelanta pausadamente y profiere estas palabras :

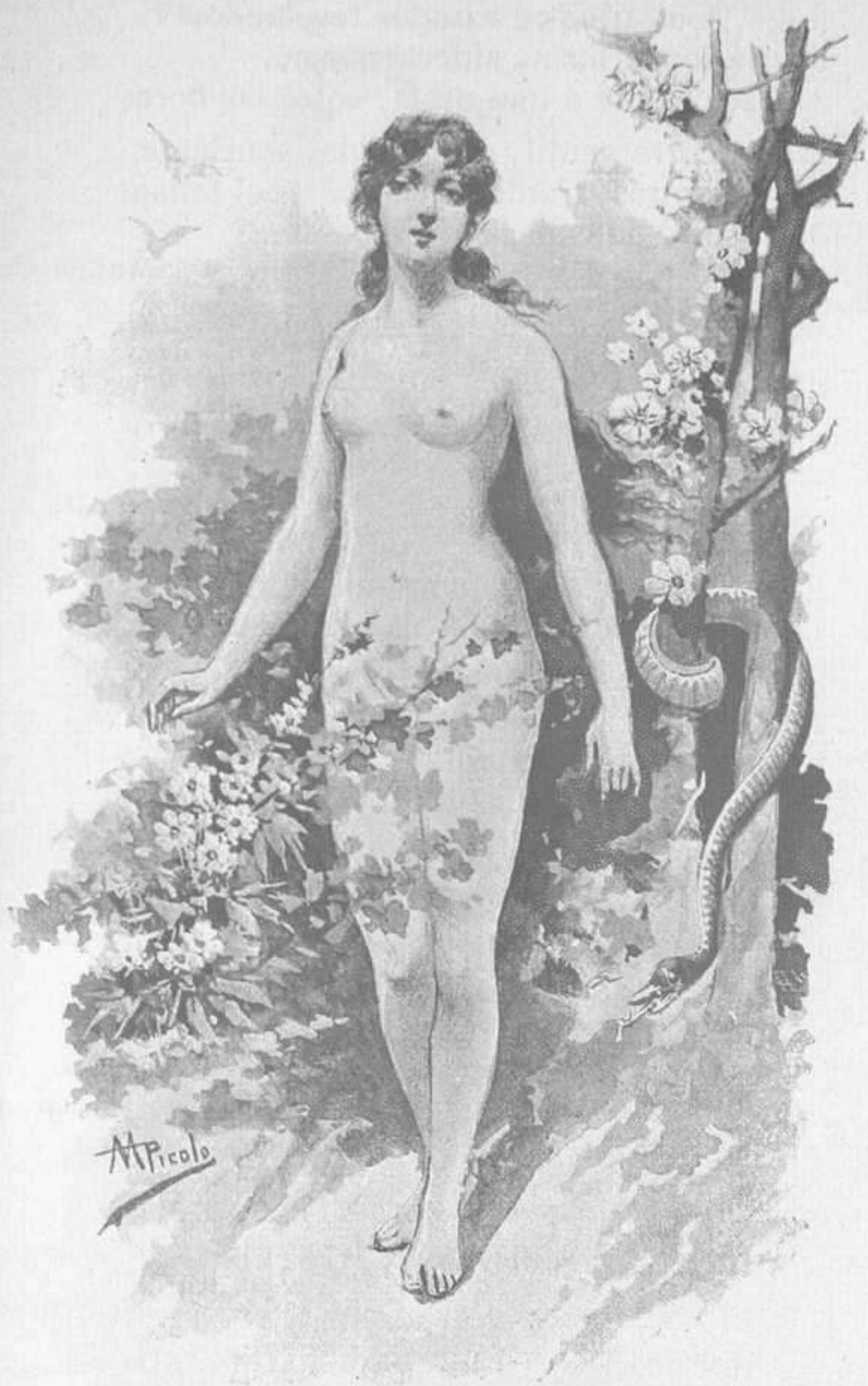
— *Cuimbaé ha muerto...*

Una chispa eléctrica no obra con mayor rapidez y eficacia en un cuerpo inflamable. Ñeambiú, exhalando repetidos ayes desgarradores, desaparece instantáneamente á los atónitos ojos de los circunstantes, que, penetrados de dolor, quedan convertidos en sauces. Ñeambiú, convertida á la vez en *urutaiú*, elige la más vieja y deshojada de las ramas de los apretados sauces, para llorar eternamente su desventura ¹.

DANIEL GRANADA.

Salto Oriental, Marzo de 1896.

¹ El *urutaiú* (voz guaraní) es pájaro nocturno, á quien particulariza su extraño modo de gritar semejante al clamoroso lamento de una mujer, terminando con amortiguados ayes. Busca, para posarse, los árboles más secos y desnudos de hojas y ramas, en los que exhala sus gemidos. (*Vocabulario Rioplatense razonado* por el autor de esta leyenda).



EVA EN EL PARAISO

Lleno de efluvios, el Edén fulgura.
Vuelan las brisas con rumor sonoro;
cantan las aves en alegre coro,
y Eva aparece deslumbrante, pura.

De los pálidos lirios la blancura
tiene su cuerpo, virginal tesoro;
el sol envuelve con reflejos de oro
la casta desnudez de su hermosura.

Con tibios é irisados resplandores
la luz le forma sideral ropaje;
semejante á una ninfa, entre las flores

corre gentil, espléndida, sonriente,
mientras, traidora, oculta en el follaje
asoma su cabeza la Serpiente.

CARLOS ORTIZ

Buenos Aires, 1896.

COLORINES

Junto á la flor que tiembla en la corriente,
do al pez brillante solazar se mira,
la nívea garza, que en el aire gira,
desciende á la ribera blandamente.

Desdeñosa, pausada, negligente,
á la obscura arboleda se retira,
donde un rayo de sol, travieso, aspira
á inflamar su plumaje reluciente.

Mas, de pronto, en la margen rumorosa
del vegetal efluvio entre las brumas,
velo sutil del ave misteriosa.

Dispara un cazador... saltan las plumas,
salpicadas de púrpura y de rosa,
y el ave flota cual jirón de espumas.

F. D.

Coro (Venezuela).

MUERTA

AL POETA MOISÉS NUMA CASTELLANOS

I

Yo amo una sombra pálida, una muerta,
muerta, porque no existe para mí;
su amor perdióse como el vago viento
que cruza por el llano y va á morir...

II

Quizá en lejano y misterioso día
ese amor, como el viento, volverá...
¡También entonces amaré ella á un muerto!...
¡Sé que su olvido de hoy me va á matar!

Buenos Aires.

PEDRO J. NAON.



Doña Gabriela Roca

INSPIRADA INTÉRPRETE DE LA ÓPERA LA DOLORES,
DEL MAESTRO BRETÓN

LA DOLORES. — GABRIELA ROCA

Tomás Bretón compuso una *Dolores* que dió qué hacer al mundo musical, mundo de la armonía si hemos de atenernos al exacto significado que su denominación determina, pero, en realidad, bolsa de gatos, en que las garras de los compañeros se esgrimen con saña contra aquel que, presa de veleidades independientes y consciente de que algo le bulle por dentro, pugna por salirse de las filas y proferir él también la verdad artística según la entiende, dejando los senderos trillados ya por los antecesores, para que por ellos sigan los que carezcan de alas para volar á un terreno propio.

Sería extemporáneo y fuera de lugar venir á recordar aquí las querellas que, en remedo de las famosas entre glucistas y piccinnistas, dividieron en tantas fracciones el campo de la crítica sin conseguir torcer de su camino á la citada obra que, serena é impertérrita, sigue su marcha triunfante recogiendo sufragios en todos los escenarios que atraviesa.

No es tal, pues, nuestro propósito, sino el de agregar nuestro tributo de elogio á los muchos recibidos ya por la creadora de la obra entre nosotros.

¿Habrá dado Bretón, en España, con la intérprete que ideara? No lo sabemos, pues es difícil discernir la verdad exacta entre los informes periodísticos leídos á tal distancia, cuando versan sobre personas desconocidas para el lector. Allá como acá, y en todas partes, el artista que pisa las tablas ofrece pábulo á los juicios más discrepantes, apasionados casi todos, cuyas diversas aseveraciones hacen difícil la formación de un parecer único que los condense.

Pero lo que sí sabemos es que aquí en Buenos Aires hemos tenido á *la Dolores*, á la verdadera, á la genuina, con todas sus cualidades y desfallecimientos, con su alma puramente española, con sus arrebatos amorosos, su irreflexiva y redentora generosidad, su lealtad innata y sus característicos arranques pasionales.

Todos los espectadores del Teatro Victoria habrán reconocido en estos mal trazados perfiles á Gabriela Roca, á *la Dolores* verídica, si es que, dejándonos de particularizar,

hemos de acudir á la designación genérica que define la creación de dos ilustres ingenios, á la que supone presentación de cuerpo entero de la fisonomía moral ideada por dos celebrados hijos de España.

Puede cualquier artista buena haberle dado vida palpable, con más ó menos suerte, con más ó menos verdad; pero no nos imaginamos á la impetuosa á la par que tierna aragonesa de otra manera que como la ha representado Gabriela Roca, la bella é inspirada artista á quien cupo en suerte revelarnos á la heroína de la obra, que hoy por hoy puede considerarse como punto de partida del drama lírico español.

De medios artísticos no del todo adecuados al género que actualmente nace en la Península, de educación teatral distinta de la requerida por la nueva escuela hispana, Gabriela Roca apeló á su clara inteligencia, salvando mediante tal ayuda el, al parecer, infranqueable espacio que dista entre una buena artista de zarzuela, y lo que ha de ser la actriz y cantatriz encargada de interpretar los personajes concebidos según el moderno criterio.

¿Que si fué decisiva la prueba? Ahí están para decirlo los miles de espectadores que noche tras noche se sucedieron en las aposentaduras del Teatro Victoria, experimentando el doble goce de saborear la célebre partitura, y de seguir paso á paso la reproducción fiel de las amarguras y penas de que tan pródiga fuera la suerte para con la pobre criada del mesón de la Gaspara. Y si exhaló Dolores sus penas con voz algo débil, aunque suficiente, ¡con qué intensidad no nos pintó las tribulaciones que destrozan su alma, la dolorosa sucesión de afectos que constituyen su vía crucis!

Quien tal hace merece á todas luces el título de artista. Joven aún, en la plenitud de la vida y en completa posesión de todos sus medios, ábrese nuevo campo ante los esfuerzos de Gabriela Roca; disípase en su obsequio la nube ocultadora de esta otra senda del arte que éxitos futuros la invitan á recorrer, y honrosos galardones la esperan en esta nueva etapa de su vida artística, feliz realización de todo lo bueno que su pasado teatral hiciera augurar.

JUAN CASENAVE.

Buenos Aires, Junio de 1896.



PÁLIDAS

Cruzaron ligeras las diosas desnudas
de flores sembrando las rocas agudas
al borde sereno, tranquilo del mar...
Contaban historias de amores perdidos,
vibraban sus voces los tristes gemidos
de vago, terrible, lejano huracán!

De pámpanos verdes ceñida la lira,
sus pálidos versos el bardo suspira
en notas que lloran angustias de ayer,
y en tanto la noche sombría que avanza
dibuja castillos allá en lontananza...
verdades de un sueño... ¡mentiras también!

Estrofas del bardo, palabras sin vida,
rodaron en brusca, terrible caída
llevando la pena y el duelo al cantor...
Callaron los labios, tendióse la bruma,
y locas las olas cubiertas de espuma
siguieron cantando su eterna canción.

Y en tanto ligeras las diosas desnudas
de flores sembrando las rocas agudas

al borde sereno, tranquilo del mar,
contaban historias de amores perdidos,
vibraban sus voces los tristes gemidos...

.

—
Ensueños que vienen, delirios que van!

Buenos Aires, Abril de 1896.

MANUEL B. UGARTE.

—
COSAS

I

¡Salve, modesto pescador de caña,
dentro y fuera de España
con notoria injusticia escarnecido!
Yo te saludo y tu amistad te pido,
¡oh, paciente anfitrión de hambrientos peces,
por tantos tantas veces
en objeto de burlas convertido!
Yo también, como tú, las horas cuento
sentado en las orillas del talento
y encaneciendo voy en la tarea
de pescar, sin pescar, alguna idea
en el revuelto mar del pensamiento.

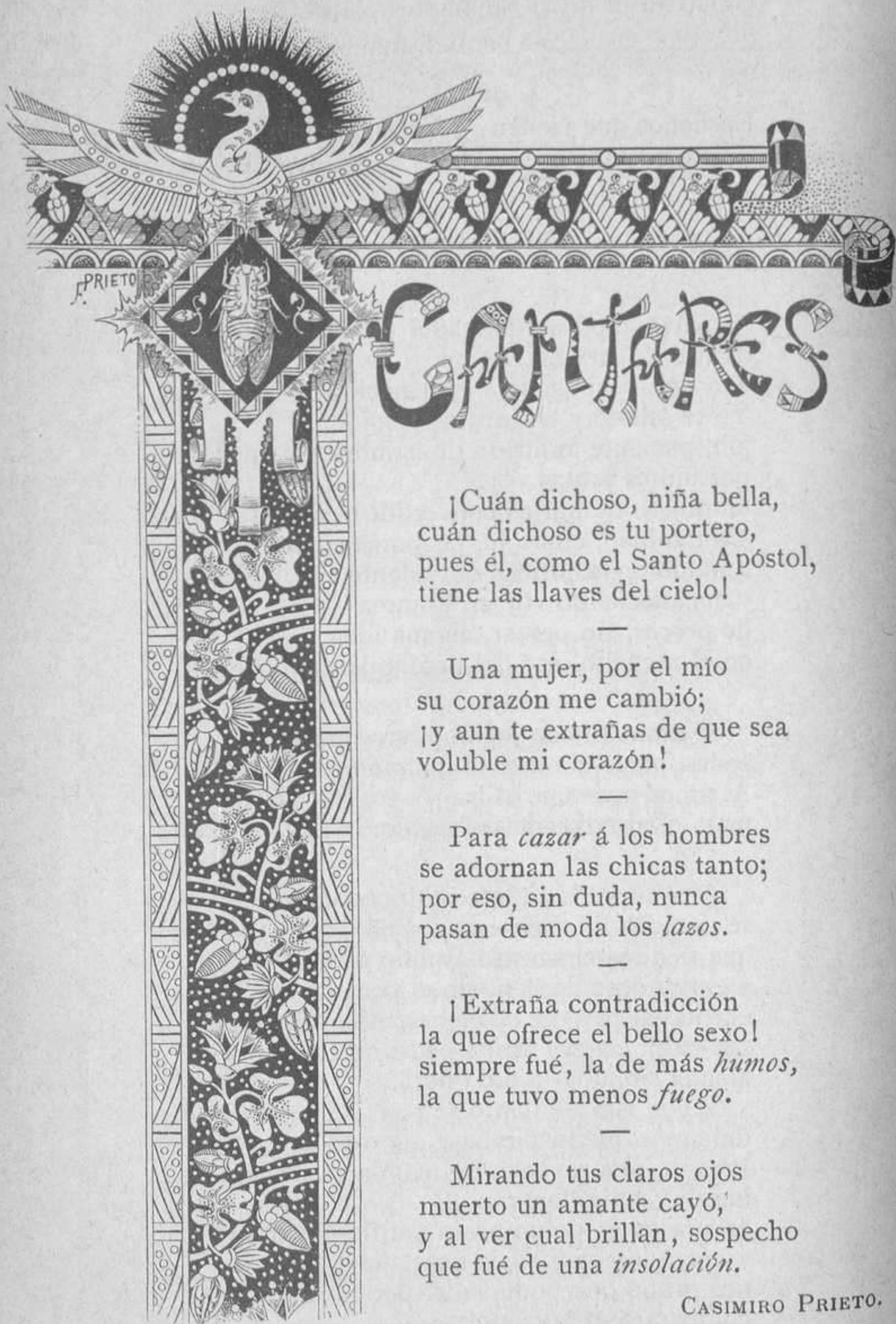
II

Se amaban con locura; pero un día
se les murió el amor de pulmonía.
Al amor, más que el frío,
mata el aire colado del hastío.

III

A cambio de su lote de inocencia
se doctoró Pilar en esa ciencia
que tiene por maestro al niño alado,
y entrándose de lleno en el pecado,
curtida al parecer por la experiencia,
tan hábil cuanto astuta pecadora,
amaba sin amar á toda hora.

Y con risa de llanto se reía
del amor que inspiraba y que vendía.
Pero en una revuelta del camino,
nuestra sabia doctora,
en presencia de un necio perdió el tino,
y amándole con ansia desatada
nos probó que podía su experiencia
compararse á la ciencia
de los sabios que apenas saben nada.



CANTARES

¡Cuán dichoso, niña bella,
cuán dichoso es tu portero,
pues él, como el Santo Apóstol,
tiene las llaves del cielo!

Una mujer, por el mío
su corazón me cambió;
¡y aun te extrañas de que sea
voluble mi corazón!

Para *cazar* á los hombres
se adornan las chicas tanto;
por eso, sin duda, nunca
pasan de moda los *lazos*.

¡Extraña contradicción
la que ofrece el bello sexo!
siempre fué, la de más *humos*,
la que tuvo menos *fuego*.

Mirando tus claros ojos
muerto un amante cayó,
y al ver cual brillan, sospecho
que fué de una *insolación*.

CASIMIRO PRIETO.

Bellezas americanas



CALIFORNIANA



CUENTO DE NAVIDAD

IMITACIÓN DE DICKENS

La escuela del monasterio debía cerrarse aquel día, la víspera de Pascua, el último del año escolar...

Tal vez por eso se vió llegar trabajosamente á la más vieja de las religiosas del convento hasta la puerta de la escuela, para despedir ahí, acaso por última vez, á todas

aquellas pequeñuelas de cabecitas rubias que habían llegado á ser una necesidad de su existencia.

La madre María quedaba sola y triste, con su cabeza temblorosa bajo las grandes alas de su toca blanca...

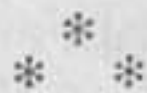
Las muchachas, formadas de dos en dos, salían ya muy alegres de la escuela, á que tal vez no volverían.

Una, la más pequeña, la más humilde, miraba con indescible ternura...

Era á ella á la que le había dicho sonriéndose la madre María:

— Inesilla, ¿te quedarías conmigo?

— No, le respondió con timidez la muchacha, besando la mano arrugada de la vieja monja, á quien emocionó dulcemente la tierna caricia de aquellos labios infantiles.



Libre ya, lejos de la escuela, la bulliciosa turba empezó sus diálogos inocentes y locos.

— ¡Hoy es Pascua!

— La Pascua del Niño...

Y un grupo numeroso, sonriente, con esa sonora alegría juvenil, se encaminó á una de las calles del barrio comercial, donde están las grandes tiendas y las lujosas vidrieras, que se ostentan repletas de polichinelas y reyes magos...

La pequeñuela siguió aquel grupo y continuó andando sin saber por qué, avergonzada de su traje.

Se detuvo á mirar con sus grandes ojos muy abiertos todos aquellos ensueños y prodigios de Navidad: muñecas de ojos azules, tambores, cornetas, palacios de cartón, reyes magos,—negros como tallados en ébano,—novias vestidas de blanco, cubiertas de azahares, envueltas en el albo y transparente velo nupcial...

— ¡La muñeca vestida de novia! pensó la muchacha, y se dijo tristemente ¡que no la volvería á ver!...

Y con su carita más pálida volvió al miserable cuartucho

de arrabal, pensando en la muñeca y en aquellos espejos en que se había visto tan pobre al pasar.

Entró en silencio.

La novia no se le apartaba un instante de la mente.

— Yo no tengo muñecas bonitas, no tengo nada; pensó en ese instante.

Y corrió con las mejillas encendidas en busca de una muñeca harapienta que había nacido entre lágrimas y miserias en aquel mismo cuarto, tan frío en invierno.

La besó y la dejó luego abandonada sobre su lecho.

El sol, próximo á ocultarse, llenaba la habitación de suave languidez.

Sólo ecos y rumores venían á interrumpir el silencio de aquel cuarto triste, sin estera, sin muebles, y hasta sin esos santos descoloridos que alegran tanto con su apacible compañía las habitaciones de los pobres.

Las campanas empezaban á llamar: era el toque de oración, el *Angelus* de una tarde que se iba, envolviendo á un sol rubio y hermoso en los cendales blancos y vaporosos con que se adorna el día para morir.

La muchacha olvidaba sus penas con una vieja revista ilustrada que había hallado registrando al azar.

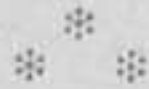
Miraba con sus ojitos negros, como velados por un ensueño, una alegoría de Navidad que aparecía en aquella pobre revista... Entonces la muchacha fué otra: se pintaron en ella las más extrañas impresiones de gozo, confusión y alegría: ¡la muñeca vestida de blanco había trastornado su cerebro!

En aquel cuadro obscuro, en aquella borrosa alegoría de Navidad había muchas flores, mucha luz; los colores brillantes del verano y un ángel de cabellos negros y ojos azules descendía de lo alto, en medio de la noche, cargado de juguetes y aguinaldos: ¡era el ángel de los niños pobres!

La pequeñuela lo veía descender hacia ella, batiendo sus enormes alas blancas.

Entonces rompió á llorar, y en su delirio vió después, con el más dulce gozo infantil, que el ángel traía los muñecos cogidos á montones de las piernas y de los cabellos.

Fué en busca de su vieja muñeca abandonada, la llenó de besos y, por fin, reclinó pesadamente su cabecita rubia, poblada de mil visiones risueñas, en la almohada de su lecho.



Cuando despertó, las campanas llamaban á los fieles con sus mil ecos sonoros y alados.

Era la hora de ir á saludar al Dios niño, al Dios de cabellos rubios que dormía en el fondo de una gruta, perdido entre la luz de los cirios, en medio de la atmósfera suave, perfumada por los frutos que habían dejado á sus pies, como humildísima ofrenda, los pobres y felices labriegos.

— ¿Estás durmiendo? preguntó la madre desde la obscuridad.

— Soñaba con un ángel... me ha venido á ver y me ha traído unas muñecas y un vestido muy bonito...

— No hables..., tienes fiebre. Mañana, si Dios quiere, te levantarás á jugar con tus muñecas.

— El ángel volverá, ¿no es cierto?... ¿Quién será ese ángel, mamacita?

— Duerme, hija, duerme, si quieres que el ángel no se enoje contigo...

Y la favorita de la madre María, la pobre Inesilla, se quedó dormida para siempre, pensando en el ángel de ojos azules como la esperanza y de cabellos negros como la muerte..

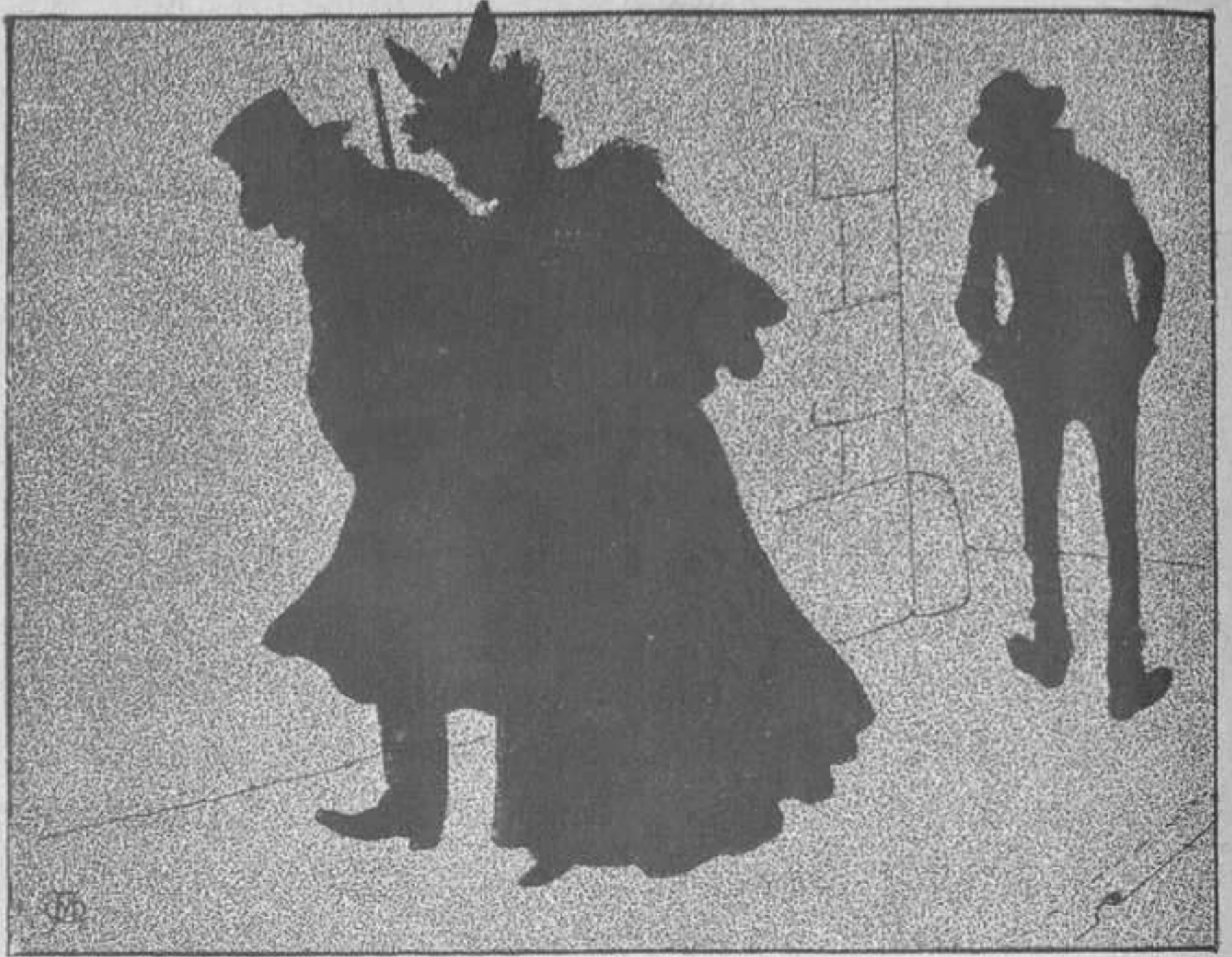
EMILIO RODRÍGUEZ MENDOZA.

(A. de Géry)

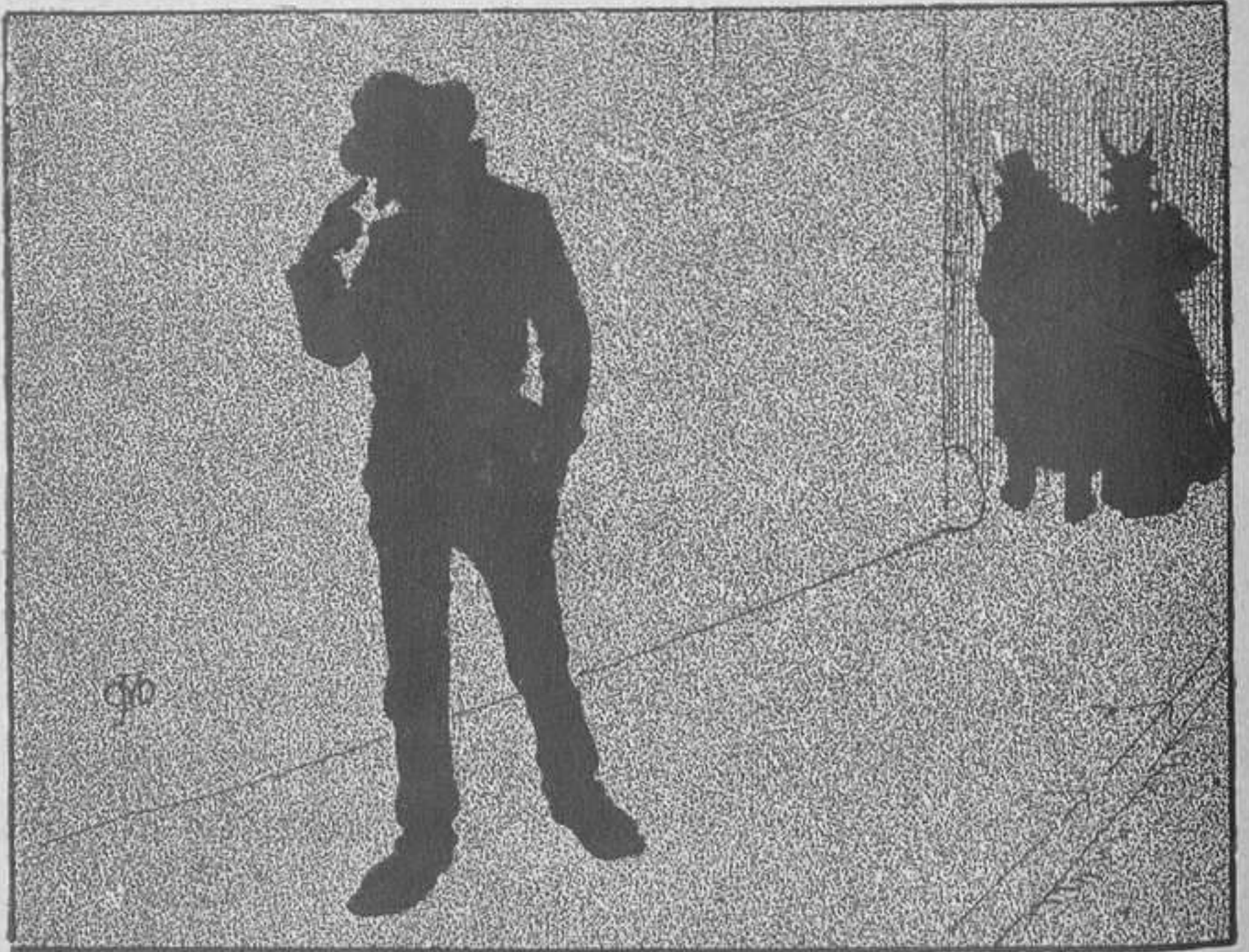
Santiago de Chile, Abril de 1896.



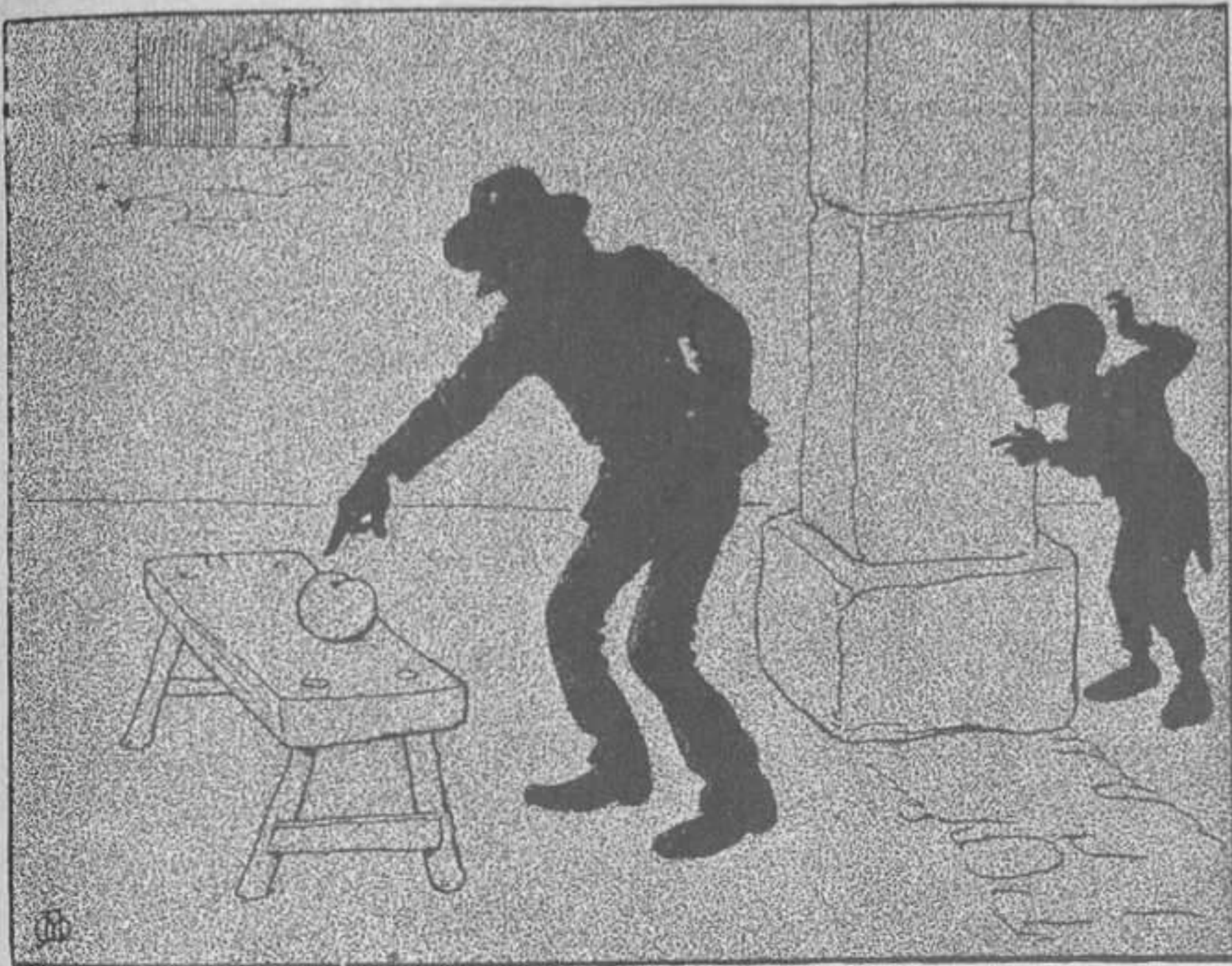
La manzana



—Aprieta el paso, Gabriela,
pues hace un frío que pela.



—¿Un *frío que pela*, ha dicho?
pues ¡hombre! tengo un capricho.



—Quiero ver de aquí á mañana,
si me pela esta manzana.



—¡La peló!... ¡Dios sea loado!
pero... ¡pela demasiado!

FOSFORESCENCIAS

Á D. FRANCISCO J. AMY

Sombría está la noche: de la tormenta
huye atemorizada la vagabunda
reina de los espacios, con su cortejo
de pálidos luceros y estrellas fúlgidas.
Sobre nuestras cabezas pesadas nubes
el viento arremolina con grande furia,
y tras la enervadora fúnebre calma
se siente el aire présago de recia lluvia.
Los árboles sacuden sus ramas secas
y el suelo de las muertas hojas se inunda;
del huracán juguete, luego esas hojas
irán do las empuje su saña ruda...

Sombría está la noche: sólo allá lejos
vense en el horizonte cómo fulguran,
cual luminosos dardos, las encendidas
centellas que aparecen, giran, se cruzan,
y con fosforescentes líneas fugaces
trazan sobre la inmensa página oscura
caprichosos emblemas desconocidos,
simbólicas y extrañas ígneas figuras;
rásganse las tinieblas por breve instante
y nuestros asombrados ojos deslumbra
entonces la sublime visión radiosa
del cielo con que sueñan las almas puras...
Pero otra vez más densas vuelven las sombras,
del Edén desaparece la puerta augusta
donde supremos bienes entrevió el alma
y acongojado el pecho vuelve á sus dudas...

Lóbrega está la noche: con negros mantos
las celestes lumbreras su faz enlutan;
y, luceros con alas, astros del suelo —
radiantes cual los otros de las Alturas, —
las luciérnagas surgen, vivientes rayos
que bordan primorosos la fronda oscura;
relámpagos tangibles, brillan, se apagan,
y presto á nuestra vista su luz ocultan;
y más hórridas vuelven las tristes sombras
é infunden en el alma mayor pavora!

Es la existencia humana lóbrega noche
que del dolor el fuego tan sólo alumbra;
dolor que es rayo á veces cuya luz viva
rompe del horizonte las densas brumas
y el pórtico nos muestra resplandeciente
tras el que está la eterna dicha futura
que ha de lucir un día para las almas
que el lodo de este suelo no manchó nunca:
si el vendabal se aleja, tímidas se alzan,
luciérnagas fugaces, nuestras venturas,
fuegos fatuos que exhalan en negras noches
de sus fúnebres astros las sepulturas...
¡Y afanosa tras ellas sigue corriendo,
aunque valen tan poco, nuestra alma ilusa!

LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Callao, Julio de 1896.

LA FLOR DE NIEVE

Su raíz en el hielo
vida y frescura bebe;
y sus hojas, que inunda luz del cielo,
abre la flor de nieve.

Dura un instante; apenas
la contempla el viajero.
Que no es mansión que ofrece albas serenas
el rudo ventisquero!

En menudos diamantes
se disuelve ella sola.
Que los besos de sol, brasas quemantes,
liquidan su corola...

En nieve de los años,
flor de lo ideal, tú creces;
y la pasión y acerbos desengaños
te arrancan, te deshojan y pereces!

GUILLERMO MATTA.

Santiago de Chile.

MODESTIA



—¿Conque Carlos la olvidó?
 —¡Pts! ¡qué quieres! se cansó;
 para amor firme y constante,
 ¡yo y tú!
 —El burro delante.
 —¿Delante? pues bien: tú y yo.

—*—

Á UNA AZUCENA SILVESTRE

Blanca, blanca azucena,
 que en la hondonada en que murmura el río
 abres tu candidísima campana,
 de aroma dulce y penetrante llena;
 húmeda por las gotas de rocío
 irradiante á la luz de la mañana;

Blanca, blanca azucena,
 de polen de oro y en el tallo erguida,
 de aroma dulce y penetrante llena,
 y á los besos de Céfiro mecida;
 tú de los cielos, á la faz serena,
 tú eres la frágil copa de la vida.

San Salvador.

FRANCISCO GAVIDIA.



BRINDIS

Versos recitados por el niño Héctor M. Prieto, hijo del autor, en una fiesta celebrada con motivo del cumpleaños de la distinguida Sra. LUISA ZUNINI DE VILA

Señores: no os cause risa,
 aunque conocéis mi pico,
 que siendo casi el más chico
 me atreva á brindar por Luisa.
 Y que entre los mil loores
 que entonan labios diversos,
 lluevan sobre ella mis versos
 como un diluvio de flores.
 De la inspiración la llama
 siento que en mi mente arde,
 y antes que sea más tarde...
 y me soplen en la cama,
 quiero aprovechar mi vena,
 mientras el *champagne* rebosa,
 para cantar á una esposa
 como no hay otra más buena.
 ¡Cuánto amor! ¡cuánto desvelo!
 su pasión raya en locura...

mas oigo que alguien murmura:
— «¿Qué sabe usted, mocosuelo?»
Pues no os sorprenda, señores,
mi infantil sagacidad:
los mocosos de esta edad
somos muy observadores.
Yo sé que, firme y constante,
se embelesa con su esposo,
y que si él suspira, ansioso...
pero no sigo adelante,
pues me hacen señas, y á hablar
de amor que tan mal se esconde,
¡vaya usted á saber á dónde
iríamos á parar!
En suma: es tan dulce y fiel,
que de fijo no hay ni ha habido,
en el mundo, otro marido
más feliz que don Manuel.
Y si como esposa, es tanta
su bondad, mal que le cuadre
mi lisonja, como madre...
¡como madre es una santa!
Por ser su encanto mayor,
y en ellos los ojos fijos,
de los ojos de sus hijos
hace espejos de su amor.
Tanto su ventura ansía,
que á la propia la prefiere...
¡Ah! una madre que así quiere,
¡qué buena es!... ¡como la mía!
Pero advierto, á mi pesar,
que no es prudente seguir,
pues yo os quise hacer reir
y acabaréis por llorar.
Mas antes que cierre el pico,
cediendo á tales temores,
que me acompañéis, señores,
en mi brindis, os suplico,
por la que este hogar alegre
y atesora virtud tanta,
que nadie, al verla, se espanta
de llamarla un día ¡suegra!

CASIMIRO PRIETO.



Nuestros colaboradores



Dr. D. Matías Alonso Criado

DISTINGUIDO PUBLICISTA ESPAÑOL

RASGOS HISTÓRICOS DEL PARAGUAY

(FRAGMENTOS)

Si no es la extensión territorial ni el número de habitantes lo que constituye la verdadera grandeza de las naciones, como no es la corpulencia ni el desarrollo físico lo que caracteriza á los grandes hombres de la historia, podemos afirmar que el Paraguay no cede en dignidad subjetiva á la nación más grande del continente americano. Hubo un tiempo, sin embargo, en que hasta esas condiciones puramente cuantitativas las unió á las de su especial calidad la región llamada por el historiador Guevara GIGANTE *de las Provincias Indias*, como quiera que, por las capitulaciones del rey de España con los adelantados del Río de la Plata, se extendía desde Venezuela y las Guayanas hasta el cabo de Hornos con doscientas leguas más sobre el Pacífico, mientras por el Atlántico subía desde el mismo cabo hasta seis leguas más arriba del río é isla de la Cananea, demarcándose á través de la isla de Buen Abrigo y el cabo de Humus hasta dar con los límites Sur de las Guayanas por el Amazonas, terminando su contorno con los límites de Venezuela, Perú, Tucumán y Chile. El Paraguay primitivo comprendía, en efecto, al nacer para la civilización cristiana, no sólo su actual territorio y el de las regiones adyacentes del Plata, sí que también todas las provincias de Río Grande del Sur, Santa Catalina, el Paraná, parte de San Pablo y de Goyás, todo el Matto-Grosso y parte considerable del Pará, y del Amazonas, que hoy pertenecen al Brasil, y los territorios de Mojos, de Santa Cruz de la Sierra y de Chiquitos, que hoy forman parte de Bolivia, así como todo el Chaco al Norte y Sur del Río Bermejo.

Y en la remota antigüedad prehistórica, sumida en las tinieblas de la barbarie, antes del descubrimiento, aún fué más grande, en cuanto á proporciones materiales, el dominio

de Tapaicuá, cuyos hijos Guaraní y Tupí se dividieron todo el espacio al Oriente de los Andes, comprendido entre el mar de las Antillas y la conjunción de los Océanos por el Sur.

Pero no es de esta grandeza ya remota y más aparente que efectiva de la que pretendemos trazar algunos rasgos á la ligera, como es permitido en los estrechos límites de un artículo, sino de la que dignifica á la hoy reducida nación paraguaya entre las mayores que la rodean en Sud-América; de la que le da fisonomía propia y carácter singular en el proceso de su vida política; de la grandeza especial que hizo temible á toda la Grecia el pequeño recinto del Peloponeso llamado Esparta y lo hace la admiración de todos los siglos, comprobando con hechos la atrevida paradoja del sabio Feijóo *lo máximo en lo mínimo*.

Teatro el Paraguay de arriesgadísimas expediciones y de continuos combates en el siglo XVI, ya con el objeto de la conquista, ó ya con el de la comunicación con el Perú, vieron los carios ó guaraníes, tales y tantos ejemplos de intrepidez en sus vencedores, los escasos españoles conducidos por capitanes del temple de Ayolas é Irala, que se regeneraron por un nuevo espíritu, y merced á la alianza con éstos triunfaron de las tribus más salvajes y feroces que hasta entonces habían contenido su propensión natural á la agricultura y á la industria, obligándoles á estar á la defensiva en perpetua guerra; y luego, merced al cruzamiento con la raza dominante, en la cual prevalecía la pura y vigorosa sangre éuskara, constituyeron un pueblo especial de índole bien diferente de los demás que componen la gran familia hispano-americana.

Estéril, ingrata y furiosamente enemiga la región elegida por el adelantado Pedro de Mendoza para base de la conquista y colonización, vino pronto á ser el Paraguay la metrópoli civilizadora del Río de la Plata, y la Asunción el centro de todas las operaciones militares, políticas y mercantiles.

Se exploraron ríos que, como el Pilcomayo, han vuelto á quedar en el misterio; se abrieron caminos para el Perú, que

luego han sido borrados; se crearon poblaciones en los desiertos, muchas de las cuales han desaparecido también a pesar de su importancia; y, bajo la acción del Paraguay, renació la ciudad de Buenos Aires para no temer más el furor de los querandíes ni los horrores del hambre.

Al genio de Irala se debe esa actividad, tan pasmosa por lo fecunda, que ha dejado un timbre de gloria imperecedera para España, del que participa naturalmente el Paraguay. Este grande hombre, electo gobernador por sufragio popular en virtud de privilegio otorgado por el monarca, organizó la colonia y creó el *Cabildo ó Concejo municipal*, que tan gallardas muestras de independencia y autonomía dió por vez primera en la América, llegando á luchar como de potencia á potencia, bajo la dirección del obispo Cárdenas y el visitador Antequera, contra todo el poder de la realeza y la teocracia aliadas.

La primera iniciativa en el sentido de la libertad é independencia, no ya en las regiones del Plata, sino en todo el Nuevo Mundo, partió, en efecto, de la Asunción, ofreciendo propagandistas entusiastas y mártires gloriosos en aquella *revolución de los Comuneros del Paraguay*, no menos célebre ni menos infortunada y noble que la de las *Comunidades* de Castilla ó la de las *Germanías* de Valencia. La primera imprenta también establecida en el Plata, los primeros libros impresos y los primeros destellos de ilustración para estos países se deben al Paraguay, á ese pueblo desinteresado y generoso que, después de haber resucitado y alimentado á Buenos Aires, la elevó á capital del virreynato, por acto de raro desprendimiento de *Hernando Arias Saavedra*, ilustre paraguayo, por tres veces gobernador de la patria.

Esta es otra de las grandes figuras que resaltan en la breve, pero sin igual historia, del por todos conceptos fertilísimo Paraguay. Vió que la fuerza militar era inadecuada á todas luces para satisfacer las necesidades de la colonización en un territorio tan extenso como el sometido á su inteligente celo, y propuso con éxito al gobierno español, no sólo la segregación del gobierno de Buenos Aires, sino también la

asociación más decidida del elemento religioso al político y al militar. De aquí las famosas *Misiones de los Jesuitas* que, por lo pronto, hicieron una especie de paraíso de las desiertas riberas del Paraná, cubriéndolas de florecientes poblaciones y de valiosos cultivos, aunque después produjeran efectos muy discutidos, mas de cuyo antecedente consta el hecho singular en los fastos de la humanidad de una *república comunista* gobernada por procedimientos jamás ensayados.

Desde Irala (1537), hasta Antequera (1724), es un período de constitución á través de guerras con los indígenas y de alzamientos contra autoridades abusivas: es un período verdaderamente revolucionario, cuyos pormenores no pueden ser más honrosos para el pueblo paraguayo. Desde el trágico fin de Antequera hasta el no menos trágico de Velasco, ó más bien dicho, desde 1735 en que Zavala hizo su entrada triunfal en la Asunción, restableciendo al obispo Palós y á los jesuitas; desde 1811 en que Velasco rechazó la invasión revolucionaria de los argentinos al mando de Belgrano, es un período de reacción monárquico-religiosa que cambia profundamente las condiciones sociológicas del pueblo paraguayo. Pero viene en seguida el anhelo de los americanos por la independencia, y el Paraguay, por boca del doctor Francia, es el primero de estos pueblos que, después de haberse batido contra hermanos por la soberanía de Fernando VII, se declara terminante y solemnemente desligado de toda obediencia á la metrópoli ó á cualquier otra potencia europea ó americana.

La sola dictadura de Francia es un período de reconstrucción.

¡Pero qué reconstrucción tan original, sin un detalle copiado de ejemplos ó precedentes históricos!

El doctor Francia personifica á su patria, y con esfuerzos verdaderamente sobrehumanos afirma su independencia, la libra de pavorosos peligros interiores y exteriores, y en medio de un absoluto aislamiento la dignifica moralmente, á la vez que desarrolla todos sus cuantiosos elementos de riqueza, demostrando prácticamente que el Paraguay no necesita de nada ni de nadie para vivir y prosperar.

Carlos Antonio López no pudo menos de aprovechar algunas de las ventajas alcanzadas durante el *reinado del terror*, como algunos llaman á la prolongada administración del *patriarca autócrata* del Paraguay, y así es que estableció la primera vía férrea y las primeras líneas telegráficas que revelaron el progreso moderno en esta parte de la América; pero su hijo *Solano López*, orgulloso al verse después al frente de un pueblo tan unido y compacto, tan obediente y sumiso á sus legítimas autoridades, tan poseído de la dignidad nacional, tan brioso y tan rico, no vaciló en declarar la guerra á las naciones colindantes, por creer en peligro la independencia del Uruguay, por el derrocamiento de su gobierno legal y el triunfo de la revolución apoyada por la Argentina y el Brasil. Asunto es este que no nos corresponde juzgar ahora; pero que hemos de mencionar sencillamente á fin de recordar las proezas innumerables, aunque desgraciadas, que han dejado al heroísmo paraguayo muy por encima de toda ponderación.

La guerra de la *Triple alianza* dejó al Paraguay materialmente casi aniquilado; pero moralmente á una altura envidiable, pues que á costa del más cruento de los sacrificios, se captó la admiración del universo entero, sin excluir á las naciones hermanas colindantes.

Y ahí está ahora ese Paraguay, postrado ayer en dolorosa agonía sobre lecho de ennegrecidos escombros, recobrando maravillosamente sus tradicionales energías; se ha levantado por un milagro de su poderosa voluntad; sin auxilio de nadie ha comenzado á andar por las vías del trabajo, del orden y del progreso; y apenas ha comenzado á dar señales de su actividad, obtiene triunfos notables en los certámenes universales de la industria, en las esferas de la publicidad y de la enseñanza, en el ejercicio de las libertades democráticas, en la pacífica competencia á que están llamadas las naciones cultas por la civilización moderna.

.....
MATÍAS ALONSO CRIADO.

•
Montevideo, 14 de Mayo de 1896.

UN IMPORTUNO



—Dispense usted...

—¡Eal ¡al grano!

—Como no estoy muy seguro...

¿es usted don Sixto Muro
ó su hermano?

—¡Soy mi hermano!

¡VENECIA!

—¿A Venecia quieres ir
en pos de tu amante infiel,
y á mí me dejas ¡oh cruel!
de amor y celos morir?
Antes bien debieras huir
del que tu pasión desprecia,
y dejar, bella Lucrecia,
á él y á Venecia en paz,
aunque te grite, tenaz,
la voz de tu amor:—¡Ve-necia!

CASIMIRO PRIETO.

EL HIMNO DEL MARTILLO

I

Yo amo el himno de notas armónicas
que el martillo del yunque en la fragua
con compás uniforme modula
sobre el trozo de hierro hecho ascua:
—es el himno bañado de chispas,
y el más viejo de todos los himnos:
desde el día del hombre primero
lo oyen siglos, y siglos y siglos.

II

Yo amo el himno de notas robustas
con que el combo del roto nervudo
labra un lecho á los rieles bruñidos
en la cima del Andes abrupto:
—es un himno cuya arpa es la piedra
que se canta entre nubes y nieves,
cuyo acorde en la cima brumosa
la agria roca repite y devuelve.

III

Yo amo el himno de notas metálicas
que el martillo con golpes veloces
les arranca á las planchas de acero
en la cumbre de eifélicas torres:
—es un himno que brota en el éter
y descende vibrante á la tierra,
entonando á través del espacio
el hosanna del arte y la ciencia.

IV

Yo amo el himno de notas iguales
y de ritmo monótono y seco
con que canta el sutil martinete
en la máquina audaz del telégrafo:
—es un himno del arpa unicorde
en que se hablan las razas distantes
con la eléctrica lengua que vuela
por las ondas del agua ó del aire.



V

Los poetas de lira averiada
 hagan himnos de acentos silábicos,
 y los echen al álbum lujoso
 ó los griten de frac ante el piano;
 ¡oh martillo, prefiero tus himnos,
 porque en todos tú pones un alma;
 porque, en notas de hierro, tú el triunfo
 del cerebro ó del músculo cantas!

MARCIAL CABRERA GUERRA.

Santiago de Chile.

 FINAL DEL APOCALIPSIS

Ved lo que á Electa, su devota amiga,
 escribía San Juan:
 «Permite que el destino te prediga
 de los hijos de Adán.

» El hombre del progreso indefinido,
 por su ciego sentir,
 no conoce el gran Ser desconocido
 ni al nacer ni al morir.

» Llevado por sus locas ambiciones,
 de su apetito en pos,
 siempre pone delante sus pasiones,
 y detrás á su Dios.

» Llamándole el deseo hacia adelante
 y el recuerdo hacia atrás,
 á espaldas de su Dios, vive ignorante
 y muere mucho más.

» Por la pasión en guerra, siempre en guerra
 con la fe y la razón,
 la bestia apocalíptica se encierra
 en su ruin corazón.

» Siempre el hombre ha de ser el prisionero
 de todo lo fatal,
 y morirá, lo mismo que el primero,
 el último mortal.

R. DE CAMPOAMOR.

Robar la media sin quitar la bota

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



Abrumado por los rigores del sol y la fatiga de una larga jornada quedóse un jinete dormido sobre su caballo.



Advertido lo cual por un truhán, imaginó jugarle una treta digna de su ingenio.



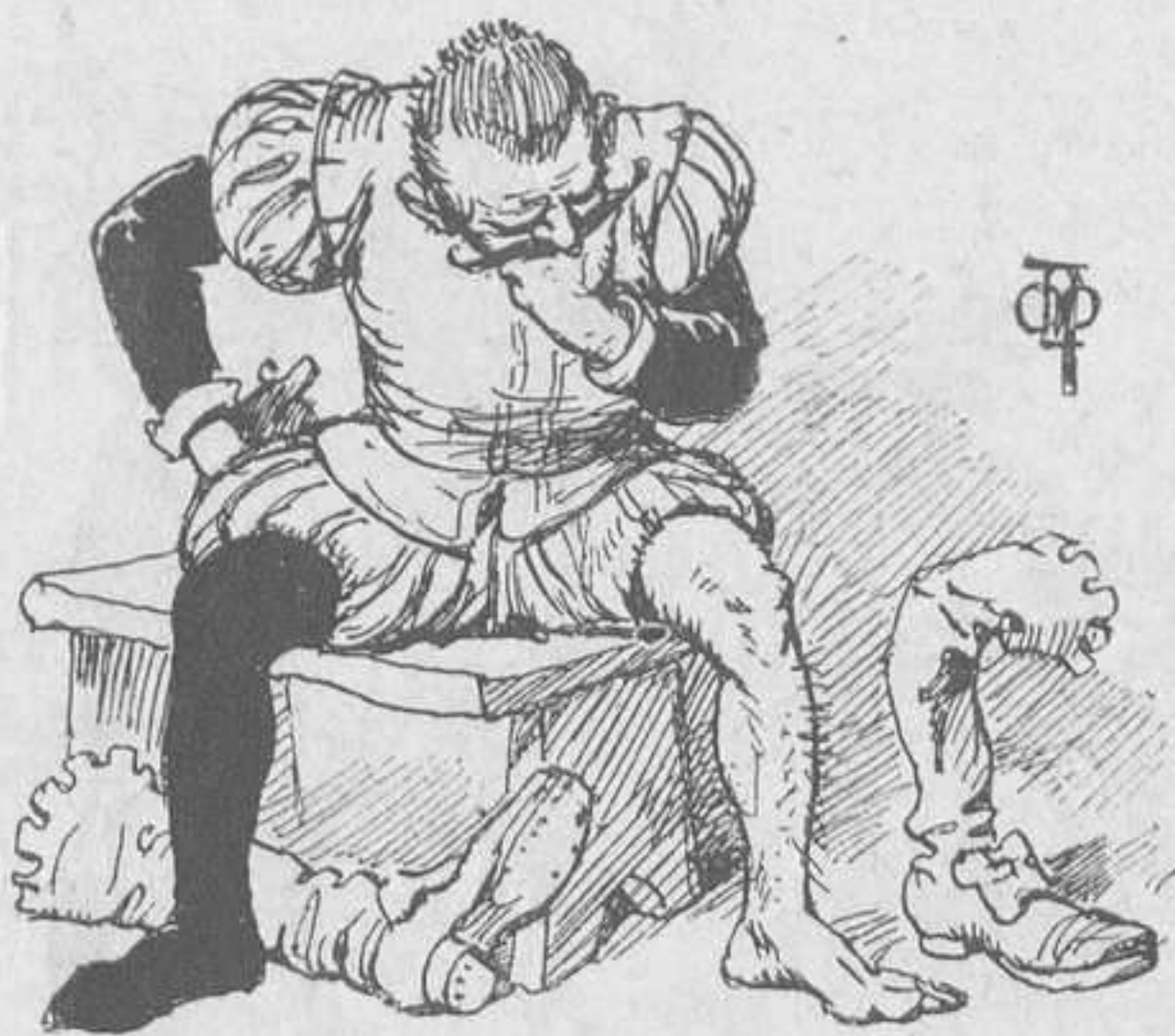
Y fué que viéndole un agujero en la punta de una de las botas empezó á tirar por él de la media.



Y como el caballo siguiera andando, fuése descorriendo la media punto por punto.



Y el truhán se la llevó hecha un ovillo.



Y el bueno del caballero murió de viejo sin acertar á explicarse cómo demonios, calzada la bota y puesto el pie en el estribo, habían podido robarle la media.

NIEBLAS

Á RUBÉN DARÍO

He aquí el invierno, con sus días brumosos, húmedos, interminables; con sus ráfagas heladas y cortantes, como navaja sevillana; con sus lluvias torrenciales á veces, menudas otras, fastidiosas siempre, que hacen desear los pasados días estivales.

Las golondrinas, — esas mensajeras de la bonanza y de la dicha, — se alejaron ya en bandadas, en peregrinación á otras comarcas; abandonaron el alero, en busca de climas más templados, en busca de una naturaleza más propicia para su vida; se fueron, no para no volver, — como ha dicho el poeta gaditano, — sino para tornar en el estío, á rehacer los nidos deshechos por las borrascas y los vientos.

¿Por qué Dios no nos habrá ceñido alas? Así, en esta época gélida, volaríamos también nosotros á los países del sol!

Ved: todo se torna gris. El sol se nubla. Los campos pierden su lozanía y su verdor. Las plantas, sin hojas y sin flores, están mustias; su savia, marchita por el cierzo helado.

En el aire no hay píos de pájaros, ni zumbidos de abejas, ni arrullos de paloma.

Los animales se guarecen debajo de los grandes árboles, buscando un abrigo contra la escarcha y la intemperie.

La naturaleza sufre.

En el hogar los chicos, con la cara amoratada, los miembros ateridos y los ojos lacrimosos, rodean la estufa, ambas manos tendidas hacia la llama, en actitud suplicante. Se empujan, disputan, riñen por tomar las mejores posiciones, y terminan llorando en coro, hasta que la madre, la buena madre, los levanta en sus brazos, y cubriéndoles de besos ardientes, los calienta en su seno.

¡Pasan las horas y el sol no aparece! Está metido entre una capa de vapores espesos, que lo ocultan á nuestras miradas, y cuando sus débiles rayos logran rasgar un momento esa valla cenicienta, no dan calor ni luz; parece que no existieran. De vez en cuando el sol asoma su cara demacrada de sátiro en un retazo de cielo límpido; nos hace una mueca grotesca, y vuelve á esconderse en la bruma.

Las tardes, en vez de las plácidas y serenas de la primavera, llenas de colores y de himnos, en que todo sonríe y resplandece, se tornan opacas, bajo la nieve que empaña. En vez de las auras densas y tibias, tibias como una caricia blanda, soplan vientos polares, que congelan hasta la sangre, ásperos como un insulto enconado.

¡Húmeda la atmósfera, húmeda la tierra, húmedo el organismo!

Allá, á lo lejos, en los confines del horizonte borroso, se ve un punto negro; una nube que crece y se ensancha, á medida que se acerca, y acaba por llenar todo el espacio. Es el huracán, que avanza con la triple rapidez de la máquina sobre el riel, devastándolo todo en su camino. Los árboles se quiebran, «transformándose en fantasmas;» el hombre busca su choza y las fieras su guarida, mientras el viejo invierno entona su canción siniestra, al compás de la ráfaga, entre el fulgor de los relámpagos que trazan jeroglíficos y el redoble de los truenos, cuyos ecos aterran la comarca, se prolongan en los valles y las lomas, y se pierden en la inmensa bóveda enlutada.

Las nubes rompen su válvula de escape, y baja de los altos cielos una corriente de agua interminable, que lava las ciudades y los pueblos, llena los arroyos y los ríos, inunda las chacras y los huertos, se extiende en la planicie sin fin, y va á mezclarse, por último, á las ondas eternamente azules del Océano.

Entretanto Eolo, encolerizado, silba y ruge, recorriendo todo el diapasón de los sonidos. «En el fondo del cielo, ceniciento, cruzan luces fantásticas é inquietas.» Las nubes,

barridas por el *pampero*, huyen desbandadas como un ejército en fuga. En el mar una barca zozobra. El náufrago, solo entre dos abismos, se resigna con su negro destino y espera la muerte, una muerte horrenda. No intenta siquiera pedir auxilio, porque comprende que un clamor en la inmensidad es una voz sin eco. En el instante supremo le acosa un deseo frenético de vivir, se agolpan á su cerebro toda la vida pasada y todos los goces entrevistos, é impotente para conjurar la catástrofe, cae de rodillas, alza sus brazos al cielo y murmurando una plegaria desaparece entre los silbidos de la ráfaga...

¡Oh, suerte cruel!

La noche ha cerrado por completo, una noche profunda, siniestra.

Los elementos, enfurecidos, después de haber hecho explosión, se aplacan. La calma recobra su imperio.

El viento cesa...

Ni un rumor, ni una queja, ni un grito rompe el silencio del nocturno misterio.

—

¡Qué triste se pone la naturaleza en estos días invernales!

La aurora, que nos recordaba apacibles, entre el arrullo del céfiro y el canto de las aves matinales, *no existe*; pasa por un período cataléptico.

Ya no hay tules de púrpura en las nubes flotantes que nimban el Oriente, ni gorjeos de zorzales, ni trinos de calandrias que saluden ¡oh Sol! tu salida.

Los flamencos y los cisnes, que despleaban en los aires acuarelas de Watteau, han emprendido también la marcha, produciendo con sus aletas, «el sordo rumor de velas agitadas.»

Quedan, en cambio, dominando la campiña, los cuervos fétidos y los buhos asquerosos, con su facha macabra, imágenes vivientes de la muerte, cuyo fúnebre graznido trae erizamientos histéricos á la piel; y las ranas, las infames ranas, que sumergidas hasta el cuello en los arroyos y las lagunas continúan demandando agua á las nubes que pasan,

con un cinismo horrendo, como si el diluvio recientemente caído no les bastase aún!

Su sonata crispante, sin gradaciones y sin intervalos, en el mismo tono invariable de lamento, produce en mis nervios idéntico efecto que el zumbido de un mosquito en los oídos á la hora del sueño, ó el grito estridente de un muchacho llorón.

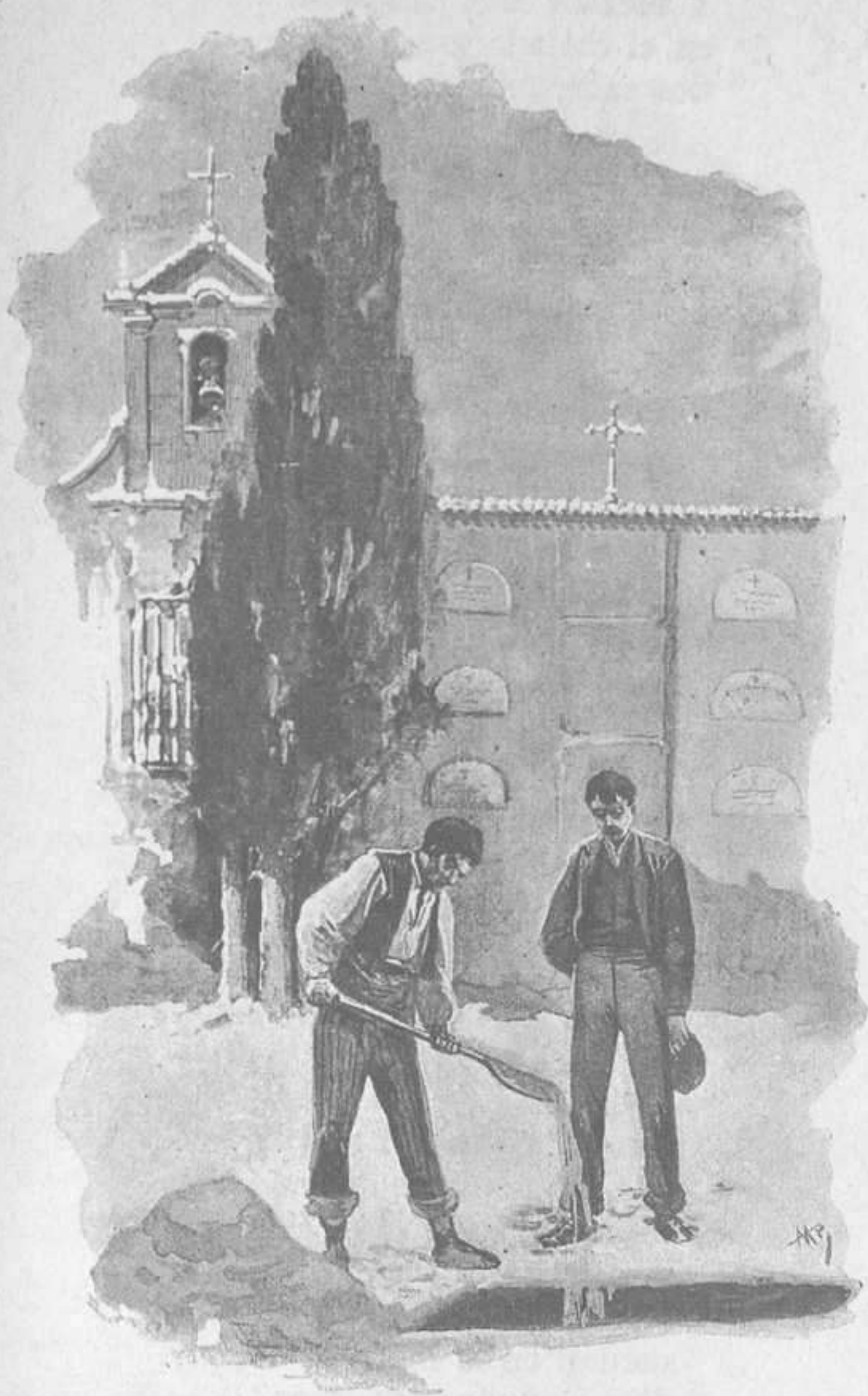
El espíritu, con esta sinfonía sin término y en este ambiente glacial, se congela, se atrofia, se contagia, envolviéndose en una melancolía indefinible, que no inspira al poeta, que no da valor al soldado y que no alienta al hombre para las batallas de la vida.

Véte, pues, al diablo, viejo invierno, con tus brumas y tus hielos, con tus lodazales y tus lluvias, con tus corrientes de aire destemplado, con la música crispante de tus ranas, que traen el *spleen* y el desencanto; véte, porque tú marchitas las ilusiones y la bella flor azul de la juventud; encorvas al anciano y al niño; bajo los rigores del cierzo implacable despedazas el nido de la débil paloma y sepultas la nave en el Océano. Y vuelve tú, ¡oh primavera gentil! con tus alboradas luminosas, con tus tardes tibias y serenas, con tus crepúsculos llenos de rumores y de misterio, con tus noches de luna melancólica, evocadora de recuerdos queridos, sueños grandiosos y amores imperecederos; vuelve á cuajar de esmeraldas las praderas, de mieses los campos, de uvas los racimos, de fragantes rosas los jardines y de dorados frutos los árboles añosos del soto, mientras los pájaros canoros saludarán la aurora de tu vuelta en el triunfo del sol, llenando las quebradas, los montes y los llanos con gritos de victoria!

LUIS BERISSO.

Entre Ríos (República Argentina).





LOS QUE SE VAN

Á CASIMIRO PRIETO

¡Qué frío en la buhardilla!
Sentada en una silla,
á obscuras y sin fuego
y envuelta en negro luto,
da al niño el pecho enjuto,
y eleva á Dios un ruego,

sin que lo escuche Dios.
Y suenan muy despacio
en el callado espacio
dos campanadas, dos.

Sólo la sangre brota
del pecho gota á gota,
y al niño, casi inerte
y en su regazo opreso,
da un largo y frío beso,
el beso de la muerte.
Murmura «adiós» después,
y suenan muy despacio
en el obscuro espacio
tres campanadas, tres.

El sol de invierno brilla
y alumbra la buhardilla.
Un hombre abre la puerta,
contempla al niño muerto,
mira á la madre muerta
y grita: — ¿No me veis?
Y suenan muy despacio
en el brillante espacio
seis campanadas, seis.

Sin cura, sin mortaja,
sin luces y sin caja,
los llevan á la fosa,
sobre ellos echan tierra,
y el hoyo que se cierra
no cubrirá una losa.
Mas sobre la aridez
del vasto cementerio,
suenan en el misterio
diez campanadas, diez.

¿Quién ve desde la altura
la humana desventura?
¿Nadie? Ni hoy ni mañana
se enlutarán los cielos
por esos grandes duelos,
y siempre una campana,
las horas que se van
anunciará despacio
en el sonoro espacio
tocando tan, tan, tan.

CHRISTIÁN ROEBER.

Buenos Aires, Enero de 1895.

esfuerzo su frente calenturienta, permanecía silenciosa en interna contemplación: los sueños y delirios de un idilio *bendecido por el cielo* alborotaban la serena reflexión de su mente pensadora.

—Hasta mañana, hija mía: mi bendición y mis preces te acompañarán en la gran ciudad. Sé siempre buena, como hasta ahora.

Las inquietas nubecillas, besadas por el sol primaveral en su última carrera del día, iluminaban las blancas casas del pueblo, como postrer saludo.

II

—Usted lo sabe, Padre Cosme: tenía diez y siete años: riqueza, halagos de la amistad y almibarados elogios del mundo de las fiestas y saraos sociales me rodeaban. Jorge, *el ideal de mis sueños*, encarnado en la envoltura elegante de un apuesto mancebo de veinticuatro años, me requería de amores. Doctorado en la Universidad, bienquisto en círculos y reuniones, adulado por *la mentira mundana*, en cuyos torneos engañosos había brillado por sus elocuentes discursos públicos y su graciosa verba derrochadora de sutilísimo ingenio, *mi Forge* fué mi única ilusión, y sus ojos de varonil mirada el *único espejo* de mis sentimientos y afecciones.

Pero... pasaron aquellos años de rosas é ilusiones: el desvío, la indiferencia del hastío... en él; la mordedura de cruellísimos celos, que alimentaba la *chismografía* de mis amigas de la infancia... cebándose en mí, fueron quebrantando aquel amoroso entusiasmo y doblegando mi espíritu á las contrariedades. Y, por la abierta herida de mi desencanto, fueron infiltrándose traidoramente las delicadas atenciones de un amigo de... ambos. ¡Ay, Dios mío! Y, sin *él*, alejado siempre del hogar por sus tareas del bufete y sus enmarañados negocios, que, en la ausencia, confiara al *suavísimo amigo*, éste me visitaba con frecuencia, con la más respetuosa corrección, con las más dulces galanterías, ocultando el labio mal reprimido el incendio que acusaban las llamaradas de sus ojos pesquisidores, que sondeaban en mi conciencia.

¡Padre Cosme, ayudadme! ¡Virgen Santa!... Me abismé en el *mundanal ruido*, y la tibieza religiosa me empujó impetuosamente: seguía las desordenadas aberraciones de la moda, con ardor infantil, y trajes, tocados, cintas y encajes constituían el *único pasto intelectual* de mi existencia y el privilegiado tema de nuestras *causeries* amistosas, en la intimidad del *boudoir*, después que el asociado de mi ausente dueño me informaba del fastidioso curso de los negocios y especulaciones de bienes y propiedades.

Un día, por un capricho de niña, después que se habló del *humo de las vanidades*, asociación de ideas tal vez, nos ocupamos del humo de los cigarros, en moda en la sociedad rusa, y permití á mi asiduo visitante que fumase... y quise fumar; tomé un cigarrillo que me ofreció... Una visita oportuna cambió el curso de nuestra conversación.

Pero, estoy perdida: me he visto por dentro, y mi alma, en el misterio de sus expansiones.. besaba al locuaz galanteador; tal vez, mis ojos me vendieron... ¡Qué horror!

No le he visto más: vine aquí de temporada... huyendo, huyendo de... mí misma: Padre Cosme, yo rezo, quiero rezar con fervor y pienso... pienso en él. Y le veré en la ciudad, y tendré que recibirle... ¡Dadme fuerzas, Dios mío!

—La oración te salvará, débil criatura: *no hay virtud sin lucha*, y vencerás con la fe: retrasa tu regreso á la capital, y allí, en aquel foco de perdición, sigue á la moda, pues que tu posición te obliga, menos en sus dementes desvaríos. Dejad á los hombres sus vicios... molestísimos. No fumes, no fumes.

III

—No esperaba verla ya, hija mía. ¡Hace tantos años que olvida usted al... Padre Cosme! Vine á la ciudad, y á su casa, por indicación de la Sra. B.; sé que usted quiere contribuir á la erección del altar de Nuestra Señora del Carmen, en mi pequeña iglesia, y vengo... á recibir la limosna... ¡Que Dios la pague su caridad, y la ayude en sus aflicciones... porque la veo enlutada!

—Sí, Padre Cosme: viajando por Europa, Jorge... murió en un horroroso choque de trenes. ¡Dios lo tenga en su santa gloria! ¡Virgen santa del Carmen! Perdonad, Padre Cosme, mis sollozos...; soy muy pecadora; amo... locamente; soy adorada y... soy infeliz. ¡Castigo del cielo!

—Señora, en confesión puedo escucharla, pero aquí... no: orad, rezad con fervor: ¡la misericordia de Dios es infinita! Vengo aquí, como sabéis...

—Sí, sí; tomad, Padre Cosme, esta cartera; es mi óbolo: ¡Dios me lo tome en cuenta!

—Él se lo premiará: en la vecina iglesia estaré mañana desde las seis de la tarde, si queréis que os oiga en confesión.

IV

Del severo carruaje baja una dama de altivo continente: con breve paso nervioso sube la blanca escalinata de mármol que conduce al templo: avanza en la semi-obscuridad de la espaciosa iglesia, y se arrodilla humildemente al pie de un modesto confesonario, cuya enrejada ventanilla se abre á su llegada. Susurro misterioso forman las voces de penitente y confesor.

—Tu situación, Elena, hija mía, es difícil: joven, rica y viuda, debes casarte, ó renunciar á esas relaciones... inconvenientes.

—No puedo, Padre Cosme: él... no sé si querrá; yo no se lo digo. Le resistí: hace seis meses, vino... en visita de duelo; volvió... para enterarme de los asuntos del finado. Olvidé: el *vivo* borró las huellas del amor muerto; fumé... por otro capricho, sin que hubiese visitas... inesperadas. ¡A Dios pluguiera! Diéronme unas náuseas... caí en sus brazos...

Después, cuando volví en mí, ayudada por mis doncellas, mis labios quemaban, y mi mente, en confusión espantosa, recordaba palabras tiernísimas de un encanto indefinible...

Eso fué... hace un mes: no le veo ya... vengo dolorida, arrepentida... ¡Ayudadme, Padre Cosme!

—Hija mía, *pede pœna claudò*. Cásate, cástate, y... no fumes.

—Pero, padre, si ya... fumo cigarrillos perfumados... es... la moda.

—Bien, bien: fuma, pero... no te tragues el humo: da... náuseas. Ya lo has visto.

MARINO BRAIS.

Buenos Aires.

NUPCIALES

La luna ilumina la verde arboleda;
pasando al través de las hojas, remeda
sutiles encajes su suave fulgor.
La noche está tibia, la noche está cálida,
y entona á la lumbre de la luna pálida
sus trovas galanas galán trovador.

Formada de luces, en las verdes frondas
se esfuma á lo lejos errátil visión;
fantásticos danzan en rápidas rondas
las Willis y Silfos que rige Oberón.

La noche está tibia, la noche está bella,
está con el bardo la pálida estrella,
la estrella que enciende la luz del amor;
la virgen más blanca que el mármol de Paros,
la de ojos muy grandes, muy grandes y claros,
que tienen del cielo la luz y el color.

Al soplo del aire, como arpas eolias
suspiran las ramas con suave rumor;
y ritma sus trinos, oculto en las folias,
en las verdes folias, alado cantor.

Las blancas magnolias el aire embalsaman;
los astros sobre ellas sus rayos derraman:
celebra sus nupcias el astro y la flor.
¡Oh, nupcias astrales! — Con dulce embeleso
dos bocas se juntan temblando en un beso,
la pálida virgen se enciende en rubor.

¡Oh, nupcias astrales! — ¡Oh, blancas magnolias!
rubores de virgen, perfumes de flor;
la brisa que pasa temblando en las folias,
y el alma en que canta sublime el amor!

CARLOS ORTIZ.

Buenos Aires, 1896.

UN DISCÍPULO DE CACO



— ¡Suelta el saco!

— ¡Qué gritos! ¡habrá necio!

— No me conviene dártelo *á ese precio*.

— Pues peor para usted.

— ¿Peor?

— ¡Es llano!

porque se queda usted sin parroquiano.

EPIGRAMA

— ¿Tan hábil tirador es Juan Perojo que se hace lenguas de él toda la villa?

— ¡Uff! ¡una maravilla!

donde pone la bala, pone el ojo.

PERFIDIA DE MI CRIADO

FRUSLERÍA BUCÓLICO-POLÍTICO-MORAL

Humilde, servicial y diligente,
 atento, cariñoso y delicado,
 fué *Faustino Mercado*,
 mientras le tuve en casa, de sirviente.
 ¡Oh! ¡cuál me acreditaba con la gente
 de amable, manso, dadivoso y bueno!
 ¡Oh! ¡con cuánta elocuencia
 ponderaba las dotes singulares
 del único *patrón* que, entre millares,
 excelente le dió la Providencia!

Mas cometió una falta
 de esas que el mejor amo no perdona,
 y tuve que buscar otra persona
 que en el destino de él se *diese de alta*.
 Apenas el bribón recibió el *cese*,
 cuando, con sorprendente villanía,
 publicó, á voz en cuello, que no había
 patrón más iracundo,
 más tacaño, más vil, más insufrible,
 de peores entrañas, más terrible,
 más perverso, que el... tal, en todo el mundo.

Por calles y por plazas difamado,
 desde entonces, me veo,
 y no sólo soy *pícaro*, hasta *feo*,
 según el voto, soy, de mi criado.
 A expensas de mi honor quiere el taimado
 proporcionarse el pan de que carece;
 por eso me envilece,
 dando á entender que es él quien, descontento
 de la conducta mía,
 resolvió, como *chico de talento*,
 privarme de su honrosa compañía.

Pero si, necio yo, con dulces voces,
 cual *Coridón*, dijese, enternecido:
 — « ¡Ah, Faustino crüel! me desconoces ¹,
 ¡me obligas á morir! Vén, mi querido:
 tengo aquí leche fresca,

¹ Parodia de la Égloga II de Virgilio.

ciruelas exquisitas,
 membrillos olorosos y abundantes;
 bien sabes cómo soy rico en ganado;
 más son las errantes
 ovejas que divisas en la altura,
 y todo es para tí .. no soy tan *feo*;
 ¿te parece, lector, que mi criado
 tardase en devolverme con usura
 el crédito que, inicuo, me ha quitado?

¡Quítemelo el infame en hora buena!
 nunca le llamaré; que no es prudente
 al austro echar las flores
 y á inmundo jabalí la limpia fuente.

¿Debo pagar, acaso, con ternura
 el odio de un ingrato?

¿Quién no me trataría de insensato,
 si, con afán inútil, á los montes,
 confiase solitario, bajo el haya
 frondosa, mi dolencia?

¿Quién, movido á clemencia,
 al escuchar mis ayes, no podría
 decirme condolido:

—« ¡ Coridón! ¡ Coridón! ¿de qué demencia
 te encuentras poseído?

Distráete, más bien, podando vides;
 teje de mimbres cestos;

¿qué clamores son estos?

cien Faustinos tendrás, si ciento pides.»

¡No! Nunca, en mi cabaña, canastillos
 para el ruin, habrá, de lindas flores;
 no más le cantaré versos de amores;
 ya no, con mis cabrillos,
 la leche gustará, nívea y sabrosa,
 dos veces cada día;

no tocará mi flauta melodiosa;

¡lejos de mí el infiel, el fementido!

Busque otro Coridón... pero éste sepa
 que, al terminar el plato consabido,
 por Téstilis dispuesto ¹,

más iras que las *tristes* de *Amarilis*
 tendrá que soportar y más desdenes;

pues no obtiene sino esto,

de gente baladí, quien le hace bienes.

¹ *Téstilis*, pastora que en esta composición representa á la caja nacional.

Quede el *hermoso niño*, y burla necia
 haga de mis favores;
 con el negro *Menalcas*, que me aprecia,
 viviré más feliz. Las blancas flores
 de la amapola caen; los jacintos
 se cogen, aunque negros.
 Muy rastreros y viles los instintos
 del nuevo *Alexis* son, que, fatigado,
 del lucro en pos se lanza,
 cual ciervo por los canes acosado.
 La leona feroz persigue al lobo;
 el lobo á la cabrita; la cabrita
 retozona al cantueso;
 Faustino va tras el *henchido hueso*¹.
 ¡Su pasión á cada uno precipita!

Mas yo que, escarmentado
 estoy de su perfidia, no quisiera
 que el corazón ardiera
 de nadie en el amor de mi criado.
 ¡Pastores, no confiéis vuestro ganado
 á Faustino el aleve! ¡Labradores,
 nunca con ese infiel partáis el fruto
 sabroso con que Ceres y Pomona
 vuestras fatigas premian y sudores!
 ¡No pongáis en sus manos, mercaderes,
 de Cachemira el chal, ni de Bretaña
 las superfinas telas! ¡Gobernantes,
 nunca el sagrado, popular dinero
 malgastéis en tunantes
 como el mío; pues, si hoy, con lisonjero
 servilismo, os adulan, prosternados,
 mañana, con el *cese*, en enemigos
 mortales vuestros los veréis cambiados!

¡Ciudadanos, en fin, los que testigos
 de la inconstancia sois y la bajeza
 de mi desleal sirviente;
 la necia, la impudente,
 la menguada y falaz vocinglería
 despreciad de esos falsos *liberales*
 que insultan al poder, como rivales,
 cuando les quita el *pan de cada día!*...

LUIS CORDERO.

Quito.

¹ Cuerno embutido de carne. Alude el autor á otra satirilla suya
 contra los empleomaníacos.



Quizá en lo que llevamos de era cristiana no ha habido otra época en que haya florecido tanto la oratoria como en la que atravesamos, pues donde quiera que se reúna media docena de amigos con el plausible objeto de comer ó beber, no tarda en aparecer algún orador continuo, ni en chisporrotear la elocuencia en discursos de circunstancias que, si no dan siempre una clara idea del talento del autor, la dan, y acabada, de la infinita misericordia de Dios al poner sordos en el mundo.

Y lo más sensible es que nadie se libra en casos semejantes de la contribución oratoria con que se grava á los que quieren gozar de las inapreciables ventajas de la sociabilidad moderna, aunque no todos puedan pagar esa contribución directa con las brillantes monedas de oro de la retórica, pues los ruegos y las súplicas y hasta las exigencias llueven á cántaros sobre el que, atrincherándose en el silencio, no se anima á decir esta boca es mía, por temor de soltar un disparate. Y lo peor es que se ve obligado al fin á soltar una colección.

Raro es ya el que no se halla familiarizado con la oratoria, sobre todo al llegar los postres y al servir el *champagne* espumoso en la brillante copa de cristal, que es cuando la elocuencia se desborda en fulgurantes períodos... y se sale de madre. Después de comer bien y beber mejor, hay ciuda-

dano que se siente grandilocuente y encuentra con la mayor facilidad, en el huerto de su imaginación, las flores de retórica con que matiza sus discursos. Las palabras fluyen en sus labios que es un portento, y cualquier tema, desde el político hasta el culinario, le sirve á maravilla para hacer gala de sus dotes oratorias.

En otras épocas de menos cultura intelectual que la nuestra, eran pocos, relativamente, los que se atrevían á hablar (exceptuando las mujeres, se entiende); pero en los tiempos que corremos es raro el que, llegada la ocasión, no se sienta contaminado con la verbosidad del vecino y deje de hacer oír su voz en discursos más ó menos académicos.

Verdad es que no ha habido tampoco ninguna época tan propicia como la presente para el desarrollo de la oratoria de sobremesa, pues apenas pasa día sin que se celebre un banquete en honor de tal ó cual benemérito ciudadano, ya con motivo de haber sido nombrado esto ó lo otro, ó de estar en vísperas de casarse, ó de haberse dejado el bigote y la mosca.

Oradores de sobremesa hay que echan discurso tras discurso, desde que salta el tapón de la primera botella de *champagne* hasta que humea en la diminuta taza de porcelana el aromático moka, ese momento tan temido por los que no aciertan á balbucear una frase, como esperado por los que son capaces de brindar hasta por los codos. Y todavía no es eso lo peor, sino que, creyendo quizá que el don de la palabra es común á todos, se empeñan, en los momentos de descanso que les deja su oratoria intermitente, en que hablen los que nunca tuvieron facilidad para ello.

— Con todo, como decía á los postres de una comida de bodas un erudito orador epitalámico, prefiero, locuaz como es y alegre de cascos, la Musa del *champagne* á la insoportable Musa de los sepulcros, y á la fúnebre oración encaminada á ensalzar los méritos y virtudes de muchos que tal vez en vida fueron desterrados por la ingratitud al valle de lágrimas del olvido, el brindis que pronuncia el labio ardoroso y seco, entre el chocar de las copas, el sonreír de las bellas y el relampaguear de los ojos.

— ¡Ah, señores! continuaba el orador entre sorbo y sorbo de *champagne*, si es execrable la memoria de Sexto Tarquino, tengo para mí que no lo es tanto por su bellaquería, por la infamia de que hiciera víctima á la hermosa y casta Lucrecia, como por haber sido causa, aunque indirecta, de que Valerio pronunciase la primera oración fúnebre que se conoce, ante el cuerpo ensangrentado del vengador de la altiva matrona romana. Desde aquellas lejanas edades hasta nuestros tiempos, ¡cuántas elegías y cuántas herejías se han oído!

— ¿Y quién fué el vengador de esa señora? preguntó tímidamente un comerciante en jamones, para quien la noticia de aquel hecho histórico era completamente nueva.

El orador le miró fijamente y dijo:

— ¡Bruto!

— ¡Caballero! me parece que mi pregunta no le autoriza á usted para insultarme de este modo, exclamó el comerciante, rojo como un cangrejo y echando chispas por los ojos.

— Ya veo que no conoce usted la historia, observó el orador, sonriendo con aire de lástima.

— ¡No, señor! ¡no conozco la historia, bufó el de los jamones; pero en cambio usted no conoce la educación!... ¡llamarme bruto! ¡á mí! Pues mire usted, con todo y ser bruto, no comulgo con ruedas de molino como usted y no creo jota de la cacareada inocencia de esa señora Lucrecia de mis pecados. ¡Mal rayo la parta! ¡pues qué! ¿ignora usted acaso que envenenaba á sus amantes? Y no es esto sólo, sino que la muy... bribona, cometía las mayores iniquidades con la mayor frescura de este mundo: ¡cantando!

— ¿Cantando?

— No me diga usted que no, porque he visto la ópera.

— ¡Bah! usted me habla de la incestuosa hermana de César Borgia y yo me refiero á la noble hija de Septimio Lucrecio Tricipolino, casada, creo que en primeras nupcias, con Colatino, y mujer de tal honestidad y de virtud tan extremada, que habiendo sido ofendida de una manera vil por Sexto Tarquino y no pudiendo sobrevivir á su deshonor, se dió muerte á sí misma.

Aprovechando el murmullo de admiración que el relato de acción tan ejemplar como heróica produjo en los circunstantes, el novio se inclinó al oído de su reciente costilla, y le dijo:

— Oye, Paca, ¿qué harías tú si algún día te tentase algún... Sexto?

— ¡Sería otra Lucrecia Borgia! contestó la novia con fiera altivez y barajando lastimosamente los nombres históricos.

— Bueno, bueno, exclamó el comerciante, cuando se hubo extinguido el último eco de aquel murmullo, que pasó por todos los labios como una ráfaga de admiración, y encarándose con el orador, que estaba saboreando con deleite su triunfo oratorio; todavía no sé por qué me ha hecho usted una alusión tan directa llamándome bruto, á propósito de la hija de ese señor sietemesino.

— ¡Septimio! rectificó indignado el orador. ¡Septimio Lucrecio Triciplino!

— ¡Bueno! ¡Septimio Lucrecio Tri... etcétera! ¿me quiere usted hacer el favor de decirme qué tengo que ver yo con los asuntos de esa familia?

— ¡Pero, hombre, no sea usted tan quisquilloso! dijo entonces el dueño de casa, hombre conciliador si los hay, al de los jamones, creyendo llegado el momento oportuno de intervenir en el incidente, al ver el sesgo desagradable que iba tomando; el señor no lo habrá dicho por mal...

— Si tuviera usted alguna tintura de historia, contestó pausada y majestuosamente el orador, sabría que el vengador de la casta Lucrecia fué Bruto.

— Algo fuerte me parece la palabreja, observó el comerciante, que no daba su brazo á torcer; y no me parece bien que á un hombre que procede tan noblemente, le llame usted bruto. ¡Si al menos hubiese dicho que el vengador de esa casta señora fué tonto!

— El tonto es usted que no comprende que me refiero á un noble romano llamado Bruto, si bien de sobrenombre, el cual viendo propicia la ocasión para concitar las iras del pueblo y sublevarle contra Tarquino, padre del calavera Sexto,

y uno de los mayores tiranos que han deshonrado la tierra, arrancó del seno de la infortunada y valerosa Lucrecia el puñal con que se había dado muerte y juró por todos los dioses purgar el mundo de bribones, empezando por el aludido.

— ¿Y cumplió su palabra? preguntó el dueño de casa, á quien iba interesando la historia.

— Arrojó de Roma á Tarquino el Soberbio y estableció la república; pero no queriendo el emperador derrocado morir de fastidio en el destierro, en lugar de irse... á París, como otros príncipes y emperadores venidos á menos, se fué con un ejército al encuentro de Lucio Junio Bruto, y si no derrotó á los soldados de éste, consiguió al menos que un hijo suyo matase al que había puesto fin á su poder... y á sus picardías. Y entonces fué cuando Valerio, ante el cadáver del noble patricio, llevado triunfalmente á Roma, pronunció la primera oración fúnebre de que hace mención la historia de aquellas remotas edades. Y al lamentar, señores, que Valerio tuviese tan desdichada idea, no es porque me parezca mal que en los funerales de los hombres notables se haga su apología, que deber de los vivos es honrar á los muertos, sobre todo cuando, como la nave en el mar, dejan luminoso rastro de su paso por la tierra: lo deploro, porque sin ese precedente histórico, tal vez á nadie se le hubiese ocurrido todavía cultivar la oratoria fúnebre, y no tendríamos que añadir, al pesar que nos causa la pérdida de tal ó cual ciudadano sobresaliente, los disgustos retóricos que suelen proporcionarnos muchos á quienes ni siquiera les dan vela en el entierro.

— ¡Pero, caballeros! exclamó una señora; ¿no podrían ustedes elegir tema más agradable para sus brindis? ¡mire usted que venir á hablarnos de entierros en una boda!

— ¡Que brinde el señor Casado! dijo el dueño de casa, aludiendo al comerciante en jamones.

— ¡Brindo por su futura novia! agregó otro, levantando la copa y promoviendo una tempestad de aplausos.

— Ni la tengo ni me casaré nunca, dijo apresuradamente el señor Casado; creo que la ley no me lo permite.

— ¿La ley? exclamaron todos con sorpresa.

— Sí, señores... ¿no ven ustedes que sería dos veces casado?

— Entonces que brinde por la novia aquí presente, apuntó uno.

— Dispense usted, no vengo preparado... balbuceó el comerciante.

— Vamos, diga usted cualquier cosa.

Y llovieron los ruegos, y el desdichado se defendió todo lo posible en el terreno de las excusas, hasta que, estrechado por el enemigo, se levantó, empuñó la copa, pensó un largo rato, y por fin dijo: — ¡Salud!

— Lo que es su brindis no ha podido ser más lacónico, dije yo, sonriendo, al de los jamones poco después en la calle.

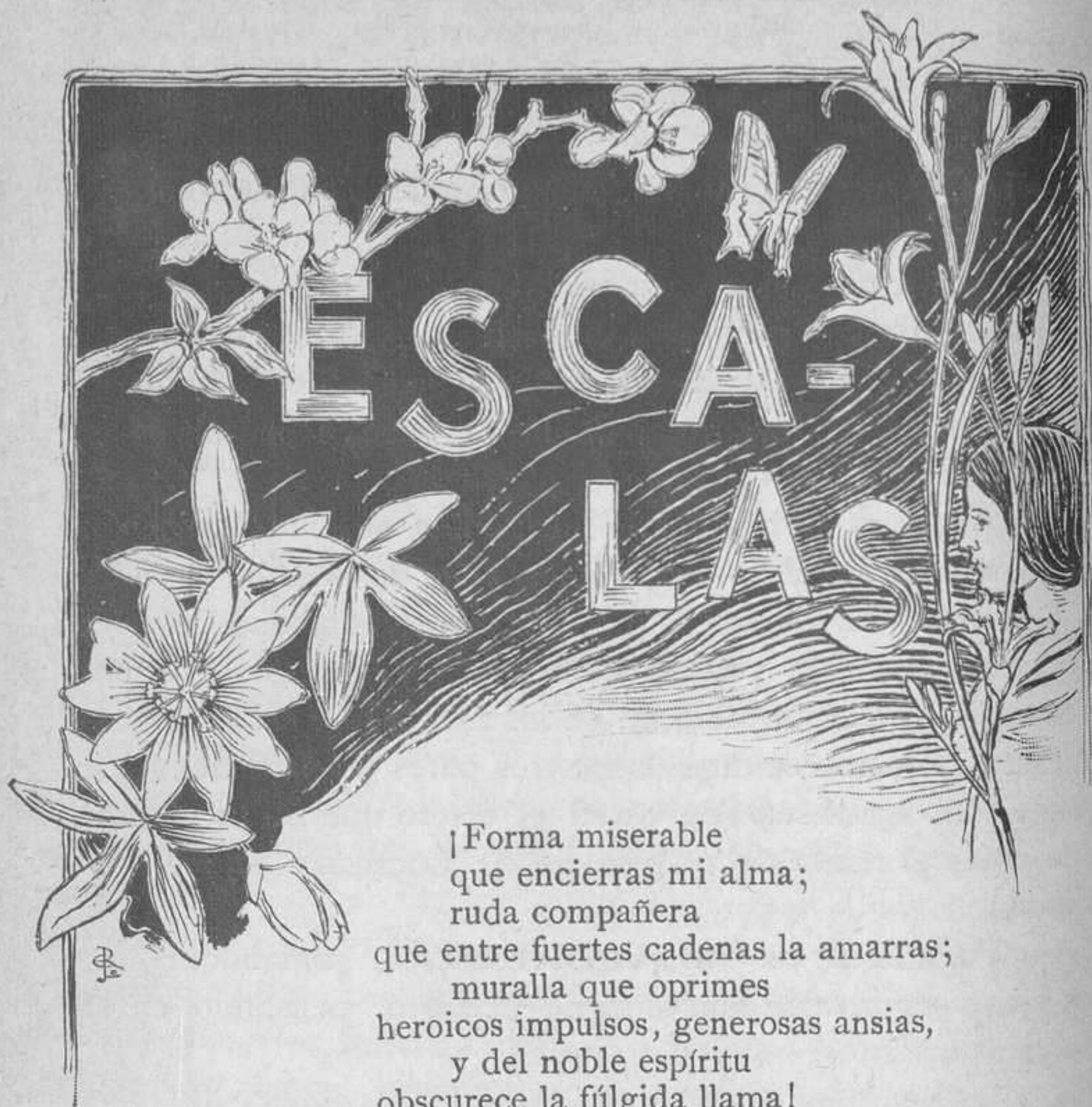
— Y dé usted gracias á que estaba por casualidad de vena y á que se me había pasado el berrinche, contestó. Porque, ¡mire usted que meterme á mí en los asuntos de ese señor setemesino... ó como se diga, tiene tres pares de perendengues!

— ¿Y no ha observado usted el efecto que ha producido en la novia el relato del trágico fin de Lucrecia? dije al comerciante.

— ¡Vaya si lo he observado! contestó, guiñándome un ojo; estoy seguro que aún le sigue el susto, pensando en el tal... Sexto.

CASIMIRO PRIETO.





¡ Forma miserable
 que encierras mi alma;
 ruda compañera
 que entre fuertes cadenas la amarras;
 muralla que oprimes
 heroicos impulsos, generosas ansias,
 y del noble espíritu
 obscurece la fúlgida llama!
 Si hay en tu materia
 razón que descifre sentidas palabras,
 y entienden los átomos
 á aquel que les habla,
 lleve para siempre
 tu memoria, consciente ó mecánica,
 de esta poesía
 la idea sujeta por rítmicas alas.

Dicen que en la tierra
 hay miles de almas
 que mudan de sitios
 y recorren del hombre á la planta.
 Debajo del suelo
 en las piedras preciosas son ráfaga,
 fleco de oro en la estrella latente,
 y sonido en las cuerdas del arpa.

Aquella que, airosa,
prendida á la rama
fué rosada corola de almendro
en la veste de Abril dibujada,
al pasar con su luz la creadora
primavera casta,
en fruto se trueca
que guarda entre poros la almendra dorada.

La burbuja loca,
que chispea y salta
en la onda que se abre y se riza
cubriendo la playa,
al rodar de otras olas, nutriendo
de la concha la nítida estancia,
del collar de una reina ser puede
la perla más clara.

El fétido estiércol,
que aviva la savia,
del rosal junto al tronco esparcido,
vegetales urdimbres traspasa,
en las fibras penetra, subiendo
de la vida la incógnita escala,
y la planta, crisol misterioso,
purifica la inmunda sustancia,
y á los rayos del sol la devuelve
hecha rosas brillantes de nácar.

Si en la madre tierra
de círculo en círculo los átomos pasan
y recorren los órdenes todos
que en ella se enlazan;
si, á su modo, discurren y sienten
cuando van en errática marcha,
variando de vida en la piedra,
en la luz, en el aire, en las aguas;
cuando de mi cuerpo
se aleje mi alma,
yo ambiciono ser nieve en el mármol,
brillo alegre en las luces del alba,
en el viento molécula leve,
y arco azul en la onda que canta.

Esparcida entonces
mi materia humana,
vibraría en el todo sublime
que contiene misterios y causas,

y sería en la lira una cuerda,
 en el pájaro músico un ala,
 en el cráneo fatídico hueso
 y luciérnaga de oro en la mata.

Por escalas de vida diversas
 mi forma filtrada,
 con lo puro del molde primero
 luciría perfecta y sin mancha;
 y si al paso de miles de siglos
 mis moléculas leves tornaran
 á reunirse de nuevo en mi cuerpo,
 encerrando de nuevo á mi alma,
 ¡qué ser grande mi ser no sería!
 ¡qué nobles mis ansias!
 ¡qué ardiente mi espíritu!
 ¡mi mente qué alta!

Llevaría en mi lira los sonos
 de todas las ciencias, por hondas y raras;
 las virtudes en ella serían
 las cuerdas sagradas;
 y, pedazo de cielo mi frente,
 las ideas hermosas y claras
 mostraría en temblor palpitante
 como fondo de noche estrellada.

Si torno á la vida
 después de dejarla,
 así quiero que surjan de nuevo
 mi cuerpo y mi alma.
 Mientras tanto, esperando la muerte,
 cumple, ser, con las leyes trazadas:
 ¡trabaja, materia!
 ¡Espíritu, canta!

SALVADOR RUEDA.

Madrid.

¿QUÉ ES DOLOR?

A M...

¿Preguntas qué es dolor?... Un viego amigo
 inspirador de mis profundas quejas,
 que se halla ausente cuando estás conmigo,
 que está conmigo cuando tú te alejas.

JOSÉ RIVAS GROOT.

Bogotá.

LOS AMIGOS DE LEONOR



— ¡Hola, Luis!

— ¡Adiós, Julián!

— ¿Qué has sabido de Leonor?

— Que el círculo *El Gavilán*
va á dar un baile en su honor...

— ¡Bonito se lo pondrán!

EL PREMIO Á LA VIRTUD

DOLORA

I

No alcanzó el premio á la virtud María,
aunque con santa calma
vivió como una niña casta y fría
casada con el cuerpo y con el alma.

II

Mas lo alcanzó cierta mujer casada
que, con ánimo fuerte,
aunque vivió de otro hombre enamorada,
fué fiel á su marido hasta á la muerte!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



AGOSTO

AL INSPIRADO POETA CASIMIRO PRIETO

I

EN Agosto ni Venus ni mosto. Creo inútil advertir á mis lectores que no estoy conforme con el proverbio. Una guapa moza y un vaso de vino añejo, son aceptables en todos los meses del año haga frío ó sofocante calor.

Este mes los cristianos lo consagraron al corazón de María. Por lo tanto, bendito sea.

Basta de protestas y bendiciones y entremos en materia.

Rezan antiguas crónicas y lo aseguran graves autores, que este mes fué el sexto del de Rómulo, que dividió su año en diez meses, á saber: Marzo, que era el primero; Abril, Mayo, Junio, quintil, sextil, Septiembre, Octubre, Noviembre, y Diciembre. Cuando el ciudadano Numa añadió los meses de Enero y Febrero, pasó á ser el octavo, y se le dió el nombre de *Augustus*, en obsequio y memoria de Octavio César Augusto, por haber nacido este emperador en este mes, en el haber sido elegido cónsul, terminado la conquista de Egipto, y dado fin á las guerras civiles que tantos días de luto ocasionaron al imperio, cerrando el templo de Jano, como diciendo: «Señores, deponed las armas, que ellas están de más.»

Por lo tanto, el mes de Agosto es un mes pacífico, y no gusta de algaradas y motines; por algo algunos escritores le han llamado el de la madurez del año. El hombre, al dar un adiós á la juventud, al acercarse al crepúsculo de su vida, se vuelve grave, serio, pacífico y reflexivo, y el Agosto, al sentir el frío en el rostro, no gusta de cantos de pájaros, de nidos, de galas y flores; se viste de cierta lánguida melanco-

lía y ofrece ricos frutos, buenos y sazonados, que raras veces producen indigestiones y malestar.

Es un caballero pródigo, que le molestan las músicas, las fiestas y las aclamaciones, y su traje es serio, algún tanto usado, y desdeña los colorines, las telas chillonas con que se atavió en la juventud; y preside ó presidía sus actos la juguetona y agraciada Ceres, la hija de Saturno y de Cibeles, la que enseñó á los hombres la agricultura y se pasaba los días en el campo en la recolección de los frutos. Dos personas ricas y ordenadas, que gracias á su laboriosidad hacen todos los años un buen Agosto.

II

Este mes, á pesar de sus larguezas y prodigalidades, era mirado con malos ojos por los poetas latinos. Decían que la canícula, esa hermosa estrella que brilla en el cielo de Europa, que es un astro de primera magnitud y se ve hacia el polo austral, encerraba más males que la caja de Pandora; que su aparición en el firmamento era presagio de toda clase de enfermedades, y que en ningún mes del año el hombre estaba más cerca de la muerte que en el Agosto.

Simpáticos hijos de Apolo, vade retro, no admito vuestras acusaciones y vuestros siniestros epítetos, de los que se hacían eco todas las clases sociales. No, mil veces no. El calor es la vida, es parte integrante de nuestro ser, es la fuerza universal que imprime movimiento y acción á todo lo creado. Sólo en este mes aparecen los *efímeros*, esos hijos del calor, esos maravillosos insectos, que se cuentan á millares y se reproducen y mueren en un día. Levantad la voz, soñolientas cigarras, que debéis la existencia á la canícula, y decid á esos señores poetas que se vayan con sus liras á otra parte, y que si temen la asfixia que se zambullan en el mar.

III

En Agosto el campo tiene grandes atractivos, y es el mes en que el agricultor no se da tiempo de reposo. Ha

llegado la época de la recolección. Al mismo tiempo coge afanoso las legumbres propias del estío y siembra las del invierno, que ya se aproxima. No deja de vista los melones y los coloca bajo teja, para preservarlos de la humedad de la tierra; labra por tercera vez las viñas; prepara los sitios á propósito para conservar los sabrosos melocotones y los apetitosos higos; presta al toro la compañía de la vaca, con gran contento de los dos, pues no podían acostumbrarse á una larga ausencia, y siembra las clavellinas y lirios blancos, que serán gala y encanto del prado al sonreír la primavera.

Si en este mes los truenos dejan oír, por vez primera, su aterradora voz, temblad por los peces y otros animales, pues ha llegado la hora de su muerte. Los truenos en el Agosto no amenazan solamente tempestad sino males sin cuento y otras plagas.

¡Pobrecito mes! cuando le dejan en paz los poetas antiguos, lo toman por su cuenta los naturalistas y no le dejan hueso sano. Yo me he preguntado muchas veces: ¿Por qué le tratarán así?

IV

La religión, el más hermoso de los sentimientos, le ha consagrado una de sus más bellas y poéticas páginas. Por eso la Virgen de los Ángeles abre su puerta y San Ramón Nonato le despide. ¡Qué hermosa portera te ha concedido el cielo, respetabilísimo Agosto!

La celestial Señora recibe en este día muchas visitas, y algunas de ellas las debe á San Francisco de Asís. Este santo poeta, entusiasta de los niños y de los pájaros, prototipo de la modestia y de la humildad, que si mucho pecó en su juventud, oró y lloró mucho más en su edad madura, estando un día en fervorosa oración se le apareció Jesucristo, diciéndole que se dirigiese al Papa, quien le concedería una indulgencia plenaria para todos los que, verdaderamente arrepentidos, visitasen la iglesia de la Porciúncula, y Honorio III le concedió al momento esta indulgencia.

¡Quién dijera que aquellas hermosas doncellas que atavía-

das con la mantilla, los ojos bajos y humildes, el paso moderado, la actitud modesta, compungido el rostro, con el ramo de albahaca en una mano y el rosario en la diestra, que entran y salen tres veces de la iglesia en donde se gana el jubileo, fueran las mismas que, alegres, amorosas y expansivas, se las adivina en la velada del día siguiente, en la víspera de Santo Domingo de Guzmán, velando la capilla de su barrio, y ocultas en la sombra probar tiernas y amorosas caricias cantando al mismo tiempo:

«¡Viva María,
viva el rosario,
viva Santo Domingo
que lo ha fundado!»

¡Noches de verbena, de romería y de velaciones, cuántas poesías, cuántos dramas y cuántas novelas picarescas habéis inspirado á la musa nacional; y cuántas y cuántas mozas, que dejaron de serlo en esas fiestas, os recuerdan con vergüenza y con dolor!...

V

La fiesta magna de este mes, la que se celebra con más solemnidad, con más bulliciosos regocijos, con más fervor y entusiasmo, es la de la Ascención de María, que los griegos con su pintoresco lenguaje llaman desde muy antiguo sueño de la Madre de Dios.

¿Recuerdas, querido Prieto, la iglesia parroquial de la ciudad que nos vió nacer, aquel hermoso templo compuesto de una sola nave, en el que recibimos el agua del bautismo y rezamos cuando niños, á la preciosa Virgen recostada en la litera, rodeada de ángeles y bajo un elegante pabellón de damasco y seda, en el día en que la Iglesia conmemora su muerte y su gloriosa Ascención?

Me parece que era ayer cuando mi abuela, llevándome de la mano á visitar á la Virgen, me decía:

—La Virgen María, la madre de todos los mortales, murió en brazos de San Juan, el discípulo amado, como le llamaba Jesucristo, y á quien la había confiado desde la cruz. Pocos

días después de su muerte, un apóstol, no recuerdo su nombre, que volvía de lejanas tierras, suplicó llorando que le dejasen abrir su sepulcro para contemplar sus celestiales facciones por última vez. Accedieron á su súplica, quitaron la losa funeraria, miró el sepulcro, y sólo vió en él algunas flores poco menos que marchitas y una túnica blanca que le había servido de mortaja. La Virgen había sido llevada al cielo por coros de ángeles y querubines, y desde él acoge tus oraciones.

¡Con qué ilusión el hombre en la edad madura evoca los recuerdos de la infancia!

VI

Basta de sentimentalismo, querido amigo. Los aires repiten mil cantares que se escapan de los labios de centenares de muchachas que recogen avellanas por valles y montañas recibiendo los besos del sol. Agosto, caluroso mes, si ocasionaste la muerte de miles de hugonotes en la horrorosa noche de San Bartolomé, que aún recuerda con terror la historia, en cambio, durante tu reinado salió Colón del puerto de Palos en busca de un nuevo mundo; Hernán Cortés pisó por vez primera la ciudad de Méjico; el pueblo de París atacó las Tullerías lanzando al aire el grito de libertad, y nació en Córcega Napoleón I, el capitán del siglo XIX, este siglo notable en tantas cosas.

En todo eres grande, octavo mes del año. Tú constituyes la esperanza de los labradores, y cuantos realizan un buen negocio te llevan á los labios exclamando con satisfacción: «Señores, hemos hecho un buen Agosto.»

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

EPIGRAMA

El marimacho Teresa
que es *baronesa* asegura,
y hablara con más cordura
llamándose *varonesa*.

Nuestros colaboradores



D. Enrique Frerías

REPUTADO CRÍTICO Y LITERATO ESPAÑOL

¡LA GRAN VIDA!

No me queda más alma que la justa
para el servicio humilde del sentido;
que á fuerza de querer he consumido
—¡torpe de mí!—su parte más augusta.

Pero no lo deploro, antes me gusta
vegetar dulcemente embrutecido
sin el alma que tanto me ha dolido,
pues el dolor del cuerpo no me asusta.

Por nada ya mi pecho late á prisa,
ni nada me perturba ó me despierta;
decir á todo «amén» es mi divisa;

y si me asalta la memoria incierta
de todo cuanto amé, lloro... de risa.
¡Qué bien se vive con el alma muerta!

ENRIQUE FREXAS.

Buenos Aires.

¡EXCELSIOR!

¡Ah! ¡Cuánto he recorrido
en la profunda noche de la vida
con las alas del vértigo en el alma,
la nada abajo, y el vacío arriba!...

—¡Excelsior, luchador desconocido!
La santa fe de tu entusiasmo aviva.

Avánzate al futuro
por sobre los escombros de tus ruinas.
Sólo en la lucha se retempla el alma,
como el metal en el crisol de arcilla.

¡Arriba, labrador del pensamiento!
No es eterna la sombra en que te agitas:
de un trozo de carbón brota el diamante;
pasa la tempestad y el iris brilla;
y tras la noche pavorosa y muda,
en ráfagas de luz estalla el día!...

EDUARDO GREZ.

Chile.—Linares, 1896.



LA MUJER DE PASCUAL

— ¡Virgen santa! ¿esa es tu esposa?
 — ¿No te gusta, Andrés?

— Ni pizca.

— Cierto que es un poco bizca
 y otro poco ceceosa...

— Y otro poco mamarracho,
 si vale decir verdad.

— Pues con toda su fealdad,
 no tuve en casarme empacho;
 y soy, en mi hogar tranquilo,
 tan feliz con su querer,
 que no cambio mi mujer
 ni por la Venus de Milo.

— ¡Claro! aunque su faz me arredra,
 me explico que digas eso,
 que al fin es de carne y hueso,
 y la tal Venus, de piedra.
 Mas, con todo, si algún día
 me volviese, por mi mal,
 antropófago... ¡ay, Pascual!
 no era yo quien te comía.
 Sólo al pensarlo me asusto...
 —Pues, francamente, no sé
 porqué lo dices...

— ¿Por qué?
 porque tienes *muy mal gusto*.

CASIMIRO PRIETO.

ESBOZO

Vestía traje azul la última noche
 que en Mendoza la ví; su seno aleve
 una rosa más blanca que la nieve
 ostentaba gentil, abierto el broche.

La ví pasar con marcha presurosa
 y volver otra vez por la avenida,
 y sobre el seno de marfil, prendida,
 pero pálida ya, la nívea rosa.

¡Qué voluptuosa y deslumbrante y bella
 con aquel traje celestial se vía!
 ¡y cómo lentamente se moría
 sobre su corazón la rosa aquella!

Sus ojos claros, de color de cielo,
 posáronse en la flor, la contemplaron
 y dos pétalos tiernos, que temblaron,
 de su cáliz rodaron hasta el suelo...

Pasó otra vez, y entonces con tristeza,
 en su albo seno contemplé ondulando
 á la pálida flor que iba colgando
 como un muerto que inclina la cabeza!

EDUARDO B. RUIZ

Mendoza (República Argentina), 1896.

LAS PRIMERAS NUBES



—¿Por qué, necia, no seguí
de mamá el sabio consejo?
Aunque don Juan era viejo,
me amaba con frenesí.
Y siendo su único bien
y estando con él casada,
hoy, en vez de desdeñada,
fuera querida...

—¿De quién?

EPIGRAMA

—Tu rusticidad da grima,
¿niegas el saludo á Artal?
—Y hago bien, desde que el tal
le tiene en tan poca estima.
—¿En poca estima? lo dudo,
Gedeón.

—Dos veces ó tres
le saludé, muy cortés,
y me *devolvió* el saludo.

LAS DOS MARGARITAS



I

AMBERTO y Leandro, hijos de unas pobres gentes, no eran felices en el seno de su familia, y resolvieron correr el mundo en busca de fortuna.

A este fin, pusiéronse en marcha una mañana de primavera. Leandro tenía quince años y Lamberto diez y seis; y como eran muy jóvenes, aunque les animaba la esperanza, no dejaban de experimentar ciertos temores con respecto al porvenir. Sin embargo, infundióles ánimo y valor la aventura que les ocurrió al principio del viaje.

Al recorrer la ladera de un bosque, presentóseles una hermosa mujer, cubierta de flores y pámpanos de la cabeza á los pies. Era el hada Primavera, la cual dijo á los dos hermanos:

— Puesto que partís para un largo viaje, quiero haceros un valioso regalo. Tú, Lamberto, toma esta margarita; y tú, Leandro, esta otra. Os bastará arrancar á esas flores uno de los pétalos y lanzarlo al viento, para que en el acto experimentéis un goce infinito, que será precisamente lo que hayáis deseado. Seguid vuestro camino y procurad hacer buen uso de los presentes de la Primavera.

Los dos hermanos dieron las gracias al hada y se pusieron en marcha. Pero al llegar á una encrucijada, se suscitó entre ellos una desavenencia. Lamberto quería tomar por la derecha y Leandro por la izquierda; mas no pudiendo armonizar sus pareceres, resolvieron que cada cual obrara á su antojo, y se separaron después de haberse dado un estrecho abrazo.



II

Al entrar en la inmediata senda, notó Leandro la presencia de una joven asomada á la ventana, y apenas pudo contener un grito de admiración ante aquella hermosura. En su vida había visto un ser tan encantador.

Leandro no vaciló ni un instante, y arrancó uno de los pétalos de su margarita, que se apresuró á lanzar al espacio.

En el acto mismo, la niña de la ventana se hallaba en la calle junto al viajero.

Diéronse los dos las manos, y salieron de la población diciéndose mil ternezas. Anduvieron juntos por espacio de algunos días, hasta que la muchacha exhaló el último suspiro en una tarde de otoño, mientras las hojas, arrastradas por el viento, chocaban contra los cristales, como los dedos de la devastadora muerte.

Leandro lloró por espacio de largo tiempo, pero consolado al fin, vió un día una mujer admirable, vestida de raso de oro, de hermosos ojos y labio purpurino. Lanzó al aire otro pétalo y partió con ella apresuradamente.

Desde entonces pidió á cada instante la realización de un nuevo deseo, anheloso únicamente de conseguir lo que encanta, enloquece y extasía, sin cuidarse para nada de su porvenir y ocupado tan sólo en deshojar su margarita.

III

La conducta de Lamberto fué muy distinta, porque era el mozo un joven económico é incapaz de malgastar su tesoro. Al verse solo en medio del camino, hízose la promesa de no hacer uso irreflexivo del presente del hada. Porque al fin y al cabo, por numerosos que fuesen los pétalos de la flor, llegaría un momento en que la vería despojada de todos ellos, si los iba arrancando por cualquier causa fútil. La prudencia le aconsejaba guardarlos para el porvenir, sin duda con arreglo á las intenciones de la Primavera. En el primer pueblo por donde pasó compró una cajita en extremo sólida, con su correspondiente cerradura, y colocó dentro la flor, resuelto á no mirarla siquiera, para evitar todo género de tentaciones.

No quería mirar á las mujeres, y siempre razonable y metódico, sólo se ocupaba en cosas serias y provechosas. Dedicóse al comercio, realizó buenos negocios y logró acumular grandes ganancias, menospreciando constantemente á los jóvenes licenciosos, que pasan la vida consagrados á los placeres sin tener jamás en cuenta el día de mañana.

Por lo tanto era Lamberto hombre muy entendido y considerado por las gentes honradas, que por unanimidad lo elogiaban, señalándole sus conciudadanos como ejemplo digno de imitación. Y el joven seguía enriqueciéndose y trabajando desde por la mañana hasta la noche. Pero en honor de la verdad, no era tan feliz como hubiera deseado, pues á pesar de todo, pensaba en los grandes goces de que voluntariamente se privaba. Habríale bastado abrir la caja para lanzar

al viento un solo pétalo para amar y ser amado. Sin embargo, refrenaba al instante tan peligrosas veleidades, consolándose con la idea de que le sobraba tiempo para desquitarse luego de sus privaciones.

Nada le importaba esperar, toda vez que la flor estaba intacta en su caja.

Por más que la brisa le murmuraba al oído:—«Arrójame uno de los pétalos de esa margarita para que pueda yo arrastrarlo y para que tengas un momento de solaz,»— el mozo hacía oídos de mercader al misterioso halago, y el viento se alejaba para consagrarse á mover las ramas de los rosales y agitar sobre las mejillas de las mujeres el encaje de los velillos.

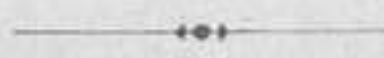


IV

Al cabo de muchos, muchísimos años, al visitar Lamberto una de sus fincas, se encontró de manos á boca con un hombre haraposo, que pasaba por el campo.

- ¡Qué veol exclamó ¿No eres tú mi hermano Leandro?
- Sí, soy yo, contestó el otro.
- ¡Pero en qué estado te encuentro! Indudablemente has despilfarrado el donativo de la Primavera!
- ¡Ah! suspiró Leandro. Tal vez he lanzado al viento demasiado á prisa los pétalos de la flor. Sin embargo, no me arrepiento de mi imprudencia, porque he gozado de cuanto se puede disfrutar en este mundo.
- ¡Pues te has lucido, en verdad! Si hubieras sido tan circunspecto como yo, te verías de muy distinto modo. En cambio, nada me costaría gozar ahora de todos los placeres de que te ves privado.
- ¿Es posible?
- ¡Pues ya lo creo! ¿No ves que he conservado intacto el presente del hada?
- ¿De veras?
- Sí... repuso Lamberto, abriendo la caja que había sacado de su bolsillo; mira.
- Pero el rico propietario palideció de terror, porque en lugar de la flor marchita tenía ante sus ojos un montón de menudísimo polvo.
- ¡Ah! exclamó con acento de ira. ¡Maldita sea el hada fatal que tan cruelmente se ha burlado de mí!
- De entre una de las malezas del camino salió entonces una mujer vestida de flores desde los pies á la cabeza.
- No me he burlado de tí, dijo, ni tampoco de tu hermano, y ya es hora de dar una explicación. Las dos margaritas no eran en realidad dos flores, sino vuestra propia juventud. Tú, Leandro, has lanzado la tuya á todos los vientos del capricho, y tú, Lamberto, has dejado marchitar la tuya en el fondo de tu corazón. Con la particularidad de que no tienes ni lo que á tu hermano le queda: el recuerdo de haberla deshojado...

CÁTULO MENDES.





Á MI SOBRINO

JOSE ABEL PALACIOS

(EN EL DÍA DE SU CUMPLE-AÑOS)

I

Como el cedro gigante que en el bosque
sobre los otros cedros se levanta,
y agita sus retoños en la altura
como diadema de su estirpe sacra, —
así, en el seno
de nuestra raza,
es tu padre el Josef de la familia
y eres tú su alegría y su esperanza!

II

Como á través de incógnitas regiones
el clásico raudal seca sus aguas,
hasta que encuentra la corriente pura
que su caudal agonizante agranda, —
así, en la noche
de nuestra raza,
has venido á salvarnos del olvido,
has venido á salvarnos de la nada!

III

Como se vela por la augusta vida
de los hijos del rey, en el alcázar;
como se ponen al servicio de ellos
el talento, el estudio y la arrogancia, —
así, las fuerzas
de nuestra raza
concurrirán á despejar la vía
del que ha mandado Dios á perpetuarla!

IV

Como pintan pinturas los artistas,
y los poetas, sus poemas cantan

á la mujer, en cuyo seno excelso
se laboró la salvación humana,—
así, el ingenio
de nuestra raza,
debe ensalzar á la mujer virtuosa
que laboró tu vida en sus entrañas!

V

Y como toda voluntad se anula,
y como toda lengua se amordaza,
y como toda frente se descubre
en la presencia augusta del patriarca,—
así, en el nombre
de nuestra raza,
saludo respetuoso, en este día,
al padre del Mesías que la salva!

VI

Porque así como el cedro de los bosques
que más alto que todos se levanta,
agitando sus ramas en el cielo
como diadema de su estirpe sacra,—
allá, en la tarde
de nuestra raza,
él recibió la bendición divina
y dió frutos de vida y de esperanza!

PEDRO A. PALACIOS
(Almafuerte)

Buenos Aires.

—♦—

EPIGRAMA

'Tras de feroz gritería
y escándalo no pequeño,
oí este diálogo un día
entre un ratero y el dueño
de cierta paragüería:
—¡Suelta el paraguas!
—Ahí queda.
—¡Ladrón!
—¿Ladrón? ¡voto va!
no hay quién llamármelo pueda;
¿qué dice el rótulo?
—Seda.
—Pues yo he leído *se da*.

Bellezas americanas



CHILENA

INFLUENCIA DE LA MÚSICA

EN LA MEDICINA



A música empleada como remedio es viejo, muy viejo, tan viejo como el mundo. Es inimaginable lo que se ha escrito y experimentado, lo que se escribe y se experimenta, y lo que se experimentará y probablemente escribirá sobre la acción de la música en los enfermos y en las enfermedades.

Las sensaciones producidas por la música en el organismo son curiosísimas, y lo más raro es que cada uno reacciona según las diversas modalidades de su temperamento; hay quien piensa que la armonía es de esencia divina, y quien, como Teófilo Gautier, que la música es el más caro de los ruidos. Los sonidos causan también impresión á los animales; todos, más ó menos, hemos observado la viva sensación que en los perros, caballos y demás seres producen las combinaciones armónicas.

No cabe duda ninguna: la música ejerce una gran influencia en el sistema nervioso, y según el grado de educación musical se llega á percibir el *non plus ultra* de los sentimientos más elevados.

Los empíricos y médicos músicos de la antigüedad, como los del presente, han buscado el modo de obtener en los enfermos, por medio de la música, algún resultado benéfico; los antiguos aplicaron esta panacea á casi todas las dolencias

humanas; los modernos, más circunspectos, han limitado su acción calmante, y en muchos casos, para afirmar que los agentes empleados tienen poco valer, agregan: *son músicas*. —¿Será por qué los médicos actuales no poseen el verdadero arte *musicandi et curandi*? Es posible; sin embargo, haré notar que entre nuestras celebridades contemporáneas descuellan ejecutantes distinguidos como los doctores Jaccoud, Richelot, etc., y á ninguno de ellos, cuando son llamados por los pacientes, se les ocurre trocar el opio ó el bisturí por el adagio en fa del cuatuor en ut de Mozart.

Á pesar de todo, de tiempo en tiempo surge un método más ó menos original de curar con pretensiones milagrosas. No es raro leer en los diarios que el doctor Bezichinsky, en un mes de tratamiento con valeses en tono menor de Chopin, ha curado completamente á una niña de cuatro años que padecía de terrores nocturnos. Otra vez le toca el turno al reverendo J. Harford, canónigo de Westminster Abbey, que «acaba de fundar una *mâitrise*, cuyo fin es la curación de las dolencias físicas que afligen á la humanidad.» El reverendo canónigo aludido es un erudito, pues es poeta, políglota, *terapeuta*, etc., y es de sentir que no encuentre en su sacerdocio elementos suficientes para dirigir ó atraer al bien las ovejas extraviadas. — Por cierto que es un ideal espléndido querer curar el cuerpo con el alma; pero se necesitan estudios especiales que perjudican la santidad de la vocación. Se comprenderá fácilmente cómo el misticismo atrae hacia lo incógnito hombres propensos á descarrilar en medio del camino de lo maravilloso. Nuestro fin de siglo tiene sus médicos-curas, sus sacerdotes Asclepiades del antiguo Egipto, y entre ellos brillan el renombrado abate Kneipp y el reverendo canónigo Harford.

Estos nuevos artistas médicos, ó, más bien, empíricos especialistas en su género, no son tan sorprendentes como sus colegas antepasados; he aquí algunos ejemplos que llamarán seguramente la atención por ser menos conocidos que los hechos de Orfeo, de David, de Terpandro, de Timoteo de Tebas, de Fenius, de Tirteo, de Galiano, de Teofrasto, de

Cœlius Aurelianus, de Dioscoride y de Plutarco en su tratado de la música. Observaré que, ya en el siglo de Augusto, Pitágoras, Celso, etc., aconsejaban el sonido de los platillos para sanar la locura, y que los bardos, según Henri Martin, en su leyenda de los Galos, apaciguaban con la música el furor á los combatientes. — Pero todo esto se pierde en la obscuridad del pasado, y si busco en los hechos más cercanos, encuentro algunos que citaré por el interés que encierran.

Ehrrick, rey de Dinamarca, mataba, según Rousseau, á sus siervos bajo la influencia de ciertos sonidos; y el filósofo de Ginebra agrega irónicamente: «Estos desdichados debían ser más sensibles que el dueño á las excitaciones de la música; sino habría podido correr Ehrrick la mayor parte del peligro.»

Felipe V, rey de España, curó de sus accesos de hipocondría después de oír al cantante Farinelli.

Jacques Bonnet, en su *Historia de la Música y sus efectos*, decía: «Los conciertos eran la poción cordial del príncipe de Orange, en 1688.»

El *spleen* de los ingleses, el *sehnsucht* de los alemanes, esa nostalgia especial, era tal en los guardias suizos, que el rey prohibió, bajo pena de muerte, que se tocara el *ranz* de las vacas. — A las gaitas de los highlanders debióse el haber ganado la batalla de Quebec, en 1760.

Champlain, en su *Viaje á América*, cuenta que los indios tienen la costumbre de tocar trozos de movimiento ligero á los que se encuentran atacados en las epidemias.

Desgenettes, médico del ejército de Egipto, recordando los consejos de Plutarco, hizo tocar las músicas militares bajo las ventanas de los hospitales de los apestados.

L. Willermy, en su *Tratado de las enfermedades nerviosas*, cita á un hombre que se arrastraba penosamente para ir á la Ópera, y regresaba á su casa «fresco y dispuesto, después de haber saboreado con delicia una buena música.»

Desault recomendaba la música en la tisis para desechar la tristeza, y Dodard (1707), Desessart (1811), Tourtelle, B. de Lamothe y el ilustre Pinel, aplicaban en las fiebres violentas el tratamiento musical.

Se citan aplicaciones de música con éxito en las operaciones quirúrgicas, en las hemorragias cerebrales. De paso mencionaré lo que se refiere á la influencia de la música en el sueño, el éxtasis, la catalepsia y la insensibilidad, de donde tanto partido sacan los fakires de la India y los sectarios de la tribu de los Aissouas de Argelia. Pasaré en silencio los últimos trabajos de C. Louis, de Netter, de Lacassagne, de Michea, de Cabanis, de Moos, de Bernutz, de Onimus, de Robin, de H. Soula y de Ferrand, en la sesión del 17 de Septiembre de 1895 de la Academia de Medicina de París.

En la enajenación mental, los que más la han recomendado son Pinel, Esquirol, Calmeil, Trelat, Rostan, Parchappe, Legrand du Saule, etc. Actualmente en los hospitales militares, en los manicomios, en las prisiones, donde se necesita y se puede, se hace música para distraer y calmar dolores; la música, en efecto, sirve de anestésico. Con este motivo Teofrasto Renaudot pretende que «la música cura algunas enfermedades de los recién nacidos; se aplacan sus gritos con los sonidos de las llaves ó de platos, y cuando más grande es, con el canto de las nodrizas.»

Creo inútil hablar del efecto de la dilatación de los vasos por medio de las vibraciones armónicas. Hace tiempo que Haller, Helmholtz, Charcot, Vulpian, etc., han demostrado la influencia de la música en la circulación, el corazón, la digestión y las secreciones; estos hechos han sido confirmados por los experimentos de Dogiel.

No insistiré tampoco en los efectos de la música sobre los movimientos, la marcha y el cansancio. Amadeo Latour aseguraba que el general Farre, suprimiendo los tambores en el ejército francés, suprimía, al mismo tiempo, un remedio terapéutico puesto en gran boga por Recamier, y cuyo uso no desdeñaba el gran Trousseau. Durante mucho tiempo pudo verse todas las tardes en la plaza Vendôme gran número de personas de ambos sexos, esperando la retreta tocada por los tambores de la guarnición de París, á los que seguían hasta sus lejanos cuarteles.—Eran los infortunados gastrálgicos que Recamier enviaba allí, pretendiendo que la marcha ritmada,

en cadencia, disponía el estómago á regularizar sus funciones.

Como se ve por estas citas que quiero abreviar, los pretendidos inventos de los empíricos ó médicos músicos son muy conocidos y no se hará nada mejor. Lo extraordinario es que los nuevos adeptos de Euterpe sanan (?) enfermedades incurables y entran entonces en el dominio de lo maravilloso; es decir, de lo imposible, como le ha sucedido poco há á un estadista inglés, que recomendaba la música como el mejor modo de hacer crecer el pelo; dicho sabio ha observado que los músicos son de todos los hombres de profesiones liberales, los más cabelludos: en cien compositores, uno solo es calvo; cuando entre los literatos la proporción es de 20 por 100.

Decididamente la *musicoterapia* ejerce un gran ascendiente en personas propensas á lo milagroso; esto lo debemos seguramente á la sugestión del enfermo y á la auto-sugestión del que aplica el remedio, quien, á su vez, forma nuevos adeptos en centros adecuados: nadie, pues, se extrañará de que se hable de tantas maravillas.

Por mi parte, con satisfacción vería derramar armoniosas notas sobre los desheredados que pueblan cada vez más los manicomios; nunca se hará bastante, y si es cierto que en el paraíso se oyen celestes armonías, ¿por qué no preludiarlas en esta tierra, puesto que aquellos infelices entran en la categoría de los bienaventurados? Mahoma lo ha dicho: «Ten por santos á los locos.» ¿Por qué nuestras bellas mundanas, que son tan caritativas, no emprenden una campaña en favor de una sociedad, cuyo fin humanitario consista en procurar sanas distracciones á los enfermos, y muy principalmente á los alienados?

Pero, aunque se propague la *musicoterapeuticomanía* (!) estamos lejos todavía de transformar las escuelas de medicina en conservatorios donde se enseñe la nueva *músico-farmacopea*. No quiero decir con esto que el buen gusto perdiera en ello, ni que faltaran alumnos, siendo la música un arte accesible á las inteligencias más rudimentarias, ni menos que no

se pueda apaciguar á discreción según el tono que convenga, á los exaltados, adormecer á los niños ó despertar á los blandecidos. Pero han de pasar muchos años antes de ver sustituida á la morfina con tres nocturnos y seis *berceuses*, y á las duchas una *tarantela* medioeval seguida de la cabalgata de las *Valkirias*.

Finalmente, la danza, como medio curativo, me deja algo pensativo, y juzgo paradójal lo que afirma un distinguido amigo mío: «el origen del baile debe buscarse en la necesidad de movimiento que tiene el cuerpo para su existencia.» Esto está lejos de ser demostrado; hoy el baile es de esencia social, y los *terpsicoristas* buscan en esas reuniones hermosa compañía: la música, el movimiento, es decir, la cadencia, el ritmo, la higiene, el ejercicio físico, si existen, son accesorios, y por estas razones continuaremos, en la sociedad actual, considerando la música como un derivativo ó deleite hasta cierto punto intelectual, y no como una medicina. En suma: *mach adoo about nothing*.

BENJAMÍN LARROQUE.

Buenos Aires, Mayo de 1896.

EXÓTICO

Á JUANA BORRERO

Esparcida en regueros carmesíes
del rojo sol la púrpura caldea,
de árido monte el dombo, que chispea
con encendidos fuegos de rubíes;

Fresco ramo de abiertos alelís
en el erguido tallo balancea
aura sutil, que perfumada ondea
canas de melancólicos faqués;

En las hojas de lánguidos bambúes,
como encajes de oro en los tisúes,
cuelga la blonda luz sus rubios flecos,

Y bordeando los límites del Ganges,
las cigüeñas, en pálidas falanges,
el aire pueblan de estridentes ecos.

CARLOS P. UHRBACH

Matanzas (Cuba).



NOLI ME TANGERE

Junto al tibio Cedrón que precipita,
 su impetuoso raudal por la comarca,
 la virgen israelita,
 así dijo al Tetrarca:

« Calle, Señor, tu acento artificioso:
 que no llegue á mi mente tu habla loca,
 que es áspid ponzoñoso
 el que habla por tu boca.

¿Piensas que tu poder y tu valía
harán que yo te quiera? ¡Vano empeño!
Mi voluntad no es mía
y tiene mi alma dueño.

¿Cambiar yo por tu César á mis reyes!
¿Es posible, romano, que tal oses!
¡Inicuas son tus leyes
y lúbricos tus dioses!

El sensualismo de tu pueblo exánime
se ostenta en lo mezquino de tu traza:
¡tu estirpe es pusilánime!
¡varonil es mi raza!

¡Cambiar por rojo manto que deslumbre
mi traje azul, mi transparente velo!
¡Por tu rojo que es lumbre,
mi azul, color de cielo!

¡Qué á mí, ni tus palacios refulgentes,
ni tus tapices del remoto Hydaspes,
tus mármoles turgentes,
tus irisados jaspes!

Más quiero de mis tórtolas los nidos,
las violetas azules de Judea,
mis granados floridos
y mi rústica aldea.

Tus vinos en elíxires disueltos,
no son más que la miel de mis naranjas,
tus pórticos esbeltos,
son menos que mis granjas.

Cuando en las secas tardes del verano,
bebe el rojizo sol de Palestina,
del arroyo cercano
el agua cristalina;

Y quebrando tomillos y arrayanes,
el triscador rebaño ramonea;
cloquean los faisanes
y el ganado sesteá;

A la sombra del árbol del incienso
que exhala su perfume en el estío,
en mis amores pienso,
pienso en el dueño mío.

Y en tanto que él me manda sus canciones,
el eco reproduce en las montañas
los dulcísimos sonos
de su flauta de cañas.

Lejos de mi cabaña y mi alquería,
¿qué haré en el esplendor y en la grandeza?
Morir de nostalgia,
de tedio y de tristeza...

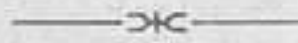
Ya lo ves, es enorme la distancia
que separa tu suerte de mi suerte:
donde pasé la infancia,
me encontrará la muerte.»

.....

Puso fin la doncella á la bucólica,
y del patricio á la mirada altiva,
callada y melancólica
dejó caer la frente pensativa.

ARTURO BETETA.

San Francisco de California.



MÍSTICA

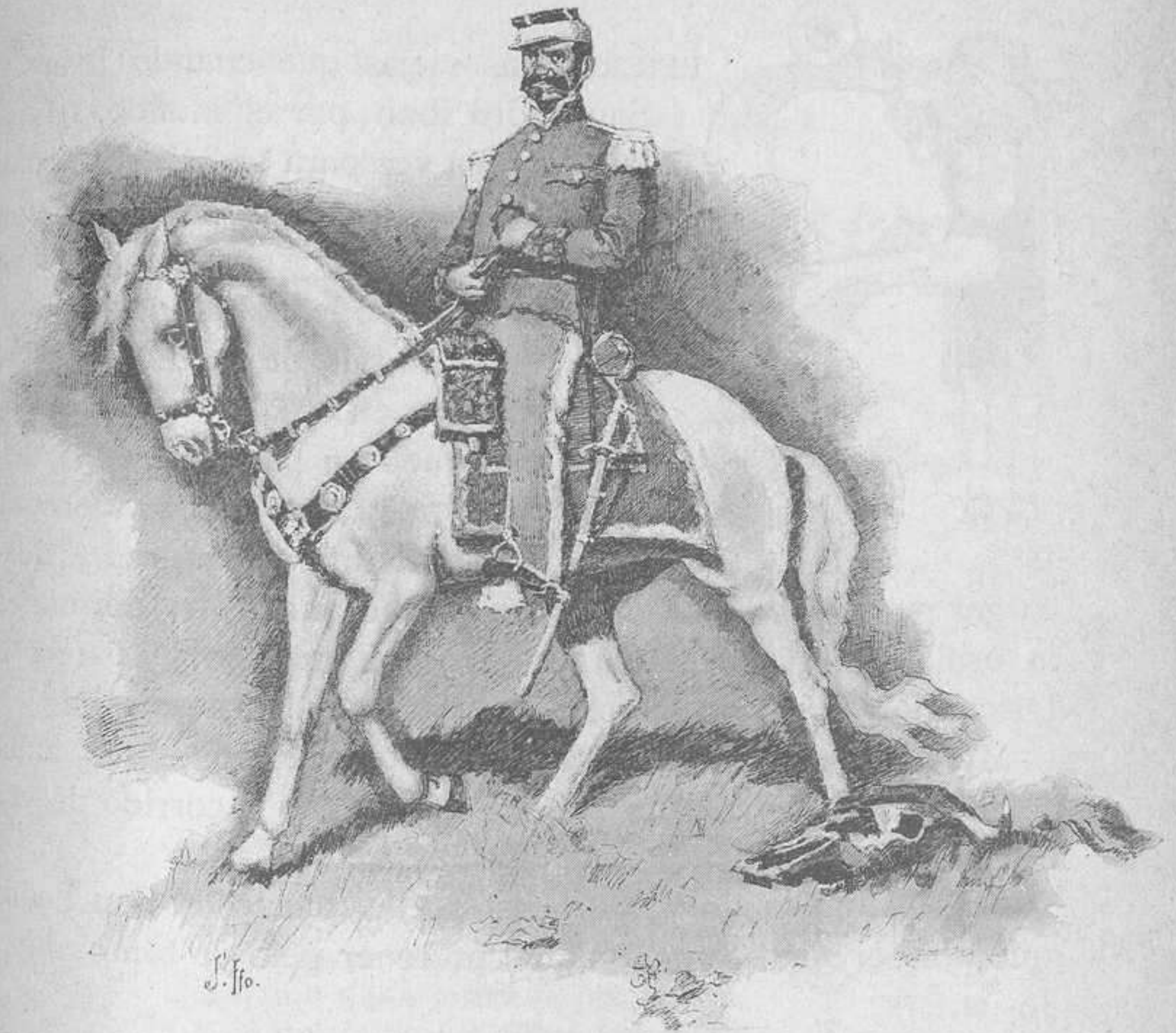
(EN UN CACIONERO)

Si en tus jardines, cuando yo muera,
cuando yo muera brota una flor;
si en un celaje brota un lucero,
brota un lucero que nadie vió;
y llega un ave que te murmura,
que te murmura con dulce voz,
abriendo el pico sobre tus labios,
lo que en un tiempo te dije yo;
aquel celaje y el ave aquella,
y aquel lucero y aquella flor,
serán mi vida que ha transformado,
que ha transformado la ley de Dios!
Serán mis fibras con otro aspecto:
ala y corolas, ascua y vapor;
mis pensamientos transfigurados:
perfume y éter, arroyo y sol.
Soy un cadáver; ¿cuándo me entierran?
Soy un viajero; ¿cuándo me voy?
Soy una larva que se transforma...
¿Cuándo se cumple la ley de Dios?
¿Seré yo entonces, mi blanca niña,
celaje y ave, perfume y flor?

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Méjico.

El general Lamadrid



CROQUIS TOMADO DEL CUADRO

« PASAJE DEL EJÉRCITO LIBERTADOR FRENTE AL DIAMANTE »

Encargado por el gobierno de la provincia de Entre Ríos
al distinguido pintor

D. EMILIO A. CARAFFA

LOS GARROTAZOS ¹



EFIEREN las viejas que cuando Jesús y San Pedro iban por el mundo, se colocaron una vez para trabajar á jornal.

Al día siguiente, por la mañana, viendo el amo que, con todo y ser ya muy tarde, no se levantaban, exclamó:

«¡Vaya un par de gznápiros que me he metido en casa!»

Y cogiendo un palo, fuese en derecha á la cama donde dormían Jesús y San Pedro, y empezó á des-

cargar garrotazo tras garrotazo. Como San Pedro dormía en la orilla de la cama, y su Maestro del lado de la pared, el Discípulo fué quien recibió toda la andanada de palos.

Levantóse al fin Jesús, fingiendo ignorar lo que había sucedido, y San Pedro, lleno de cardenales y corrido de vergüenza, no se atrevió á despegar los labios.

Pero aquella noche, al acostarse, el bueno de San Pedro, que por ser calvo se imaginaba no tener pelo de tonto, dijo á Jesús:

«Maestro, permitidme que duerma yo en el rincón, porque no me parece justo que siendo vos quién sois, ocupéis el sitio más desventajoso; la pared es húmeda y malsana, y... ¡nada! dejad que duerma yo en el rincón.»

Condescendió Jesús, y tan sosegadamente se durmieron, que al día siguiente, cuando los demás jornaleros estaban entregados ya á sus faenas, todavía no habían dado señales de vida. El amo, indignado, cogió de nuevo el garrote y se dirigió á la cama, como la víspera.

¹ Traducción del libro *TRADICIONS CATALANAS*, del genial escritor-artista don Apeles Mestres.

Pero al ir á descargar el primer garrotazo, pensó: «Este de la orilla ya tiene bastante con el pie de paliza que recibió ayer. ¡Hoy le toca al del rincón!» Y empezó á apalear á San Pedro con tantas ganas, que no parecía sino que estaba sacudiendo ropa.

No es necesario decir en qué estado quedaría éste, pero tampoco se atrevió á decir esta boca es mía, ante la solemne tranquilidad con que se levantaba Jesús.

Llegada la hora de recogerse de nuevo, dijo el Maestro al Discípulo:

«¿Dónde prefieres dormir hoy, Pedro? ¿en el rincón ó en la orilla?»

— Dormid dónde os dé la gana, Maestro, — respondió San Pedro; — en cuanto á mí, ya sé que allí donde yo duerma, allí lloverán infaliblementelos garrotazos. »

OFRENDA

(PÁGINA GRIEGA)

Es la fiesta de Adonis: Primavera.
 Todo en su templo al dios chipriota canta;
 el humo de la mirra se levanta
 y en nubes perfumadas se aglomera.

Con lento paso, virgen hechicera
 de ebúrnea frente y majestuosa planta,
 hacia el altar pagano se adelanta
 y corta su esplendente cabellera.

Llevando con los bucles los hechizos
 que su cabeza escultural coronan,
 cae la diadema de sus negros rizos,

Mientras se oyen antífonas lejanas
 que las bellas hieródulas entonan
 al compás de las cítaras tebanas.

CARLOS ORTIZ.

Buenos Aires, 1895.



NUEVA DOCTRINA

Al apreciable caballero y excelente amigo D. CARLOS J. CANTERA

— ¡Julián!

— ¡Chica!... escucha... ¡vén!

¡vaya un lujo! ¿has heredado?

— Hombre, no; me he colocado de doncella, y me va bien.

— ¿De doncella? pues confieso mi extrañeza, Rosalía; ¡cáspita! yo que creía que no servías... para eso.

— Has creído mal...

— Perdona...

— Y no digas más sandeces.

— ¡Andal! ¡y qué traje! pareces, mujer, una señorona.

¡Cuando pienso, voto á tal, yo, que te he visto en Irún,

que no tenías más que un
 vestidito de percal!
 Cualquiera, al mirarte, acierta,
 si el diablo no te sedujo,
 cómo es que con tanto lujo
 no te has quedado ya... tuerta.
 — ¡Vaya una ocurrencia rara!
 ¿tuerta, dices?

— Y se explica:
 semejante lujo, chica,
 cuesta un ojo de la cara.
 Trabajarás á destajo
 y así lo comprendo todo.
 — Pues te equivocas.

— ¿De modo
 que no te mata el trabajo?

— ¿A mí? ¡quí! donde sirvo hoy
 es mucho menor, Julián,
 el trabajo que me dan...
 que el *trabajo* que les doy.

— ¡Cómo! ¿tu conducta ven
 y te sufren? esa es grilla.

— ¡Hombre! ¿qué te maravilla?
 ¿no les sufro yo también?

La señora, hecha un veneno,
 me pega grito tras grito;
 pero, en cambio, el señorito...

¡el señorito es tan bueno!

¡Si hasta me causa sonrojos,
 y enfado, á veces, fingí,
 al ver cómo tras de mí
 suelen írsele los ojos!

— Y en sus intentos livianos,
 que lograr, sin duda, ansía,
 con los ojos, Rosalía,
 ¿no se le han ido... las manos?

— ¡Dios le libre! soy honrada
 y no lo hiciera dos veces.

— ¡Qué altivez!... ¡bravo! pareces
 una reina... destronada.

Lánzale miradas hoscas,
 y á los demás, como á él,
 pues como te hagas de miel
 ¡va á ser un año de moscas!...

Conque, ante todo el decoro
 y ¡alerta! que hay mucho tuno.

— Ya lo sé, Julián; más de uno

me ofrece el oro y el moro;
y á renegar de mi estrella,
que á servir me trajo un día,
hace ya tiempo que habría
dejado de ser doncella.

Mas soy una chica honrada,
y pues es fuerza elegir...

— ¡Eso es! prefieres servir,
aun sin servir para nada.

— ¡No tanto! el servicio es duro...

— ¿Y eres muy madrugadora?

— ¡Vaya! me levanto...

— ¿A qué hora?

— A las nueve, aunque esté obscuro.

— ¡Cáspita! ¿y luego?

— A lavarme

y á vestirme; pero dejo
más que de prisa el espejo
y corro... á desayunarme.

— Por lo que oigo, es un calvario
tu vida...

— Hay que padecer.

— ¿Y luego?

— Pues luego, á ver

si tiene alpiste el canario.

Y entre aire y aire español
que canto, á cual más bonito,
saco al pobre animalito
para que le bañe el sol.

— ¿Y en seguida?

— ¿En seguida?

— Barres...

— ¿Yo? ni por asomo;
descanso un momento...

— ¡Cómo

debes estar de rendida!

— Si pongo al trabajo tasa,
en cambio no hago, Julián,
lo que otras, que siempre están
rodando de casa en casa,
en busca de más salario,
pues aquí donde me ves,
muy pronto va á hacer... ¡un mes!
que sirvo á doña Rosario.

— ¿Un mes... ya? ¡vaya un asombro!

— No es así la Rafaela,
ni la Paca, ni la Estela,

ni otras mil que no te nombro.
—Y á propósito, ¿qué ha sido de Luisa?

—Pues se volvió á Irún, y allí se casó con su antiguo prometido.

—¿Llevó de aquí algunos reales?

—¡Vaya! al año de servir logró, aun gastando, reunir seiscientos duros cabales.

—¿Y qué fué del majadero de su primo hermano?

—¿Antonio?
es del gobierno...

—¡Demonio!
¿ministro?

—Aún no... portero.
—¿Y tu cuñado Melchor?
—Sirvió á un juez, y, hombre de juicio, ahorró, abandonó el servicio, y hoy viste como un *milor*.

—Pues si tenéis tal soldada, aunque apenas trabajáis, y además de esto, gozáis de vida tan regalada, veo que no fué quimérica la ilusión que os trajo un día; ¿y sabes tú, Rosalía, lo que yo digo? que América no es, en los tiempos presentes, si mis juicios no son vanos, para los americanos, sino para los sirvientes.

CASIMIRO PRIETO.



EN CASA DEL SEDUCTOR



— Sé que á sus súplicas, Flora,
 dió á usted un beso, y me enfada
 ver de mi hija así burlada
 la inocencia que atesora.
 Pero soy una señora
 y no admito tal exceso;
 pues le ha dado un beso, y eso
 su reputación ofende...
 — Prosiga usted... ¿qué pretende?
 — ¡Que me devuelva usted el beso!

EPIGRAMA

— ¡Cáspita! ¿con tu querida,
 tu mujer te ha sorprendido?
 — Se equivoca usted: ha sido
 mi mujer la *sorprendida*.

EL MISAL ROJO

EVANGELIO

Á C. VEGA BELGRANO



PORQUE ha llegado la hora de la alegría de las gentes, las campanas riegan el aire azul con la metralla sonora de los repiques.

Truena un inmenso *hosanna* sobre los montes de la tierra.

¡Jerusalem! ¡Jerusalem! dice la trompeta del arcángel, con su embocadura asestada hacia las estrellas que tiemblan.

¡Aleluya! ¡Aleluya! cantan las cien flautas por donde respira el pulmón elefantino de los órganos. Y en la bóveda, toda vibrante como un cráneo en delirio, estallan las músicas en delirios de armonía.

¡Gloria! en los altares florecidos de cirios, incendiados de rosas. ¡Gloria! en la constelación diamantina de las custodias. ¡Gloria! en los crucifijos aún húmedos de sangre. ¡Gloria! en la venerable tonsura arzobispal, sobre la cual cae, con las alas abiertas, una paloma de nieve, desde el misterio crepuscular de las bóvedas. ¡Gloria! en los cálices, en cuyo fondo, como flor pasionaria, está fresca la mancha de sangre mística. ¡Gloria! en las hostias de intacta harina olorosa á la divina carne de la transubstanciación. ¡Gloria! en las casullas simbólicas que recuerdan la púrpura oprobiosa del siniestro Martes. ¡Gloria! en la armoniosa Epístola que canta con grave entonación la voz del diácono. ¡Gloria! en el *Memento* solemne cuyo silencio está lleno de la majestad del Espíritu Santo. ¡Gloria! en las cabezas inclinadas de los orantes,

cuyos rezos, con los consumidos inciensos y las derretidas ceras de los cirios, son propicios al Padre.

¡Gloria!

Y el órgano saca de sus entrañas una larga nota de triunfo, estremeciendo los vidrios, donde hay en colores apoteosis hieráticas, las piedras conmovidas hasta el alma, las miles de rodillas dobladas.

¡Gloria! al gran día de los Milagros, dicen los corazones rebosantes de fe, como vasos llenos de óleo de nardos; dicen las músicas alegres, cuyos bemoles se desvanecen en fugas de cohete; dicen los labios de las esposas y de las vírgenes; dicen las alondras y los niños; dicen los leones montaraces y los abuelos, cuyas canas son blancas como azahares; dicen las grandes aguas amargas y los manantiales; dicen las mentas del collado y los abetos encanecidos de nieve altísima; dicen las aves que viven sobre las ramas y las raíces que están debajo de la tierra; y las campanas con su profunda palabra metálica, claras, claras, claras, claman desde las torres: ¡Gloria!

* * *

Gomorra despierta de su muerte, toda ennegrecida de un carbón secular, embozada en ceniza, con los pies calcinados por el betún fundido. Ríe la ciudad de los Júbilos, ríe entre sus encajes contaminados de lujuria, ríe á pesar de Babilonia, á pesar de Nínive, á pesar de Jerusalem.

Achab no oye á Elías, y no obstante, hace siete años que la tierra de Israel está enjuta, porque no refresca su polvo la lluvia del Señor. Ezequías se querella de Senacherib ante las aras; Jeremías llora sobre el desconsuelo de las ruinas cercanas. Daniel conjura á Baltasar, ebrio en el regazo de las concubinas de seno blando como el plumón de las almohadas nupciales. Job, sentado entre las boñigas del aprisco, está escribiendo sentencias misteriosas en la hoja de estaño.

¡Oh, Gomorra! ¡oh, ciudad maldita! despierta y pon tu oreja al eco de los anuncios del cielo.

En la otra margen del Jordán están acampados los filis-

teos. Sobre los montes, con las águilas, está la bandera de los hombres fuertes. Las langostas vienen en mangas, traídas por el viento de Dios sobre los pastos de tus campos. Ahí están los cuervos; ahí está la Abominación de los últimos días.

Tus linos tienen olor de concupiscencia; tu boca es de lascivia; tu seno es de carne de víbora; tus ojos son de pecado; tus manos y tus pies son como hoces que siegan todas las hierbas; tu vientre está hinchado de injusticia.

Eres hermosa, y á tus plantas hay holocaustos de mirra. A tí vienen, trayéndote los unguentos delectables y los vinos, las velas de las naciones. Los hombres del Norte y los hombres del Este, los hombres del Sur y los hombres del Oeste, enderezan hacia tí la aguja de sus brújulas. Eres reina, reina y señora engalanada de seda que hilaron los preciosos gusanos de la tierra amarilla; y son de esmeralda y filigrana tus zarcillos, y es de oro fregado por manos esclavas tu diadema.

Los cándidos corderos caen ebrios del olor de tus almizcles. Las vírgenes miran con ojos de codicia el bermellón de tus mejillas. Los sacerdotes han sumergido sus manos consagradas en la prostitución de tus sábanas; su olfato halla deleite en el aroma de tus cabellos plagados de tiña. Tus sandalias han dejado en la tabla de los tronos huellas de mugre.

Ríe ¡oh, ciudad! goza del escarnio de la Ley, sentada en la esquina del arrabal, ofreciendo con besos de mancilla tus labios al arriero que viene de los campos guiando su recua de pollinas.

Canta ¡oh, ciudad! canta tus himnos con salterio y címbalo. Danza ajustando á tu pulgar los crótalos que suenan sobre la humillación de las canas; rasga tus púrpuras, para la desnudez de las ceremonias idólatras que saben las mujeres idumeas, y aquellas otras del país de Persia.

No mires las nubes incendiadas de resplandores de azufre. No mires el horizonte, donde el cometa rojo encorva su cola como un corcel que gallardea el trote de las batallas. No

mires las tumbas en que están los huesos santos. No oigas ese viento sonoro como el rumor de muchas lenguas.

Ayer un águila negra partió en dos el cielo volando de Oriente á Occidente. Y la llama del sagrado aceite se puso pálida y fija como el ojo de una res recientemente degollada. Y un anciano estaba con el dedo puesto sobre el libro de los siete sellos. Y era triste de toda tristeza, su cara; triste como las ruinas despobladas que reviven en el misterio de los plenilunios.

* * *

— ¡Oh, ciudad! Yo tengo para tí guardada la misericordia. Mis manos son como azucenas y rascaron el lomo de los perros, que aplacaban en la corteza de los troncos la comezón de su sarna. Mis ojos tienen limpieza de agua pura de fuente, y lloraron sobre las llagas añosas, lágrimas de una santa medicina. Como cáliz de propiciación es mi boca, y pronunció palabras de perdón sobre el escarnio de las pecadoras. Más sagrada que el velo del Altar es mi túnica, y está sahumada por el perfume de las manzanas que los niños me trajeron de ofrenda.

Dobla tus rodillas, ¡oh, Gomorra! Cuelga de tus hombros el saco de penitencia, tejido con el pelo rojo de las camellas. Echa sobre tu cabeza la ceniza de los sacrificios. Unge las palmas de tus manos con aceite de bendición.

Que tus párpados de rosa escaldados queden por el llanto. Que tus labios floridos sean quemados por un áspero vinagre. Que tu carne se arrugue mordida por los cilicios.

Que tus manos empuñen la vara espinosa de las disciplinas. Que las aras sean purificadas, y la tierra del pecado esterilizada quede por la sal. Que el brazo de tus varones ocupado esté por el bordón, y el lecho de tus mujeres sea rociado todas las noches con agua lustral. Que tus umbrales sean de hospitalidad y tus alcobas sin puertas de doble cerrojo. Que tu pan sea grato á la boca del hambriento y colmada esté siempre de agua generosa la arcilla de tu cántaro. Que los velos de tus hijas sean para las heridas como paños

de gracia. Que la sombra de tu higuera no esté encerrada en cercos, ni la ubre de tu vaca muñida sea por manos de alquiler. Que los pájaros piquen sin temor tus espigas, y las culebras duerman quietas en el rescoldo de tu hogar, y las arañas pongan sus telas en el ángulo de tus paredes, y las golondrinas empollen en el alero de tu tejado. Que la sandalia cómoda para tu pie, se ajuste también á la horma del pie de tu hermano, ¡oh, ciudad! porque yo soy el Espíritu de Verdad que viene al colmarse los Tiempos, á traerte estas palabras de El Padre.

Los machos cabríos han invadido el redil de mis corderas. Las turbas aúllan en la puerta del Patriarca, apeteciendo querubines. Manchada está la tierra, y los cielos estremecidos por el lamento de las viudas, y violadas por los hombres la pureza de las estrellas.

Ayer un águila negra partió en dos el cielo volando de Oriente á Occidente.

¡Apresúrate, oh, Gomorra, oh, ciudad maldita! Rebaja la cúspide de tus torres y apaga el fuego de tu tabernáculo.

Viste de blanco tus vírgenes y pon ramos de lirios en la mano de tus adolescentes.

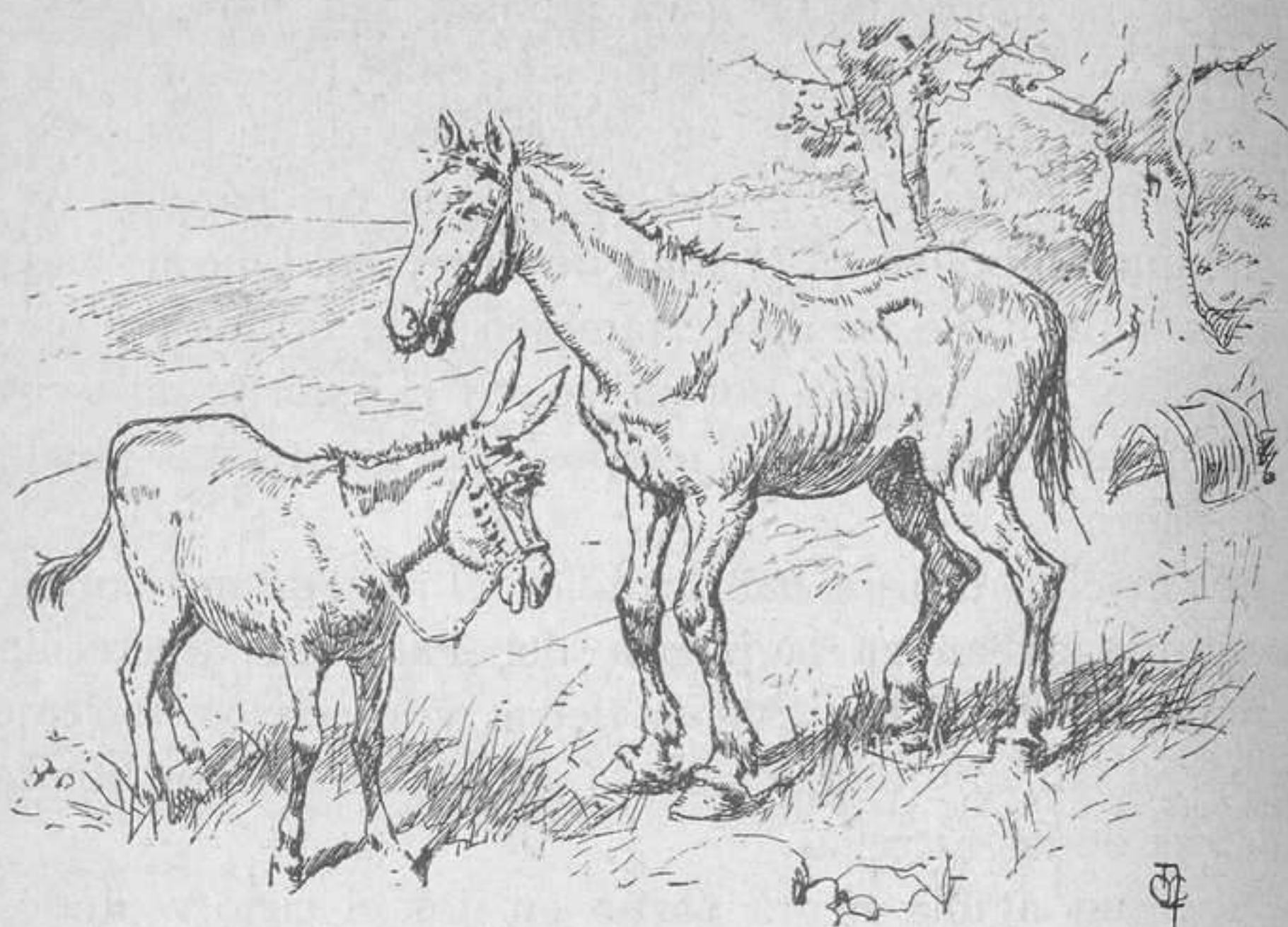
Enciende leña olorosa en tus incensarios y exprime olivas maduras en el hueco de tu lámpara.

Porque he aquí que las puertas de la Gloria están prestas para recibir á Jesús resucitado.

Y los querubines con sus setenta pares de alas abiertas, desenvainan sus espadas de gloria, y la Virgen Madre pasa con el pecho herido por siete puñales, y pasan las vírgenes, y pasan los patriarcas que estuvieron en el seno de Abraham durante un éxtasis de dos mil años, y pasa el Rey Jesús bendiciendo con sus manos traspasadas de heridas, luminosas como excelsa púrpura de emperadores, hacia el Trono donde está el Padre sentado sobre la Eternidad, con su barba blanca como un vellón de espuma del mar, con sus ojos inmensos resplandecientes de la Divina Gracia.

LEOPOLDO LUGONES.

Buenos Aires, 1896.



ROCINANTE Y RUCIO

RUCIO. — Bien se conoce, Rocinante amigo,
que estáis de aquesta vida ya cansado.

ROCÍN. — Viérame con más gusto sepultado,
que de más desventuras ser testigo.

RUCIO. — No comparéis al vuestro mi castigo.

ROCÍN. — No mire el vuestro al mío comparado.

RUCIO. — De hambre y de sed estoy aniquilado.

ROCÍN. — De sed y de hambre que me muero os digo.

RUCIO. — ¡Oh frescos prados, pastos abundosos!

ROCÍN. — ¡Oh claras fuentes, puras, cristalinas!

RUCIO. — ¡No vuestros frutos comeré sabrosos!

ROCÍN. — ¡No vuestras aguas beberé divinas!

RUCIO. — ¡Males de nuestra vida numerosos!

ROCÍN. — ¡Suerte, que á tales males nos destinas!

GUILLERMO P. RODRÍGUEZ

Montevideo.

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA ROMANA

Res gestæ, regumque, ducumque, et tristia bella,
Quo scribi possent numero, monstravit Homerus.
HORAT. ART. POETICA.

Homero enseñó en qué clase de versos podrían escribirse los hechos de los reyes y de los capitanes y las guerras tristes.

CAPÍTULO I

SUMARIO: Situación y primeros progresos de Roma después de su fundación. — Notable vicio en su organización social. — El pueblo es convocado. — Arenga de Rómulo. — Plan que se propone al pueblo. — Aprestos para la ejecución de los proyectos del monarca. — Nueva asamblea del pueblo.

Dos ó tres años hacía
que estaba fundada Roma,
y en la naciente ciudad
iba todo viento en popa.
Ya había alcalde ordinario,
que lo era Torcuato Cotta;
el ayuntamiento estaba
establecido, y á la obra
de la Escuela y el Cabildo
le faltaba poca cosa.

Sólo una cosa faltaba
en la ciudad, una sola,
cosa por la que á los hombres
se les hace agua la boca,
si falta, y que apenas llegan
á conseguirla, les sobra.
Quiero decir que no había
mujeres; y si la historia
dicho tan inverosímil
no abonara como abona,
yo temiera se tomase
lo que estoy diciendo, á broma.
No tenían los romanos
quién les guisara la olla,
quién un botón les pegara,
quién manejara la escoba,
quién les hiciera un pocillo

de chocolate; la ropa estaba siempre los sábados sin almidonarse y rota. Tenían criados varones, canalla puerca y ladrona, y respondona y soberbia, que pierde el tiempo, que roba, que se huye y le deja á uno solo á la mejor de ropas. Hasta se cuenta que Rómulo tuvo una vez, entre otras, que hacer él mismo su cama y que cepillar sus botas.



Era el estado de célibe estado normal en Roma: cuando para declarar es llamada una persona, se le pregunta su estado, si la acción pasa en Colombia; pero en Roma esta pregunta era una pregunta ociosa.

Estaba todo en tal punto, cuando Rómulo convoca una tarde á los romanos

y les habla en esta forma:
—« ¡ Quírites, esto no es vida!
¿ Tal situación quién soporta?
Hacernos de bello sexo
es preciso á toda costa.
Yo les pensaba mandar
decir á las Amazonas
que de vuestras dos naciones
hiciésemos una sola,
con lo que acaso pudiéramos
remediarnos unos y otras.
Pero luego he discurrido
que era una cosa muy tonta
llenarnos de marimachos,
gente *murciélagas* y *frondias*;
y á fuerza de cavilar,
he inventado una tramoya
que ha de darnos mucha fama
en las edades remotas.
Mas, como exige reserva,
no os la diré por ahora.
Hoy os bastará saber
que, lo que á vosotros toca,
es disponer unas fiestas
de tanto aparato y pompa,
que se hable de ellas un año
diez leguas á la redonda.»
Oyendo esta perorata,
todo el pueblo se alborota,
y á hacer sus preparativos
no hay nadie que no se ponga.
El Cabildo parroquial
las sumas precisas vota;
el área de la plaza
se remata en catorce onzas;
se comienza á hacer tablados
y toldos, que es una gloria;
los bisbises se previenen,
se aprestan las cachimonas,
no queda cebón en pie
ni viva marrana gorda;
pónense á la obra los sastres,
los zapateros las botas;
Brandy por mares se vende,
por Orinocos la aloja,
el anisado por Niágaras
y el vino por Amazonas,

mas los que venden todo esto,
al pedir echan por copas.

Para comenzar las fiestas
se han señalado las nonas
de Julio, y para ese día
(notable luego en la historia)
se convida á los sabinos,
para que, con sus esposas,
sus hijas y sus hermanas,
sus sobrinas y sus novias,
y sus nueras, y sus suegras,
y con todas, todas, todas
las mujeres de Sabinia,
vengan á fiestas á Roma.
Cuando la época fijada
va hallándose ya muy próxima,
á convocar para un *meeting*
el viejo Rómulo torna,
á fin de que los romanos
del oculto plan se impongan.

CAPITULO II

SUMARIO: Afluencia de extranjeros á la ciudad. — Pintura de ellos. — La población se agita. — Espectáculos públicos. — Desacuerdo en que se hallan algunos historiadores. — Crisis. — Combate dentro de la ciudad. — Sus resultados.

Dóciles los sabinos al convite
que para fiestas les hiciera Rómulo,
ya en grandes caravanas, ya en pequeñas,
á Roma van llegando poco á poco.

En yeguas aguilillas valonadas,
con rico jaquimón, cuyos adornos
en la frente del bruto hacen una equis,
como se usaban en el año de ocho;

En su sillón de plata guarnecido,
todo torrado en terciopelo rojo,
con su galón de cuatro dedos de ancho
recamado espaldar y guardapolvo;

Con su sombrero alón de barboquejo
y pañolón plegado sobre el rostro,
hacen su entrada, orondas, las abuelas,
con aire sosegado y majestuoso.

De corpiño ajustado, de velillo,
y arrastrando los luengos faldistorios,

vienen las niñas y al entrar se llevan
de los romanos que las ven los ojos.

En caballos herrados, bailarines,
con ruanitas de seda entran los mozos,
y hacen saltar el caño á los caballos,
y enarcar el pescuezo y dar corcovos.



En mulas y con jáquimas tejidas
de prolija labor, sin tapaojos,
con zamarros de tigre y retranca ancha,
vienen los viejos á pasito corto.

Pellón de cuatro borlas trae alguno,
ruanas con fluecos y paraguas otros;
y el pañuelo que cubre las narices
(embrión de la bufanda) casi todos.

Gran movimiento la ciudad anima;
sabinos y sabinas vense á rodo;
y las postreras prevenciones se hacen
con grande diligencia y alboroto.

La gente moza fragua bailecitos;
en la plaza y las calles ponen bolos;
mientras, para ir aprovechando el tiempo,
los jugadores juegan que es un gozo.

Conforme á lo prescrito en el programa
que publicaron con chinesco y bombo
por toda la ciudad, se da principio
la noche de la víspera al holgorio.

EP

Con candiles de sebo y trementina
ilumínanse plaza y Capitolio,
y hay vaca loca, y hay maroma y fuegos,
patriótica canción y cuatro globos.

Estuvieron las fiestas al principio
tan buenas como estar entre nosotros
suelen, en los periódicos descritas,
cuando describen fiestas los periódicos.

Hubo fuentes de chicha en los encierros
y muchas colaciones y bizcochos
hechos por reposteros italianos,
que son los reposteros más famosos.



La tropa hizo despejo por las tardes,
y se corrieron los mejores toros:
de éstos, algunos eran jarameños,
conejerunos y futeños otros.

Para el último día, que era el cuarto,
ó el quinto cuando más, según Suetonio,
más, que, según afirman Tito Livio
y Veleyo Patérculo, era el nono,

Se previno un encierro de disfraces,
con el que el buen humor llegó á su colmo
y en que tales figuras se iban viendo
que á los sabinos los dejaban bobos.

Vestidos iban dos de inglesas viejas:
de papalina la una, otra de moño;

otro representaba un congresista
y llevaba una máscara de loro.

De general moderno colombiano
se quiso disfrazar Aulo Sempronio,
y á fin de ser por tal reconocido,
lo que hizo fué vestirse como todos.

Cierto *pepito* se vistió de gente,
y no hubo en el concurso un solo prójimo
que, mirándole bien, podido hubiera
quién era sospechar, ni por asomo.

Un hombre rico se vistió de rico;
no se le pudo conocer tampoco;

ni á un mozalbete elegantón y pobre que se vistió de manta del Socorro.

En suma, hubo de todo en el encierro: españoles antiguos, druidas, moros, indios jauleros, viejos jorobados, y calentanos con carate y coto.

¡Extraña variedad! Sólo una cosa era en todos igual, común á todos: cada uno se mostraba persuadido de que el concurso le miraba á él solo.

Los sabinos estaban boquiabiertos mirando los encierros, cuando al coso metieron un novillo colorado, cansado de correr y hacer destrozos.



En ese punto, al dar con la corneta el toque de « que saquen otro toro, » los disfrazados las barreras salvan é invaden los tablados y los toldos.

De aquella evolución, los convidados, que debían de ser algo bolonios, aún aguardaban, carcajada en ristre, un desenlace de los más graciosos,

Cuando oyen con terror que los romanos les dicen, ya sin máscara y en tono de *aquí nadie nos tose*: « Caballeros, las sabinas se quedan con nosotros. »

Ninguna pluma humana pintar puede cuál fué de los sabinos el asombro

al contemplar aquella tropelía,
ni cuál la confusión, cuál el trastorno.

Mas pasa el estupor, y de los pechos
de pronto se apodera el ciego enojo;
los sabinos defienden sus mujeres
y se arma un zipizape del demonio.

Lucharon, pero en vano. Entre arreboles
de ópalo, y nácar, y topacio, y oro,
el esplendente sol su disco hundía
en los abismos del lejano Ponto,

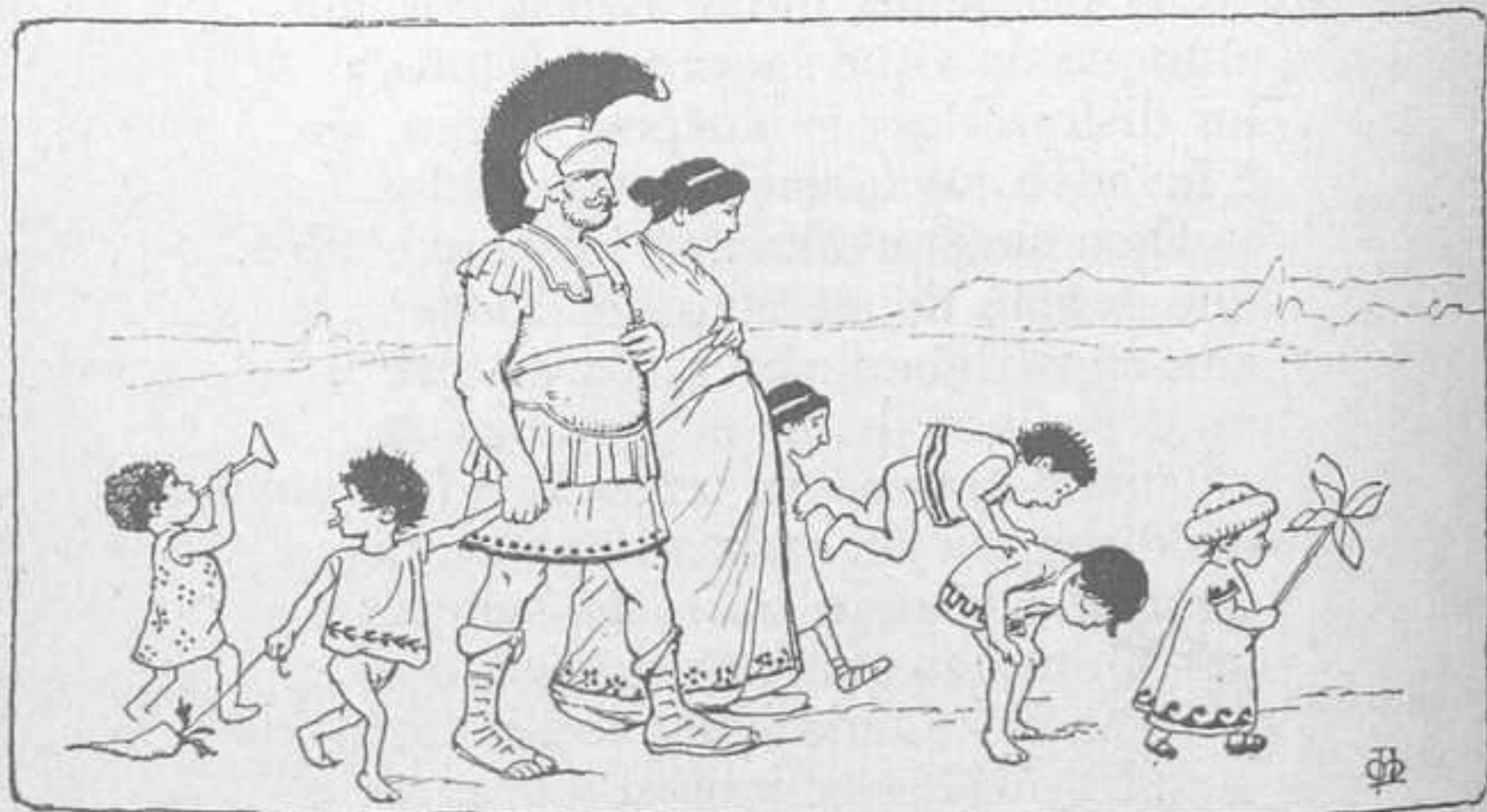
Y á esa hora, de Sabinia en el camino,
ver hubiera podido algún curioso,
á la luz del crepúsculo indecisa
los sabinos pasar unos tras otros,

Sus bestias arreando, que llevaban
sillones y galápagos tan sólo,
y haciendo los estribos y los frenos,
al trotar de las bestias, rumor sordo.

Si pareció pesada á las sabinas
la chanza de las fiestas y del robo,
ó antes bien, divertida y de buen gusto,
no he podido indagar. Que poco á poco
el tiempo volador las consolase
me parece seguro: ello es notorio
que de una suerte ó de otra, con su suerte
al fin se conformaron. 'Estimonio
dan de su descendencia las historias,
y viven en Colombia entre nosotros
Bassani y Menegusi, que se precian
de hallar su origen en tan noble tronco.

JOSÉ MANUEL MARROQUÍN.

Bogotá.



LA TOCA DE LA ABADESA

(TRADICIÓN)

Grandes preparativos hacían las religiosas del monasterio de Santa Clara en esta muy noble y leal ciudad de los Reyes, en los primeros días del mes de Agosto de uno de los años del pasado siglo, para celebrar, con la suntuosidad en tales ocasiones acostumbrada, la fiesta de la patrona de esa comunidad franciscana, y que el martirologio romano, y hasta el Almanaque de Casimiro Prieto, designan en el día duodécimo del expresado mes.

Iluminación en los claustros, vítores, contradanzas, arbolito de fuego, entremeses y demás diversiones por la autoridad eclesiástica para solaz y entretenimiento de las monjitas y del considerable número de seglares que dentro del monasterio se albergaban, formaron lo principal del programa de las funciones que, durante ocho días, debían hacer olvidar á las dichosas habitantes de esa *puerta del cielo*, el recogimiento que dicen reinaba allí en lo restante del año.

Siete días habían transcurrido ya sin que aconteciera nada de notable, cuando una de las donadas, olvidándose del papel que desempeñaba en un entremés, obligó á sus compañeras á suspender la función. En teatrillo de convento no había consuetud ni cosa parecida, que á la memoria se confiaba siempre el éxito de la representación.

La abadesa se sintió agraviada, estimando como falta de respeto á su dignidad y persona el que la actriz hubiese *aguado* la función. La queja de la superiora encontró eco en la mayoría de las monjas, y acordaron castigar ejemplarmente á la desmemoriada.

Las compañeras de ésta se empeñaron con las monjas de más campanillas para libertarla del castigo; y al fin la abadesa, cediendo en algo al reclamo, declaró que sólo en el

caso de que á la hora de maitines le presentara la reo completamente seca una de sus tocas, que debía lavar media hora antes, la perdonaría su falta.

Grande angustia se apoderó de las defensoras. Los maitines debían rezarse á las cuatro de la mañana, y aparte de que no es ésa la hora de la salida del sol, éste apenas si se dejaba ver en Lima en el mes de Agosto, esto es, en pleno invierno.

Pero como la obediencia vence imposibles, al decir de las religiones observantes, la donada, á las tres de la mañana, recibió de la abadesa una de sus tocas y cumplió con lavarla.

Esa noche, como ninguna del año, había llovido á cántaros, y la lluvia arreciaba á las tres; mas al dar la señal de llamada á coro, con gran sorpresa, no sólo de las clarisas sino de la ciudad entera, se vió brillar el sol en todo su esplendor.

Cinco minutos después la reverenda madre sor María Josefa Mejía, abadesa del monasterio de Santa Clara, entraba á coro con la toca, y relevaba de toda pena á la muchacha.

Las campanas se echaron á vuelo, y los vivas y cohetes aumentaron la alegría de tan extraordinario suceso.

Desde entonces las hijas de Santa Clara afirman (y no he de ser yo quien me malquiste con ellas por milagrito más milagrito menos), que anualmente en un día del mes del Agosto madruga mucho el sol en Lima, como en testimonio del milagro á que dió ocasión la toca de la abadesa.

Conste sí, que hasta ahora á mí no me consta el madrugón del sol, si bien creo á pie juntillas en el madrugón del otro siglo.

ELEAZAR BOLAÑA.

Lima, Mayo de 1896.



Nuestros colaboradores



Sr. D. Diego Fernández Espiro

DISTINGUIDO POETA ARGENTINO

DAGUERREOTIPO

El corazón sangriento. La cabeza
de artista por los sueños visionada.
Hosca la faz hombruna. La mirada
humedecida de invernal tristeza.

Sin ambición. Altivo en la pobreza.
En la lucha tenaz. Alto en la nada.
La fe, de Cristo. La conciencia, honrada.
Apóstol del amor y la belleza.

Así avanzo en las sombras del camino,
y mi alma vencedora del destino
sus energías mundanales mueve

Cuando, estoico soldado de la idea,
me lanzo delirante á la pelea,
Don Quijote del siglo diecinueve.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

Buenos Aires.

REMANSO

Por entre piedras, con empuje airado,
el torrente en su rápida carrera,
se adelanta hacia el río, cual si fuera
por indómita fuerza arrebatado.

De las toscas orillas rechazado,
con actitud desesperada y fiera,
hunde en espumarajos la cimera
del peñón, en su seno levantado.

Y al azotar la verdinegra frente,
muge como una bestia enfurecida
que da en la piedra con rabioso diente.

Pero pronto abandona la embestida,
y, calmado, se aleja mansamente
en rumorosa y tremulante huída...

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

Buenos Aires.

EL AMOR



— ¿Enamorar á Leonor?...
— ¿Tan insensible es su pecho
á tanto hechizo y primor?
— Yo no *hago* nunca el amor;
prefiero comprarlo *hecho*.

— — — — —

EPIGRAMA

— La traducción que hizo Luisa
no tiene pies ni cabeza,
y no me causa extrañeza
que provoque tanta risa.
— No has de decir *traducción*,
si produce hilaridad.
— Para hablar con propiedad,
¿cómo digo?
— *Di-versión*.

ÓPTICA DEL AMOR

Cuando viene de un *medio enrarecido*
que se llama la ausencia
á otra atmósfera más oxigenada
y por tanto más *densa*,

El rayo del amor, que es de luz blanca
y á veces muy *intensa*,
cumple las mismas leyes de la física
y á la *normal* se acerca.

Cuando á veces un rayo peregrino
un obstáculo encuentra,
viniendo oblicuamente hacia su objeto,
el amor se *refleja*,

Para formar exactamente un ángulo
igual al de *incidencia*,
que es el de *reflexión*, y algún espíritu
agonizante queda.

La luz de la ternura se propaga
en línea siempre recta,
pero suele encontrar un ser *opaco*
y entonces... se *dispersa*.

En la luz del cariño hay *manantiales*
de causas muy diversas:
el manantial del alma, y el de cuerpo
que es el de las miserias.

La imagen del amor ofrece á veces
una *real* existencia,
pero otras, por error de los humanos,
virtual se nos presenta.

Cuando la simpatía es tan naciente
que se descubre apenas
el deseo le aplica (como en física
una lente *convexa*).

Cuando de la pasión en las delicias
aparece una pena,
es una raya obscura de Fraünhofer
que el espectro revela.

Y cuando en las regiones del cariño
asoma la tormenta
una *cámara obscura* es cada alma
de lobreguez inmensa.

Si hay distinto carácter, y por tanto
 los novios no congenian,
 son entonces dos rayos *divergentes*
 que por jamás se alejan.

Cuando existe un rival que se *interpone*,
 por maldad ó imprudencia,
 es un *extraño cuerpo* que en la dicha
 siempre *sombras* proyecta.

Cuando la decepción llega hasta el alma
 que adora con fe ciega,
 el rayo del amor ya para siempre
polarizado queda.

Cuando las ilusiones de dos seres
 que amantes se respetan
 en el hogar terminan, son dos rayos
 que al mismo *foco* llegan.

Cuando los celos ó un fugaz desvío
 el alma tiene llena
 de pesares y dudas, la caricia
 es *mágica linterna*,

Y cuando un hombre de viril talento
 teme la *interferencia*
 á mujer de cortísimos alcances
 por siempre se encadena.

Un extraño y curioso *polariscopio*
 que escruta la conciencia
 suele ser el amor, porque descubre
 su horror ó su belleza.

ADELA CASTELLS.

Montevideo, 1896.

FUNDADA QUEJA DE CIERTO DIPUTADO

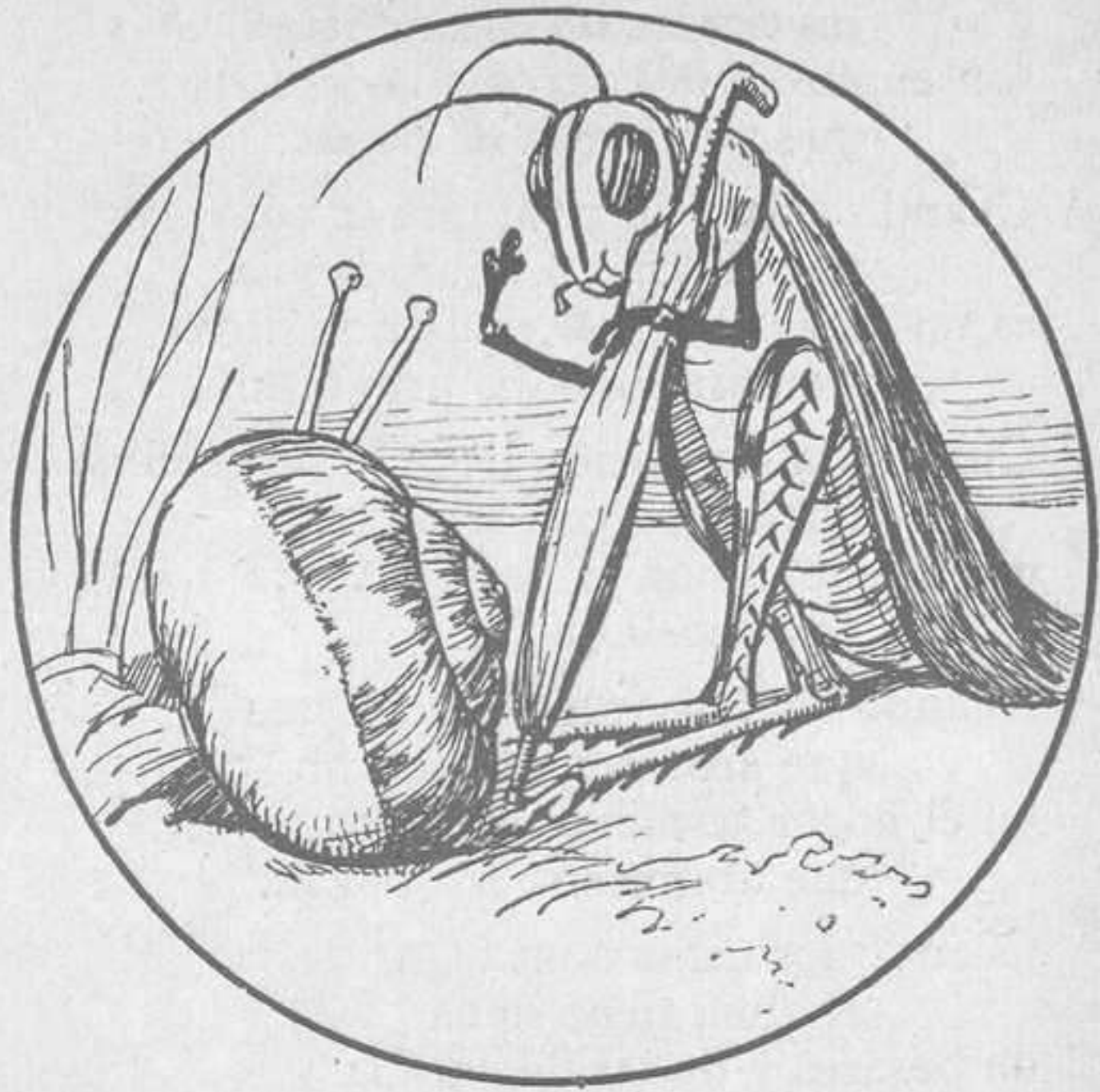
Si cédulas escribí;
 si sufragantes busqué;
 si tanto los fastidié,
 que al fin votaron por mí;
 ¿cómo se jactan así
 de haberme, con su favor,
 alzado á legislador,
 cuando resulta, á mi ver,
 que yo mismo vengo á ser
 elegido y elector?

LUIS CORDERO.

Quito.

Cuento demagógico

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



« La tormenta se acerca,— dice la humilde Langosta;— creo que obraríamos cuerdamente quedándonos en casa.

—¿Y á mí qué?— contesta el orgulloso Caracol. — Si la tormenta nos sorprende me encerraré en mi palacio.

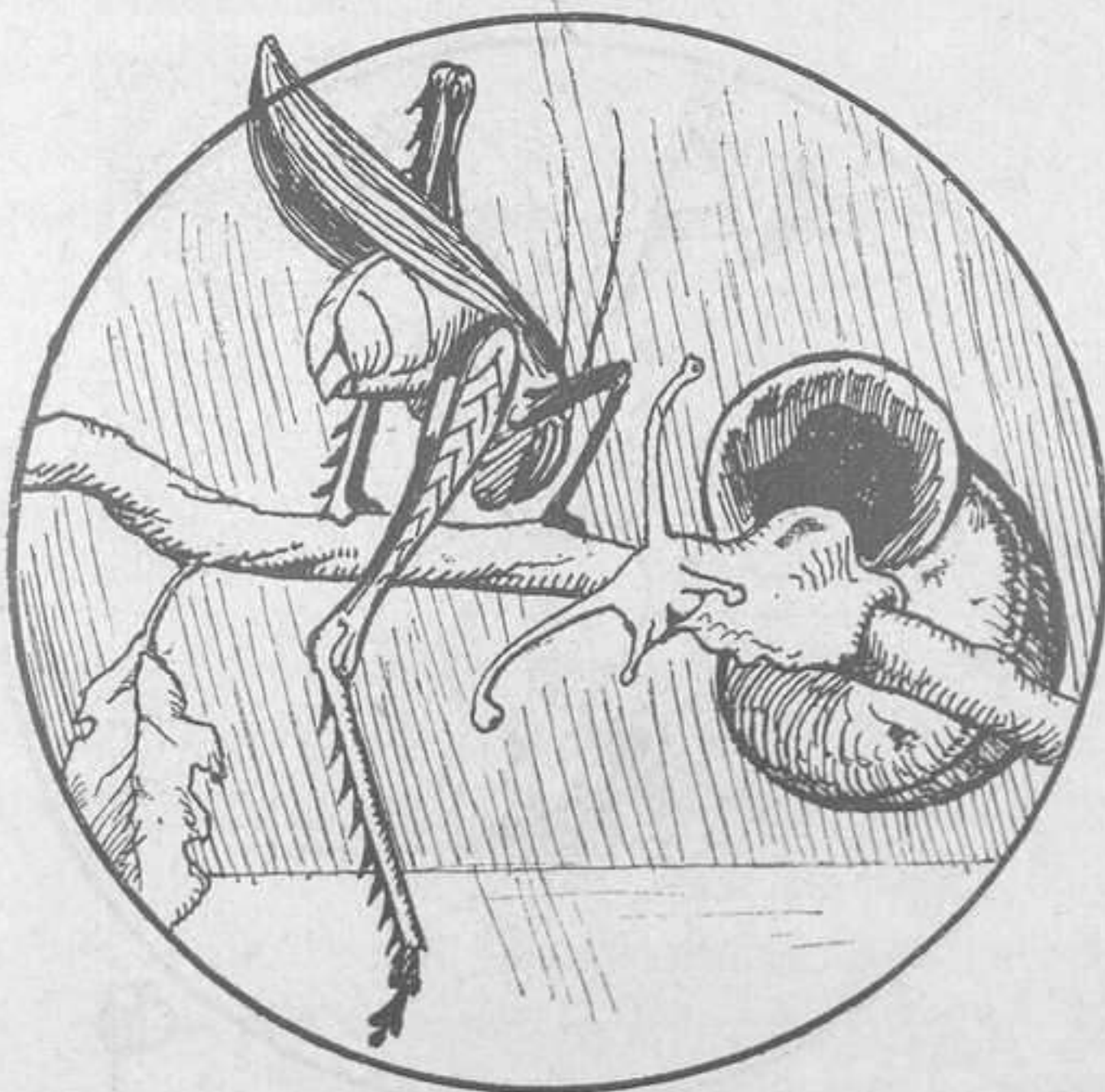


—Ya la tenemos encima, compadre.

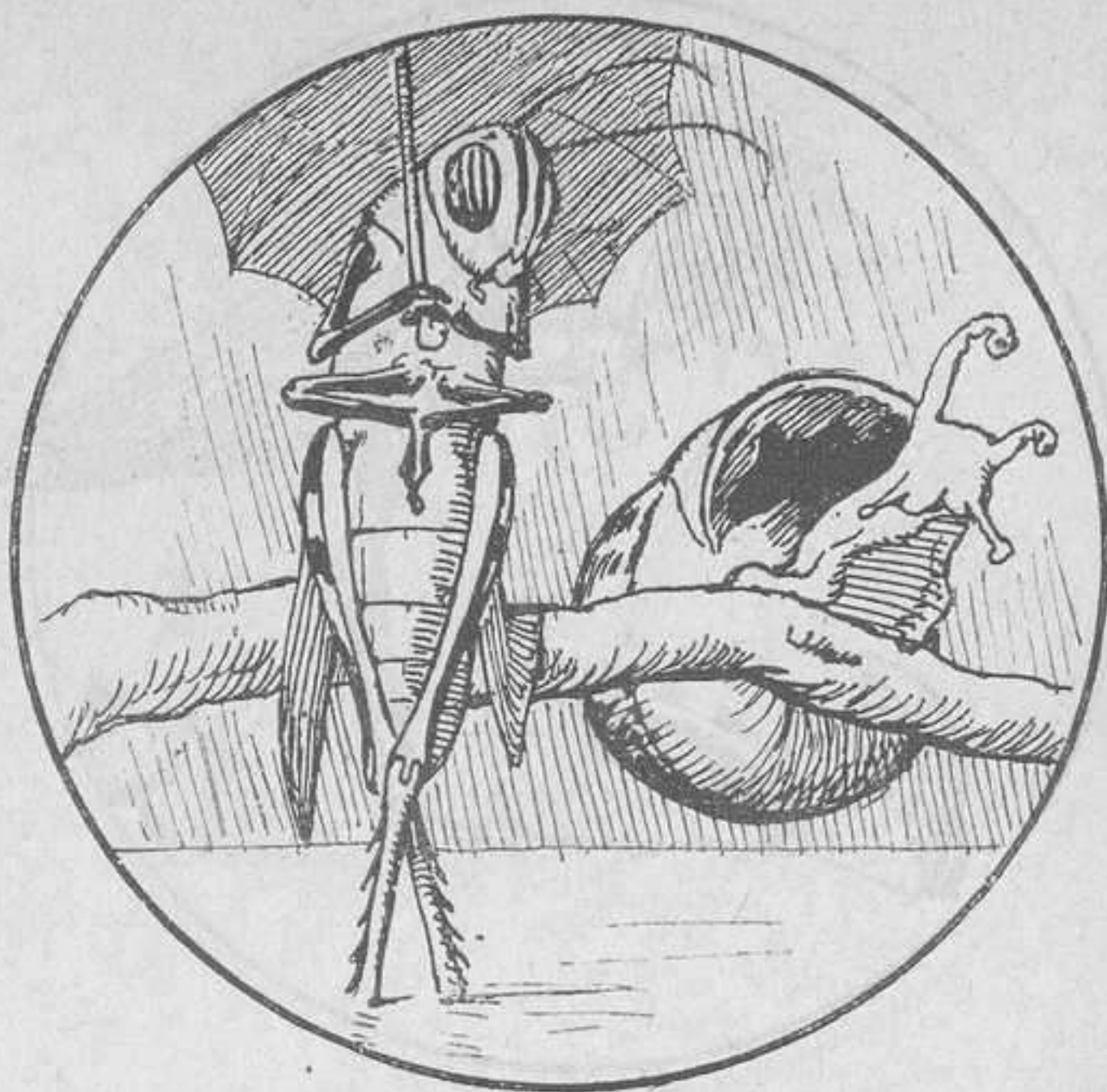
—¿Y á mí qué? Como arrecie me encierro en mi palacio.



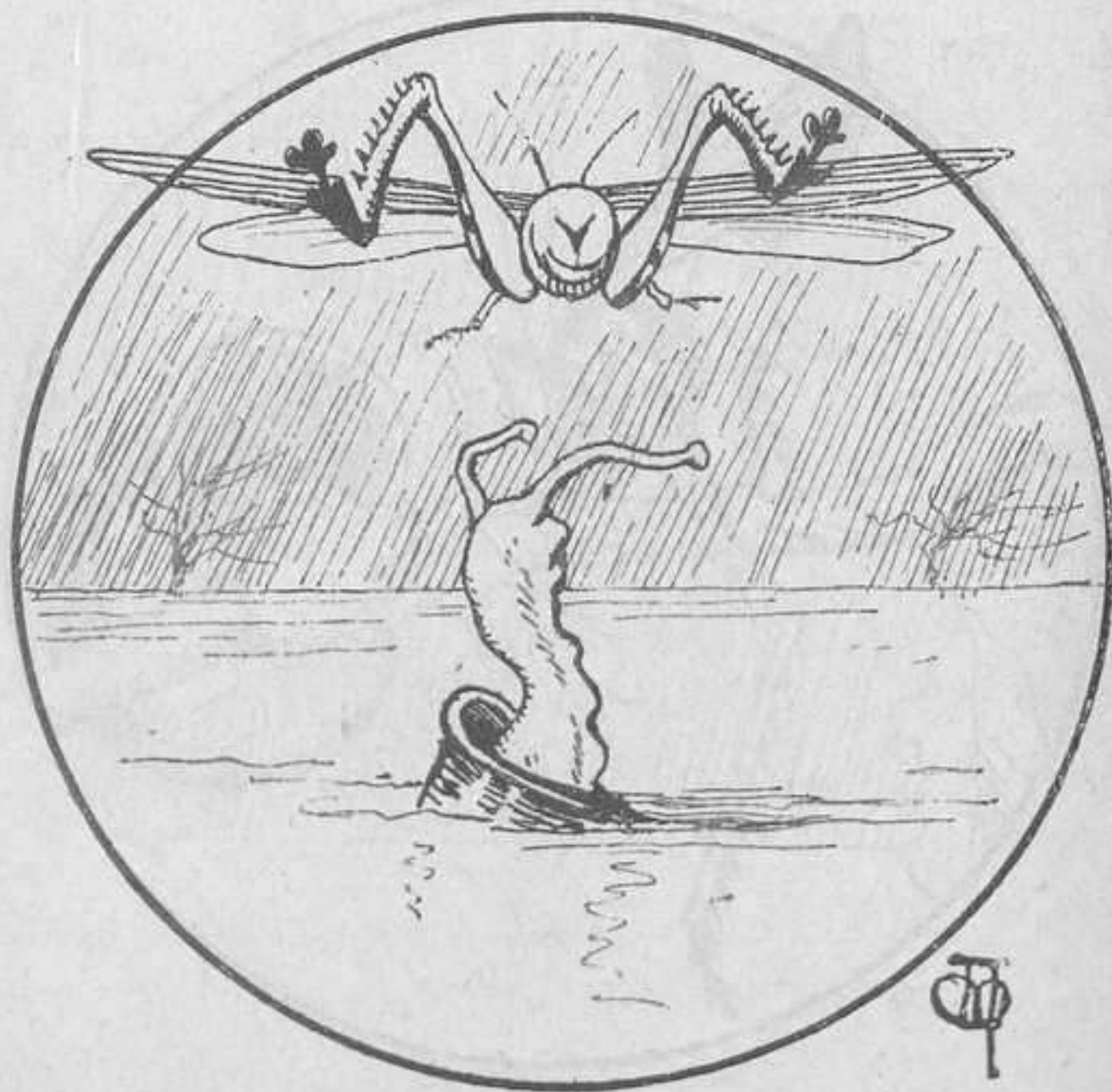
- Es imposible seguir adelante...
- ¿Y á mí qué? En último recurso me encerraré en mi palacio.



- El agua sube; es preciso buscar un refugio.
- ¿Y á mí qué? Yo me encerraré en mi palacio.



— El agua va subiendo más y más; el peligro es inminente.
— Pues llegó la hora de encerrarme en mi palacio. »



Y la humilde Langosta salvó de un salto la inundación.
En cuanto al orgulloso Caracol fué arrastrado junto con su palacio.

LA MUJER DEL PORVENIR

En cuanto á la mujer su instrucción no debe ser brillante. — No debe consistir en talentos de ornato y lujo exterior, como la música, el baile, la pintura, como ha sucedido hasta aquí. Necesitamos señoras y no artistas. — La mujer debe brillar con el brillo del honor, de la dignidad, de la modestia de su vida. — Sus destinos son serios; no ha venido al mundo para ornar el salón, sino para hermosear la soledad fecunda del hogar. Darle apego á su casa es salvarla. — Mientras la mujer viva en la calle y en medio de las provocaciones, recogiendo aplausos como actriz en el salón; rozándose como un diputado entre esa especie de público que se llama la sociedad, educará á los hijos á su imagen, servirá á la República como *Lola Montes* y será útil para sí misma y para su marido, como *Mesalina* más ó menos decente.

ALBERDI.

I

¿Dónde se le encontrará y cómo será ella?

Se le encontrará en todas y cada una de las mujeres — y su perfección consistirá en ser mujer y nada más que mujer, es decir, en no transmutarse, en no disfrazarse, en ser única y exclusivamente lo que Dios la ha hecho, desenvolviéndose en este molde divino hasta ser en la vida una *Diosa buena*.

La mujer puede llegar á ser la madre de los Gracos, la madre de los Macabeos; es decir, heroína de la vida que alienta y conserva los ideales divinos.

Verdadera vestal, su misión es conservar el calor del hogar, que es el calor de la ciudad, el calor de la patria, el calor de la humanidad.

Prepararla para esta alta misión, es salvarla y salvar la civilización.

La naturaleza le ha dado todos los dones propios á sus destinos, marcando en ellos la pauta insalvable de su vida. — Le ha dado la belleza, la gracia, la dulzura, la flexibilidad, la inconstancia y hasta la frivolidad, para que sea un contraste vivo del hombre y mantenga la armonía de los contrarios. La ha hecho así, para que sea una flor en el jardín de la vida y el hombre libe en ella la miel y el pertume que aromaticen y dulcifiquen la rudeza de sus destinos viriles. La alegría, la pureza, la dulzura, la templanza y la resignación deben bri-

llar en su frente, como aureola de luz, de bienaventuranza y de esperanza, porque con la leche de sus pechos, debe inocular á la humanidad que nutre, estas celestes armonías.—Es verdad que en la teogonía andrógina de los primeros pueblos, la mujer representa el espíritu de las tinieblas, y que Brakmán, desposado con la virgen pura de la Escritura, habiendo pedido á Brakma una compañera más carnal, éste le dió una mujer de la raza de los genios malos.

Esta leyenda es universal, secular. — Es la leyenda mosaica.—Nuestra madre Eva, cuando todo era inocente y puro, pecó la primera, como la primera aparición y rebelión del genio del mal.— Este paso ligero de nuestra primera madre, nos ha expulsado del Paraíso y lanzado en todas las desventuras que apuramos día á día. — Pero ¿cómo se explica esta leyenda, este mito, esta verdad histórica? — Se explica por las mismas relaciones bíblicas del modo siguiente:—Nuestros padres Adán y Eva pasaban una vida divina en el Paraíso terrenal: nuestro padre Adán adoraba á Dios diariamente y agradecía efusivamente la munificencia de su generosidad y su largueza; pero nuestra madre Eva, arrastrada por la vanidad, no escuchando sino sus incentivos, y á pesar de los consejos y de las resistencias de Adán, quebrantó la ley divina.

Este perfil moral de la primera mujer ha pasado en herencia á todas. — La vanidad sofoca en ella la belleza y excelencia de su índole propia, arrollando, en los desbordes de su rebelión y su altivez, la paz de los hogares y los pueblos. — La Helena griega y la leyenda mitológica de la manzana disputada son el testimonio espléndido de este hecho.

Nuestra educación y nuestra literatura deben propender, pues, á cultivar el corazón de la mujer fomentando el desarrollo vigoroso de las bellísimas prendas que Dios puso en ella. Y también nuestra prensa, elemento primordial de civilización americana, debe calcar, día á día y con tenacidad, sobre este tema íntimo y caro de nuestro porvenir. — ¡Guay, si no tenemos esposas, madres, hermanas, familia! No seremos entonces más que una tribu, un pueblo nómada, sin pasado, sin presente, sin porvenir. Miguel Chevalier, visitando Norte

América, vió dos nubes sombrías en su cielo tranquilo, las que, años después, descargaron terribles sobre el pueblo norteamericano. Estas nubes eran la esclavitud y las tarifas, que engendraron la guerra más sangrienta de este siglo. Yo veo acá y allá la nube de la mujer maldita, cargada de tanta electricidad, que no habrá invento frankliniano posible.

FEDERICO TOBAL.

Buenos Aires, 1896.

AL SEPULTURERO

(ESTILO HEINE)

Te encargo, sepulturero,
por si muero antes que tú,
que entierres hondo, muy hondo,
en la fosa mi ataúd.

Que eches tierra, mucha tierra,
más tierra, y tierra después:
luego piedras, muchas piedras,
y encima... piedras también.

Quiero estar lejos del mundo,
tanto que no pueda oír
el rumor y la alegría
de los que aman el vivir.

Si se revive, si acaso
el Creador quisiera hacer
de mi escuálido esqueleto
la armazón de un nuevo ser;

Y te pregunta en qué sitio
me enterraste, calla tú;
calla, y no digas en dónde
ocultaste mi ataúd.

Maese sepulturero,
jura callar por tu fe...
¡Mucho me he hastiado del mundo
para que quiera volver!

CLEMENTE PALMA.

Lima, Mayo de 1896.



MESALINA

Tus ojos vuelve á los pasados días
¡oh, mujer! y repasa en la memoria,
el tropel de culpadas alegrías
que componen el libro de tu historia.

No intentes disculparte: si amargura
en vasos de oro tu destino escancia,
¿quién si no tú rasgó la vestidura
para acortar al vicio la distancia?

Ni casto amor ni endechas cariñosas
han de encauzar de tu pasión la fuente:

fuera atajar con pétalos de rosas
el caudal impetuoso del torrente.

Caiste: de tus sueños virginales
ya ni gráciles ráfagas esplenden:
y brillan de tus ojos los cristales
con llamas rojas que la sangre encienden.

Tú provocas, tú incitas: impudente
das al amante en cita romancesca,
no de Julieta el ósculo inocente
sino el sensual é impuro de Francesca.

A la fuga de un huésped trashumante,
tu seno maternal horror te inspira,
y aprietas á su curva vergonzante
el áureo cinturón de la hetaíra.

Tú con despego criminal que aterra
apartas tu regazo al pequeñuelo:
¡pobres hijos que arrojas en la tierra
á la dudosa protección del cielo!

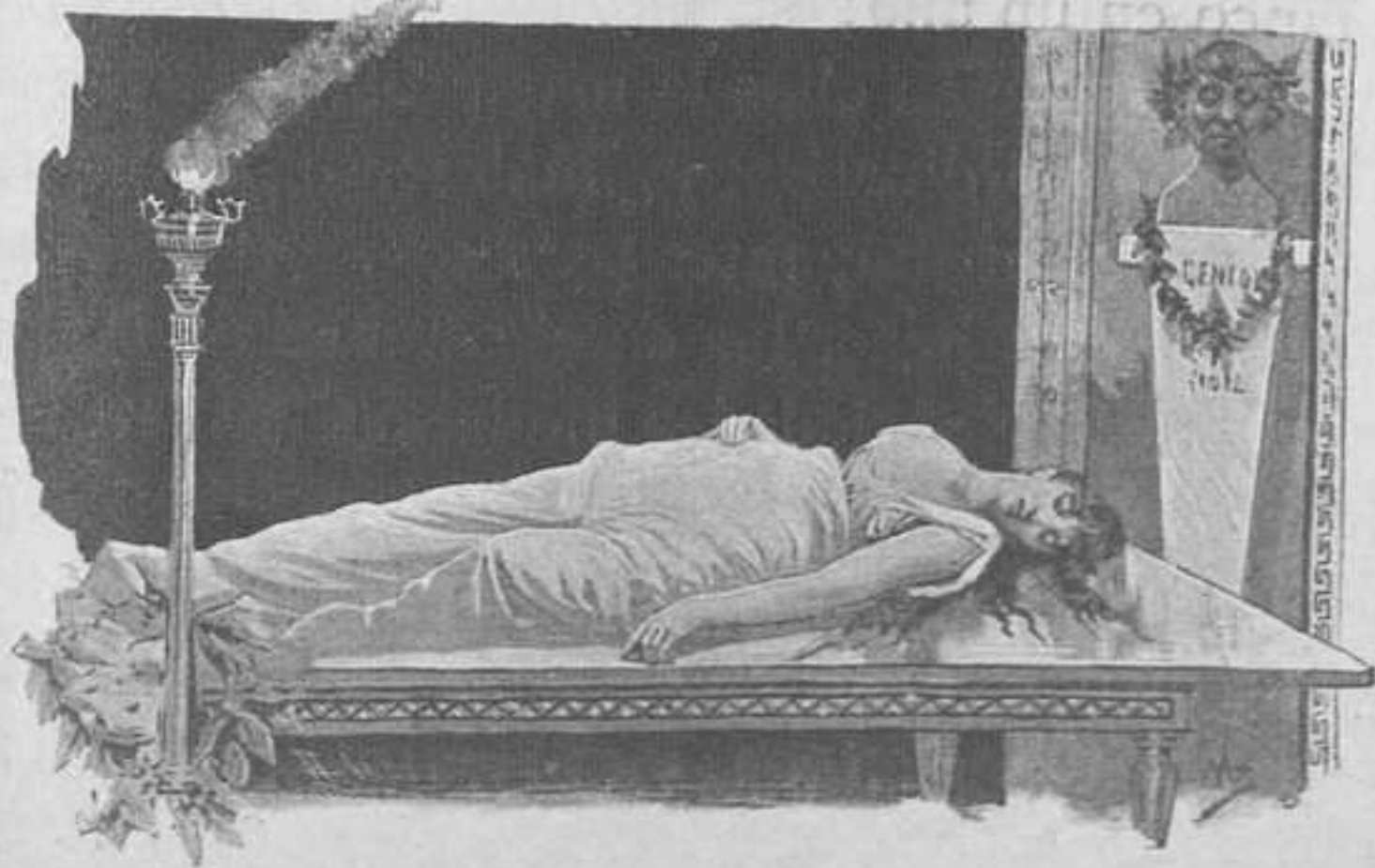
Roto el lazo social, el deber roto,
flotas por cima del desprecio humano,
arrogante y altiva como el loto
que emerge de los limos del pantano.

¿Y hablas de redimirte? ¡Qué ironía!
Tiene surcos tu faz y tienes canas:
Magdalena era hermosa todavía
cuando huyó de las lides cortesanas.

Para aguardar la Muerte tu desecho
abre sus fauces y su vientre ensancha:
vendrá primero el numerado lecho,
después la disección sobre la plancha.

San Francisco de California.

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA.



LA DIFUSIÓN DE LAS PRIMERAS LETRAS ES UNA CRUELDAD

(ESBOZO DE UNA CUESTIÓN SOCIAL)



porfía se pronuncian discursos y se escriben artículos y libros para ponderar los beneficios que acarrearán á la humanidad los continuos progresos de la instrucción primaria, y á porfía también gastan las naciones los recursos de sus contribuyentes en despejar las sombras de la ignorancia que envuelven el alma del pueblo. Se persigue á los padres que no mandan sus hijos á la escuela; se aumenta sin cesar el número de horas diarias y de años de estudio; se ensanchan los programas de enseñanza de las escuelas elementales, con conocimientos fútiles y de mero adorno; se inventan nuevos métodos y materiales pedagógicos y se perfeccionan los existentes; se crean *jardines de infantes* (verdaderas herejías en materia de sentido común) para encadenar la tierna inteligencia de los párvulos, desde sus primeras manifestaciones, á reglas inertes y rutinarias de viejos pedantes, que ignoran que un niño á los diez años aprende mucho más en un mes que á los cinco en un año; se edifican palacios para que la juventud pobre cobre en ellos la más profunda aversión á sus humildes viviendas ordinarias; y, finalmente, se aumentan los impuestos de los contribuyentes para costear todas esas instalaciones destinadas á hacer luz en el cerebro de las masas.

Se arguye que las sociedades modernas, gobernadas como están por la voluntad del pueblo, y no por la irresponsable de un solo individuo, como sucedía en los tiempos del absolutismo, han menester de ciudadanos ilustrados para que la composición de los cuerpos legisladores pueda efectuarse

mediante elecciones populares conscientes. Se afecta creer que un pueblo iletrado, mejor dicho, analfabeto, elegirá para el Parlamento miembros de inferior calidad, lo que no ha de suceder con otro que esté instruído en las primeras letras. No hay nada de eso. El pueblo, letrado ó iletrado, elegirá siempre á aquellos que le sean indicados por los jefes de partido, á los cuales sigue, sea por sugestión ó por imitación, pero raras veces por persuasión. Además, las primeras letras, por sí solas, despiden poca luz, no ilustran.

Paradojal como puede parecer la idea emitida en el epígrafe, está, sin embargo, fundada en razón, como se verá cuando se la examine de cerca. Sí, la difusión de las primeras letras es una crueldad, que se comete con todos los desheredados de la fortuna, que son los que forman la enorme mayoría de la humanidad, porque les permite apreciar las condiciones desgraciadas de su existencia, comparándolas con las exuberancias injustas, y por lo tanto irritantes, de unos pocos ricos. El ignorante es relativamente feliz, porque no conoce sino un número muy restringido de deseos, de deseos elementales, que acaso puede satisfacer fácilmente. ¿En qué consiste, en resumen, la felicidad? En un quebrado cuyo denominador está formado por el número de deseos que cada uno tiene, y cuyo numerador es la cifra de los deseos satisfechos, ó la de los que es posible satisfacer. Nunca alcanza este quebrado el valor de la unidad, lo cual sería la felicidad completa, sino que dista siempre considerablemente de dicho guarismo máximo. En la gente ilustrada y pobre, es el quebrado de la felicidad muy pequeño; en la bruta y rica bastante grande, aunque nunca igual á uno. Con la ilustración crecen los deseos en una proporción mucho mayor que la suma de los medios de todo género para satisfacerlos; la felicidad del individuo decrece, por consiguiente. La escuela abre los ojos del niño ignorante sobre una porción de cosas que mortifican su amor propio y su egoísmo, y le coloca en el corazón los gérmenes de la envidia y del odio contra todos los que están mejor de fortuna que él ó sus padres. En el palacio de la escuela, donde aprende á la par de los hijos de familias pudientes muchas cosas

superfluas, que en su futura carrera de carpintero, cocinero, cochero ó mozo de café no le harán falta alguna, cobra aversión á su humilde vivienda paterna y llega hasta á avergonzarse de sus padres pobres, rústicos é ignorantes. La escuela mata así el afecto filial y el espíritu de modestia del niño.

Con saber leer y escribir, ¿qué sabe el muchacho del pueblo? No sabe nada. No, digo mal; posee un instrumento para deletrear ideas ajenas y garabatear las propias, si las tiene, pero no para entender lo que en lo sucesivo lea en los periódicos políticos, ni mucho menos para emitir opiniones, de que carece, sobre lo que ha leído. Yo considero la lectura y la escritura, así peladas, sin otra instrucción complementaria, como dos de las más grandes calamidades modernas, porque engendran en las clases populares á los fanáticos de la política, capaces, como todos los fanáticos, de las mayores atrocidades. Yo no creo, por ejemplo, que el asesino de Carnot, Caserio, haya cometido su horrendo crimen por obedecer á los dictados de una perversidad innata, sino que obró bajo la impulsión del fanatismo político. Se trata de un ignorante, quizá de temperamento sanguíneo, que no comprendió todo lo que había leído en los diarios, y se imaginó que matando á un hombre, mataba también la idea ó los principios que éste encarnaba. Si Caserio no hubiese sabido leer, no se le habría trastornado su tonta cabeza con los artículos de diario que no estaban á su alcance, y habría continuado siendo un buen obrero. En París se suicidó un joven llamado Boulai, *por patriotismo*. Se degolló con una navaja de afeitar. Dejó una carta en la cual decía que se quitaba la vida desesperado al ver que los buques franceses iban á presenciarse la apertura del canal que une el mar Báltico con el del Norte. El pobre Boulai no podía sobrevivir á tamaña ignominia. Para este triste loco fué una verdadera desgracia el haber aprendido á leer, porque la lectura sólo le sirvió para trastornar por completo su débil cerebro, haciéndole concebir ideas tan estafalarias del patriotismo como la que le impulsó al suicidio.

Como estos dos ejemplos históricos del trastorno que

causa la facultad de saber leer en inteligencias escasas é incultas, podrían citarse miles de casos de la vida diaria que corroboran mi tesis. No faltará seguramente algún ingenio agudo que exclame: si la instrucción primaria obligatoria, por sí sola, no seguida posteriormente de estudios técnicos ó superiores, es una calamidad, porque trastorna las cabezas incultas, otra calamidad debe ser también, y acaso mayor, la invención de los ferrocarriles, porque los trenes pueden descarrilar y matar á los pasajeros. El caso no es el mismo. En los transportes por vapor, los beneficios reales que redundan en provecho de la humanidad son tan magnos, que á su lado desaparecen por completo los inconvenientes del escaso peligro á que se exponen los que los utilizan para ganar tiempo, ahorrar dinero y evitarse molestias. ¿Debe, entonces, suprimirse del todo la enseñanza de las primeras letras? No, por cierto. Hay que dejarla subsistente para los que puedan seguir estudios superiores, que también deben estar tan sólo al alcance de los que puedan costeárselos. La enseñanza en todos sus grados y especialidades debiera, una vez por todas, dejar de ser gratuita, porque para el individuo que puede gozarla completa vale mucho, y justo es que la pague. Dicho esto así, tan crudamente, puede parecer injusto que los hijos de los pobres, por ser tales, hayan de ser excluidos de los «beneficios» de la instrucción pública, pero bien mirado, se observará que esta injusticia existe ya, no de un modo explícito, pero sí implícito. De la instrucción preparatoria, técnica y superior, sólo pueden aprovechar los jóvenes cuyos padres se hallan en situación de instruirlos, á la necesidad de ganarse la vida por medio del trabajo remunerado. En resumen, las primeras letras, por sí solas, engendran los fanáticos de la política en las bajas clases sociales, y la excesiva producción de títulos académicos da margen á la formación de un proletariado intelectual, tan peligroso para la conservación del actual orden social, como la existencia y el continuo aumento de aquéllos. No hay bicho más peligroso sobre la tierra que el hombre instruído á medias y poseedor de conocimientos no asimilados. Bajo el actual reinado despótico del capital, la difusión de

las primeras letras es una verdadera crueldad, porque aumenta innecesariamente el número de los infelices y no mejora sensiblemente la calidad de los votos electorales, ni la capacidad tributaria de los contribuyentes. Cuando el capital deje de ser individual para tornarse colectivo ó social, será tal vez otro cantar.

Buenos Aires, Junio de 1896.

FRANCISCO LATZINA.

ENTUSIASMO

Á JUAN A. ARGERICH

Busque en claustros oscuros el asceta
para su alma místico consuelo;
yo gozo con la vida; soy poeta
y amo la libre claridad del cielo.

Tiene para mi ser la tierra toda
inefables dulzuras y armonías,
y en el festín de su perpetua boda
triunfantes pasan mis volubles días.

Conozco los poemas encendidos
que, con casto misterio, el bosque esconde,
y al arrullo amoroso de los nidos,
como eco suave, mi canción responde.

El mundo, en mi cerebro reflejado,
en colores y líneas se transforma,
y en el ritmo gentil de un verso alado
sé encadenar la fugitiva forma.

No entre el rudo fragor de lucha recia,
con la espada, conquisto mis laureles;
nacé en los valles de la antigua Grecia
y están mis labios destilando mieles.

Tú sola ¡oh vida! ¡inagotable vida!
¡foco inexhausto de hermosura y calma!
Eres la dulce, la inmortal querida
con cuyo amor iluminé mi alma.

¡Nada temo de tí! Si obscura nube
llega á envolverte en importuno velo,
más alto que ella mi esperanza sube
para bañarse en el azul del cielo.

Por eso canto, y mi canción jocunda
á los amantes corazones llena,
¡oh vida colosal, vida fecunda!
como las madres, generosa y buena!

Buenos Aires.

DOMINGO D. MARTINO.



CRÍTICA MENUDA ¹

AL NOTABLE PIANISTA ITALIANO CÉSAR CORBELLINI

¡Qué costumbre impertinente!
No se puede tolerar
ese afán de criticar
á todo bicho viviente.

¡Mire usted que hallar placer
en sacar falta tras falta!
¿á quién demonios no exalta
y no hace en cólera arder?

Criticar sin ton ni son,
no dejando á nadie ileso,
es propio de hombres sin seso
ni pizca de educación.

¿Quién sufre ya, voto á tal,
impasible, á esas personas
tan necias y criticonas
que todo lo encuentran mal,

¹ Composición leída por el autor en la *Colmena Artística*, de Buenos Aires.

y que gozan cuando ven
ajenas ridiculeces,
aunque las más de las veces
las tengan ellas también?

Si le sale á uno un divieso
en algún lugar visible,
se vuelve un ente risible
y se le burlan por eso.

Si por andar distraído
algún infeliz tropieza
y va al suelo de cabeza,
en un sitio concurrido,
al mirarle boca abajo
la muchedumbre se para
y casi en su misma cara
se ríe con desparpajo.

Y es que con frecuencia olvida,
y en mil ejemplos me fundo,
que lo más fácil del mundo
es sufrir una caída.

Al que es un poco hablador
le tildan de charlatán,
cuando en broma no le dan
el dictado de orador.

Pero, ¿peca de callado,
porque el hablar le fatiga?
pues no faltará quién diga
que se ha vuelto... diputado.

Si hace alguno la locura
de aceptarles un convite,
le someten, en desquite,
á la crítica más dura.

Se fijan con atención
en si come mucho ó poco,
causándole tal sofoco
que acaba en indigestión.

El ir de levita á un baile
consideran que está feo,
y no piensan, según veo,
que el hábito no hace al fraile.

Para ser considerado,
es necesario ir de frac,
luciendo flamante *clac*,
(que es un sombrero aplastado).

¡Válgame Dios! ¡qué manía
de fijarse en pormenores,
causándonos sinsabores

y disgustos cada día
 Porque puede darse el caso,
 apremiante hasta el exceso,
 de necesitar un peso,
 y para salir del paso
 tener que hacer el papel
 de aquel chusco que contaba
 que su reloj *se empeñaba...*
 en no querer ir con él.

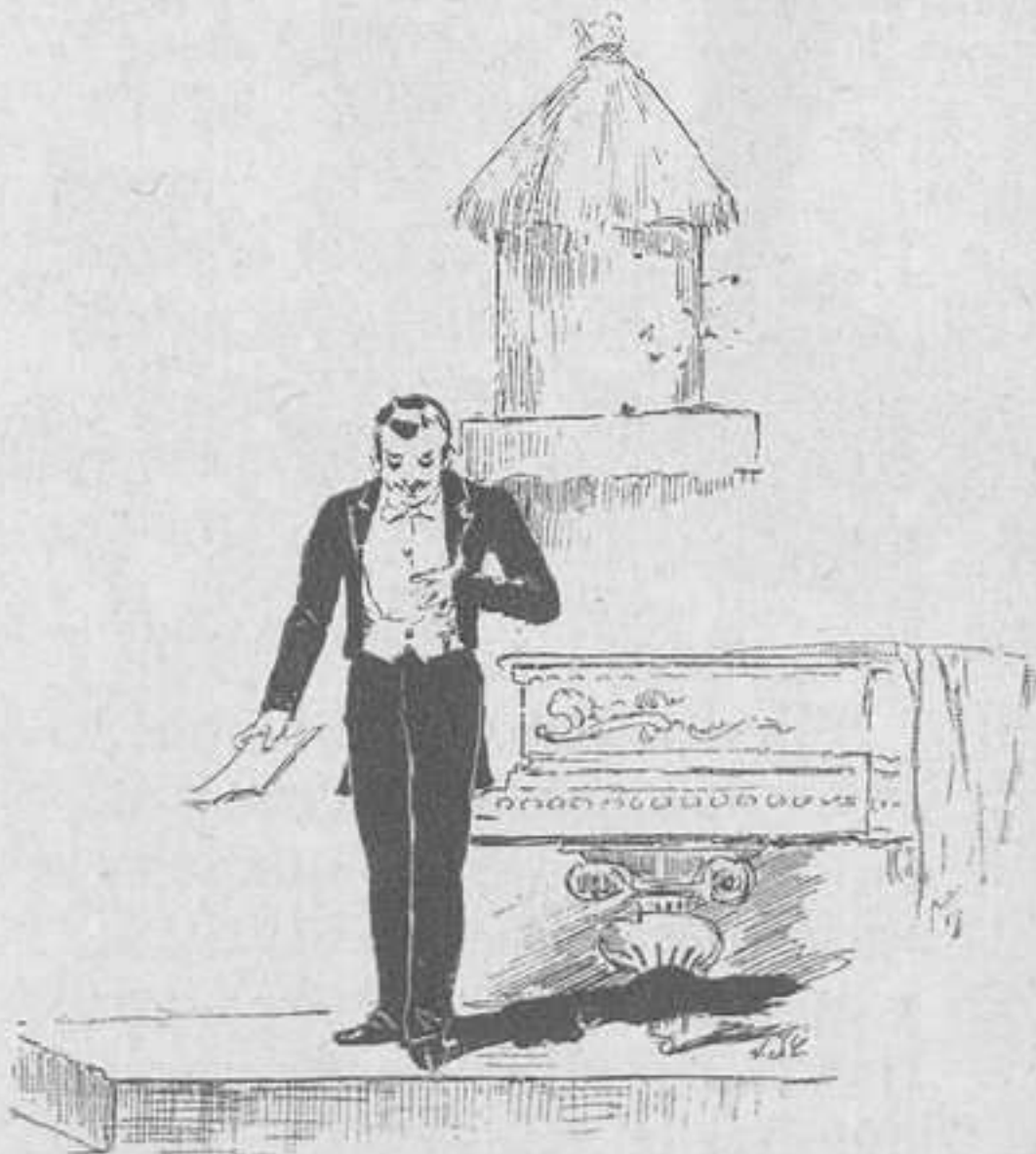


Si en algún día nublado
 tiene uno miedo que estalle
 la tormenta, y por la calle
 va de paraguas armado,
 y aparece luego el sol
 tras la nebulosa hueste
 que por la mansión celeste
 huye envuelta en arrebol,
 todo el mundo se recrea
 su prudencia en criticar
 y el pobre se oye llamar
 endomingado de aldea.

No bien penetra una hermosa
 en un salón concurrido,

se escucha al punto el zumbido
de la gente maliciosa.
Con increíble presteza
fórmanse los pareceres,
empezando las mujeres
por criticar su belleza,
y muestran tal perspicacia
para encontrar un defecto,
que el ser más lindo y perfecto
resulta feo y sin gracia.

Si alguien cautivar se deja
por los vívidos fulgores
de unos ojos tentadores,
y en perseguirlos no cesa,
haciendo ostensibles galas
de la impaciencia que siente
porque aquella luz candente
queme sus frágiles alas,
sale la crítica pronto,
y en su despecho ruin,
le llama con retintín,
infeliz... cuando no, tonto.



Mas si temiendo su injuria
el protagonista trata
de evitar meter la pata
y anda huyendo de la curia,
la crítica, más severa,
le persigue con tesón

y le llama ¡solterón!
que equivale á calavera.

Nadie del frío escarpelo
de la crítica, está á salvo,
que estos Zoilos al más calvo
llegan á tomarle el pelo.

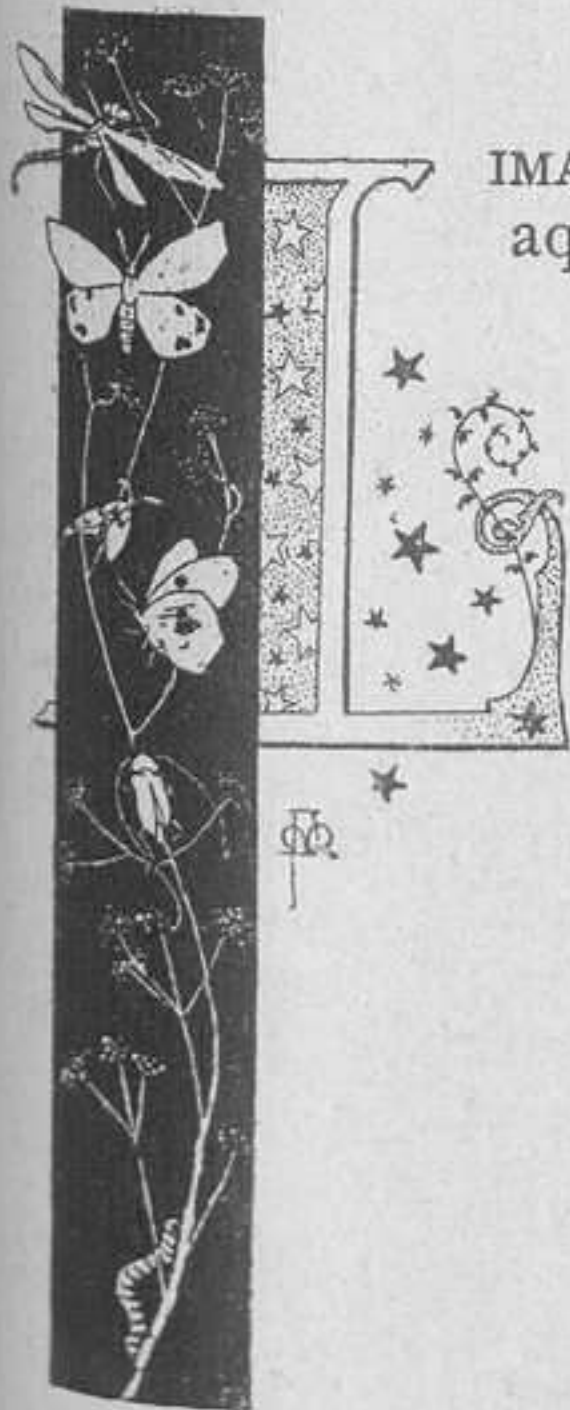
Por eso yo no me cuido
de ocultar mis necedades;
tengo mis debilidades,
puesto que humano he nacido.

Y si en momentos adversos
temiera ser criticado,
no me hubiera presentado
á leeros estos versos.

VICENTE NICOLAU ROIG.

Buenos Aires, 1896.

L I M A



L I M A fué desde mi infancia
aquel albergue querido
que se sueña como un nido
blando y tibio á la distancia;
toda luz, ritmo, fragancia,
me ofrecía de sus lares
las rosas, los azahares,
la molicie voluptuosa,
y la pasión de la esposa
del Cantar de los Cantares.

Después... la ví desgraciada,
mártir la ví del destino,
y tuve, como argentino,
mi dolor en la jornada.
De Grau la enseña sagrada
se hundió en la mar sin ribera,
y yo, hundido en la quimera
de aquel ensueño tan tierno,
puse allá, en mi hogar paterno,
á media asta mi bandera.

RAFAEL OBLIGADO.

Buenos Aires.



— ¡Qué guapa!
 — ¡Qué atrevimiento!
 Se equivocó usted.
 — Conque
 ¿de veras me equivoqué?
 pues... crea usted que lo siento.

M.

RECUERDO

¿Qué será de mi hogar? ¡Mi hogar no existel...
 ¡Aquel santuario en que exhaló mi alma
 el perfume y la luz de sus creencias,
 también lo han derrumbado las borrascas!...

Uno á uno se han ido obscureciendo
 los astros que clarearon en mi infancia,
 una á una se han ido deshojando
 las rosas que mi vida perfumaban.

¡Ah, sólo tú, para mi triste duelo,
 entre las ruinas de mi pecho te alzas,
 como una blanca flor sobre una tumba
 que vive del rocío de las lágrimas!

Buenos Aires.

GERVASIO MÉNDEZ.

Bellezas americanas



PARAGUAYA

PROBLEMAS

— ¡Mi querido López!

— ¡Mi caro amigo!

— Pero, ¿qué es de su vida de usted?

— Como siempre, vivo consagrado á la ciencia; desde que supe por los periódicos que era sabio, no hago otra cosa; ahora busco el movimiento continuo, del que depende el porvenir de la mecánica... y de mi familia. ¿Y usted?

— Pues yo me dedico á la solución de otro problema no menos trascendental.

— ¿La dirección de los globos?

— No, es algo más difícil de encontrar que todo eso.

— ¿Más difícil?

— ¡Ya lo creo! busco casa.

— ¡Hombre! ¿para vivir?

— No, señor; antes las casas servían para eso; pero ahora los caseros no nos dejan vivir. Créame usted, recibe uno cada disgusto de muerte. Sin ir más lejos, aquí estoy yo, que en llegando el primero de mes tengo que guardar cama.

— ¿Sufre usted de algún ataque?

— Sí, señor: de casero. ¿Se ríe usted?

— ¡Lo dice usted con una cara!...

— Cara de circunstancias. ¿Le parece á usted que se puede hablar de estas cosas con la risa en los labios?

— ¿Y le echa á usted el casero?

— No, señor; he sido yo el que me he echado á la calle, á buscar otra casa, en vista del porvenir que me está labrando mi señor propietario, con sus exigencias siempre modestas. Porque, óigale usted, y se convencerá de que la casa que me alquila no puede ser más barata y que no tengo razón para quejarme. Verdad que mis recursos escasean, y si continúa mi casero mermándolos, con nuevas exigencias, tendré que presentarme en público hecho un figurín... de los primeros tiem-

pos bíblicos y mi mujer casi en traje... de baile, y mis hijos *al natural*; verdad es también que si continúa este estado de sitio ¡digo! este estado de cosas, tendremos que esperar, para comer, la *resurrección de la carne*, y no habrá en mi casa más puchero que los que hagan mis chiquitines, y ofreceremos un cuadro de hambre y miseria digno de ser estudiado por los



que se dedican *al desnudo*; pero á pesar de todas estas consideraciones y otras que suprimo... como estoy por suprimirme yo también, no lo dude usted, amigo López, la casa es barata y no puedo quejarme, según dice mi casero en sus momentos de expansión; es decir, en la hora psicológica de cobrar el alquiler, cuando se mete bonitamente en el bolsillo casi todo el fruto de mis sudores.

—¿Y cuánto paga usted?

—Doscientos pesos.

—Debe ser una casa grande.

—¡Oh! ¡muchísimo! figúrese usted que los fondos dan al estrecho de Magallanes.

—¿Se burla usted?

—No, señor; á veces sucede que en el primer patio se goza de un día claro, de un sol hermosísimo, mientras que en el último está diluviando, en medio de una tempestad deshecha.

—Veo que está usted de buen humor.

—Ya le he dicho á usted que es mucha casa la mía. ¡Y qué lujo! ¡cuánta moldura .. y cuánta *araña!*

—¿Y las paredes?

—Pintadas todas *al fresco*.

— ¡Hombre!

—Es decir, en mangas de camisa.

—¿Conque es una casa moderna?

—Sí, señor; pero llena de ratones adultos.

— ¡Vaya una plaga!

—No crea usted; no hacen ningún daño; son unos animalitos bien intencionados, ¡y con unos deseos de instruirse!... ¡devoran los libros!

—¿Y es seca la casa?

— ¡Oh! ¡muy seca; como que hasta nosotros nos estamos secando!

—¿Cuántas piezas tiene?

—Diez, incluyendo una de baile que se dejó olvidada el inquilino anterior.

—¿Y tiene mucho fondo la propiedad?

—Fondo, sí; lo que no hay en ella son *fondos*.

—¿Cuántos dormitorios tiene?

—Ahora ninguno, porque es imposible dormir en verano, con la academia musical que han establecido en casa los mosquitos, en número incalculable, y que se ve concurrida como pocas. En fin, en cuanto empiezan las clases nocturnas, es cosa de no poder pegar los ojos en toda la noche. Al principio de mi matrimonio, menos mal, ¡pero después!... después nos ha faltado poco para perder el juicio. ¡Qué trompetazos y qué saña la de esos filarmónicos animalitos! al levantarnos, nuestras caras parecían cromos. Afortunadamente, hemos discurrido un medio ingenioso para evitar sus picaduras.

—¿Qué medio?

—En cuanto empieza la temporada lírica nos acostamos todos con careta.

— ¡Vaya una ocurrencia!

—Y dejamos que zumben tranquilos la canción del insomnio.

— ¡Pues es incomodidad!

— Sí, señor; pero no puede negarse que la casa es barata.

— ¿Y qué piensa usted hacer?

— Primero pensé pegarme un tiro; pero comprendiendo que nada se remediaría con esto, me decidí á buscar otra casa, agradable tarea á que vengo dedicándome hace meses, aunque hasta ahora infructuosamente.

— ¿Y ha visto usted algunas?

— He visto varias, y en todas partes he encontrado las



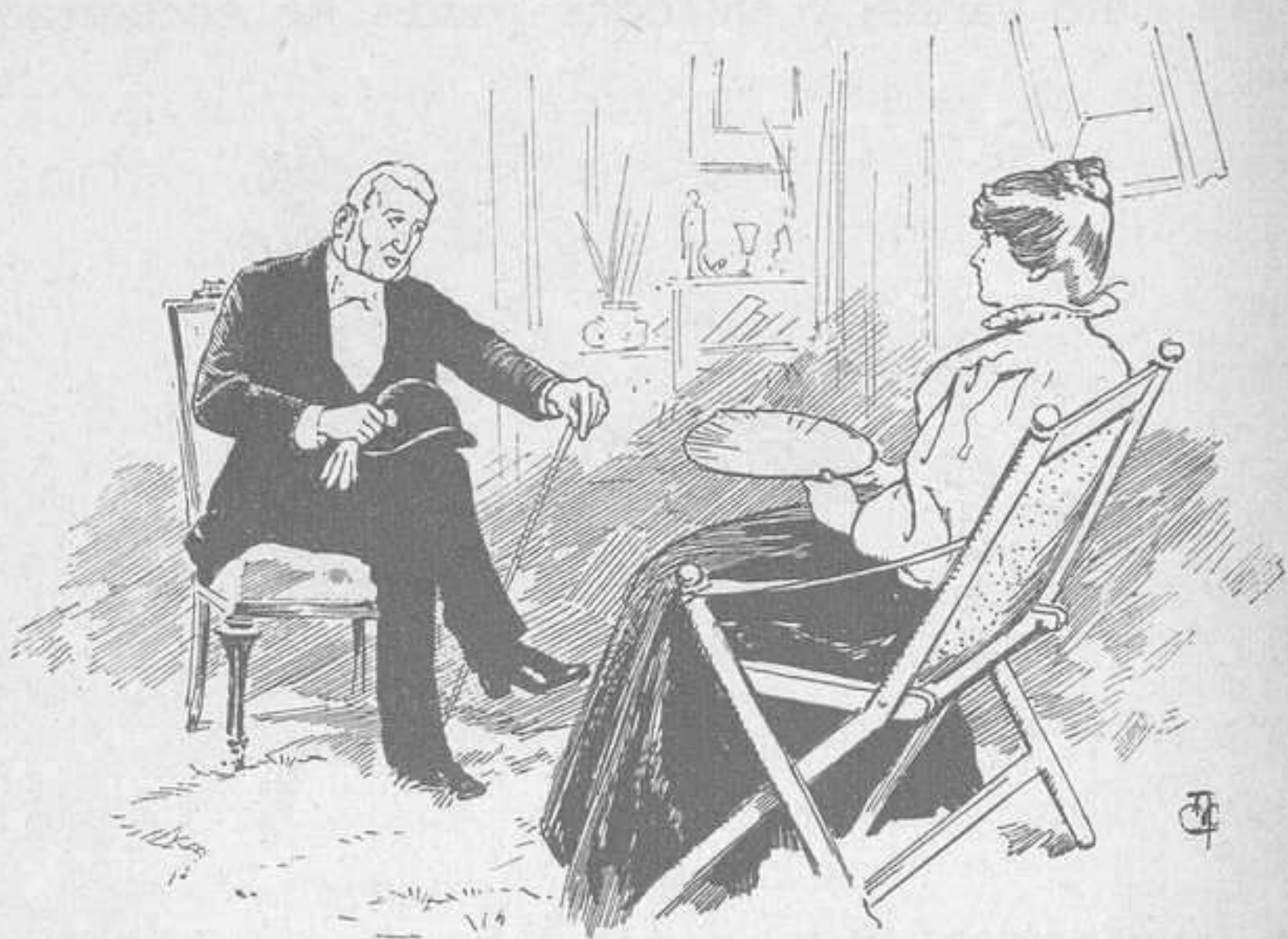
mismas moderadas pretensiones. Hay propietario que me exige no sólo un alquiler incompatible con mis recursos y necesidades de otro orden, sino una fianza, á satisfacción suya y de todos sus parientes, y que corra con los impuestos, y que le saque á pasear los chicos todos los domingos. Otro se contenta con que le pague por trimestres adelantados, haga en la casa las reparaciones necesarias, me comprometa formalmente á no tener animales de ninguna especie... y le convida de vez en cuando á la ópera. Otro quiere que ponga á pupilo á mis hijos, para que no le destruyan la casa, aun cuando se la destruyan los ratones, que son los que debiera poner él á pupilo; y además, que haga en la propiedad mejoras... que para mí las quisiera. Hay quién quiere conocer mi árbol genealógico, los recursos con qué cuento, cuántas veces me afeito á la semana, en qué me ocupo, los años de mi mujer, la hora en qué me recojo, cuántos hijos tengo... y

si pienso continuar; en fin, una porción de impertinencias por el estilo. Otro... pero, ¿á qué seguir? ¡vamos! ¡le digo á usted que hay para desesperarse!

—Pues no se desespere usted. Yo también fuí víctima de los caseros; pero para algo sirve la sabiduría.

—¿Y cómo resolvió usted el problema?

—De una manera muy sencilla. Un día ví anunciada una casa en alquiler y me fuí á encontrar á la dueña, una solterona



cuyos hechizos juveniles habían respetado los años: todavía la amplia curva de su seno, y el color de sus labios, y el brillo de sus ojos encendían en la mente pensamientos de amor.

—¿Y había quedado soltera?

—No todas las hermosas se casan.

—Continúe usted.

—Señorita, la dije, sé que tiene usted una casa para alquilar y desearía...—¿Tomarla? me interrumpió, con ese aire de magnánima protección que caracteriza á la clase.—Usted lo ha dicho, contesté con una sonrisa y una mirada que hicieron bajar los ojos á mi linda casera. — Si nos arreglamos en el precio... murmuró, sonriendo á su vez. — No hay que hablar, señorita, exclamé precipitadamente; la casa me conviene por cualquier precio. Efectivamente, dos días después me instalaba en ella; y á la semana...

—¿Qué?

—Caía de rodillas á los pies de Sara, la bella solterona, y entre suspiros de amor la confesaba mi ardoroso pensamiento. Aunque sabio, mi figura, como usted ve, no es del todo estafalaria, y aquella mujer, náufraga de las ilusiones, que sentía irse á pique, asida con desesperado esfuerzo á esa tabla que se llama esperanza y que sólo se abandona ¡ay! para hundirse por siempre en el abismo, vió como el cielo abierto, y aun cuando el pudor selló sus labios, su confusión y sus rubores me dijeron bien claramente que no era indiferente á mi amor. Poco me costó arrancarle la confesión anhelada, y algún tiempo después Sara me daba su corazón en propiedad.

—Querrá usted decir su corazón *en propiedades*.

—Moral del cuento...

—¡Hombre, no! el cuento no tiene *moral*.

—No sea usted necio. Después de todo, yo no me casé sin amor. En Sara veía mi bien...

—Y sus bienes.

—*Todavía* nos amamos, ¡y eso que hace ya diez años que nos unimos en matrimonio!

—Bueno, pero, ¿cómo resuelvo yo el problema? porque supongo que no querrá usted que me case otra vez. ¡Qué diría mi familia! Además, aun cuando me decidiese por la bigamia, no todos los días se encuentran solteronas apetitosas... y propietarias; en cuanto se sabe que fulanita tiene algo, brotan en torno de ella los pretendientes, como las moscas en torno de la miel. ¡Ay, amigo mío! creo que no me queda más remedio que seguir buscando casa.

—Pues le compadezco.

—Y yo le envidio á usted.

—¿Porque soy propietario?

—Sí, señor; y además, porque antes que encuentre yo una casa que reúna las condiciones que deseo, es decir, que tenga aire y sol; que esté construída como Dios manda; que consulte las reglas imprescindibles de la higiene; que sea, si no lujosa, al menos decente; que ofrezca el relativo *confort* á

que tiene indisputable derecho el que, á costa de no pocos sacrificios, paga un interés crecido al capital; porque antes que esto suceda... habrá encontrado usted el *movimiento continuo*.

CASIMIRO PRIETO

Buenos Aires.



EN UN ÁLBUM

Á DELIA

De paz, de dicha y de virtud ejemplo,
es el risueño hogar en que has nacido;
tiene el amante júbilo del nido,
tiene la augusta santidad del templo.

Corre allí tu existencia, dulce y quieta,
por la ternura maternal mecida,
y tu padre, el camino de la vida,
te alfombra con sus lauros de poeta.

En tu belleza virginal domina
la belleza moral de un alma pura,
como lámpara de oro que fulgura
con la luz interior que la ilumina.

Hubieran colocado en tu presencia
los héroes medievales sus trofeos,
y te aclamaran reina en los torneos
los vencedores de la gaya ciencia.

Hubieras inspirado en el triunfante
acorde con que el genio el mundo abarca,
la pasión romancesca del Petrarca
y los amores místicos del Dante.

Junto á la inspiración, en tí campea
el candor de las hijas del Oriente;
se necesitan, para orlar tu frente,
mirtos de Grecia y palmas de Judea.

Tu cítara pulsando amante y tierna,
te comparaba á la gentil Corina,
y allá, en el campo, al pie de una colina,
con Rebeca en la bíblica cisterna.

Tienes las blancas alas del arcángel,
y en tu alma el genio artístico pagano,
se purifica en el ideal cristiano;
¡eres la musa transformada en ángel!

Buenos Aires.

JOAQUÍN CASTELLANOS.



El dolor purifica.
M. Z. DE A.

Yo te dejé junto al mar,
en el fondo de una tumba,
en la ciudad del Misterio,
en la ciudad blanca y muda.

Al regresar, las neblinas
sobre las cuevas desnudas
iban corriendo ligeras
ante la sombra nocturna.

Y la tristeza caía
sobre mi pobre alma mustia,
tal como sobre los campos
cae en invierno la lluvia.

Montevideo.

VÍCTOR ARREGUINE.

EPIGRAMA

La mujer... ¡se entienda! hermosa,
siempre ha sido *apetitosa*,
quizá porque, en vez de arcilla,
empleó, en obra tan... costosa,
el Señor, una *costilla*.

LA GRACIA DE DIOS

(FRAGMENTOS DE «EL LIBRO DE MI ESPOSA»)

INÉDITO

Era la aurora; y el buen Dios dormía
 bajo un dosel de nubes
 de polvo de oro, vagas y ligeras.
 En torno dél, un coro de querubes
 murmuraba una dulce melodía;
 bajo sus pies volaban las esferas,
 águilas del azul, dueñas del viento;
 el orbe despertaba soñoliento;
 y el patriarca del día,
 el viejo sol, de frente luminosa,
 llenaba la amplitud del firmamento
 de claridad gloriosa.

La luz es alegría;
 la música es amor. Hasta la pena
 cede á su influjo. Cede á la armonía
 doblegado el furor. El alma buena
 siente más armoniosa
 al acordado son, brota la vena
 que fluye la bondad. ¿No ha conmovido
 el tracio dios Orfeo
 las piedras con su cántico? ¿Y no ha sido
 el coro de océanides, olvido
 al eterno dolor de Prometeo?
 El triste que navega combatido
 por los sañudos vientos del deseo
 en el mar del dolor sin esperanza
 oye un dulce cantar. «¿Quién lo modula?»
 pregunta á la tormenta:
 «¿Quién ata el lazo azul que me vincula
 á la vida otra vez? ¿Y quién alcanza
 á mi cansada mano la violenta,
 la intrépida confianza?
 ¿Qué luna es esta luna que calienta?
 ¿Qué brazo es este brazo que me afianza?
 ¿Qué numen me sustenta,
 qué espíritu me lanza
 á la lucha otra vez por la justicia!

¿Quién le envía á mi barco esta bonanza?
 ¿Quién le prodiga á mi alma esta caricia?»

La luz es alegría;
 la música es amor. El bello coro
 de ojos azules y cabellos de oro
 cantaba á media voz dulces endechas
 de luz, de gracia y melodía sumas.
 Y las notas, seguras y derechas,
 ligeras como flechas
 y tenues como plumas,
 se encendían de amor hasta la llama
 y entraban poco á poco
 en el inmenso foco
 donde la vida universal se inflama,
 y en majestuosa ebullición rebosa
 y anima todo lo que late y ama.

Primero el canto era color de rosa
 con destellos azules;
 pero así que la aurora dió á los tules
 matinales un tinte de sonrojo
 se encendió la canción, y sus destellos
 tomaron un dorado de cabellos
 de querubín, para pasar al rojo,
 que es el color del beso.

Dios dormía
 en la infinita calma sin defensa.
 Pero, á medida que el cantar subía,
 á medida que el áurea melodía
 de tenue y vaga se tornaba densa,
 despertaba el buen Dios y sonreía
 con su sonrisa de bondad inmensa.

Sonrisa en el azul y Dios despierto.
 Las encendidas notas del concierto,
 cambiando de matices,
 cual falenas ingravidas volaban.
 Siempre con nueva entonación cantaban,
 sonrientes y felices,
 los querubines de cabellos rubios,
 y del cantar los mágicos efluvios,
 por el éter azul se dilataban
 en sonoro espiral.

Meditabundo
 miraba Dios pasar mundo tras mundo,
 cantando su grandeza milagrosa,
 y decía:

« No hay rosa
 sin perfume; ni tarde sin mañana;
 ni mañana sin sol; ni sol sin lumbre;
 ni lumbre sin calor; ni muere un día
 sin llevar la creación que en él engrana;
 ni vive una niñez sin alegría;
 ni se pierde en el aire una armonía
 antes de que halle otra armonía hermana...
 Hoy quisiera engendrar una obra pía;
 no una obra de castigo,
 ni de mal, ni de ejemplo,—
 que á fuerza de sufrir, casi es mi amigo
 el hombre,— aquel insecto que contemplo
 construir, dentro de un grano de mi trigo
 cuyas espigas forman nebulosas
 una caverna para darse abrigo
 y una gran torre para darme templo,
 mientras busca el secreto de las cosas
 desconocidas que su vida rigen,
 y cavando en las fuentes de su origen
 da de manos á boca con un mono...

» A mi pesar, en su favor abono;
 lo hallo más hombre cada vez; exigen
 las dudas que lo afligen,
 para llevarlas, torsos de titán.
 Lo hallo más hombre en su valiente encono,
 y yo me hallo más Dios cuando perdono
 las intentonas de su heroico afán...

» A ver cómo eslabono
 otro nuevo ejemplar á la de vida
 infinita cadena.
 Quiero hacer una cosa
 gentil, dulce, serena,
 adorable y hermosa,— tan hermosa
 que yo la mire y me parezca buena.
 Nada de cataclismos, ni arreboles
 matinales, ni de hados, ni de soles;
 seco está el manantial de los diluvios
 y el viejo sol con un turbión se sacia.
 Quiero hacer un querub lleno de gracia,—
 mas no he de hacerlo de cabellos rubios
 ni de pupila azul: he prodigado
 en el cielo, en el mar, en las pupilas,
 ese hermoso color, y ya me cansa.
 La carne rubia es demasiado mansa.

.

»Tiene en sus horas breves y tranquilas
cada tarde su afán. Tiene su broche
guardián de su pudor, cada violeta.
He dado su misterio á cada noche.

El músico, el poeta
tienen, tiene el pintor
su escala de Jacob, hecha de amor,
para llegar á mí. Pero algo falta
para enlazar con la pasión la pena;
para que la más alta
forma, la más serena,
halle en sus fiebres de creación el arte.
¡Angel de tez morena,
preparate á reinar: voy á crearte!»

Tal dijo Dios, el sumo Dios, que ajusta
el ritmo de los mundos
con la tranquila fuerza de su mano.
Su faz tornóse grave, casi adusta,
y en sus ojos profundos
brilló la inspiración del soberano
Creador, llenando la misión augusta!

«Por hoy descanse la materia bruta,
dijo el buen Dios al ángel de las flores.
Dame el más puro cáliz de magnolia,
y busca en lo más hondo de tu gruta
la nota más gentil de un arpa eolia,
y así será su voz.»

Aún lo decía,
y ya la flor en su poder estaba.
Dentro la flor andaba una armonía.

Y el buen Dios, por sí mismo,
fué poniendo en el cáliz la celeste
noble mixtura de que á nacer iba
la flor-querub, la flor gentil y viva,
la flor morena, de perfume agreste.
Echó un poco de sombra del abismo
para dar el color de los cabellos,
la noche de los ojos,—
luego un poco de esencia de manzana
— que es una sal ó levadura humana —
para infundir magnéticos destellos
á las pupilas, y á la tez sonrojos;
y echó sangre de rosas escarlata
por que fuesen los labios

intensamente rojos,
 con ese rojo que enloquece y mata.
 En sus designios santamente sabios,
 — ¡santa superchería! —
 sin duda Dios quería
 prevenir los agravios
 que su nueva criatura engendraría
 en el coro de angélicos cantores,
 y así, haciendo una flor de muchas flores
 no era sino una flor lo que nacía
 una flor, es verdad, que cantaría,
 rica en gracias, perfumes y colores,
 pero al fin, flor.

Tomó un polen de palma
 para formar el talle; y una gota
 de esencia de violetas para el alma.
 Y de una nebulosa que iba rota
 por la extensión azul del firmamento,
 tomó una chispa diamantina y pura
 para que al ser pasión, fuese talento.
 Miró en torno buscando una blancura
 para tornear los dientecillos: « Van,
 dijo, muy bien las perlas de Ceylán... »
 Y agregó: « ¡No tenerlas
 aquí á la mano ahora! »
 Pero tomó unas lágrimas de aurora,
 las miró con amor y fueron perlas.

Y ahora ¡oh Dios! que deshaces en pedazos
 el mundo que los ciclos ha cumplido
 de tus eternas leyes inmutables
 y deshecho lo arrojas al olvido,
 dime, Dios, si tú mismo lo has sabido,
 ¿con qué formastes esos divinos lazos
 á un tiempo alas y brazos, —
 las curvas adorables,
 las castas redondeces
 y las sonrisas dulces, inefables,
 como bañadas en fervor de preces?
 ¿Qué mezcla de dolor y de ternura
 te ha inspirado el perfil de esa cabeza
 gentil, griega, divina,
 que ya se yergue como ya se inclina
 con el vago pesar de los ensueños?
 ¿Cuál es el mármol, el buril cuál es
 con que hiciste el milagro de los pies?
 ¿Son, Dios artista, tuyos los diseños?

Y si son tuyos, tú, que eres tan grande,
¿cómo has podido hacerlos tan pequeños?

Tu sublime secreto yo lo ignoro
¡oh potente Hacedor! pero lo adoro.
Sé que colmado el cáliz, y presente
el divino momento,
se vió pasar por tu creadora frente
la luz de un pensamiento,
y murmuraste:

«Lo nacido es santo;
nazca la nueva flor; florezca el canto,
florezca el ángel de pupila ardiente,
negra y triste... ¡Me alegro
de esta idea lograda!
Queda muy bien el negro
en una piel de rosa té, adornada
con los matices de las otras rosas...
¡Luz, ensueños, colores,
imágenes graciosas!
¡Sed y vivid! ¡El alma de las flores
abandone la vida de las cosas!»

Las hojas de la flor que fuera cuna
cayeron á tus pies una por una,
y quedó fuera el querubín moreno
como una perla libre de su engaste.

¡Oh, buen Dios! ¡Lo miraste
y viste que era bueno
y hermoso!

¡Si lo eral...
con la gracia del talle de palmera
y con su cuello irguiéndose tornátil
sobre los globos vírgenes del seno,
modelados en pechos de paloma,
y con su boca de dulzor de dátíl,
— urna de besos, rebosando aroma
como de un vaso demasiado lleno,—

.
.

¡Madre de Dios! ¡Qué inmensa algarabía
la que se armó aquel día
en el celeste coro
de ojos azules y cabellos de oro!
Cuando el ángel gentil de tez morena
unió al coro su canto
rebosante de gracia y de poesía,

de júbilo y de pena,
de fuerza y de pasión, de risa y llanto,
el universo entero suspendía
su rotación, herido de un encanto!

Amorosos efluvios
la plenitud llenaban de los cielos,
y se pusieron á llorar de celos
los querubines de cabellos rubios!

La sonrisa del Padre Omnipotente
se obscureció. Su plácida grandeza
pareció ensimismarse vagamente,
y el universo vió sobre su frente
la luz crepuscular de una tristeza.

Luego alzó la cabeza
y habló. ¡Todo silencio! Dios decía:

«¡Pobre criatura mía,
en cuya gracia se gozó mi mano!
¡Dios, que todo lo sabe, no sabía
que en los cielos crecía
el mal de celos, ese mal humano
de la perfidia y del dolor nacido!...
¡Nunca lo hubiera creído!...

»¡Eres gentil, y melodiosa, y buena!
¡Véte al mundo, mi amor de tez morena!
Hay en el mundo vientos de desgracia,
mas tú serás allá mi melodía,

mi rosa de alegría,
mi flor llena de gracia!

Cuando el poeta pregunte *qué es poesía*
y piense hallarla en la pupila azul,
muestra á sus ojos tu belleza extraña
y dile que se engaña,
que tú eres mi obra, mi belleza tú!

»Baja á la tierra,— yo seré contigo;
baja á calmar la trágica tristeza
de un hombre huracán, que será tu amigo.

¡En tu belleza encarno la belleza,
y te amo, y te bendigo!

¡A un signo nada más de tu cabeza
cedan y se desarmen
las cóleras del hombre!

Para llamarte yo, te daré un nombre
que inventé para tí: llámate...»

MANUEL BERNÁRDEZ.

Montevideo.



Hilarión D. Moreno

(RAMENTI)

HILARIÓN D. MORENO

(RAMENTI)

En verdad que si mi distinguido amigo don Casimiro Prieto hubiese tenido el deliberado propósito de buscar una persona inhabilitada para escribir algo que acompañe al retrato de Hilarión D. Moreno, no habría podido hallar ninguna que me aventajase en ese concepto. Debo presentársele á los lectores del ALMANAQUE SUD-AMERICANO en sus cuatro faces: de hombre, de marino, de diplomático y de músico, y para cumplir este compromiso me encuentro completamente desarmado; pues no solamente no soy su amigo, sino ni su conocido y, por otra parte, si amante fervoroso de la música, soy profano en ese arte tan justamente elevado á la categoría de divino.

Se me preguntará, tal vez, por qué, siendo así, acepté el encargo de trazar estas líneas, y debo dar la razón. Es cierto que ninguna relación me une á Hilarión D. Moreno, á quien sólo una vez y á larga distancia he visto en mi vida; que él no me conoce y que puede ser que ni noticia tenga de que habito en el mundo y en su propia tierra; pero esto no es obstáculo serio para que yo le conozca á él, y no sólo para que le conozca, sino para que le estime sinceramente y le admire. Bien es cierto que esto último es la consecuencia inmediata y natural de lo primero.

¿Quién me le dió á conocer? *Ramenti*; el autor inspiradísimo de los *Valses Boston*, que hoy han recorrido el mundo entero y que figuran, ocupando lugar preferente, en todas las bibliotecas de cuantos rinden culto á la música y aman en ella lo original, lo nuevo y lo bueno.

Sí; escuchando los *Valses Boston*, embriagándome con sus dulzuras inefables, abstrayéndome de cuanto me rodeaba hasta llegar á profundizar y comprender el lenguaje misterioso de sus sentidas frases, *Ramenti* me hizo conocer, no de

cuerpo entero sino (permítaseme la frase) « de alma entera » á Hilarión D. Moreno.

Sus composiciones musicales me hicieron ver en él un artista, en la más elevada acepción de la palabra; uno de esos hombres excepcionales á quienes el mundo llama soñadores, porque, incapaz de comprenderlos, toma en ellos por ensueño lo que es don divino de poder contemplar el *más allá* de lo que es dado apreciar al vulgo de los mortales; un ser nacido para el arte y para quien el arte es algo necesario é ineludible, sin lo cual su espíritu, como el de Garibay, vagaría en el espacio sin rumbo ni destino y ni tendría su existencia razón de ser.

Eso es lo que me hicieron ver en Hilarión D. Moreno los *Valses Boston* de *Ramenti*. Eso lo que supe al escucharlos. Y ya sin conocer su persona ni todavía su verdadero nombre, le quise y le hice mi amigo.

Más tarde supe de él algo más; algo que nunca la audición de sus composiciones hubiera podido revelarme ni hacerme sospechar siquiera, y que trocó mi afecto en admiración y en asombro. Supe que *Ramenti* era un joven llamado Hilarión D. Moreno, el cual, lejos de poseer, como yo suponía y como supondrá quien sin conocerle oiga sus *Valses Boston*, vastísimos conocimientos, no sólo en el arte, sino en la ciencia musical, carecía en absoluto de ellos; tan en absoluto que para poder descifrar la más sencilla lección de un método de solfeo tendría que hacer tantos y tan inútiles esfuerzos como un aldeano á quien se quisiera obligar á traducir los jeroglíficos de la sala de Karnak ó de los speos de Ibsambul.

El hombre que tan bellísimas y originales melodías sabe crear, el que juega con la armonía dando grandeza, vida y expresión á sus composiciones con los más hermosos y atrevidos acordes, no ha estudiado jamás la música, no tiene de ella ni nociones rudimentarias.

Fué para él ese arte uno á modo de lenguaje infuso cuyo conocimiento nació con él, porque formaba parte de su alma; y desde un principio, y tal vez sin que se diera de ello exacta cuenta, le sirvió para dar forma sensible, para expresar lo que

su privilegiado espíritu contemplaba en esas regiones á que sólo llegan los que tienen el sentimiento del arte; lo que no es posible expresar con palabras de ningún idioma porque no pertenece al mundo material ni tiene con él ninguna relación.

Hilarión D. Moreno nació en Buenos Aires, y, huérfano desde muy joven, halló en sus hermanos don Baltasar y don Enrique sus segundos padres. Su deseo hubiera sido dedicarse al estudio de las artes y especialmente de la música; pero su familia, mirando por su porvenir, le hizo seguir la carrera de la armada. La comenzó teniendo por maestro y guía al teniente de navío Piedrabuena, acabado modelo del perfecto *lobo de mar*, quien le hizo recorrer los mares del Sur y conocer palmo á palmo, en sus repetidos viajes, la costa entera de la República Argentina.

Para completar sus estudios, pasó á España é ingresó en la escuela naval de San Fernando, en la que terminó con brillantez su preparación, entrando á prestar servicio á bordo de la fragata de guerra *Asturias*.

De regreso en su patria, continuó algún tiempo sirviendo en la armada, de la que se separó después por algún tiempo para abrazar la carrera diplomática, más en armonía que la del mar con sus aficiones y su modo de ser.

En Montevideo y Río de Janeiro, primeramente, y en Méjico después, desempeñó el cargo de secretario de la Legación Argentina, haciéndose acreedor á la gratitud de su gobierno, y captándose las simpatías de cuantos tuvieron la suerte de tratarle. Actualmente se halla en Roma, la madre del arte, la ciudad de sus anhelos, á donde ha ido en calidad de agregado militar á la Legación Argentina.

Repartida su vida entre los estudios y prácticas navales y las notas diplomáticas, no tuvo tiempo para instruirse en la música, si bien es cierto que no le fué necesaria esa instrucción para llegar á ser, como compositor y, lo que es casi más asombroso, como ejecutante, una notabilidad.

Cuando muchacho intentó algunas veces estudiar el solfeo y el piano, dedicando al efecto sus ocios; pero su familia

PETITE SÉRÉNADE

H. D. Ramenti.

Allegretto.

The first system of musical notation consists of two staves. The upper staff is in treble clef and the lower staff is in bass clef. The key signature has three flats (B-flat, E-flat, A-flat) and the time signature is 3/4. The music features a melody in the upper staff with eighth and sixteenth notes, and a bass line in the lower staff with quarter and eighth notes. There are dynamic markings like *sf* and *meno* throughout the system.

The second system of musical notation continues the piece. It features similar melodic and harmonic structures to the first system, with a focus on the upper staff's melody and the lower staff's accompaniment. The notation includes various note values and rests.

The third system of musical notation includes dynamic markings such as *sf* (sforzando) and *meno* (meno). It features a melodic phrase in the upper staff with a slur and a triplet of eighth notes. The lower staff provides harmonic support with chords and single notes.

The fourth system of musical notation includes a *rit* (ritardando) marking. It features a melodic phrase in the upper staff with a slur and a triplet of eighth notes. The lower staff provides harmonic support with chords and single notes.

I° Tempo

The fifth system of musical notation includes a *mosso* marking. It features a melodic phrase in the upper staff with a slur and a triplet of eighth notes. The lower staff provides harmonic support with chords and single notes.

meno

rit

sf *dim.*

I° Tempo

dim. *mosso*

meno *sf rit* *dim.*

f *mosso*

First system of musical notation, consisting of a treble staff and a bass staff. The treble staff contains a melodic line with various note values and rests, including a half note with an accent (>) and a quarter note with an accent (>). The bass staff provides harmonic support with chords and single notes.

Second system of musical notation. The treble staff features a melodic line with triplet markings (3) and a dynamic marking of *sf* (sforzando). The bass staff continues the harmonic accompaniment.

Third system of musical notation. The treble staff has a melodic line with accents (>) and dynamic markings of *ff* (fortissimo). The bass staff features a rhythmic accompaniment with eighth notes.

Fourth system of musical notation. The treble staff has a melodic line with accents (>) and dynamic markings of *ff*. The bass staff has a rhythmic accompaniment. A box labeled "1.º vez" (first time) is positioned above the end of the system.

Fifth system of musical notation. The treble staff has a melodic line with accents (>) and dynamic markings of *pp* (pianissimo). The bass staff has a rhythmic accompaniment. A box labeled "2.º vez" (second time) is positioned above the end of the system. The system concludes with the markings "dim." (diminuendo) and "rit" (ritardando).

Sixth system of musical notation. The treble staff has a melodic line with accents (>) and dynamic markings of *pp* and *sf* (sforzando). The bass staff has a rhythmic accompaniment. The system concludes with the markings "Presto" and "m. g." (mezzo-gioco).

Roma, 1896.

Fine.

se opuso siempre, temerosa de que abandonara por la música el estudio de la carrera á que le había destinado.

Pero para músico había nacido y músico fué al fin. Había en la casa de sus hermanos un piano, y un día Hilarión, aprovechando la circunstancia de hallarse solo, quiso probar si sería posible aprender algo de él sin profesor y sin conocimiento del teclado ni del solfeo. Grande debió ser su asombro cuando vió que sus dedos, guiados por una especie de instinto incomprensible, corrían con la mayor seguridad sobre las teclas y las arrancaban los sonidos que él deseaba. Así se formó el pianista. El compositor vino poco después.

Seguro ya de lo que podemos llamar su conocimiento instintivo del piano, trató de trasladar á él las melodías que bullían en su cerebro dándolas forma real, y de la misma incomprensible manera que se encontró un día hecho pianista, al ejecutar en el piano una de esas melodías, supo armonizarla, hallar para ella acordes que un maestro hubiera tardado mucho en encontrar y no sin grandes esfuerzos de imaginación.

De esta manera novísima compuso Hilarión D. Moreno multitud de piezas que han quedado perdidas, porque guiado por excesiva modestia, ni quiso dejarlas copiar ni las ejecutó sino delante de algunos de sus amigos íntimos. Gracias á las reiteradas instancias de éstos, accedió al fin á que se publicara su primer *Vals Boston*, que copió un músico gran admirador de tan raro artista; pero, siempre modesto, no quiso que se supiera que él era el autor y adoptó el pseudónimo *Ramenti*, que tan conocido en el mundo del arte había de ser poco después.

El éxito que alcanzó su primer *Vals Boston* decidióle á seguir publicando otras composiciones, y hoy las producciones de tan original autor forman un regular volumen.

Ha *escrito* — y permítasenos que así digamos de quien dicta ejecutando — muchas y diversas piezas; pero sobresalen entre todas sus *Valses Boston*, cuyo estilo originalísimo le caracterizan por completo.

En ellas se ve la espontaneidad y la originalidad del que

ha nacido artista y para inspirarse no necesita más que mirar al fondo de su alma; la grandeza del que se ha educado contemplando la inmensidad del mar; la elegancia y finura del diplomático.

Siete son los *Valses Boston* que ha publicado hasta la fecha; pero ha compuesto ya otro que, gracias á la indiscreción de un amigo suyo, que lo es mío también, he podido conocer. Este último, para mi gusto, es el más hermoso. De los otros no hay ninguno en que no halle grandes bellezas, pero sobresalen entre ellos el tercero y el quinto, verdaderas obras maestras á las que ninguno de los primeros hombres de la música vacilaría en poner con orgullo su firma.

Ha publicado también la *gavotta* «Royal,» pieza de corte elegante y delicadísimo, y puso música á dos obritas teatrales tituladas *El Millón* y *El Príncipe Luzbel*. Por cierto que el público, hecho á la brocha gorda que se sirve en los teatros de zarzuela chica, no supo comprender la música de Hilarión D. Moreno y no manifestó el menor agrado al escucharla, no faltando algún periódico que hiciera coro con el público y calificara la música de *El Príncipe Luzbel* de disparate. Lo curioso del caso es que los mismos que encontraron mala esa música en el teatro, la aplaudieron después entusiasmados cuando la escucharon convertida en el *Séptimo Vals Boston*, que lleva el subtítulo «Fragmento de una obra silbada.»

Un detalle para concluir. Cuando aún no había sido representada en Buenos Aires *Cavallería Rusticana*, ni su partitura había llegado á los almacenes de música ni á manos de ningún habitante de la Atenas del Plata, Hilarión D. Moreno la ejecutó una noche íntegra al piano en presencia de numerosos amigos.

La había oído una media docena de veces en Méjico y esto le había bastado.

Este es el hombre cuyo retrato engalana las páginas del ALMANAQUE SUD-AMERICANO, hombre bien digno, por cierto, de que otro más autorizado que yo hubiese trazado su interesante biografía

Buenos Aires, Julio, 1896.

EMILIO VERA Y GONZÁLEZ.



ESTRELLA

Á MI DISTINGUIDO Y CARIÑOSO AMIGO DON FRANCISCO ORTIZ

I

Diez y ocho abrilés tenía:
 era huérfana, y vivía,
 aun en su estado precario,
 muy contenta, en compañía
 de una tía y un canario.
 No he visto rubia más bella
 ni más graciosa, que Estrella;
 cuando, por lucir su talle,
 salía sola á la calle,
 todos íbamos tras de ella.
 Y por si era tuyo ó mío
 su corazón, es lo cierto
 que, tras tanto desvarío,
 hubo más de un desafío...
 á dos duros el cubierto.
 Mas nunca, Estrella, a. afán
 cedió de ningún galán,
 ni aun al mirar sus arrojós

ni al ver arder en sus ojos
todo el fuego de un volcán.
Por ella, sorbido el seso,
quiso suicidarse un día
un tal Lucas Valdivieso,
pero erró la puntería
y quedó, por suerte, ileso.
Otro hubo, á quien desdeñó,
que al oír el terrible *no*,
se echó de cabeza al mar;
pero también se salvó
porque sabía nadar.
¿Qué más? mi amor por Estrella
me cegaba de tal modo,
que nada me hacía mella,
y estaba dispuesto... ¡á todo!
¡hasta á casarme con ella!

II

—En vano suspira usted,
me dijo, un día, su tía,
á quien mis penas conté;
¡y lo que sufrí aquel día
solamente yo lo sé!
—¿De qué se muestra orgullosa?
dije yo, con voz quejosa;
ni tiene, Estrella, fortuna
ni fué su infancia dichosa
mecida en dorada cuna.
—No tuvo cuna dorada,
contestó doña Teresa,
la tía de mi adorada;
pero, en cambio, fué criada
en casa de una marquesa.
Y no es raro, ¡qué ha de ser!
que se obstine en no querer
á chicos que, aunque simpáticos,
no pueden satisfacer
sus gustos aristocráticos.
Por eso á tanta pasión
la chica no corresponde,
porque cifra su ilusión
en algún bello vizconde
ó en algún gentil barón.
—Pues quiere un noble gentil,
dije yo, medio incivil,
aun cuando sea un gandul,

desde hoy me hartaré de añil
para tener sangre azul.
Rióse la buena tía;
yo me fuí, viendo ilusorio
el bien que soñado había...
¡y pasé desde aquel día
las penas del purgatorio!

III

—¿Conoces, acaso, á Estrella?
dije á Rodrigo, mi criado,
que al pasar delante de ella
saludó, un día, á mi bella
con el mayor desenfado.
—¿Que si la conozco? ¡digo!
contestó mi fiel Rodrigo.
—¡Habrás visto zulú!
—¡Como que era ayer... su *amigo*
y la llamaba de tú!
—¡No puede ser!
—¡Buena es esa!
—Y tu osadía me enfada;
yo sé por doña Teresa
que su sobrina fué criada
en casa de una marquesa.
—Y es verdad... ¡claro que sí!
y eso habla más en mi abono,
pues precisamente allí,
aunque hoy se dé tanto tono,
de *criada* la conocí.

CASIMIRO PRIETO.

EPIGRAMA

He conocido á una Fe,
que al hablarle de mi amor,
me dijo:—«Perdone usted,»
y á una Esperanza adoré,
en quien hallé igual rigor.
¿No es una fatalidad
que habiendo tanta beldad
llamada *Fe* y *Esperanza*,
no haya una, ni aun por chanza,
que se llame *Caridad*?



CARUNCHO

Yo he sido, seguramente, el más apasionado de sus admiradores; yo he dejado muchas veces mis más gratas distracciones y he arrojado los más severos correctivos por seguir á Caruncho y escuchar sus siempre maravillosas narraciones. — ¡Más que ingrato sería si no dedicase algunas sentidas palabras á su recuerdo!

Paréceme que le estoy viendo.

Caruncho era tuerto, feo, feísimo, marcado de viruelas y de color verdoso. El pelo desgredado y la boca desmesuradamente grande y torcida, acababan por convertir aquella cara en algo indescriptible de puro deforme. Tenía una pata de palo, y se ayudaba, para caminar, con una muleta que, en casos de apuro, le servía de arma ofensiva y defensiva.

Con su enorme gorra de piel, calada hasta las orejas, descalzo del único pie que le quedaba, provisto de su alforja y con su celebrado violín en la bolsa de cuero, cruzada sobre la espalda, habíase Caruncho convertido para mí en un ser casi extraordinario.

Él vendía las coplas más nuevas, de que traía provista su alforja, relatando crímenes espantosos, y las cantaba al son de su desvencijado violín con voz estridente y gangosa; él refería historias maravillosas que cautivaban á quien las oía; él dirigía requiebros á las buenas mozas, y hasta se permitía burlarse de aquellos que no eran de su agrado con frases siempre intencionadas y picarescas.

Tendría yo siete años.

¡Con qué poder se aferran á la memoria los recuerdos de esa hermosa edad, en que el corazón y el cerebro abren de par en par sus puertas á todas las ideas y á todas las impresiones!

No era yo solo, éramos muchos los admiradores de Caruncho. — Diez, doce, hasta veinte muchachos, sustrayéndonos á la vigilancia paterna, cuyas iras no nos arredaban, solíamos rodearle pidiéndole á gritos que refiriese cuentos y cantase coplas, dejando caer en su gorra cuantas monedas de cobre llegaban á nuestras manos.

No siempre éramos atendidos por Caruncho, sobre todo si no caían monedas en su gorra; pero cuando se encontraba de buen humor, con el estómago repleto, y se sentaba á la orilla del río, en un apartado arrabal del pueblo, dispuesto á contentarnos ¡qué júbilo tan grande el que se apoderaba de aquellos infantiles corazones!

Historias de princesas encantadas, de esforzados guerreros y de bandidos, que él siempre ennoblecía y ensalzaba; narraciones de brujas, duendes, tragos y cuantas creaciones inventa la fantasía popular, de la cual parecía aquel hombre la encarnación más perfecta; aventuras y recuerdos de su vida andariega y miserable; milagros portentosos de santos y de santas, que él mismo había presenciado; leyendas, según él, del tiempo de los moros cuando habían osado penetrar en aquellas gloriosas montañas de Cantabria... todo iba

desfilando ante nuestros atónitos ojos por virtud de la inspirada evocación del hombre del violín y de la pata de palo.

Más de una vez aquellas orgías de infantiles emociones fueron interrumpidas por la presencia de algún papá irritado, ó de algún doméstico que, garrote en mano, venía á disolver la asamblea, profiriendo terribles amenazas contra el desdichado Caruncho; porque — se decían los padres de familia — ¿qué podían aprender niños inocentes de la boca de aquel vagabundo, sino toda suerte de pillerías y de indecencias?

Y sin embargo, no era así. Caruncho, en medio de su miseria y de su ignorante rusticidad, parecía como si tuviese la intuición del respeto á la inocencia. — Bien posible es que me engañe lo vago de mis recuerdos, ó la rara sugestión que aquel ser extraño había llegado á ejercer sobre mi espíritu; pero podría asegurar que se había acostumbrado á respetarnos y á querernos, porque jamás salió de sus labios una palabra grosera ó mal sonante; ó, si salió, no éramos nosotros capaces aún de comprenderla.

¿Cuántas veces nos congregamos alrededor de Caruncho para escuchar sus cuentos, el recitado de sus coplas ó las piezas de su violín, eternamente las mismas?

No podría decirlo; pero fueron muchas. ¡Y cómo en la alta noche se me aparecían, después, los blancos fantasmas, las brujas montadas en palos de escoba, los Doce Pares de Francia cortando cabezas de infieles, ó el alma de algún rico de la comarca metida en la caldera mayor de los infiernos!

Recuerdo que un día, después de referirnos las hazañas del gigante Fierabrás, se quedó un largo rato pensativo, apretando convulsivamente con una mano su muleta, mientras acariciaba, con la otra, las cuerdas de su violín.

De pronto, como si una extraña ráfaga viniese á iluminar su obscuro pensamiento, paseó sobre nosotros la huraña mirada de aquel su ojo único que parecía despedir una luz siniestra, y con voz agitada por la emoción, habló de esta manera:

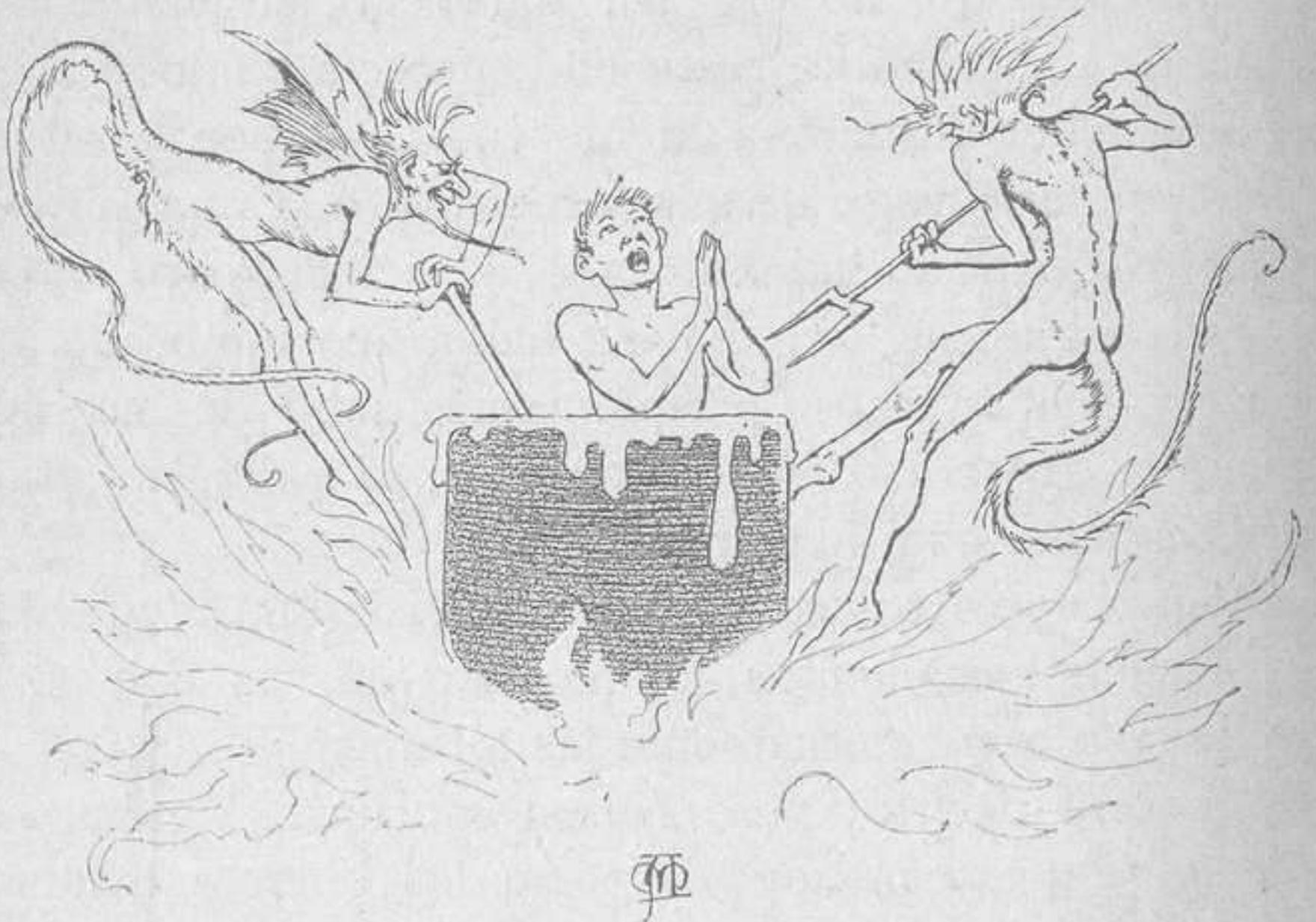
— Muchachos: os voy á decir un secreto.

¿Sabéis vosotros quién es el rey? ¿y el gobernador? ¿y el

alcalde? ¿y el escribano? Pues yo, Caruncho, soy más que todos ellos, estoy más alegre que todos ellos.

Mirad: anoche estuve en la taberna de la Pelosa, bebí vino, canté mucho y la tabernera me quiere. Pronto nos casaremos, y vamos á tener una niña que ha de ser princesa y un niño que ha de ser obispo. Yo tengo dos mil reales en casa del boticario, y ella tiene una casa con todo lo que hay dentro, cuatro onzas de oro y muchos odres de vino.

Es verdad que soy tuerto, pero con este ojo que me



queda ¡veo tantas cosas! Veo los árboles, el mar, la gente, os veo á vosotros, que sois mis amigos, y la linda cara de la Pelosa que se me aparece hasta cuando duermo.

Además, ¿os acordáis de Benito? pues Benito es ciego... ayer pasó junto á mí... ¡pobre!

Tengo una pata de palo y ando con esta muleta; pero ¿y Tanasio? cuando estuvo en la guerra una bala de cañón le llevó las dos piernas y anda en un carrito. ¡Pobre Tanasio!

Quedé marcado de las viruelas, y me dicen que soy muy feo y que tengo la boca torcida; pero todavía de una puñada derribo á un hombre; y andan muchos ricos por la calle que tienen la cara amarilla, las piernas como alambres y se van á Panticosa, porque el médico les dice que están enfermos del pecho.

Además, ¿no veis cómo se alegran y se ríen las muchachas cuando al son de mi violín voy cantando coplas y les digo que tienen la cara bonita?

En un rincón de la cuadra de Feliciano tengo mi manta y mi jergón. Me acuesto, duermo bien y me dicen que ronco mucho.

Algunos días paso hambre. No quiero tocar los dos mil reales, para que mi hijo pueda ser obispo y princesa mi hija; pero ¡si vierais vosotros cómo gusta el comer cuando se tiene hambre!

Además, ¿pensáis vosotros que el rey, ni el alcalde, ni el escribano cantan las coplas y tocan el violín como yo?

¡Pobres! ¡qué saben ellos lo que es cantar coplas ni tocar el violín!...

É irguiéndose de pronto, como si un resorte le moviese, tomó Caruncho su violín, y en medio de un arrebató furioso, casi frenético, tocó un viejo vals, su pieza favorita, extasiándose al escuchar sus notas, que eran para aquel mendigo filósofo algo así como una música bajada de los cielos.

Después nos dijo:

— Adiós, muchachos. Hasta mañana, que os contaré la historia de Aladino. Me voy á abrazar á la Pelosa.

.....

¡Cuántas veces, al verle harapiento, tiritando de frío, con el hambre en el rostro, decíamos los niños, aquellos que tanto le admirábamos:

— ¡Pobre Caruncho!

Y hoy, recordándole, á través de los años, mientras pienso que el rey, y el gobernador y el alcalde, devorados por sus ambiciones, acosados por las exigencias sociales, eran quizá desdichados, no puedo menos de exclamar:

— ¡Qué feliz era Caruncho!

RAFAEL CALZADA.

Buenos Aires, 1896.



A mi hija María

EN EL DÍA DE SU SANTO

SONETO

De la vida en mitad de la jornada,
al fulgor de las horas vespertinas,
bañada en claridades mortecinas
reposa el alma de luchar cansada.

Con la luz de tus ojos nacarada,
cual vigilantes faros, iluminas
del recuerdo las plácidas colinas
á do se torna ansiosa la mirada.

Hija del corazón: aparte el cielo
de tu fácil sendero los abrojos,
cubre de flores tu ventura el suelo;

Y no dé yo á la tierra mis despojos
sin que tu mano con piadoso anhelo
en el supremo adiós cierre mis ojos.

A. ATIENZA Y MEDRANO.

Buenos Aires, 16 Julio de 1896.

Bellezas americanas



URUGUAYA

APARICIÓN

Á CASIMIRO PRIETO VALDÉS



URGió á mis sueños, ¡cuán gentil! ¡cuán bella!
La palidez radiosa de una estrella
brilla en su frente como un lirio hermosa;
y el rubor con que al alba causa enojos,
si desmaya en sus párpados, de rosa,
da más fuego á sus labios siempre rojos.

Al ver de un alma pura
dibujarse en su rostro la sonrisa,
se agita dulce, ansiosa,
en todo corazón la fe sumisa
de una pasión vehemente.

¡Quién pudiera contarle las quimeras
que prestan al amor su miel sabrosa
y ponen aureolas en la frente!

Con pocas primaveras
corridas en la senda de la vida,
toda ella es luz, es ilusión ingente;
risueña encarnación de un alma ungida
en el óleo de cándidos amores;
belleza juvenil que bulle henchida
de delirios, de anhelos y fervores...

Parece que en su seno
se mueve un mar de vagas impaciencias,
como en el cáliz de la flor va lleno
el germen de futuras florescencias.

La gracia seductora
por donde posa el pie surge esplendente,
como surge magnífica la aurora
cuando el cielo estrellado se colora
con el vivo arrebol que halla en Oriente.

Y en la gama inefable de su acento
retoza la canción, tiembla el arrullo;
su boca es para el beso, y en su aliento
va el polen estival que cruza el viento
y se aduerme en las rosas en capullo.

La lumbre que rutila
sobre el piélago azul de su pupila
provocando del cielo los sonrojos,

tiene el vago misterio y el encanto
de un alba tropical bañada en llanto;
se ve el cielo encerrarse entre sus ojos!

En su busto gentil de nieve y rosa
cuanto hay de aroma y de esplendor resume,
como copa de nácar misteriosa
que de sus poros al través rebosa
del licor de los sueños el perfume.

Y esos sueños en nítida guirnalda
que su frente de lirio no marchita,
florecen en su ser. Es Esmeralda
en sus arrojados de pasión ferviente;
en su dulce vehemencia, Margarita,
y Ofelia en lo ideal que arde en su mente.

Se impregnan la piedad y la esperanza
en su nimbo sutil de lumbre de astro;
y el que entre dudas y dolor avanza,
cuando su luz alcanza,
llega y besa su veste de alabastro.

Trasciende su alma hermosa
del plástico esplendor, dos veces bella;
mezcla etérea del ángel y la diosa,
quien la ve flor ha de admirarla rosa,
quien la ve luz ha de cantarla estrella!

Y cuando en raudo giro
huya el amor por no morir de hinojos
ante la diosa que arrobado admiro,
se haga aroma en sus labios, si es suspiro,
se haga perla, si es lágrima, en sus ojos.

ROSENDO VILLALOBOS.

La Paz (Bolivia).

EPIGRAMA

—Amo el lujo y el derroche,
me dijo un día Pilar,
y no me quiero casar
sino con quien tenga coche.

Y logró su afán sincero
por fin realizado ver,
pues he sabido que ayer
se casó con un cochero.



HELÉNICAS

Á FABIO F. FIALLO

Tibia y olorosa está el agua en que acabas de bañarte, Lesbia divina. El amor la ha calentado con su antorcha, y las rosas de tu hermosura han difundido ahí su esencia voluptuosa.

Yo envidio á esas burbujas de la irisada espuma, que te miran á solas, reflejando tu beldad en sus pupilas de fuego.

¿Quieres, Olimpia, embriagarme? No me escancies el vino. Me bastan tus besos húmedos.

¿Cómo dejas, Silvia inhumana, que ajusticien á ese pobre rapaz insano? Hirióme, en verdad, el corazón su aleve dardo; mas fuiste tú quien le dijo:— ¡Asesta certero, parte la entraña!

Por ahí oigo que te buscan, que te pregonan solícitos tus padres doloridos y tus amantes burlados. ¡No salgas de mi pecho, Delia, no salgas!

¿Te maravilla, hermosa Cloe, que las candorosasavecillas
desciendan á picar los sazonados racimos que ha pintado Pa-
rrasio, el divino pincel de Éfeso, rival de Zeuxis?

Mayor prodigio hicieron los dioses en tus ojos, pues los
míos, al mirarlos, los toman por luceros.

Al ver que Amor desgarró su seno, su seno izquierdo,
acudí á socorrerla, chupé la rósea herida, y ¡quién lo creyera!
no manaba sangre sino mieles.

Del templo vengo, á donde fuí á rogar á Venus te haga
propicia á mi cariño; y al besar el pie de la diosa, olióme á
violetas. Por poco te sorprendo, Mirra: era tu aliento!

Praxiteles y Scopas han recibido de Júpiter el don de
hacer vivir la piedra. Ellos han golpeado el recio Paros, y
Venus ha surgido palpitante y amorosa.

Yo soy un pobre artista á quien maldicen los dioses. Yo
toco, Alcibia, tu carne viva y vibrante, y á mi contacto ar-
diente tórnase en marmol.

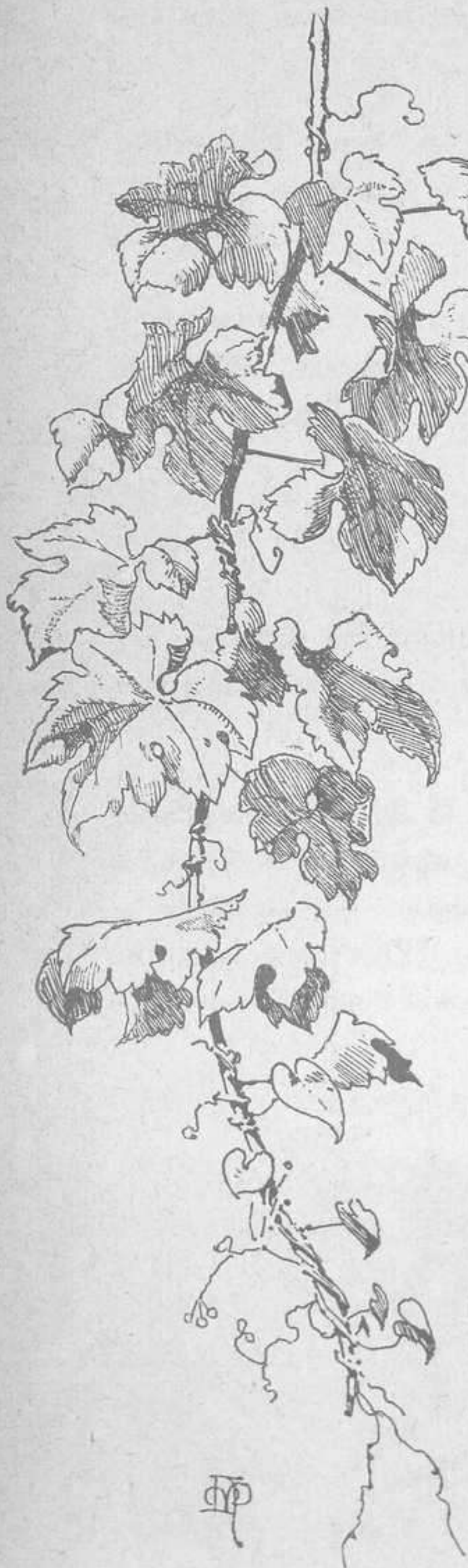
Baco ha transformado en racimo á la dulce ninfa Esta-
filea. Imaginándome en sus brazos, yo apuro esta copa en
que rebosa el jugo ardiente de sus besos. — ¡Coperero! Si
acude Lesbia, que no sepa que la engaño. Dile que duermo.

NICANOR BOLET PERAZA.

Nueva York.



ANACREÓNTICA



Dame, muchacho, vino;
pronto, dame ese jarro
lleno, pero bien lleno
de néctar jerezano.
Tengo celos, ¿me oyes?
y quiero disiparlos
con este de las penas
inapreciable bálsamo.
Escucha lo que cuenta
de mi adorada, Pablo,

y del rapaz mocososo
que le regala ramos.

Salía, como suele,
salía ayer temprano
á ver las heredades
que tiene río abajo,
y entre los arbolillos
de la orilla cercanos,
tan distraídos iban
que los pilló abrazados!
Pues añade que luego...
¿y ese vino, muchacho?
se entraron por el soto
cogidos de la mano,
los rostros encendidos
y cauteloso el paso.
Pero yo no lo creo,
aunque me lo ha jurado
por Venus y la Tierra...
Excúsate del vaso,
que apenas tiene un sorbo
este maldito jarro.
Digo que no lo creo;
¿no soy el mismo, acaso,
á quien juró mil veces,
teniéndome abrazado,
amor, amor eterno
con temblorosos labios,
ardidas las mejillas,
el seno palpitando,
los párpados de rosa
por la ilusión cerrados?
Y cuando los abría

DP

con un mirar muy lánguido
 mostrábame sus ojos
 de lágrimas velados.
 Luego, ardiente, nerviosa,
 en súbito arrebató,
 contra el pecho de nieve
 apretaba mis manos;
 ceñíalas con fuerza,
 besábalas temblando,
 y al beber yo su aliento,
 al repetirla ¡te amo!
 lánguida, desmayada
 se caía en mis brazos.
 Y esto ayer, ¿y hoy me vende?
 Trae más vino, muchacho,
 pues va desvaneciendo
 mis celos infundados.
 Pablo miente ó se engaña;
 aunque me lo ha jurado
 por Venus y la Tierra,
 por todo lo creado.
 Mas ¡ay! la verdad dijo,
 ¡que lo juró por Baco!
 y ante ese juramento...
 ¡Llena, lléname el jarro!

F. LÓPEZ BENEDITO.

Buenos Aires.

PRETÉRITAS

No extraño que aún al verme, en tus pupilas
 como llama de amor, brille una llama...
 Fuego fatuo que exhala el amor muerto
 que llevas en el alma!

¿Quién sospecha la bóveda sombría
 á través de la atmósfera azulada?...
 ¿Quién á través de tus pupilas límpidas
 penetra los misterios de tu alma?...

Té casaste por fin, y torpemente
 juzgas que has rescatado
 al precio humilde de tu honor presente
 todas las ignominias del pasado!

GUILLERMO P. RODRÍGUEZ.

Montevideo, 1896.



LAS MENTIRAS DEL GENERAL LERZUNDI

(TRADICIÓN)

Allá, en los remotos días de mi niñez, conocí al general de caballería don Agustín Lerzundi. Era él, por entonces, aunque frisaba con el medio siglo, lo que las francesas llaman *un bel homme*. Alto, de vigorosa musculatura, de frente despejada y grandes ojos negros, barba abundante, limpia y luciente como el ébano, elegante en el vestir, vamos, era el general todo lo que se entiende por un buen mozo. Añadamos que su renombre de valiente en el campo de batalla era de los ejecutoriados y que, por serlo, no se ponen en tela de juicio.

Como jinete era el primero en el ejército, y su gallardía sobre el brioso caballo de pelea no hallaba rivales.

Cuéntase que, siendo comandante, recibió del ministro de la Guerra órdenes para proveer á su regimiento de *caballada*, procurando recobrar los caballos que hubieran pertenecido al ejército y que se encontraran en poder de particulares. Don Agustín echó la zarpa encima á cuanto bucéfalo encontró en la ciudad. Los propietarios acudieron al cuartel de Barbones reclamando la devolución, y Lertzundi, recibéndolos muy cortesmente, les contestaba:

— Con mucho gusto, señor mío, devolveré á usted el caballo que reclama, si me comprueba que es propiedad suya y no del Estado.

— Muy bien, señor comandante. Basta con ver la marca de fierro que lleva el caballo en la anca izquierda. Es la inicial de mi apellido.

¿La marca era una *A*? Pues Lertzundi contestaba:

— Al canchón con el caballo, que esa *A* significa *Artillería volante*.—¿Era una *B*? Entonces el jamelgo correspondía á *Batidores montados*. Para Lertzundi, la *C*, significaba *Cora-ceros*; la *D*, *Dragones*; la *E*, *Escolta*; la *F*, *Fusileros de descubierta*; la *G*, *Granaderos de á caballo*; la *L*, *Lanceros*; la *P*, *Parque*; en fin, á todas las letras del alfabeto les encontraba descifración militar. Según él, todos los caballos habían sido robados de la antigua caballada del ejército. Lertzundi los reivindicaba en nombre de la patria.

Sexagenario ya, reumático, con el cuerpo lleno de lacras y el alma de desengaños, dejó el servicio, y con letras de cuartel ó de retiro fué á avecindarse en el Cuzco, donde poseía un pequeño fundo y donde vivía tranquilamente sin tomar cartas en la política, y tan alejado de la autoridad como de la oposición. Un día estalló un motín ó bochinche revolucionario; y Lertzundi, por amor al oficio, que maldito si á él le importaba que se llevase una legión de diablos al gobierno con el cual no mantenía vínculos, se echó á la calle á hacer el papel de Quijote amparador de la desvalida autoridad. Los revoltosos no se anduvieron con algórgoras, y le clavaron una bala de á onza en el pecho, enviándolo sin más pasaporte al mundo de donde nadie ha regresado.

Lo único que ha sobrevivido al general, es su fama de mentiroso. El célebre Manolito Gázquez, de que tanto alardean los andaluces, no mentía con más gracejo é ingenio que mi paisano el limeño don Agustín Lertzundi. Dejando no poco en el tintero paso á comprobarlo.

I

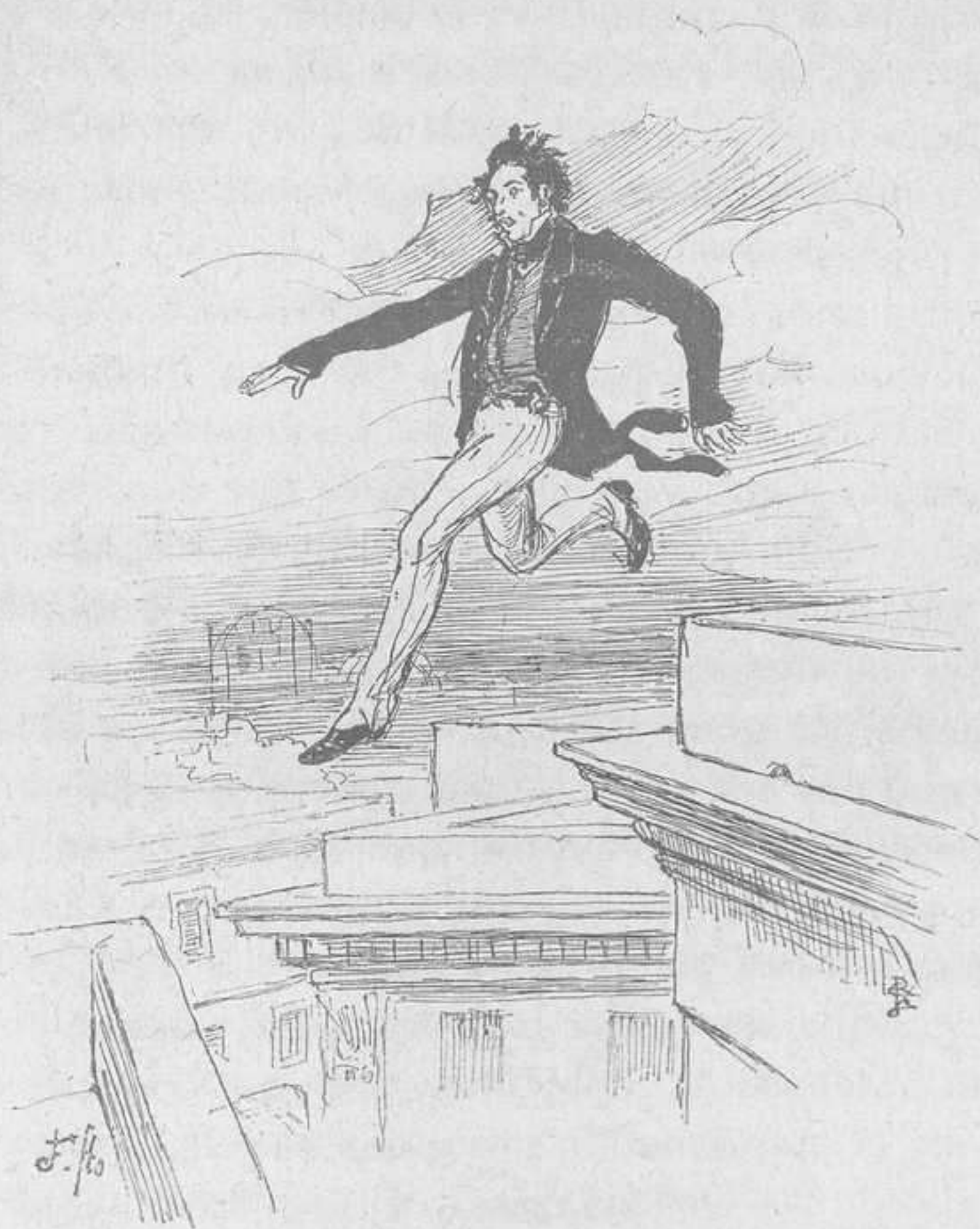
Conversábase en un corro de amigos, siendo el tema referir cada uno el lance más crítico en que se hubiera encontrado. Tocóle turno á don Agustín y dijo:

— Pues, señores, cuando yo era mozalbete y alegroncillo con las hijas de Eva, fuí una tarde con otros camaradas á la *picantería* de ña *Petita*, en el Cercado. Allí encontramos una *muchachería* del coco y de *rechupete*; mozas todas de mucho *cututeo* y mucho *repiquete*; hembras, en fin, de la *hebra*, de *engrudo*, *catalicó* y gorra de cuartel. Ello es que entre un — con usted mi amor se va — y un — correspondido será; y entre un camaroncito *pipirindingue* acompañado de un vaso de chicha de *jora*, ó un bocadito de *seviche* en zumo de naranja agria, seguido de una copita del *congratulámini quita-penas*, nos dieron las ocho de la noche, hora en que la oscuridad del Cercado era superior á la del Limbo. Nos disponíamos ya á emprender el regreso á la ciudad, llevando cada uno del bracero á la *percuncha* respectiva, cuando sentimos gran tropel de caballos que se detuvieron á la puerta de la *picantería* y una voz aguardentosa que gritó:

— ¡Rendirse todo el mundo, vivos y muertos, que aquí está Lacunza el guapo!

Las mozas no tuvieron pataleta, que eran hembras de mucho juego y curtidas en el peligro; pero chillaron recio y sostenido, y como palomas asustadas por el gavilán corrieron á refugiarse en la huerta, encerrándose en ella á tranca y cerrojo. Nosotros estábamos desarmados y escapó cada cual por donde Dios quiso ayudarlo, pues los que nos asaltaban eran nada menos que los ladrones de la famosa cuadrilla del facineroso negro Lacunza, cuyas fechorías traían en alarma la capital. Yo, escalando como gato una pared, que de esos

prodigios hace el miedo, conseguí subir al techo; pero los bandidos empezaron á menudearme, con sus tercerolas y carabinas, pelotillas de plomo. Corre que corre, y de techo en techo, no paré hasta Monserrate (1).



— ¡Eso es mucho! comentó uno de los oyentes. ¿Y las boca-calles, general? ¿Y las boca-calles?

— ¡Hombre! ¡En qué poca agua se ahoga usted! — contestó Lertzundi. ¡Las boca-calles! ¡Las boca-calles! ¡Valiente obstáculo!... Esas las saltaba de un brinco.

Roberto Robert, que saltó desde el almuerzo de un domingo hasta la comida de un jueves, sin tropezar siquiera con un garbanzo, no dió brinco mayor que el de las boca-calles de mi paisano.

(1) Para el lector que no conozca Lima apuntamos que el Cercado y Monserrate son, en línea recta, dos extremos de la ciudad ó sea un trayecto de más de dos millas.

II

Siendo Lertzundi capitán, una de nuestras rebujinas políticas lo forzó á ir á comer en el extranjero el, á veces, amargo pan del ostracismo. Residió por seis meses en Río-Janeiro, y su corta permanencia en la capital del, por entonces, imperio americano, fué venero en que ejercitó más tarde su vena de mentiroso inofensivo.

Corrieron años tras años; después de una revolución venía otra revolución; hoy se perdía una batalla y mañana se ganaba otra batalla; cachiporrazo va, cachiporrazo viene; tan pronto vencido como vencedor; ello es que don Agustín Lertzundi llegó á ceñir la faja de general de brigada. Declaro aquí (y lo ratificaré en el valle de Josafat si algún militroncho se picase y me exigiese retractación) que entre dos centenas, por lo menos, de generales que, en mi tierra, he alcanzado á conocer, ninguno me pareció más general á la de veras, y no de mojiganga como la mayoría, que don Agustín Lertzundi. ¡Vaya un general bizarro! No se diría sino que Dios lo había creado para general y... para mentiroso.

Acompañaba siempre á Lertzundi su ayudante, el teniente López, un muchachote bobiculto, que no conoció el Brasil más que en el mapa-mundi, y á quien su jefe, citándole no sé qué artículo de las Ordenanzas que prohíbe al inferior desmentir al superior, impuso la obligación de corroborar siempre cuanto él le preguntase en público.

Hablábase en una tertulia sobre la delicadeza y finura de algunas telas, producto del progreso de la industria moderna, y el general exclamó:

— ¡Oh! ¡Para finos los pañuelos que me regaló el emperador del Brasil! ¿Se acuerda usted, teniente López?

— ¡Sí, mi general... finos... muy finos!

— Calculen ustedes, prosiguió Lertzundi, si serían finos que los lavaba yo mismo echándolos, previamente, á remojar en un vaso de agua. Recién llegado al Brasil me aconsejaron que, como á preservativo contra la fiebre amarilla, acostum-

brase beber un vaso de leche á la hora de acostarme, y nunca olvidaba la *mucama* colocar éste sobre el velador. Sucedió que una noche llegué á mi cuarto rendido de sueño, apuré el consabido vaso, no sin chocarme algo que la leche tuviese mucha nata, y me prometí reconvenir por ello á la criada. Al otro día vínome gana de desaguar cañería y... ¡jala! ¡jala! ¡jala!... salieron los doce pañuelos... Me los había bebido la víspera en lugar de leche... ¿no es verdad, teniente López?

— Sí, mi general, mucha verdad, contestó con aire beatífico el sufrido ayudante.

III

Pero un día no estuvo el teniente López con humor de seguir aceptando humildemente complicidad en las mentiras. Quiso echar por cuenta propia una mentirilla y... ese fué el día de su desgracia; porque el general lo separó de su lado, lo puso á disposición del Jefe de Estado Mayor, éste lo destinó en filas, y en la primera zinguizarra ó escaramuza á que concurrió, lo *desmondongaron* de un balazo.

Historiemos la mentira que ocasionó tan triste suceso.

Hablábase de pesca y caza, y el general dijo:

— ¡Oh! ¡Para escopeta la que me regaló el emperador del Brasil!... ¿no es verdad, teniente López?

— Sí, mi general... ¡buena... muy buena!

— Pues, señores, fuí una mañana de caza, y en lo más enmarañado de un bosque ví un árbol en cuyas ramas habría lo menos, menos... unas tres mil palomas. Teniente López, ¿no serían tres mil las palomas?

— Sí, mi general... tal vez más que menos.

— ¿Qué hice? Me eché la escopeta á la cara, fijé el punto de mira y ¡pum! ¡fuego! ¿No es verdad, teniente López?

— Sí, mi general... me consta que su señoría hizo fuego.

— ¿Cuántas palomas creen ustedes que mataría del tiro?

— Tres ó cuatro, contestó uno de los tertulios.

— ¡Quiá! Noventa y nueve palomas. ¿No es verdad, teniente López?

— Sí, mi general... noventa y nueve palomas... y un lorito.
Pero Lerzundi aspiraba al monopolio de la mentira, y no tolerando una mentirilla en su subalterno, replicó:

— Hombre, López .. ¿Cómo es eso? Yo no ví el lorito...

— Pues, mi general, contestó picado el ayudante, yo tampoco ví las noventa y nueve palomas.

RICARDO PALMA.

Lima, Mayo de 1896.



LOS CABELLOS RUBIOS

¡Oh, rubias cabelleras desatadas,
como alegre raudal de olas de oro
os volcáis sobre el mágico tesoro
de divinas bellezas ignoradas!

¡Trenzas resplandecientes, esmaltadas
de claveles y rosas, yo os adoro:
diademas fuisteis del radiante coro
de mis dulces espléndidas amadas!

¡Rizos de áureo vapor, rubios cabellos,
que haz de rayos de vívidos destellos
parecéis, deslumbrando á quien os mira!

¡Con vosotros tejó mi edad riente
la hamaca de mis sueños refulgente
y las doradas cuerdas de mi lira!

MANUEL REINA.

Madrid.

APOTEGMA EN ACCIÓN



—¿Por qué tratas á ese necio con tal confianza, Esperanza?
 —¡Hombre! porque la confianza es causa de *menos-precio*.

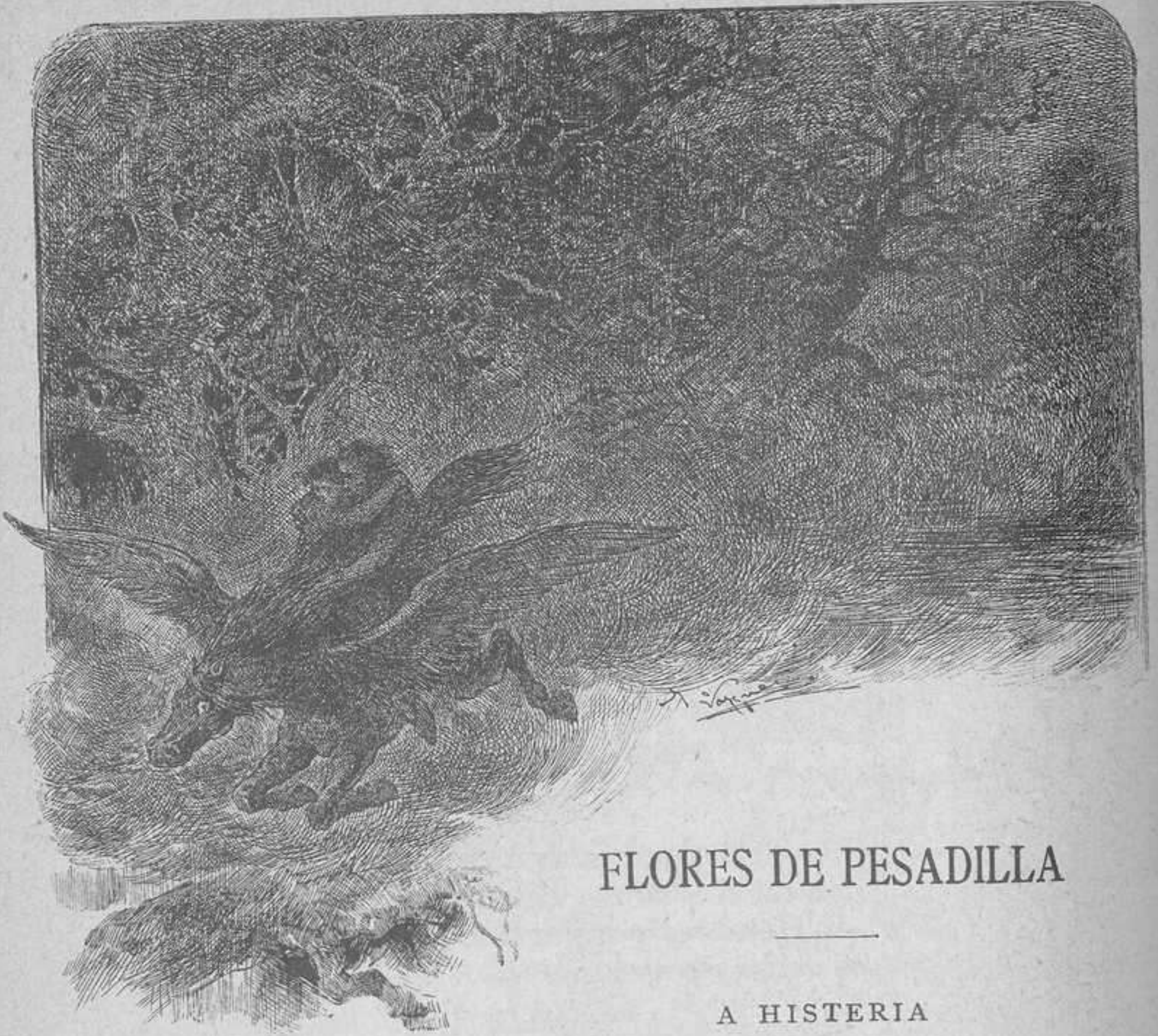
ÁRBOLES VIEJOS

Hasta el árbol tronchado en el camino,
 sin hojas y sin frutos y sin flores,
 puede prestar asiento á los pastores
 y un báculo prestar al peregrino...

Así el anciano de experiencia y tino,
 consejos da que evitan sinsabores;
 y sin savia, ni aromas, ni colores,
 cumple su ley y tiene su destino...

¡Oh, labrador! Escucha mi consejo:
 tú debes resistir cual me resisto
 á cortar ramas aunque estén desnudas;

Porque puede salir de un árbol viejo
 quizás la Cruz en que sucumba un Cristo,
 quizás la rama en que se cuelgue un Judas!



FLORES DE PESADILLA

A HISTERIA

¡Oh! cómo te miraban las tinieblas,
 cuando ciñendo el nudo de tu abrazo
 á mi garganta, mientras yo espoleaba
 el formidable ijar de aquel caballo,
 cruzábamos la selva temblorosa
 llevando nuestro horror bajo los astros.
 Era una selva larga, toda negra,
 la selva misteriosa, cuyos gajos
 echaban sangre al golpe de las hachas,
 como los miembros de un molusco extraño.
 Era una selva larga, toda triste,
 y en sus sombras reinaba nuestro espanto.
 El espumoso potro galopaba
 mojando de sudores su cansancio,
 y ya hacía mil años que corría
 por aquel bosque lúgubre. ¡Mil años!
 Y aquel bosque era largo, largo y triste,
 y en sus sombras reinaba nuestro espanto.

Y era tu abrazo como nudo de horca,
y eran glaciales témpanos tus labios,
y eran agrios alambres mis tendones,
y eran zarpos retráctiles mis manos,
y era el enorme potro un viento negro
furioso en su carrera de mil años.

Caímos á un abismo tan profundo
que allí no había Dios. Montes lejanos
levantaban sus cúspides, casqueadas
de nieve, bajo el brillo de los astros,
como enormes cabezas de kalifas.
Describía Saturno un lento arco
sobre el tremendo asombro de la noche.
Los solemnes reposos del Océano
desnivelaba la siniestra luna,
y las ondas, hirviendo en los peñascos,
hablaban como lenguas, con el grito
de las vidas humanas que tragaron.
Entonces, desatando de mi cuello
el formidable nudo de tu abrazo,
buscaste ansiosa con tus ojos mártires,
mis torvos ojos que anegó el espanto.
¡Oh! no mires mis ojos; hay un vértigo
dormido en sus tinieblas; hay relámpagos
de fiebre en sus honduras misteriosas,
y la noche de mi alma más abajo,
una noche cruzada de cometas
que son gigantes pensamientos blancos.
¡Oh! no mires mis ojos, que mis ojos
están sangrientos como dos cadalsos;
negros como dos héroes que velan
enlutados al pie de un catafalco.
Y aparecieron dos ojeras tristes
como flores del Mal, bajo tus párpados,
y yo besaba las siniestras flores,
y se apretaban tus heladas manos
sobre mi corazón — brasa lasciva —
y alzábanse tus ojos en espasmo,
y yo apartaba mis terribles ojos,
y en tus ojos de luz había llanto,
y mis ojos cerrábanse, implacables,
y tus ojos abríanse, sonámbulos,
y quería mis ojos tu locura,
y huía de tus ojos mi pecado;
y al fin mis fieros ojos, como un crimen
sobre tus ojos tímidos brillaron,

y al sumergir en mis malditos ojos
el rayo triste de tus ojos pálidos,
en mis brazos quedaste, amortajada,
bajo una eterna frialdad de mármol.

LEOPOLDO LUGONES.

Buenos Aires, Junio de 1896.

Á LA POESÍA

¡Oh, poesía! tú tienes por santuario
el pecho de la virgen ruborosa;
tu culto es la belleza esplendorosa
y el espacio infinito tu escenario.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

Como algo que se halla fluctuando en la aroma,
gorjeando en la fuente, verdeando en la loma,
¡Oh! tú, poesía, te encuentras doquier:
ya sea en la chispa que fúlgida salta
y al sitio en que cae de luces esmalta,
ó bien en el alma de toda mujer.

Te hallo en los tintes de la alborada;
en el lucero de faz plateada;
entre la espuma que á los peñones
ciñe aureolas de radaciones
y perlas hechas de blanca luz;
sobre las alas de los querubes,
que entre los pliegues de róseas nubes
de un áureo ensueño vense al trasluz;

En las florestas, entre los nidos,
donde son músicas todos los ruidos
en todo aquello que gime ó canta;
en el murmullo que se levanta
de entre las ondas del verde mar;
y en las sonrisas de las indianas
que entre las selvas americanas
sueñan en lechos de albo azahar.

Tú eres la virgen célica de formas luminosas,
de espléndido semblante, de líneas armoniosas
que, cuando se sonríe con Dios la Creación,
á esa hora en que los niños se juntan en los cielos,
descorres ante mi alma los deslumbrantes velos
de un mundo que es un campo de rútila visión.

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

Montevideo, Mayo de 1896.

Nuestros colaboradores



D. Pedro A. González

NOTABLE POETA CHILENO

PEDRO ANTONIO GONZÁLEZ

POETA CHILENO, AUTOR DE «RITMOS»



A sido penosa su ascensión á las cimas del arte. No es que le faltaran bríos, ni que careciera de alas para llegar á la cumbre, sino que lo asfixiaba la atmósfera enraecida y glacial que en esta tierra de Chile, más que en cualquiera otra de la patria americana, compenetra las regiones intelectuales.

Felizmente, para Pedro Antonio González, él no conocía los nobles agujoneos de la gloria literaria, ni siquiera los pueriles, pero incontenibles apetitos de la publicidad. Modesto, retraído, casi huraño, buriló en el silencio de su mesa de trabajo sus versos armoniosos, que quedaban allí palpitantes, llenos de fuego, desbordantes de luz y de movimiento, pero condenados á monstruoso encierro.

Y mientras tanto el poeta iba á pasear por las calles, bajo su aspecto de hombrecillo modesto y tímido, entre la multitud indiferente donde era un desconocido, sus extraños ensueños de artista, sus intangibles visiones de neurótico, sus vagas abstracciones de idealista, ó llegaba á alguna mísera academia á confundirse con los novatos del arte, para aplaudir benévola mente sus incipientes esfuerzos y negarse obstinadamente á presentarnos la obra suya.

Fué en uno de esos efímeros centros literarios de mozos de quince años donde yo le conocí, y trabé con él esta larga amistad fraternal que nos une. Y abusando alegremente de ella, cometí el hurto de sus versos, los llevé á los diarios, y

le traje el eco ruidoso de los aplausos con que fueron recibidos.

El futuro autor de *Ritmos* se reveló entonces en la amplitud de su genial característica: poeta de miras universales y altas, desdeñador de las fórmulas consagradas de la poesía rutinaria, buscador de rumbos nuevos hacia horizontes luminosos que atraían toda su briosa fantasía.

¡Y cómo necesitábamos de esta evolución en nuestro reducido campo intelectual! Los viejos vates, en Chile, como en todas partes, habían hecho ya gloriosamente su época. La Reina Poesía marchaba pesadamente, arrastrando su traje anticuado de desteñidos oropeles. Se sentía la intuición de la nueva forma y de los nuevos ideales, y se esperaba al joven caudillo revolucionario.

Pedro Antonio González tomó el puesto, tal vez sin pensarlo ni quererlo. Y en su venturoso despegó por un extranjerismo exótico, escapó, casi por entero, al contagio del modernismo infeccionante de la época actual.

Porque no es, de preferencia, el joven poeta chileno, el admirable pulidor colorista de la frase que la da espejeos y la transforma en prisma para las irisaciones de luz, ni el apasionado del símbolo que llega al límite en que la idea se hunde en penumbras y queda arcana, ni el plástico cincelador que modela formas mórbidas en el verso. Él es, más bien, un áspero, espontáneo y anguloso forjador de estrofas recias, donde encuadrar las síntesis vigorosas y abarcantes de su pensamiento.

Vibra siempre en sus versos un acento viril, un eco rugiente, con que gusta de acompañar en su lira los sordos mugidos del mar encrespado, los silbos del viento en las noches lóbregas, los retumbos del trueno en las tempestades desatadas, los clamoreos roncós de las muchedumbres furiosas, por lo cual ha podido abrazar, como á su musa predilecta, á aquella

... que inspira
los cánticos patriotas,
y arranca de la lira

relámpagos y notas;
 . . . que truena
 al par de la metralla
 sobre la roja arena
 de la ardiente batalla;
 . . . que sopla
 y enciende los enconos,
 y empuña la manopla
 y hace astillas los tronos.

Pero en el vasto cordaje de la lira de González no es todo sonoridades de bronce, porque también quedan notas para los lánguidos desfallecimientos del amor, para las supremas consolaciones de la filosofía, para los azules espejismos del ideal, para las negras opresiones de la nostalgia y los angustiosos crispamientos de la desesperación.

Se advierte todo ello en la brillante confusión de sus *Ritmos*. El bizarro y variado desfile de esos versos va mostrando siempre una nueva faz, dando siempre una sensación especial, en la que el poeta ha puesto mucho de su alma íntima.

Este libro de González ha recorrido con halagüeña fortuna la América, presentando al poeta en sus inspiraciones del momento. Todo el sistema de ideas suyo se encierra en *El Proscrito*, en *La Razón y el Dogma*, dos poemas inéditos, de tonalidades sombrías, en que prima la nota del escepticismo del poeta y de la negación del filósofo.

Sobre esta parte, reservada aún de la publicidad, pero que es la principal de la obra literaria de González, no cabría formular, ante el extranjero, un juicio que sólo en el criterio personal, falta de autoridad, de un amigo íntimo del autor. Pero, sin ello, puede hoy proclamarse, como la resultante de múltiples opiniones, de fuera y dentro del país, que en Pedro Antonio González se destaca una vigorosa personalidad intelectual, que en la poesía chilena contemporánea ocupa ya, sin rivalidades ni contradicciones, uno de los más altos puestos.

MARCIAL CABRERA GUERRA.

Santiago de Chile, Mayo de 1896.



EL PROSCRITO

POEMA

FRAGMENTO TERCERO

Era una noche.—Yo con paso incierto
vagaba entre las sombras, cabizbajo.

Todo estaba desierto.

Ni un astro arriba. Ni un rumor abajo.

Sacudida mi sien por golpes rudos;
mi corazón sin fe; la Tierra helada;
mi conciencia sin Dios; los orbes mudos;
sentí las atracciones de la Nada.

Vino á librarme, al fin, de mi tormento
el murmullo sombrío

de una trémula ráfaga de viento
que espiró sollozando en torno mío.

Y avancé con afán hasta una puerta
donde posé temblando la mirada.
Ella de par en par estaba abierta.
Era libre la entrada.

Allí, mofando á Dios y á sus deberes,
mofando á carcajadas al Destino,
juntos vaciaban hombres y mujeres
la hirviente copa del amor y el vino.

Una mujer de sonrosada boca,
gentil como una flor del valle ameno,
voló á mi encuentro, delirante, loca,
y me estrechó contra su ardiente seno.

En un vasto salón de seda y oro,
á la luz de cien lámparas candentes,
en raudos, inmenso coro;
secas las fauces, húmedas las frentes,
las mejillas bermejas,
al estruendo de báquicas canciones,
giraban cien parejas,
como errantes, fantásticas visiones.

Y con vaivén vertiginoso y blando,
por la crujiente, dilatada alfombra,
nos deslizamos ella y yo, formando
con nuestras sombras una misma sombra.

Y los dos respirábamos apenas
en nuestros giros de arrebatado ciego.
Y la sangre bullía en nuestras venas
como las olas de un raudal de fuego.

Y adelante seguíamos sin tino,
sin darnos ya ni de nosotros cuenta;
como arenas que empuja el torbellino,
como nubes que azota la tormenta.

Después los dos en una misma copa,
igualmente sedientos,
un mismo hirviente líquido apuramos.
Y en desorden la ropa,
torpes los pies, los ojos soñolientos,
sobre un ancho sofá nos desplomamos.

Y yo en sus brazos recliné la frente,
nervioso, delirante,

anhelando dormirme eternamente
al ritmo de su seno palpitante.

Y ella clavó en mi faz sus negros ojos
con loco desvarío,
y en mis labios hundió sus labios rojos,
haciendo arder su aliento con el mío.

Y ambos rodamos á un sopor profundo,
oyendo ir á morir en lontananza,
como vagos rumores de otro mundo,
los dulces cantos de la alegre danza!...

FRAGMENTO SEXTO

¡Cuántas veces la noche con la aurora
no me encontraron ante el libro abierto,
luchando con afán, hora tras hora,
de ardientes gotas de sudor cubierto!

Yo, con la santa fe que el alma inunda
de luz desconocida,
buscaba en él la solución profunda
de los grandes misterios de la vida.

Por el vasto horizonte de la Historia
dilaté la recóndita mirada.
Y de su hondo sarcófago de escoria
se levantó ante mí la edad pasada.

Ví desfilas el mártir y el verdugo,
los siervos y los reyes,
encadenados al siniestro yugo
de un mismo Dios y de unas mismas leyes.

Ví desfilas hacia una misma fosa,
bajo un mismo anatema,
la virtud que solloza
y el vicio que blasfema!...

¡Ay, de la Humanidad! — Ella no sabe,
y á comprender no alcanza,
ni de dónde partió su errante nave,
ni por qué rumbo ni hacia dónde avanza.

Ella interroga en vano
en su negro camino
el insondable arcano
de su propio destino...

El Ideal se aleja ante sus ojos

como una eterna esfinge fugitiva.
 ¡Y se aumentan abajo los abrojos
 y las sombras arriba!...

FRAGMENTO NOVENO

Yo, con la frente mustia,
 —náufrago de otro mar en otra playa,—
 ví el cadáver del joven con angustia
 y regué con mis lágrimas su saya.

Y ante los dos ancianos
 me alcé de mis escombros,
 sólo para poner con ambas manos
 la cruz de su dolor sobre mis hombros.

Un acento del cielo
 desde la luz me dijo:
 —Sé tú su ángel de paz y de consuelo.
 Sé tú la dulce sombra de su hijo.—

Yo retemplé los bronce
 de mi abatido corazón ya inerte;
 y fuí sobre la Tierra desde entonces
 su báculo de amor, su brazo fuerte.

Sentí caer dentro del pecho mío,
 como en el fondo de una tumba muda,
 el amargo rocío
 del hondo llanto de la virgen viuda.

En mi camino ignoto
 sentí nacer por ella
 el culto del piloto
 por la polar estrella.

¡Cuántas veces á solas,
 allá cuando el crepúsculo desmaya,
 no me vieron las olas
 vagar con ella por la vasta playa!

¡Cuántas veces no vió nuestra barquilla
 columpiarse en el mar como una cuna,
 dejando estelas de oro con su quilla,
 desde la eterna inmensidad la luna!

La luna en cuya cándida diadema
 ella siempre clavaba sin sosiego,
 en su angustia suprema,
 su ancha pupila azul, llena de fuego!

Ella pensaba en él. Lejos acaso
sus raudas almas en amante cita
se desposaban con un santo abrazo
en la callada bóveda infinita!

Y yo entonces de hinojos,
con qué profundo anhelo
no seguía sus ojos con mis ojos
hasta el último límite del cielo!

Al encenderse la primera estrella
tras el flotante, vaporoso prisma
de la bruma azulada,
¡cuántas veces también á orar por ella
no fuí con ella misma
ante la tumba de mi madre amada!

Mas ¡ay! en mi dolor terrible y hondo
no ví despuntar nunca los destellos
del sol de su razón allá en el fondo
del cielo triste de sus ojos bellos!

Era un pálido cisne de alas rotas
que alzaba el himno de la eterna calma
con las últimas notas
de la lira del alma.

¡Murió!
Y entonces se ofreció más bella
que el errante querube
que al dulce rayo de lejana estrella
se rinde al sueño sobre blanca nube!

Santiago de Chile.

PEDRO A. GONZÁLEZ.



A mi hermosa sultana he construído
un palacio de rimas,
en que brillan los záfiro de Persia,
las perlas ormutzinas.

Para sus pies de reina primorosos
la he construído, con versos,
mullida alfombra de colores vivos
y dibujos helenos.

Y con *lieders* un lecho la he formado,
de sándalo con oro,
que tiene el don de provocar los sueños,
los sueños voluptuosos.

Lima, Mayo de 1896.

CLEMENTE PALMA.



LA VEJEZ DE VENUS

Lloren los vientos en tus diáfanos tules,
 las brisas giman en tus hondos barrancos,
 ¡oh mar de Jonia de las aguas azules!
 ¡oh Paros, cuna de los mármoles blancos!

Venus la Olímpica, la inmortal de Citeres,
 la que perdíase en las sombras del monte
 cuando llamábala á los blandos placeres
 entre las rosas el cantar de Anacreonte,

Ya disipados sus antiguos amores
 como las brisas inconstantes y leves,
 jóvenes busca de su gracia cantores,
 suelto el cabello del color de las nieves.

Amó de joven á los viejos poetas,
 ciñó sus frentes de jazmines y nardos,
 y en el ocaso, cual rival de sus nietas,
 habla de amores á los núbiles bardos.

Montevideo.

VÍCTOR ARREGUINE.

CARTAS DE FUEGO

Cada vez que la inexperta joven recibía las cartas del audaz amador, la soberbia cegaba sus ojos, y sin leer las cláusulas fogosas, las pasaba á otras manos, más duras, que tenían autoridad sobre ella. Su pecho era tierno, como los tallos en flor, y el fuego no prendía. El corazón de los padres estaba frío por los años, y no era aquel hielo á propósito para avivar el fuego.

Pero el fuego deshíela; el fuego enardece; el fuego prepara las brasas para arder mejor.

Cada vez que la curiosa joven leía las cartas de su audaz amador, el orgullo hinchaba su pecho, y al compararse con el insistente mancebo, se juzgaba tan grande como pequeño á él. El fuego no prendía.

Pero el fuego derrite; el fuego enardece; el fuego prepara las brasas para arder mejor.

Cada vez que la vanidosa joven releía las cartas de su entusiasta amador, su pecho comenzaba á sentir la agitación de lo desconocido y el placer que la adulación provoca; su pecho era tierno, como los tallos en flor; tierno, y como tierno, sensible. El corazón de los padres estaba ya cansado; cansado, y como tal, perezoso para vigilar las astucias de la juventud.

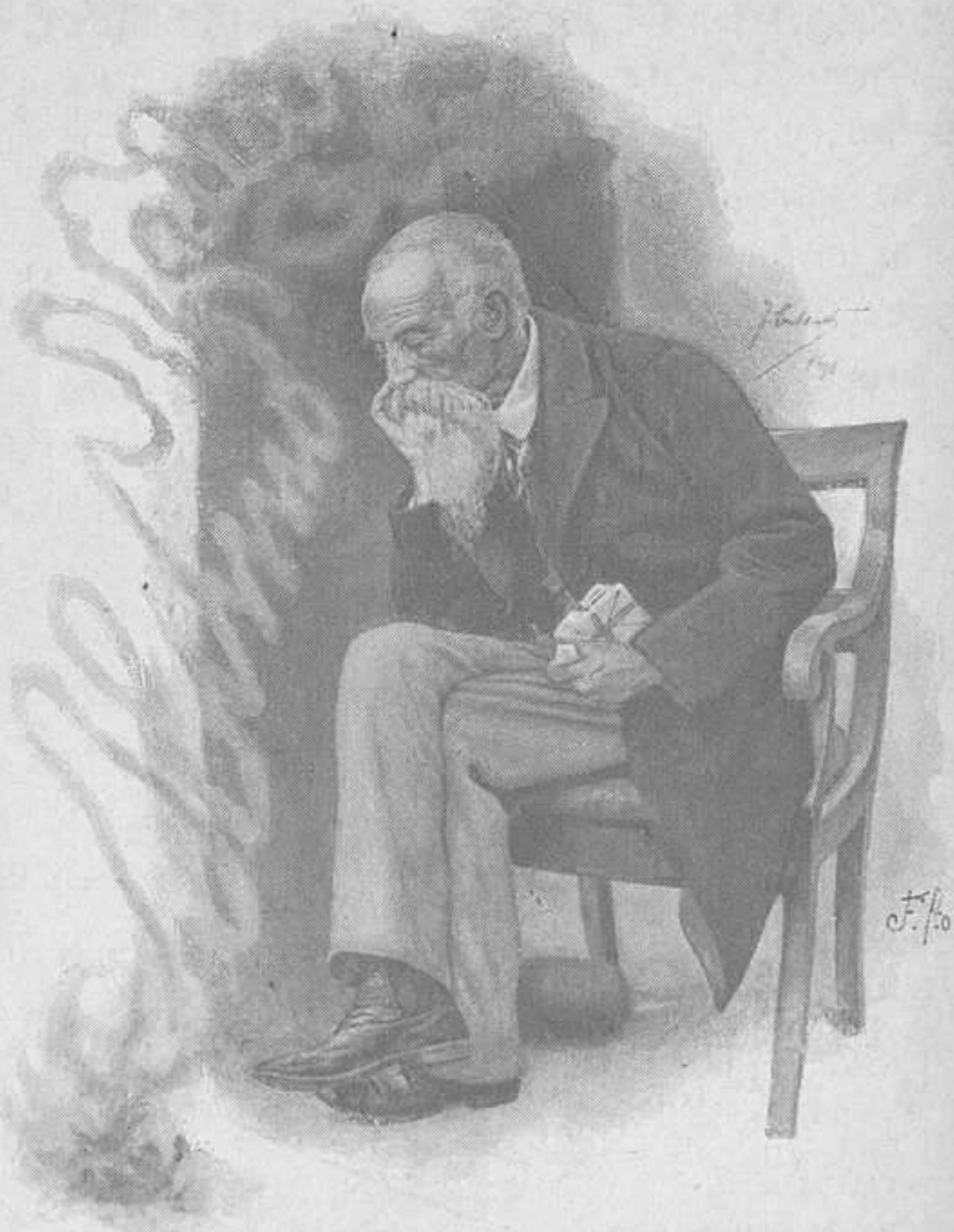
Mientras la inquieta joven recitaba las cartas de su deseado amador, todo su ser temblaba; presa del sentimiento enardecido, gozosa de hallarse amada: el fuego prendía.

Pero el fuego es fuerza, el fuego inflama; y allí donde llega la primera chispa, llega la llama que todo lo consume.

Cuando la atribulada joven escribía á su amante las cartas en que confiaba el secreto de su amor, la alcoba era ya pequeña para ella, rígida la mano de los padres, la voz del deber áspera y ruda: el fuego había prendido; había derretido la soberbia, inflamado la vanidad, impulsado el desliz...

Y cuando la olvidadiza joven abandonó el hogar furtivamente para buscar en el amor contrariado la soñada felicidad, diz que los sorprendidos padres sólo encontraron una carta con estas frases:

« El fuego derrite; el fuego enardece; el fuego prepara las brasas para arder mejor: el fuego del amor lo consume todo. »



FUEGO DE CARTAS

Mientras el viejo escéptico leía lo que la indiferencia le había escrito, faltó combustible á su hoguera; ó si queréis, á la hoguera de su vida, y como el frío entumecía sus miembros, tomando el paquete de cartas del mundo, dijo resueltamente:

« ¡Al fuego el mundo! »

Pero era, tan sólo, el mundo de las cartas.

La llama fué grande, pero débil, y el fuego se extinguía.

El viejo tomó las cartas de la amistad y las echó á la hoguera, exclamando:

« ¡Al fuego la amistad! »

Pero era, tan sólo, la amistad de las cartas.

Las llamas fueron vivas, pero aisladas: daban calor momentáneo; mas la hoguera se extinguía.

El viejo buscó las cartas de la familia, diciendo al arrojarlas:

« ¡Al fuego el cariño! »

Pero era, tan sólo, el cariño de las cartas.

Las llamas se dividieron: las unas repelían á las otras, y ellas solas se consumían sin que aprovecharan al viejo. Mientras tanto, la hoguera se extinguía.

Tomando, entonces, las cartas del amor, las arrojó diciendo:

« ¡Al fuego, al fuego el corazón y el sentimiento y la felicidad engañosa de la vida! »

Pero era, tan sólo, el corazón y el sentimiento y la felicidad de las cartas.

Las llamas fueron ruidosas, y parecieron inflamar hasta el aire mismo de la estancia; pero fué mayor la apariencia que los efectos, y la hoguera se extinguía.

Desesperado el viejo, echó, por fin, la copia de sus propias cartas, diciendo, como un agonizante:

« ¡Al fuego con mi conciencia! »

Pero era, tan sólo, la conciencia de sus cartas, y el fuego se apagó. En su lugar sólo quedó una columna de humo, que escribió en el aire, caprichosamente:

« Mundo, amistad... cariño... amor... conciencia... ¡Fuego que se apaga! ¡Humo! ¡Nada!

FRANCISCO COBOS.

Buenos Aires, 1896.





TUDO LO VENCE... EL AMOR

—Anda, Engracia, y dile á Bato, ya que el tal de mí se esconde, que como vuelva y te ronde, salgo á su encuentro y le mato.

Y que lo haré, resolute, y que estoy ya prevenido, y que me tiene aburrido, y que tu padre es muy bruto.

—Pues no iré, que no es de roca, y el pobre se va á morir...

—Bueno, ¿y qué?

—Y voy á sufrir...

—Mujer, y á tí, ¿qué te toca?

¡ni que fuera el condenado primo carnal... verbigracia! basta de palique, Engracia, y haz lo que yo te he mandado. Primero me come un lobo

que ser su suegro...

— ¡Ay de mí!

pero, ¿por qué?

— Porque sí,
y además, porque es muy bobo.

— Mas sus miras son honradas
y tal rigor no me explico;
bobo ó no bobo, es muy rico...
¡como que tiene majadas!

— ¡Si es tan rico!...

— No exagero.

— (¿Para qué mostrarme cruel?
siendo las *majadas* de él,
sería yo el *majadero*).

CASIMIRO PRIETO.



IMITACIONES DE LEOPARDI

I

EXPERIENCIA

¿Qué me decís? ¿Que al cielo la mirada
eleve yo, y á lo más alto aspire?
¿Y qué habrá en la región más elevada
que por doquiera en mi redor no mire?
¡Todo es lo mismo! ¡Mi ilusión dorada
para siempre perdí! No más delire,
buscando un ideal... ¡Sé, en mi hondo duelo,
que hasta en el lodo se refleja el cielo!

II

LA NUBE

No os hagáis ilusiones con la nube
que vaga leve en la celeste altura;
no penséis que es el ala de un querube
resplandeciente, inmaculada y pura.
Ella es sólo vapor que se alza y sube,
semejante á la nieve en su blancura,
del líquido cristal del río ufano
y del fondo del fétido pantano.

PLA.

PASIONARIA

Para calmar los ardores
de mi amante frenesí,
como viven en las flores
el aroma y los colores
quisiera vivir en tí.

Quisiera ser el alma de tu alma,
la esencia de tu vida.
Ser para tí lo que el calor al fuego,
lo que la luz al día.
Ser el cansancio que te rinde y postra;
ser el reposo que tu cuerpo anima;
ser tu mirada,
ser tu sonrisa,
ser el capricho
que te domina.

Quisiera ser tu mismo pensamiento;
la voluntad que tus acciones guía;
la fe que te conduce á los altares;
la risueña esperanza que acaricias;
ser el secreto que ocultas;
ser el aire que respiras;
ser el suspiro que exhalas;
la ilusión que te fascina.

Ser la idea que bulle en tu cerebro;
ser la luz que dilata tus pupilas;
ser tus pesares,
ser tus desdichas,
ser tus antojos,
ser tu alegría.

Ser la oración que murmuras;
la palabra que prodigas;
el amargor de tu llanto;
el latido de tus fibras;
ser el color de tu sangre
y el rubor de tus mejillas.

Quisiera ser el alma de tu alma
la esencia de tu vida.
Ser para tí lo que el calor al fuego,
lo que la luz al día.

ROBERTO DUPUY DE LÔME.

Nuestros colaboradores



Dr. D. Víctor Pérez Petit

DISTINGUIDO LITERATO URUGUAYO

HEROÍSMO

Á CARLOS MARTÍNEZ VIGIL



A cena había terminado. Horrorosa confusión reinaba sobre aquella mesa, que pocos momentos antes ofreciera á los comensales de Roberto los más exquisitos manjares y los licores más finos. La luz de la araña central, apenas mitigada por los labrados globos color de rosa, se tendía perezosa sobre aquel inmenso derrumbe. Una gran compotera de cristal, sustentada por dos cariátides de prominente seno y des-

bordantes caderas, ofrecía aún algunas frutas glaciadas con las aristas del azúcar. En dos grandes floreros de China, artísticamente esmaltados, las flores más lujuriosas, vestidas con túnicas de luces multicolores, exhalaban muriendo sus últimos perfumes. Un gran vaso de plata, maravilla de cincel, descansaba en el centro de la mesa, vacío ya del ponche que contuviera, irradiando sus reflejos metálicos con claridades de luna entre copas de cristal de Bohemia y porcelanas de viejo Sèvres.

Las risas se apagaban mientras las conversaciones corrían por parejas, reuniendo las personas en grupos, á veces formando un dúo sencillamente. Los hombres habían encendido los habanos. Las mujeres, reclinadas contra el respaldo de sus asientos, respondían con perezosa languidez, los ojos un poco entrecerrados, á las cuestiones formuladas por sus galanes. Lulú, bastante fastidiada, había pedido más *chartreuse*.

De pronto, Renato se volvió hacia Nina, que bostezaba coquetamente á su lado, y le dijo:

—¿Cuál te parece á tí el mayor heroísmo?

La linda joven volvió á su amigo los hermosos ojos, y sesgados sus labios por el picor de una sonrisa burlona, dijo con una pereza inimitable:

—Estar á tu lado y no caerse de sueño.

Aquí y allá, como burbujas de *champagne*, brotaron alegres risas. Arturo, que murmuraba no sé qué historia al oído de Violeta, apoyó el codo sobre la mesa y gritó á la preciosa Nina al través del jolgorio:

—¡Admirable, mi hada azul! Te has ganado mi yunta inglesa.

—¿Cuándo la mando buscar? interrogó fríamente la linda joven mientras mojaba sus labios en el oro líquido de su copa de *chartreuse*.

—Ahora mismo, si quieres.

Renato murmuró entonces:

—Ya sé cuál es el mayor heroísmo.

—¿Cuál?

—El de Arturo. Acabá de partirse el corazón haciendo ese regalo, y sólo por parecer generoso.

—No es ese, sin embargo, el mayor heroísmo, dijo de pronto Lisa.

Todos volvieron el rostro hacia la encantadora mujercita. Sus ojos arrojaban chispitas de luz. Sus labios, cargados de sonrisas, temblaban ligeramente. Extrajo aún dos largas humadas de su cigarrillo que le formaron en torno de la cabeza como una aureola, y mientras rompía al descuido un finísimo vaso de cristal azul cielo golpeándolo con un cuchillito veneciano, dijo:

—El verdadero heroísmo es pretender averiguar cuál es el mayor heroísmo.

Renato tuvo para ella una inclinación de cabeza amabilísima, y replicó:

—Gracias, querida niña. El mayor heroísmo es el de verte sin amarte.

—¡Adulón! ¡Qué feo vicio!

—¿Crees que miento?

—No; dices verdad, pero una verdad que adula.

—¡Caramba! prorrumpió Alfredo; ¿sabes, Lisa, que estás hoy oportunísima?

—¿Hoy?... ¡Impertinente!

— Muchas gracias.

— Las tengo de sobra; guárdatelas tú, que te hacen falta.

— ¡Hombre! exclamó Raúl, que había visto aquellos breves relámpagos cruzar al través de las flores y la argentería, ¿saben ustedes que es magnífica esa idea de averiguar cuál es el mayor heroísmo?

— Pues resuelve tú el problema, le dijo Nina con aquella su vocecita burlona que parecía un hilo de perlas desgranándose.

— Tiento la prueba. El mayor heroísmo, adorables señoras mías...

— ¡Uf! ¡Qué fea manera de hablar!

— Parece usted un orador de café...

— O un poeta cursi y feo y tonto y...

— ¡Que se calle inmediatamente!

— ¡Nos ha llamado señoras! exclamó Violeta, profundamente consternada.

Las voces se alzaron un momento formando confusa algarrabía. Hubo enérgicas protestas; risas húmedas por el *champagne*; admiraciones frenéticas que desmayaron muy luego entre las flores de pétalos aterciopelados. Hasta las luces tuvieron un leve parpadeo que ahuecó las sombras de los rincones.

— Yo creo, murmuró Teodoro, así que el silencio se restableció un poco, que el mayor heroísmo es el de Leónidas en Constantinopla...

— ¡Asesino! aulló Roberto, encarándose á aquél.

— ¡Que lo fusilen!

— ¡Que lo descuarticen por zángano!

— Véte á la escuela, hijo.

— ¿Acaso sabes tú más historia?...

— ¡Pse!...

— A ver, á ver... Haz una cita...

— Bruto matando á sus hijos...

— ¡Bah! Brutos como ése se ven todos los días.

— ¡A la calle!

— ¡Está malo!

- ¡Que baile!
- ¡Una cita, señores, y me rindo!
- Allá vá: Aníbal cruzando los Alpes.
- Yo tengo otra: Napoleón en Arcole.
- Y yo: Alejandro bebiendo el líquido que le daba su médico, cuando todos le decían que estaba envenenado.
- Régulo.
- José huyendo de la mujer de Putifar.
- Los diez trabajos de Hércules.
- Job pasándose siete días y siete noches sin decir esta boca es mía.
- Alejandro cediendo á Apeles su querida Campaspe.
- Hacer la noche de San Bartolomé.
- Nerón matando á su madre Agripina.
- ¡Basta, por piedad! rugió Teodoro, tratando de hacerse oír entre aquellas vociferaciones que todos derramaban sobre él despiadadamente.

Nadie le oyó. El vendabal de los siglos parecía haberse desatado y convulsionar á aquellos jóvenes. Los ojos arrojaban saetas; las lenguas vibraban locas; el cerebro ardía como poco antes el ponche en el vaso de plata. Y todos, arrastrados por un deseo imperioso de gritar, que latigueaba sus nervios y encendía corrientes de llamas en sus venas, decían al mismo tiempo, en coro descabalado, formando una baránda histérica, engarzando una frase en otra:

— Cayo Graco en el Aventino.— Cleopatra haciéndose morder por un áspid.— Prometeo encadenado al Cáucaso.— Colón marchando á lo desconocido.— Lutero concurriendo á la dieta de Worms.— Justiniano casándose con Teodora.— Carlos I de Inglaterra dejándose cortar la cabeza por Cromwell.— Felipe II diciendo que mataría á su propio hijo si fuera hereje.— Masaniello.— Los cruzados marchando á pie, como bestias.— Sardanápalo y su epitafio.— Alcibíades cortándole la cola á su perro.— Macrón ahogando á Tiberio.— Solimán en la toma de Zigeth.— Epaminondas en Leutres.— El mago Esmerdis suplantando al hermano de Cambises.— El sol de Austerlitz...

— ¡Silencio, energúmenos! vociferó Teodoro, casi destrozado por aquella avalancha.

Todos callaron repentinamente, fatigados, vacío el cerebro, con la respiración anhelante. Entretanto, las hermosísimas mujeres dormían plácidamente, arrulladas por aquel rodar tumultuoso de las edades históricas. El sueño que pesa sobre los pueblos y humanidades desaparecidos parecía rendir sus párpados y dormirlas á ellas también.

— ¡Imbéciles! murmuró Teodoro, por toda venganza.

Lulú despertó entonces, y húmedos aún los divinos ojos por el rocío del sueño, dijo perezosamente:

— ¿En qué quedamos?

— No hemos resuelto el problema...

Las demás hermosísimas mujeres despertaban poco á poco. Violeta sonreía, pero sus ojos continuaban obstinadamente cerrados.

Rodolfo mandó traer más *champagne*. Otra vez las risas encendieron auroras en todos los rostros, y volaron luego bajo la dulcísima claridad que filtraba al través de los globos de cristal color de rosa. Los genios invisibles del *champagne* retozaban en las copas levantando un mar de espuma chisporroteante. Las flores languidecían aún más, embriagándose con sus propios perfumes.

Raúl quiso despertar á Violeta, y la besó en los labios.

— He ahí un acto heroico, exclamó Nina. La encantadora Violeta odia al pobre Raúl, y por no dar su brazo á torcer, sufre pacientemente esos besos que detesta.

— ¿Hablas en serio? preguntó el joven.

— ¿Lo dudas? Le eres á ella tan indiferente como á tu amiga Lisa.

Y en efecto, Lisa oía, casi con rubores, una historieta que Claudio murmuraba á su oído, sin preocuparse de su amante. Éste, muy disgustado, hizo que despertaba á Violeta.

— ¿Ha dormido usted bien?

— Mal, muy mal, replicó la bonita mujer, bostezando con la voluptuosidad de una gatita; he tenido pesadillas horribles.

Veíame en un comedor, después de una cena excelente, rodeada por unos cuantos jóvenes imbéciles...

— ¡Bah! murmuró Renato, eso es un sueño...

— ¿No gusta? Tanto peor. Contaré otra de mis pesadillas. Veía un feo gusano que me besaba en los labios...

— También eso es un sueño, exclamó Raúl.

— Pero, ¿y el acto más heroico no se ha averiguado? preguntó alguien.

— Yo lo citaré, dijo Violeta.

Todos se inclinaron para oirla. Lisa, á quien Claudio terminara ya el cuento, apoyó ambos codos sobre la mesa, y se dispuso á oír con toda el alma. Violeta se había dirigido á Renato y le hablaba en voz baja, esperando que se hiciera silencio. En cuanto á la pequeña Lulú, dedicaba toda su atención á un ánfora escultural tallada en bronce con filigranas sobredoradas representando aligustres, y en cuyo redondeado vientre desplegaba sus ondulantes alas una hermosísima cigüeña en relieve. Su mano pequeñita, de un esmalte lechoso, jugaba con un platillo de transparente porcelana floreado de crisantemas.

— Conozco yo una niña, empezó Violeta, que vivía locamente enamorada de un lindísimo joven. Ella era hermosísima, como uno de esos ensueños místicos que bajan en un chorro de luz en medio á la callada soledad de los templos. Él era un hombre gallardo, fuerte, de rostro sereno y varonil. Ella sabía que él no había amado nunca, si bien había tenido muchísimas amantes. Decíase por doquier que un amor no vivía en su pecho más de un día; que los pesados dedos del olvido borraban en su corazón los nombres de mujeres amadas, como las sombras impalpables de la noche diluyen y borran poco á poco la imagen de los objetos. Pues bien; la joven de mi cuento, adorando como adoraba á aquel hombre, pretendía que su amor fuera eterno. ¿Qué hacer? Si le entregaba su cariño sería feliz un día, pero no más. Entonces recurrió á un acto verdaderamente heroico.

Todos escuchaban religiosamente. Allá, sobre la límpida luna de Venecia, veíase á Violeta accionar con calma, toda

llena de dulzura y poesía. Sus ojos tenían destellos vívidos que se enhebraban, á veces, entre las pestañas y palpitaban en ellas como gotas de luz. En sus labios finos y rojos, la sangre tropical de la mujer ponía un nidal de apasionados besos. Su busto, de curvas majestuosas y líneas serenísimas, se destacaba soberbio, coronándose altivo con la majestad del pecho saliente, poderoso, y que á su vez, iba á morir en aquella garganta donde corrían reflejos y claridades de mármol ateniense.

—Entregóse la niña de mi cuento al amante que adoraba, prosiguió Violeta, y, con inmensa admiración de él, ella permaneció insensible á sus arrebatadoras caricias. Ninguna sensación, ni un suspiro, ni el apresuramiento de los latidos del corazón, ni la sangre que alborea en el rostro indicaron al amado joven que la niña había encontrado la dicha suprema entre sus brazos. Estaba fría, serena, tranquila, mirándole con sus grandes y rasgados ojos negros, sonriendo apenas con plácida quietud. Él se quedó extático, alelado, sin una frase que murmurar. ¡Cómo! ¿Él no había logrado conmover á aquella hermosísima joven llena de vida, apasionada, sedienta de amor? ¿Él no había logrado hacer palidecer aquellas sienes de nácar, ni encender con tonos de púrpura aquellas mejillas de nieve, ni reclinar aquellos párpados queridos al peso de una soñolencia dulcísima, ni apresurar los latidos de aquel corazón con las palpitaciones tibias de un pajarillo prisionero? Veíala allí fría, tranquila, como esperando aún el beso supremo de Cupido, la comunión misteriosa de dos almas, la revelación idolatrada de una sensación extraña y poderosa, y estaba serena, mirándole con sus ojos límpidos, donde los astros habían puesto algo de su resplandor eterno.

Sus cabellos en desorden, tejían sobre la almohada de nieve delicados y exóticos caprichos, flores de azabache con reflejos metálicos, ondas fugitivas de contornos imposibles. Sus dos senos alabastrinos, brotando entre la nivea lencería, parecían dos globos que una extraña luz interior iluminara con resplandores de luna. Su brazo izquierdo, coquetamente doblado, mientras la mano diminuta sostenía aquella adorable

cabeza, parecía el ala de un ave que duerme sobre ella. Y allá, entre el oleaje de las revueltas mantas carmesíes, sus formas se adivinaban puras, majestuosas, con ondulaciones provocativas y rápidas huídas entre pliegues caprichosos.

¡Ah! ¡El pobre mancebo estaba vencido! Una y otra vez tomó entre sus brazos á la querida niña, llenándola de arrebatadoras caricias, sellando sus labios á sus labios, comunicándole su amor y su fiebre: ¡todo era en vano! Galatea no revivía bajo los besos de Pigmalión. Y él, entonces, desesperado, herido en lo más íntimo de su amor propio, juróse no abandonar á aquella hada de mármol, que parecía rechazar la rebotante copa del placer que él la ofrecía. ¡El pobre galán estaba vencido!

Un gran silencio reinaba en el amplio salón. Las bellas mujeres oían tranquilamente, entrecerrados los párpados como si siguieran en sueños el vuelo perezoso de sus recuerdos. Los hombres, extáticos, escuchaban la bonita charla de Violeta, profundamente encantados. Ella prosiguió, bajando la voz como el creyente que se aproxima al altar sagrado:

—La encantadora mujercita de mi cuento no había sido indiferente á las amabilidades del apasionado joven. Sus besos le habían abierto las puertas del Edén,—su amor le había hecho sentir todos los inefables goces del amor. Pero ella, con voluntad férrea, había detenido los latidos del corazón y acallado la sangre que en tropel subía á las mejillas; y había puesto toda su alma en parecer indiferente, y conservar sus ojos sin una niebla de placer, y destruir en su garganta el suspiro y el grito de amor que la sacudía interiormente con vibraciones de cristal. Su ser todo había respondido al reclamo de su amante; su sangre se había quemado en el mismo fuego que consumía la de él; sus ideas se habían adormecido bajo el éxtasis divino de la misma sensación; los músculos de sus marmóreos miembros tuvieron la impulsión inicial de coger aquel otro ser querido y estrecharlo contra sí, con furia, con delirio, con inmensa pasión, para aniquilarse, destruirse, sepultarse en él, locamente, con verdadero frenesí. Pero ella, la amante niña, había muerto todas

esas manifestaciones y había ocultado su placer en quién sabe qué apartado rincón de su alma. Y por este medio terrible, por este sacrificio gigante, por esta victoria lograda contra todas las leyes fisiológicas, la encantadora mujercita de mi cuento pudo conservar al amante que no daba á sus amores más que un día de vida.

—¡Imposible! clamaron todos los oyentes.

—¿Qué es imposible? contestó Violeta, con irónica sonrisa. Y si yo os dijera el nombre de esa mujer, ¿qué diríais?

—La proclamaríamos la diosa inmortal que ha realizado el hecho más heroico.

Entonces Violeta se volvió hacia su amiguita Lulú, sosteniendo en la diestra la copa de *champagne* que ardía bajo los rayos centelleantes de la araña central como un joyel de pedrería, y le dijo brevemente:

—¿Digo el nombre de la linda pecadora?

—¡Oh, no, no! ¡por Dios! murmuró la querida niña.

Y en sus ojos, modestamente fijos en el ánfora escultural tallada en bronce con filigranas representando tallos de ali-gustre y en cuyo redondeado vientre desplegaba sus rizadas alas una hermosísima cigüeña en relieve, en esos sus ojos divinos hubo un breve relámpago de temor, mientras sus mejillas se rielaban con el más leve tono de púrpura y su mano pequeñita, de un esmalte lechoso, rompía con movimiento nervioso é involuntario el platillo de transparente porcelana floreado de crisantemas.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

Montevideo.

EPIGRAMA

—El que inventó el alfabeto,
me decía Paco, ayer,
¡vive Dios! que probó ser
hombre por demás discreto,
pues nadie me negará
que nos divierte el zulú
sí, como la doble *w*,
inventa la doble *k*.



EL SABIO Y EL LOCO

BALADA DE APELES MESTRES

Dos torres tiene el castillo,
cual centinelas alertas,
á mano derecha la una

y la otra á la mano izquierda.
Ésta es la torre del Loco,
la torre del Sabio aquélla.

Un huésped habita la una,
que es doctor en toda ciencia
y en todas las artes maestro;
el curso de las estrellas
y del pecho los latidos
lee con igual destreza,
y conoce las virtudes
de plantas, fuentes y piedras;
no oculta misterio alguno
para él la Naturaleza;
para él futuro y pasado
enigma ninguno encierran.

Un loco la torre habita
que se encuentra á mano izquierda.
Su cabeza desjuiciada
es más vacía y más hueca
que los cascabeles que ornan
su capuchón de estameña
de innumerables colores.
Tan necio es que ni siquiera
comprende que nada sabe.
Reír es toda su ciencia
y ríe de todo y todos,
pues es lo único á que acierta.

Cada día, cuando el alba,
en el Oriente se muestra
inflamando el horizonte,
en su ventana se deja
ver el Sabio; mira al cielo,
las rodillas hinca en tierra,
y al sol en voz conmovida
fervientes himnos eleva.

Cada día, cuando el alba,
en el Oriente se muestra,
sale á su ventana el Loco;
mira á derecha y á izquierda,
sacude sus cascabeles,
y estallando en risa hueca
hace un palmo de narices
al mundo que le rodea.

J. T. MERA.

EL ASNO DE SILENO



QUÉL en sus cantares
las risas y los besos
celebra, ponderando
del amor los tormentos;
éste ensalza los héroes...
yo, que no los encuentro,
cantaré la paciencia
del asno de Sileno.

Los traviesos muchachos,
en sus alegres juegos,
con guirnaldas de flores
enlazan al jumento:
suben, bajan, le muelen,
y le acarician luego,
y es su paciente amigo
el asno de Sileno.

¡Quién alabar pudiera
su venerando aspecto,
su gravedad perpetua,
su inalterable genio!
Filósofo del bosque,
ni el popular estruendo
altera las facciones
del asno de Sileno.

Como él también caminan
algunos pobres pueblos,
como él la carga llevan
en perpetuo silencio,
sirviendo á las pasiones
de despóticos dueños,
parecidos en todo
al asno de Sileno.

Unos por fuerza, y otros
más sagaces y diestros,
con popular estilo
y con afable gesto
agarran, calladitos,
la punta del cabestro,
y suben á la espalda
del asno de Sileno.

Cuando en los más briosos
y magnánimos pechos
por grados se ha extinguido
el patriótico fuego;
cuando quietud dichosa
llaman el desaliento,
¿quién no se acuerda entonces
del asno de Sileno?

Paso entre paso marcha
del rudo azote al eco,
la carga es bien pesada
y su cuerpo muy viejo.
No hay piedad, y zumbando
el látigo severo,
aligera la marcha
del asno de Sileno.

Llegan á la posada
cuando el sol ya se ha puesto.
El amo en ancha copa
brinda, y bebe risueño;
y á un árbol amarrado,
gran padre del desierto,
ayunando, rebuzna
el asno de Sileno.

JUAN FRANCISCO ORTIZ.

Bogotá.

— DIC —

¡LA VIDA!

Corre la vida el manantial fecundo
diques rompiendo con afán vehemente,
y sigue impetuoso su corriente
dejando en pos de sí cauce profundo.

Bulle, salta, revuélvese iracundo
de una ilusión en pos de la vertiente;
si toca en la esperanza, es un torrente
que como roto mar inunda el mundo.

Mas al llegar á la quemada arena
del desengaño, estáncase al momento;
y aunque de reventar procura modo,

Tras una nube de quebranto y pena
sopla de la verdad el rudo viento;
su esencia se evapora, y queda el lodo!...

Buenos Aires.

FRANCISCO ORTIZ.



D. Ernesto de la Cárcova

DISTINGUIDO PINTOR ARGENTINO

ARTISTAS ARGENTINOS

DE LA CÁRCOVA

He aquí una joven alma del más bello oriente artístico. Probada está su calidad por la resistencia, y la continuación de su labor, en viaje á un ideal, en medio de las turbas de mercaderes, de los cenáculos prácticos, de las victorias del yankismo en la magnífica ciudad de Buenos Aires, la más grande de lengua castellana. ¡Dios mío! habría sido muy fácil para un hombre como éste, entrar en el universal movimiento que produce las pingües ganancias de Bolsa, los lujos de Palermo y las empingorotadas situaciones. Habría sido así de su tiempo, de su país, de su ciudad. Ha preferido todo lo contrario; y si vende sus cuadros, es porque desde que los poetas, los artistas, no son millonarios, y las nueve musas necesitan ser alimentadas y elegantemente presentadas, Apolo ha permitido en sus dominios el libre ejercicio del comercio. Si ello no aconteciese de ese modo, Cárcova,—que adora á Gustavo Moreau,—se consagraría á su obra de trabajador del espíritu, en la Sede del Arte Severo y del Silencio, según la palabra dannunziana.

* * *

Concertadme estas medidas: hay en Ernesto de la Cárcova un dandy y un socialista. Su dandismo me lo explico por la pasión por lo suntuoso y bello: la decoración personal debía estar á mi entender considerada como una de las Bellas Artes. Su socialismo, revelado por la tela vigorosa y valiente *Sin pan y sin trabajo*, tiene por origen,—así como en el caso del poeta Lugones,—el odio innato en todo intelectual al entronizamiento del mercantilismo imbécil, del gordo becerro burgués, fatal á los espíritus de poesía y de ensueño.

Y que él es un espíritu de poesía y de ensueño, conócelo quien ha podido observar las manifestaciones de su pensamiento en las intimidades de una amistad de artistas. Le he

visto en su taller, sonriente y siempre bondadoso, rodeado de sus discípulos; ó en la escuela de Bellas Artes, de noche, con sus alumnas silenciosas; ó en las reuniones del Ateneo. Hay en sus ojos, á la continua, un rayo de entusiasmo para toda idea bella, para todo brillante proyecto; como todo talento que se conoce, tiene el respeto del talento ajeno. Concibe el Arte en su valor soberano; sueña en tiempos mejores; no se desalienta en el helado ambiente capitolino; cree en el porvenir. Éste ciertamente preséntasele favorable, pues quien á su edad es en su país un *jeune maître* de reconocido valor, tiene delante de sí mucho que conquistar todavía.

¿Su vida? Por el año de 1885, después de que se hizo constar en un diploma que el joven de la Cárcova estaba saturado de todos los componentes que convierten á uno en bachiller, él se despertó una mañana al agradable roce del «velo de la Reina Mab.» La madrina de las hadas le dijo de la siguiente manera: «No me negarás, mi querido bachiller, que la luz es un tesoro divino, el color un don celeste y el pincel un ilustre instrumento. Los libros te podrán todavía hacer doctor; pero el iris y la adoración de las visiones prestigiosas te tornarán un artista. Ya debes sospechar cuáles son los penosos inconvenientes que atraviesan los que así se llaman. Pero yo les gratifico con mi amistad, les aliento en sus luchas y les envuelvo en mi velo cariñoso, azul y sutil.» El joven le contestó que de mil amores renunciaba á las cosas universitarias y doctorales, y que para demostrarle su afecto ya probado en los garabatos y caricaturas con que maculara sus primeros libros de estudio, entraría inmediatamente á aprender dibujo á la Sociedad bonaerense de Bellas Artes. Y hele allí, en sus primeros pasos hacia el deseado verde laurel!

* * *

Un bravo señor Romero, profesor suyo, le dió á entender que en su país no aprendería gran cosa: «A Italia, amigo mío.» Y allá va Cárcova, sediento de sol italiano, hambriento

de azul italiano, á beber sol y comer azul en la insigne ciudad de Turín. Allí, en dos años de Academia, aprendió el manejo del «instrumento;» para poder decir en sus cuadros sus ideas de luz, estudió la gramática y la retórica de los artistas plásticos, se impregnó de Academia; y tan académico fué, que en los dos últimos períodos de sus estudios se ganó dos medallas de oro, dos primeros premios.

Su deseo era ir á Roma y á Roma fué, no sin antes detenerse en Florencia. «Allí,—me ha dicho Cárcova,— lo greco-romano y la obra del Renacimiento comenzaron á apartar mi alma del academismo limitado de la enseñanza oficial.» ¡Oh, qué lejos estaba todavía el admirador de Schneider!

Ya en Roma, logra la amistad y los consejos de un gran artista, el pintor Mancini, un revolucionario, ese pintor! Él y el piemontés Grosso hacen en la cabeza del argentino despertar una comprensión nueva de la pintura. A ellos confiesa Cárcova que debe las cualidades que distinguen á sus obras.

Turín, perfectamente; pero después, Florencia; Florencia, perfectamente; pero después, Roma; Roma, perfectamente; pero después, París. ¡Pues á París! Y allí está ya en París, el argentino, cegado de revelaciones milagrosas del arte universal y eterno; abrumado de visiones maravillosas y sintiendo en su espíritu el nacimiento de nuevos ensueños. Volvió á Roma con ansias del retorno á Francia. Trabajó, expuso, tuvo compradores. El rey Umberto fué uno de ellos. Y volvió á París. Pero entonces el hada fea, que se interpone siempre en el camino de los amigos de Mab, no le dejó permanecer viviendo la vida parisiense. Por varios motivos tuvo que regresar á su país.

«¡Puede que haya sido una fortuna! dice el excelente Cárcova; pues me queda la ilusión de *haber podido hacer algo...*»

* * *

Ya en Buenos Aires, en donde los artistas no son coronados de rosas, como es bien sabido, prosiguió su labor, haciendo algo el oficio y no desamparando el sacerdocio. Ha expuesto con éxito; tiene discípulos, entre los cuales algunos

de verdadero mérito, como Ripamonti. Sonríe constantemente á un futuro hermoso: tiene la salvadora virtud de la Fe y la divina gracia de la Esperanza.

Su criterio es amplio y de lejana vista. Admirá á los artistas del renacimiento moderno,—tiene en gran veneración á simbolistas y místicos,—Redón, Tooroop, Denise; conoce á Max Klinger; y sobre todos, saluda como á un grande entre los grandes al formidable Schneider.

Pero esta es veneración hasta ahora ideal. No se ha atrevido, y ha hecho muy bien, á entrar en vías semejantes en un público en donde cualquier ignorado idiota se cree autorizado para expeler sus más excrementales ineptias sobre el Arte sagrado, desde el momento en que se pronuncia la palabra «simbolista» ó «decadente.» Para pintura simbolista, guárdese Cárcova! Si puede ir á luchar á un campo en que haya elementos de acción propicios á sus sueños, váyase en buena hora.

Pero, en todas partes, y este es el premio único de los espíritus como el suyo, sepa que tendrá el aplauso sincero de los que saben reconocer á los verdaderos intelectuales, y aplaudir á los honrados y bravos trabajadores.

RUBÉN DARÍO.

Buenos Aires, Junio de 1896.

Á ZOILO

Aunque me veas así
de burdo paño vestido,
llevo en mi ser escondido
lo que te hace falta á tí.

Anoche, cuando te ví,
—proletario del sentido,—
tanta lástima he tenido
que de lástima me fuí.

Tú, personaje de feria,
que en la más negra miseria
de talento vivirás,
sabe, opulento mendigo,
que comparado contigo
aun desnudo valgo más.

Buenos Aires.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

EL JUICIO DE PARIS



—Dí con franqueza, Isidoro:
á vernos Paris un día,
¿á cuál de las tres habría
dado la manzana de oro?

—Que hubiera sido, malicio,
imposible *juicio* tal,
porque á veros, por su mal,
se queda, Paris, sin juicio.

EPIGRAMA

—¿Tan mal examen te dió
de geografía, Ruperto?
—Aún á saber no llegó
ni dónde se halla el *mar muerto*...
ni el año en que falleció.

TRES AMANTES

I

—¿Quién eres?— Un guerrero. Mi espada vencedora
 cien pueblos ha ganado.
 Cuentan que no hay espejo más noble, mi señora,
 que el peto del soldado.
 Creí ser indomable. ¡Mentira! Tu hermosura
 mi altiva frente humilla;
 el paladín hercúleo de bélica armadura
 temblando se arrodilla.
 —¡Aparta! No me sirven, guerrero, tus laureles!
 Busco mejor vasallo;
 no estorbes mi camino; apártate, que hueles
 á crines de caballo!

II

—Señora, soy el bardo. Poder ninguno iguala
 al noble poder mío.
 Esmaltan las estrellas las plumas de mi ala
 cual gotas de rocío.
 En mí reside y obra la potestad que crea
 espíritus y mundos;
 no hay águila que vuele más alto que mi idea,
 ni abismos más profundos!
 Yo haré de tu belleza, la estatua de alabastro,
 la Venus victoriosa!
 De tu palabra el canto, de tu mirada el astro,
 de la mujer, la diosa!
 Como diamantes sueltos, en tus cabellos rubios
 titilarán luceros,
 y te daré por siervos, en vez de esclavos nubios,
 los siglos venideros!
 —¡Aparta! No con trovas ni voces de profeta
 molestes más mi oído;
 desprecio tus amores; apártate, poeta!
 ¡Remienda tu vestido!

III

—¿Quién eres?— El que mancha las almas y el que roba
 la honra y el decoro;
 la cinta de tu veste, la llave de tu alcoba,
 ¡el oro... soy el oro!
 El viejo lujurioso que por la puerta espía
 el baño de Susana;

la Celestina ronca, la repugnante arpía
 que ofrece cortesana.
 'Te espero. Yo soy Fausto. Como antes Margarita,
 del templo también sales:
 me acerco y en tu oído, que trémulo palpita,
 murmuro: ¿cuánto vales?
 Siebel enamorado te aguarda con un ramo
 para adornar tu pecho...
 ¿Qué importa? Seré siempre para tu alma el amo;
 para tu cuerpo, el lecho!
 Tu castidad es cirio, respeto de los buenos
 que yo al pasar apago;
 de mármol son tus brazos, de mármol son tus senos...
 No importa; yo los pago!
 Comercia con tus gracias, trafica tus hechizos
 y vende cuánto puedas.
 Si amante me recibes, el oro de tus rizos
 convertiré en monedas!
 Se acerca el que esperabas. Entre mis áureos brazos
 todo placer se encuentra...

IV

La joven desanuda de su corsé los lazos,
 y dice al crimen: ¡Entra!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

Méjico.

EL ARTISTA Á LA NATURALEZA

¡Oh grande, oh misteriosa Madre mía!
 en tus senos ignotos y profundos
 combinando tus gérmenes fecundos,
 mi ser brotaste á la región del día;

Y reflejó mi ardiente fantasía
 tu etéreo azul, tus siderales mundos,
 excelsos montes, mares iracundos...
 del infinito Cosmos la armonía!

Mientras del vulgo humano las legiones
 insaciables te arrancan tu riqueza,
 con creces te devuelvo yo tus dones:

¡Me diste un frágil ser, Naturaleza,
 y en mármol, lienzos, notas ó canciones,
 yo eternizo tu efímera belleza!

Guayaquil.

NUMA POMPILIO LLONA.



SOLEDAD

Estanque solitario
de agua dormida
que entre el marco de flores
de tus orillas,
limpio y sereno,
como en las almas puras,
se copia el cielo;

Sendero misterioso
por cuyas cercas
se entretejen las rosas
y las mosquetas,
y en cuyo césped
ríen las margaritas
y los claveles;

Alameda que al viento
vibras sonora
con rumores y cantos
de arpas eolias,
y el sueño arrullas
del verano en las claras
noches de luna;

Agua que cuesta abajo
vas á un molino
por el angosto cauce
de un canalizo,
y al fin te estrellas

rota en esplendoroso
salto de perlas;
Balcón que en las divinas
tardes de Octubre
cuelgas entre tus hierros
flores azules,
y ves en torno
cómo se cuaja el campo
de espigas de oro;
Alcoba de rosadas
tenues penumbras
llenas del dulce encanto
de su hermosura
y aun del misterio
que derraman en torno
sus ojos negros...
Por más que de esplendores
y de sonrisas,
de arrullos, de perfumes
y de armonías
llenéis el aire
y deis á estos verjeles
mayor realce;
¡Ya sólo su recuerdo
vive en vosotros!
¡Ya quedó vuestro encanto
deshecho y roto!
¡Ya todo os falta!
¡ella! ¡el amor, la vida,
la luz, el alma!...

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, Abril de 1896.



DICCIONARIO
GEOGRÁFICO ARGENTINO

POR
Francisco Latzina

SEGUNDA EDICIÓN

MAGNÍFICAMENTE ILUSTRADA CON MÁS DE 80 VISTAS DE LA REPÚBLICA
ARGENTINA

Contiene más de 22,000 descripciones y cinco apéndices estadísticos

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La importante obra DICCIONARIO GEOGRÁFICO ARGENTINO se publica por cuadernos de ocho entregas de cuatro páginas en folio, magníficamente impresas en papel glaseado, tipos nuevos y elegantes, y va adornada con preciosos grabados intercalados en el texto, y un magnífico mapa de la República Argentina.

Cada semana se reparte un cuaderno de ocho entregas con toda puntualidad.

Toda la obra consta de unos 25 cuadernos.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

BUENOS AIRES

Librería de **EL SIGLO ILUSTRADO**
CERRITO, 170 y 174

MIGNON

ó

EL AMOR VIRGEN

POR

D. Pedro Huberto de Castrollano

NOVELA INSPIRADA EN UNA DE LAS MÁS CÉLEBRES OBRAS DEL INMORTAL GOETHE

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ILUSTRADA CON RICAS LÁMINAS AL CROMO

Se reparte por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas, en 4.º pro-
longado.

GRAN CENTRO DE PUBLICACIONES

LIBRERÍA

PAPELERÍA Y EFECTOS DE ESCRITORIO

◆ VENTAS POR MAYOR Y MENOR ◆

TALLER DE ENCUADERNACIÓN

EL SIGLO ILUSTRADO

CASA EDITORA

DE

RAMÓN ESPASA

ESPECIALIDAD EN OBRAS LITERARIAS

158 Á 174, CERRITO, 158 Á 174

◆◆◆
CASILLA CORREO, 694

■ Unión telefónica, 3388 ■

BUENOS AIRES

FOTOGRAFÍA

FREITAS Y CASTILLO



◆ 356, FLORIDA, 356 ◆

BUENOS AIRES

ESPASA Y GUILIVART

BUENOS AIRES

DESPACHO:

CALLE CERRITO, N.º 130

DEPÓSITO:

CALLE VICTORIA, N.º 2772

VITINOS PUTEROS

DEL

PRIORATO Y ARAGÓN

SERVICIO ESMERADO DE LOS MÁS RICOS VINOS DE LAS INDICADAS COMARCAS

COMPLETO SURTIDO DE VINOS DE MESA

Y ESPECIALES, LO MISMO EN LAS CLASES USUALES QUE EN LOS RANCIOS MÁS EXQUISITOS
DE LOS PRINCIPALES COSECHEROS

SE SIRVE A DOMICILIO